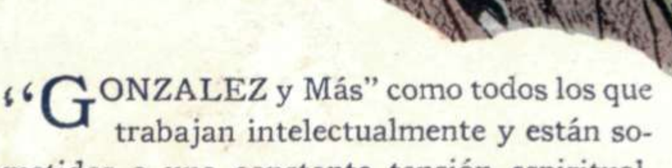

CARAS y CARETAS
25 DE MAYO
1810 - 1927

"Señoras y Caballeros:



"SE apellida Gonzalez y Más—agrega Pepita—y es político, periodista, orador y poeta. Hay que verlo, cuando recita aquello de ¡"Oh dulce amada mía"!, mirando de soslayo a mi hermana. Pero en medio de su seriedad y sus versos, es un hombre bueno y amable como pocos. Sólo que cuando se case vamos a tener que cortarle un apellido, porque es lo que yo le digo a mi hermana: "si te firmas "Señora de Gonzalez y Más, creerán que te casaste con varios."



"GONZALEZ y Más" como todos los que trabajan intelectualmente y están sometidos a una constante tensión espiritual, sufre de violentos dolores de cabeza, con "pesantez" en el cerebro y decaimiento nervioso. ¡Qué torpe y miserable se siente entonces el hábil político e inspirado poeta! Pero es cosa de un instante, porque siempre tiene a mano la

CAFIASPIRINA

y con dos tabletas se le alivia el dolor, se le despeja el cerebro y recobra toda su energía nerviosa. Por eso el otro día le dijo sonriendo a su novia: "Sólo dos cosas llevo siempre conmigo a todas partes: tu retrato y un tubo de **Cafiaspirina.**"

Nada hay igual a la CAFIASPIRINA para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; reumatismo, y consecuencias del excesivo trabajo mental, las trasnochadas, etc. NO AFECTA EL CORAZON NI LOS RIÑONES.



La próxima presentación que les hará a ustedes Pepita es el "EXCELENTISIMO SEÑOR DOCTOR", un personaje a quien todos respetan y quieren. ¡No se pierda Ud. de conocerlo!


BATLLE
Campo Argentino
NOCHE
Tras de la copiosa cena
ya no tengo más empeño
que esperar que venga, buena,
deliciosamente, el sueño.
El techo es recia madera;
el patio, baldosas rojas,
y la noche, por afuera,
grillos y hojas.
MOLINO
Entre dos álamos flacos,
crepuscular, un molino.
Tiene, visto de perfil,
todo el aire de un mosquito.
PALENQUE
Diez postes de ñandubay
constituyen el palenque:
rugosos, petrificados,
grises, amarillos, verdes.
Fernández Moreno
DIBUJO DE BATLLE

FIRMAS PERUANAS

IDA Y VUELTA

ERAN una decena, acurrucados en los ponchos, en el suelo, junto a un botijo de tierra cocida, con actitudes de momias, pero sonriendo extáticamente. Una linda moza, que había desanudado su manto color de sierra, a causa del alcohólico bochorno, dejaba asomar sus senos esponjados como la gorguera del cóndor. Por tierra, una llama recién nacida que habían conservado en la cabaña para preservarla de los espíritus malignos, miraba a estos hombres y mujeres taciturnos, exhalando a veces ese chillido gutural que expresa la censura o la extrañeza. A juzgar por las calabazas ya vacías, se bebía sin descansar ni dormir, como en las grandes jaranas.

Un hombre viejísimo, el curandero de la próxima aldea, llamó a la puerta, y como nadie le respondiera, comenzó a demolerla con éxito, valiéndose de sus hombros formidables. De sobra comprendía que estos hombres, embotados por la chicha de los funerales, habían olvidado al muerto, que en un rincón de la cabaña, cubierto de ponchos, no molestaba a nadie. Como el difunto era el padre de la moza de senos espléndidos, ésta bebía más que ninguno. Todos los vecinos de este pueblo medio abandonado cumplían un deber de vecindad, el deber de trincar con los parientes tristes, tan lindamente, que el curandero creyó oportuno recordar el motivo de su llegada:

— Taita — gritó con su voz ronca, dirigiéndose al más viejo de la asistencia, — debemos enterrarlo ya.

Entonces una cadencia monótono, una titilación de graves sones, estremeció la tierra. Era la linda moza que bailaba.

Sí, era, incluso, urgente, a pesar del alcohol que manos piadosas habían deslizado por entre los labios del difunto para preservarle del frío de ultratumba o para que pudiera probar aún, si era posible, el perfume de los lagares hirvientes. Docto en los ritos de la amistad indígena, el curandero había traído consigo, en su cabalgadura, un "pisco" de tierra cocida, de parecidas dimensiones al que los indios rodeaban en el suelo, y lleno de excelente alcohol de la tierra. Lo destaparon delicadamente, y cada cual sumergió en él una calabacita, con objeto de probarlo nada más. Entonces, bajo aquel cordial de las almas tristes, la noche de las sierras se esponjó como un gavilán enamorado. Una luna salvaje que rozaba las nieves de los Andes con sus rojizos flancos de vicuña se perdió entre las nubes, y las flautas de montaña abajo

CARAS Y CARETAS

intentaron, con una desesperación metódica, el himno al sol que renacerá. De la cumbre o de la llanura llegaba a veces el murmullo argentino de una campanilla de llama sonámbula. Batiendo su propio récord, una águila aterrizó bruscamente sobre un pico de nieve y los murciélagos aterciopelados abandonaban ya la noche para rozar las estrellas...

Entonces una cadencia monótona, una titilación de graves sones estremeció la tierra. Era la linda moza que bailaba. Agitados los senos desnudos, mientras sus pies se cruzaban en un arabesco vertiginoso bajo la marea de las caderas, parecía lanzar contra el cielo, con el brazo rígido, la piedra de una honda invisible. Después, la bailarina seguía recogiendo, en un río de ensueño, una nueva piedra pulida, y la bella cazadora danzante mataba las estrellas una a una, rodeada ya por varones rijosos que jadeaban cadenciosamente.



Comprendiendo la imposibilidad de perturbar la fiesta, el curandero, menos achispado que los demás, tomó en sus brazos el cadáver, lo arropó en sus ponchos y, arrastrándolo hasta la puerta, lo cargó como pudo en su mula, a la que se dirigió muy seriamente, como si la creyese capaz de comprenderle:

— Anda, vete despacito al cementerio. Me esperas allá.

Sin duda alguna, la mula tenía la costumbre de aquel viaje solitario por los malos caminos de la sierra. Para que pudiera pacer a su antojo, el curandero le quitó la jáquima y el animal partió sosegadamente, resoplando de puro contenta, hacia el pequeño cementerio indio que se vislumbra allá lejos, al trasponer esas cumbres heladas. Ciertamente que este jinete singular parecía más complaciente que su amo.

Dentro de algunos minutos el curandero llegaría a alcanzarle con su paso ligero de indio que ha mascado bien su amasijo de coca; pero por el momento sólo se trataba de beber sabrosamente, mientras una canción de la flauta desgarradora asciende y tiembla en la quietud absoluta, una canción de amor en que los labios son abrasadores como el alcohol de caña, pero las miradas son calmantes como los ojos de las vicuñas.

La mula se alejaba mordisqueando la hierba blanda y raquítica de las alturas, enderezando contra el viento malo sus dos orejas más precisas que el barómetro, y en ocasiones, si un cóndor quería oler de cerca a su caballero inmóvil, el animal se encogía mientras preparaba una coz taimada. Este recorrido delicioso en la sombra fresca duró dos horas hasta el viejo cementerio medio católico, con sus cruces vetustas, agrietadas por las nieves y las avalanchas, y todo él invadido ya por esta hierba amarilla de la puna que se adapta tan bien a las cosas muertas. La mula se echó al suelo, con las debidas precauciones, para no derribar a su jinete, y todo habría terminado a las mil maravillas si un cóndor no hubiera querido apropiarse del cadáver, que le pertenecía con el mismo derecho que cuantos quedan aislados en la montaña. La mula comenzó a dar respingos, como en los pasajes difíciles, con un extraño heroísmo de animal que se defiende hasta la muerte. A pesar de ello, el cóndor consiguió hincar su pico formidable en la frente del cadáver...; y la brusca sangría salvó al muerto, que sólo se hallaba en estado de letargia...

Atado a la mula, incapaz de moverse, pero bien despierto, eso sí, gritaba como un hombre al que están asesinando, gritaba hasta despertar a los demás muertos, mientras que el animal, aturdido, se encabritaba y corría entre las tumbas, dejando escapar su extraño alarido de bestia híbrida que no sabe relinchar. Jamás los difuntos que había conducido a su última morada habían protestado como este ciudadano. Su propio instinto guió a la mula o simplemente tuvo miedo. El hecho es que salió al galope, para regresar con su carga a la cabaña, recorriendo el camino apenas en media hora.

El curandero no se había movido. Acurrucado, con ambas manos en sus rodillas, en un éxtasis de todo su ser ya harto, miraba las danzas monótonas y la ascensión de su Padre Sol, vencedor, como la bailarina, de todas las estrellas de la noche. El rocío rodeaba de chispazos inmóviles su barba de dios montañés, y el mate de chicha, que bendecía a la luz, habría podido ser cantado en griego antiguo. El curandero estaba ya tan feliz que nada podía sorprenderle. Sin embargo, aquellos gritos le importunaron. Se levantó para desatar el ex cadáver y decirle en un tono indolente, ayudándole a andar hasta su cama de tierra:

— ¿Tú rigrisando, pues?

La concurrencia le imitó, feliz no más de la llegada de un nuevo convidado. No se pregunta a los hombres por qué decidieron resucitar. Unicamente la muchacha de garridos senos se acercó a ofrecer a su padre un resto de alcohol, mientras le borraba en la frente, con un extremo de su poncho, las huellas de sangre que allí dejara el cóndor voraz.

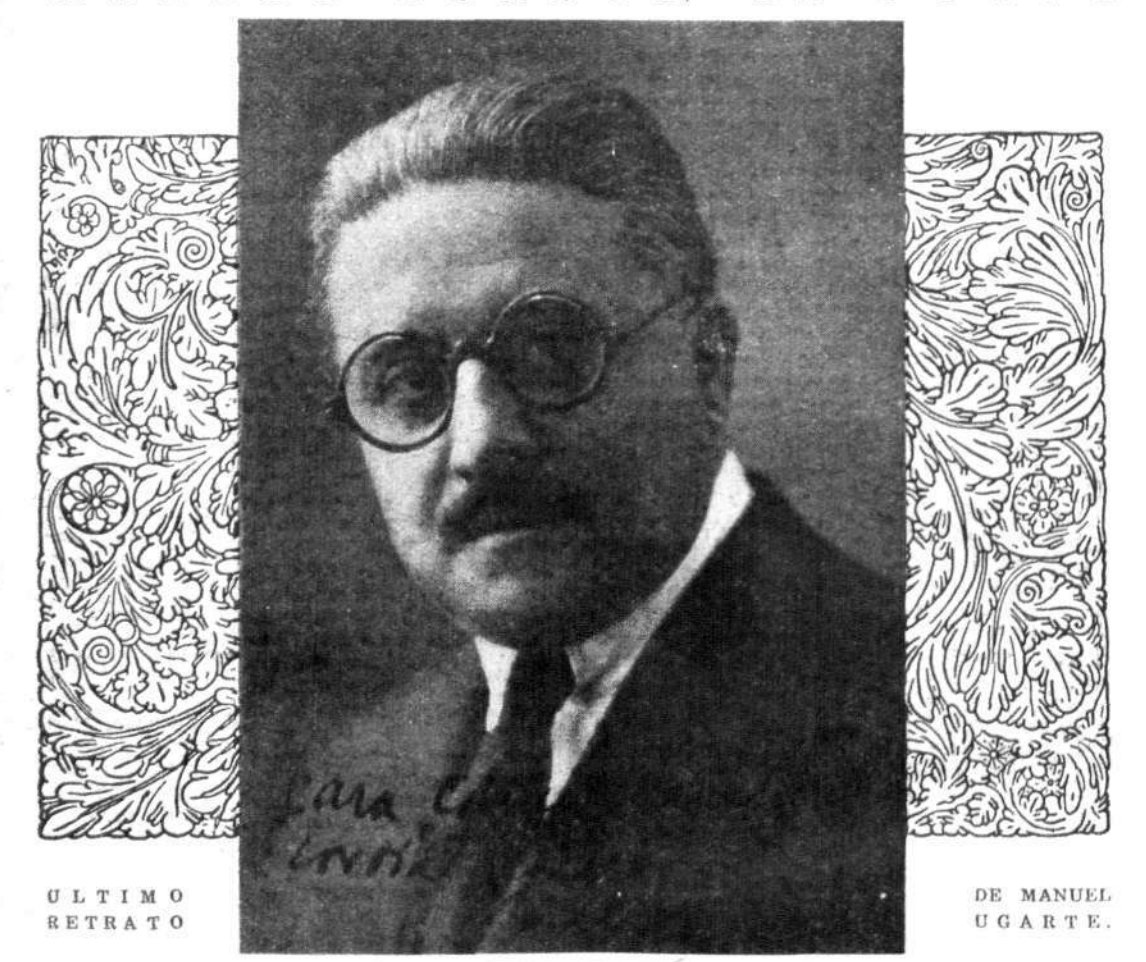


VENTURA GARCIA CALDERON

DIBUJOS DE RECHAIN

DESDE

MANUEL UGARTE, EL POETA



ULTIMO RETRATO DE MANUEL UGARTE.

Niza, 10 de abril de 1927

Mi admirado amigo,

Con cinco meses de atraso (!) me manda la Legación su carta del 18 de noviembre. Gracias por sus cordiales palabras. Desde lejos sigo y aplaudo la brillante labor de Vd. Bajo este sobre van unos versos para Caras y Caretas, como hace quince años cuando era joven. También le mando unas fotografías para que, a pesar de los versos, no me pierda de vista en la inevitable evolución hacia la vejez.

Por el Manifiesto que le acompaño verá que el tiempo no modifica mis convicciones, ni interrumpe la prédica que tantas desventuras me ha procurado.

Con mi vieja amistad por Vd. y por esa casa, reciba un cordialísimo apretón de manos

Manuel Ugarte

Señor D. Juan C. Alonso
Director de Caras y Caretas
Buenos Aires

No pasan los años para Manuel Ugarte. Como en sus mocedades, se acuerda de Caras y Caretas para mandarnos versos. Y éstos, al igual que aquel impulso, guardan el efluvio fresco y penetrante de los tiempos juveniles. Y es que para el poeta que hay en Manuel Ugarte no existe el otoño: sigue viendo, sintiendo y cantando como en los días propicios a las impresiones hondas, a las visiones maravilladas, a las manifestaciones tiernas y sonoras. Joven corazón el de nuestro distinguido colaborador, mantiene tensa la fibra de la sensibilidad que al contacto del mundo vibra de estremecimientos que son luz y armonía.

CARTA DE NUESTRO COLABORADOR, QUE DICE ASI:

"Niza, 10 de abril de 1927.

Mi admirado amigo: Con cinco meses de atraso (!) me manda la Legación su carta del 18 de noviembre. Gracias por sus cordiales palabras. Desde lejos sigo y aplaudo la brillante labor de usted. Bajo este sobre van unos versos para CARAS Y CARETAS, como hace quince años cuando era joven. También le mando unas fotografías para que, a pesar de los versos, no me pierda de vista en la inevitable evolución hacia la vejez. Por el manifiesto que le acompaño verá que el tiempo no modifica mis convicciones, ni interrumpe la prédica que tantas desventuras me ha procurado. ¶ Con mi vieja amistad por usted y por esa casa, reciba un cordialísimo apretón de manos. — MANUEL UGARTE".

DE HISPANOAMERICA



EN LA BIBLIOTECA DE SU RESIDENCIA EN NIZA.

Naufragio galante

Desdeñosa amiga ingrata
que exasperas mis antojos,
escucha al loco pirata
que ha encallado su fragata
en el azul de tus ojos.

De tus ojos, por los cuales
depongo todo rigor
y detengo a mis parciales,
librando a los vendavales
la quimera de este amor,
en el mar por cuyas crines
van los carros de Satán
y en cuyos negros confines
se hundieron los bergantines
arrastrando al capitán.

Aunque ha fulminado el cielo
la aturdida insensatez,
tendrá al morir un consuelo
contemplando el terciopelo
de tus ojos otra vez,
este audaz aventurero
que nunca supo gemir
y que se ha jugado entero
con su gente, su velero
y su rojo porvenir.

Desdeñosa amiga ingrata
que burlaste mis antojos,
llora al menos al pirata
que se hundió con su fragata
en el azul de tus ojos.

Manuel Ugarte

Niza, 1927



SIEMPRE

Yo le doy a la brisa todos mis besos,
Porque sé que la brisa ha de acariciarte.

Le doy a las estrellas mi cara en llanto,
Porque vayan mis lágrimas a iluminarte.

En los rayos de luna mi alma diluyo,
Para que haga más blanco el camino tuyo.

Y soy gorjeo de pájaro
Y aroma de tus rosas,
Y estoy toda en tu ambiente,
Y estoy toda en tus cosas.

¡Nunca, nunca de tu alma
Me he de apartar!
Si te lleva la Muerte,
Estaré contigo;
Si la Muerte me lleva,
Te he de llevar.
¡Más allá de la tumba,
Más allá del misterio,
Porque te quiero,
Me has de encontrar!

RAQUEL SAENZ

"Insecto"

TIPOS PROVINCIANOS EN BUENOS AIRES



Los literatos no reparaban mayormente en Ambrosio Vargas, a pesar de vivir en la misma casa de pensión. Ambrosio Vargas era un simple empleado de comercio, y su estatura y volumen mínimos le valieron el apodo de Insecto; y no de otra manera le llamaban los literatos cuando necesitaban un punto de comparación para cualquier figura descollante en las letras, reducida, por su crítica, a algo deleznable.

— En suma: un insecto — sentenciaba uno.

— Un insecto como Vargas.

— ¡Insecto!

Ambrosio Vargas se limitaba a saludarlos en el vestíbulo o en el ascensor y parecía no impresionarle la sonrisa erudita y desdeñosa con que le decían:

— ¡Chau, Vargas!

A veces se volvían como hablando a otro y gritaban:

— ¡Insecto!

El simple empleado oía aquello sin percatarse de su significado.

Una noche, el Negro Ventura, mientras hacía circular el mate entre los literatos, hizo una verdadera revelación.

— Insecto escribe — dijo. Y después de una pausa para acentuar el efecto de sus palabras, completó:

— Novelas.

El Negro Ventura explicó en seguida cómo había descubierto aquello. La novela de Insecto estaba terminada y su autor se ocupaba en sacar una prolija copia a máquina, alguna de cuyas cuartillas vió el Negro a través de las persianas.



El Negro no escribía, precisamente, páginas literarias. Tenía una tarea especial: cebar mate para los literatos mientras éstos se torturaban mutuamente con la lectura de sus propios escritos o se regocijaban comentando y demoliendo obras y autores. Además de cebar mate, planeaba y ponía en práctica alguna trastada a Ambrosio Vargas, sin resultado siempre, pues Insecto se mantenía invulnerable en su silencioso aislamiento.

Por fin había dado en la tecla el Negro Ventura. Una sonrisa de felicidad le brillaba en la bocaza y en los ojos vivarachos.

— Ya les voy a presentar la novela de Insecto — aseguró. — Déjenme operar tranquilo.

Los literatos se frotaron las manos, alevosos. Una nueva presa iba a caer deshecha bajo sus implacables garras.

II

El Negro Ventura consiguió hacerse, en pocos días, gran amigo de Ambrosio Vargas. Le cebaba mate, le ofrecía cigarrillos y hasta fueron juntos al teatro.

Vargas estaba encantado de su nuevo amigo.

— Te lo juro — decía al Negro; — no creía que fueras tan buen muchacho.

— Por eso me he apartado de esos pedantes que se dicen literatos. Son unos envenenados.

— ¡Qué dirían si leyeran mi novela!

— ¡Cómo! ¿Escribes?

— Por entretenerme, no más. "La tragedia del camposanto" se intitula mi novela.

Después de muchos rodeos, el Negro se la pidió.

— No tengo más que un ejemplar — dijo Vargas, abriendo su baúl. — Te lo recomiendo y, sobre todo, que no sepan los otros.

Ventura juró con las manos en el pecho que mantendría la más hermética reserva, y se llevó la obra debajo del saco.

Por la noche estaban los literatos tomando mate, fumando y "despellejando" a alguien.

De repente el Negro Ventura entró. Todo desganado, se dejó caer en una silla y, moviendo la cabeza, dijo:

— La cosa va muy mal. Insecto es inabordable en materia literaria. A ver... denme un mate.

Un silencio. Los literatos tenían la expresión del gato que pierde el ratón.

El Negro, con los codos en los muslos, chupa la bombilla mirando el piso. Al entregar el mate dice:

— Solamente me ha sido posible conseguir esto — y de entre su saco extrae un libro.

— ¿A ver... a ver?...

El más próximo se lo arrebata y los otros se apretujan manoteando.

— ¡Orden, muchachos! — grita el Negro, defendiendo el libro. — He jurado a Insecto devolvérselo tal como me lo prestó.

Rehecha la calma, el libro pasa de mano en mano. No está impreso, Vargas lo escribió y editó por su cuenta ese ejemplar, el único. En la portada hay un dibujo a pluma: representa un cementerio erizado de cipreses y apretado de crucecitas blancas; el título, en letras góticas, se curva en lo alto del cementerio goteando sobre las cruces lagrimones negros. El texto está hecho a máquina con extremada prolijidad, y consta de ciento y tantas páginas encabezadas con el título de la obra y al frente el nombre del autor. Y todo copiado a máquina.

Pasada la sorpresa de los primeros momentos, los literatos se acomodan para oír la lectura de "La tragedia del camposanto".

Fué una sesión estrepitosa, la más divertida que pasaron los habitantes de aquella casa de pensión.

Cada párrafo de la novela provocaba estruendosas carcajadas que, saliendo por las ventanas, detenían a los transeúntes con la cara hacia arriba.

Era tanto el barullo, que no oyeron el silbido del ascensor ni el portazo que dió al entrar Ambrosio Vargas. Desde la calle había oído las risotadas y, presintiendo algo malo para él, iba a pasar de puntilla frente al cuarto de la sesión, cuando una voz enronquecida gritó:

— ¡Insecto lindo! ¡Un hurra para "La tragedia del camposanto"!

Vargas se detuvo mordiéndose los labios, meditó unos segundos y siguió a su cuarto.

Se acostó muy sereno y durmió tranquilamente.

A la mañana siguiente se encontró en el pasillo con el Negro Ventura y, sin decir "agua va", le aplicó una serie de puñetazos y patadas que produjeron su correspondiente reacción.

Intervinieron los demás pensionistas y, separados los contendientes, uno de los literatos dijo al Negro:

— Esto no puede quedar así.

Y comenzaron a tramitar un lance de honor.

Una larga y animada sesión se efectuó en el local de costumbre, y fué la primera en que no se habló de literatura.

El Negro Ventura, que tenía la nariz amoratada, dijo con tono gangoso:

— Yo no tengo ganas de "dueliar". Ustedes son los culpables. Yo les traje la novela de Insecto y ustedes hicieron el batifondo. "Dueleen" ustedes.

— Es que entre caballeros se impone una reparación. Si tú rehuyes el lance, no eres un caballero.

Le brillaron los ojos al Negro.

— ¿Entonces debo pelear?

— Naturalmente. Hoy hablaremos a Insecto.

Vargas recibió huraño a los padrinos del Negro. Tenía un ojo hinchado y un diente flojo.

— ¿Qué quieren ahora? — preguntó.

— Venimos en representación de Pablo Ventura, quien exige una reparación por las armas.

— ¿Condiciones?

— Pistola. Veinte pasos. A muerte.

— ¡No sean zonzos!

— ¿Cómo?

— No necesito batirme.

— Si es usted un caballero se batirá.

— Es mejor que no me tiren de la lengua, y se vayan.



—Nuestra misión es seria y...

Ambrosio Vargas se enderezó todo lo más que le permitió su corta talla, y casi gritando dijo:

—No me vengan con historias. Yo no soy tan simple como me creen. Ustedes se dicen literatos y caballeros y no hacen otra cosa que burlarse de los demás. A ver: ¿quiénes son ustedes? ¿Quién los conoce? ¿A dónde están sus obras? Yo soy un triste empleado, un mediocre sin más aspiración que vivir lo mejor posible con el fruto de mi trabajo. En mis ratos perdidos, que son pocos, escribí esa tontería que les ha servido de diversión anoche No crean que me ofendieron sus burlas. No soy como otros que escriben cuatro sandeces y se consideran genios y a quienes una crítica a sus obrillas la sienten como trallazo sangriento en sus rostros. Hablan mal de todos y nadie tiene méritos fuera de ustedes mismos. Yo sé que me apodan "Insecto" y se mofan de mí a cada paso. No me deprime ese mote. Hay insectos que valen más que ciertos hombres. Una hormiga laboriosa es ejemplo para muchos que pasan lo mejor de su vida practicando la maledicencia. ¡Insecto! Cuando quieran y adonde quieran les he de demostrar que un insecto, si sabe vivir de su trabajo, también sabe defenderse a aguijonazos de los que, hinchados de humo y de holgazanería, pretenden arrastrarlo al ridículo.



Ambrosio Vargas parecía más alto. Agitaba los brazos y sacudía la cabeza. Un hilo de sangre le bajaba de la nariz y le rayaba el mentón tembloroso.

Los padrinos del Negro, confusos, no sabían si reír o asombrarse. Aquel muchacho les hablaba en forma inusitada.

Se retiraron sin decir palabra.

En el pasillo estaba el Negro Ventura apoyado en el resguardo de vidrios ásperos. Había oído lo que dijo Vargas y no se volvió cuando sus padrinos pasaron por su lado. Levantó un rato después la cabeza, miró hacia la puerta de Vargas y se fué hacia ella.

—¿Se puede? — preguntó.

—¿Qué hay? — dijo, rabioso Vargas, y al ver al Negro iba a lanzar una palabrota; pero vió en el rostro del muchacho tal expresión de congoja al presentarle con las manos temblorosas su malhadada novela, que, bajando los ojos, dijo gravemente:

—Entrá.

El Negro miró en torno, indeciso.

—Te traigo tu libro — balbuceó.

Vargas tomó unas tijeritas y comenzó a recortarse las uñas. El hilo de sangre se le secaba, obscureciéndose.

El Negro puso con cuidado el libro sobre la cama.

—Bueno... este... Ahí está el libro...

El empleado seguía recortándose las uñas.

—Ambrosio... este... ¿me disculpás lo que hice?...

Como Vargas guardara silencio, el Negro dió unos pasos para salir.

—Ventura — dijo el empleado, sin alzar los ojos; — te has burlado de mí.

—Disculpame... Reconozco que hice mal.

—Tomá un cigarro.

—Gracias, che.

—Sentate.

Un momento fuman en silencio.

Vargas, fija la mirada en su cigarro, dice con calma:

—Yo había llegado a considerarte un amigo. Vivo apartado de los otros y tú te acercaste a mí con demostraciones de amistad. Y, sin embargo, todo había sido un juego.

El Negro Ventura tiene la cabeza caída hacia adelante y el cigarro casi consumido en los labios apretados.

—Te disculpo y lamento haber creído en tu amistad. A pesar de que un insecto es poca cosa para aspirar a un amigo.

—¡Vargas! — exclama, irguiéndose, el Negro. Tiene los ojos arrasados y su voz es ronca.

El empleado levanta a su vez la cabeza, y para disimular la emoción que lo invade, murmura:

—Sería bueno tomar unos mates. Vamos a mandar por la yerba.

Entre tanto, en la otra pieza, uno de los literatos, refiriéndose al frustrado lance, decía:

—¡Qué le vamos a hacer! Se han tenido miedo...

Y los dos muchachos provincianos se reconciliaron sorbiendo la infusión que en su terruño ahuyenta la discordia y en las pensiones de Buenos Aires es un recuerdo del hogar lejano.







FIRMAS CHILENAS

PAGANA

Por la gracia de luz blanquecina
de luna en creciente,
el agua en remanso
es noche profunda.
Palpita en su seno
la estrella inquietante
y la luna de hostia
baña su pureza
en aquella piscina.

Yo que amo la noche,
la luna de nácar,
la estrella que vibra:
yo que ansío siempre,
en una hora loca,
hendiendo los aires,
llegarme a los astros,
desnuda me alzo
estatua de carne bruñida.

Pliega sus alas la brisa
y enmudece.

Lentamente me hundo en el agua
sin romper su calma.
¿El agua? No. La noche,
cuyo azul horado.
Voy hacia los astros
y, alma a flor de labio,
beso el agua, la noche, la estrella...

MARTA BRUNET

DIBUJO DE LÓPEZ NAGUIL

RECORDANDO el PASADO

El Himno Nacional



El primer himno, o canción patriótica, que se escribió en Buenos Aires para ser cantado en las fiestas patrias se publicó en la *Gaceta de Buenos Aires* del 15 de noviembre de 1810, con el título de "*Marcha Patriótica*, compuesta por un ciudadano de Buenos Aires, para cantar con la música que otro ciudadano está arreglando."

Comenzaba así:

La América toda
Se conmueve al fin
Y a sus caros hijos
Convoca a la lid;
A la lid tremenda
Que va a destruir
A cuantos tiranos
La osan oprimir.

En su tiempo esta poesía se atribuyó a don Esteban Luca.

La Asamblea Nacional decretó la apertura de un concurso para la presentación de una canción nacional, al que concurrieron don Vicente López y Planes y fray Cayetano Rodríguez.

En casa de la señora María Sánchez de Thomson, el poeta Luca declamó el himno de López, antes de que el Gobierno lo aprobase.

Entre la concurrencia se encontraba José Blas Parera, quien, sentándose al piano, empezó el acompañamiento, que mereció general aprobación poniéndose en consecuencia el himno en música.

Fray Cayetano Rodríguez, presente también en la reunión, al oír los versos de López, rompió los suyos y abrazó a éste.

El 11 de mayo de 1813 la Asamblea Nacional aprobó la canción de don Vicente López y Planes, la que se cantó por primera vez en público en la Casa de Comedias el 25 de Mayo de aquel año.

El autógrafo del Himno Nacional se encuentra en poder de la familia de Luca.

El Himno, como era lógico, encontró siempre resistencia entre los residentes españoles, pues cantaba las victorias nacionales sobre aquéllos en la Guerra de la Independencia y su autor interpretó fielmente el sentimiento de la época que lo era de lucha y entusiasmo. El Gobierno Nacional, siendo Presidente el general Roca, con motivo de los agasajos a la *Sarmiento* en España, reglamentó, a principios de 1900, su uso oficial fundándose en las siguientes consideraciones:

"Que, sin producir alteraciones en el texto del Himno Nacional, hay en él estrofas que responden perfectamente al concepto que universalmente tienen las naciones respecto de sus himnos en tiempo de paz y que se armonizan con la tranquilidad y la dignidad de millares de españoles que comparten nuestra existencia, las que pueden y deben preferirse para ser cantadas en las festividades oficiales, por cuanto respetan la tradición y la ley sin ofensas para nadie."

QUE BELLA ERES AHORA QUE ESTAS SANA!

IPERBIOTINA MALESCI

VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS



YODOSALINA

Pisani LA CURA **SALSO-IODICA** EN CASA

Indicada contra las enfermedades: **DEL CATARRO, DEL HIGADO, DE LOS INTESTINOS, DE LOS RIÑONES, DE LA VEJIGA, DEL CORAZON Y DE LOS VASOS, CONTRA EL ARTRITISMO Y LA OBESIDAD.**

VENTA EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

UNICO CONCESIONARIO-IMPORTADOR

VIAMONTE, 871 - **M. C. de MONACO** - BUENOS AIRES

La Pirámide de Mayo

Por decreto de la primera Asamblea General de 5 de mayo de 1813, el día 25 de mayo fué declarado día de fiesta cívica, en cuya memoria debía celebrarse anualmente en todo el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata cierta clase de fiestas que se llamarían *fiestas mayas.*

Estas son las grandes fiestas tradicionales de los pueblos del Río de la Plata, las fiestas de la Patria, como decían llanamente nuestros padres, y que se celebraban en Buenos Aires al pie y en contorno de la Pirámide de Mayo, tradicional como ellas, consagrada por ellas, vinculada a ellas eternamente por todos los recuerdos de las glorias patrias, que ella conserva y que ella despierta.

Nuestros padres llamaron a ese monumento el *Altar de la Libertad;* por ese nombre ha sido conocido en el mundo.

Y era un altar patriótico. La revolución comprendió, desde sus primeros días, que la nacionalidad que fundaba no tendría porvenir, no se consolidaría en los tiempos, si las personas que nacieran en esta tierra no nacían y no se educaban en la atmósfera de su patria, y si no tenían el vínculo de un sentimiento y de una instrucción cívica que les fuera común.

Así, se educaban los primeros descendientes de los patricios de Mayo al pie del altar patrio levantado por sus padres.

Cuando venían aclarándose los horizontes del río por los crepúsculos del 25 de Mayo, ya encontraban al pueblo en la plaza de la Victoria. Los niños se agrupaban al pie de la Pirámide, adornados con cintas celestes y blancas y levantando con sus tiernas manos las banderas de su patria, acariciados por las brisas de la aurora del día redentor.

En torno de los niños estaban sus madres y sus hermanas, mezcladas con las más obscuras o modestas mujeres y con las más distinguidas señoras; los próceres y los guerreros de la libertad, con los simples soldados y con los más humildes proletarios; los ricos con los pobres, los ancianos con los jóvenes, todos poseídos por los mismos sentimientos, todos dominados por las mismas emociones, todos igualados socialmente por el mismo patriotismo, todos esperando con religioso recogimiento el primer rayo del sol de Mayo.

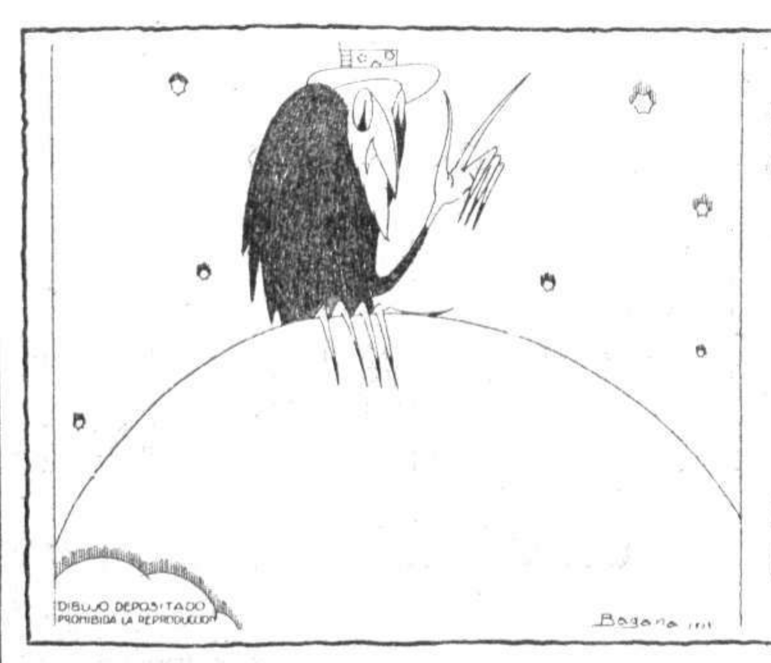
Apenas este rayo caía sobre la cúspide de la Pirámide, todas las cabezas se descubrían, y los niños entonaban las estrofas del himno inmortal, cuyas vibraciones acompañaron toda la irradiación de la Revolución de Mayo, que abatió las barreras de los Andes, que libertó a Chile, que proclamó la independencia del Perú en la Ciudad de los Reyes, que consagró la solidaridad americana en las calientes latitudes del Ecuador. El pueblo cantaba el coro y sus voces, y sus vivas a la Patria, y sus aplausos apagaban la voz de los cañones.

Andrés Lamas

CANAS

LA PAGINA DE "LA CARMELA"

Por BAGARIA



La doctrina de Monroe

—No entendisteis bien su doctrina: ¡América para los norteamericanos!...

Las Canas Envejecen en plena juventud

No preocuparse de la apariencia personal a los 40 años, equivale a declararse vencido por la vida. Una cabellera canosa sólo sirve para restar posibilidades de éxito en todos los órdenes de la lucha diaria.

Haga Ud. que sus CANAS recobren el color natural por un procedimiento simple, agradable e higiénico. Unas cuantas fricciones con Agua de Colonia "LA CARMELA" bastan para lograr el tono exacto, rubio, castaño o moreno que se desee, al mismo tiempo que higieniza el cabello, extirpando radicalmente la caspa.

Rechace las imitaciones siempre peligrosas. Exija LA CARMELA legítima que se distingue por la estampilla fiscal de $ 1, con nuestro nombre impreso y pegado como se ve en este grabado.

En venta en todas las casas del ramo
a $ **8.—** el frasco. Interior, $ **8.50**

J. L. CONDE & Cía.

CARLOS PELLEGRINI, 435 — BUENOS AIRES

En el Uruguay: Agente Exclusivo: DROGUERIA AMERICANA, Ciudadela, 1475, Montevideo. Precio del frasco: $ 3.50 o/u. En venta en farmacias y perfumerías del país.



AGUA DE COLONIA HIGIENICA

"La Carmela"



UN CAFÉ CON LECHE

POR LEOPOLDO TORRE RÍOS

—Es una pena, señorita, que usted sacrifique una fiesta tan hermosa como ésta para atender a un hombre tan poco atrayente como yo, para atender a un escritor. ¿Ignora usted que los escritores somos los seres menos interesantes de la tierra, que no bailamos aunque nos guste el baile, que miramos todas las cosas con un inevitable y exasperante sentido crítico?...

—¡Por Dios, qué manera de desacreditarse!

—Diga usted mejor *de sincerarse*, señorita. ¿Cree usted que yo no quisiera tener otro concepto de la vida y del ridículo y no ser este hombre inflado de sapiencia que no cree poner sobre las cosas la mirada simple de la mayoría de las gentes? ¿Cree usted que no es una desgracia llevar en el alma esta necesidad molesta de ahondarlo todo, de no ser superficial en nada, cuando uno mismo sabe que de lo superficial depende la felicidad?

—Sin embargo, su vida ha de estar llena de bellas emociones. Lo que no conseguirá en el mundo exterior lo suplirá, seguramente, con su sensibilidad para gustar las manifestaciones de orden artístico. Pregúntele usted a cualquiera de esas gentes frívolas cuáles son las emociones que llevan en sus recuerdos y verá cómo no sabrán mostrarle ninguna, precisamente porque siempre vivieron el exterior de las cosas.

—Amarguras, señorita, amarguras encontrará usted en el alma de un escritor y, fuera de ellas, hechos triviales. ¿No ve que vivimos demasiado con la imaginación? ¿Cuál cree usted que será la emoción más intensa de mi vida y que permanece inalterable a través de los años? Si usted se da a pensar, imaginará las más bellas y extraordinarias, pero nunca podrá sospechar cuál es la que yo guardo en mi pobre alma como la más sobresaliente.

—Ya me ha intrigado, y me gustaría conocerla.

—Me parece hasta ridículo contársela. Sufrirá usted un desencanto, pero, ya ve hasta dónde llegamos los escritores, que, aun anticipándome a ese sentimiento suyo desfavorable, voy a descubrírsela: Tenía yo diez y seis años cuando dejé mi provincia y vine a Buenos Aires siguiendo a una compañía teatral, siguiéndola para que me estrenara una obra. ¿Se da usted cuenta? Yo quería ser autor, dramaturgo. Cosas de chicos. En cuanto llegamos a Buenos Aires, yo siguiendo a los cómicos, les presenté mi obra y les conté lo que había hecho: que había dejado mi casa sin más recursos que los que me llevó la compra del pasaje y que esperaba vivir con los resultados de aquella producción original y valiosa. Inspiré lástima y estuvieron dispuestos a restituirme a mi pueblo, pero yo fuí rebelde y decidí encontrar artistas más conscientes. Fué desde ese momento, señorita, que yo empecé a conocer una miseria de aquellas que no sospecha la imaginación más pesimista. Y aquí viene mi emoción. Arreciaba el invierno — para completar aun más mi figura de folletín — y hacía dos días que yo no probaba bocado. Andaba muriéndome de hambre por las calles de Buenos Aires. Las cosas desfilaban desenfocadas ante mi vista, veía grandes panes por todas partes y no robé para comer, por cobardía. Así estaba esa noche de invierno despiadado, cuando el encuentro con una cara amiga me hizo abrir los ojos locamente. Era un comprovinciano, compañero de colegio, que había venido a Buenos Aires a continuar sus estudios. Nos abrazamos. Yo lloraba y reía y le conté en dos palabras mi situación. Me tomó de un brazo y me metió en un local donde todo era blanco: las mesas, las paredes, los mozos. Nunca he vuelto a ver después algo tan blanco como aquel lugar, y aun me suena en los oídos la voz de mi amigo, que llenó todo el local diciendo: "¡Mozo: un café con leche, *bien caliente!*" Ese café con leche, señorita, es la emoción más grande de mi vida. Cuando la taza humeante estuvo en mis manos, ante mis ojos, y el vapor principió a calentar mi cara, yo empecé a revivir, y cuando el primer sorbo llegó a mi estómago, me sentí transportado a una región de dicha jamás soñada. Era una caricia cálida y enorme que llenaba todo mi cuerpo y salía por todos mis poros en un desborde de vida superior. Nada he conocido luego comparable a aquella emoción. Aun veo patente la taza, el platillo, la cucharita. Era una taza blanca, con tres líneas azules alrededor, y el café con leche rebalsaba por ella como un derroche de felicidad. Ya ve usted, señorita, qué desencanto. La emoción de mi vida se debe a un café con leche.

DIBUJO DE BELLO



LAS NOVEDADES de la SEMANA y los EXITOS en BOGA

Impresos por el moderno sistema eléctrico de grabación, son los discos de fabricación argentina más perfectos, por su pureza, volumen sonoro, su fuerza y durabilidad.

MUY NOTABLE

Disco "NACIONAL" de 27 cm. a $ 3.50

ROBERTO FIRPO

ORQUESTA SINFONICA

12258 — Himno Nacional Argentino. (La mejor grabación que se haya hecho del himno patrio. Estricta sujeción al original. Gran conjunto sinfónico). López y Planes-Blas Parera
San Lorenzo. Marcha oficial. Silva

Discos "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.25

DUO GARDEL-RAZZANO

Con acomp. de guitarras RICARDO-BARBIERI

18207 — Sos de Chiclana. Tango. Solo Gardel. A. y J. Navarrine-R. Rossi
Che, Mariano. Tango. Solo Gardel. P. Mazzeo-A. Tagle Lara

18206 — Gajito de cedrón. Chacarera. Solo Gardel. Pardo-Navarrine
El sueño. Estilo. Solo Gardel. F. Martino

Discos "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00

ROBERTO FIRPO. Orquesta Típica

8650 — Qué Dios te ayude. Tango. V. Conti
Quiero estar sólo. Tango. D. Di Domenica

FRANCISCO CANARO. Orquesta Típica

4279 — Organito. Tango. Juan C. Grairz
Triste regreso. Tango. A. L. Bonanni

4281 — Tanita de la proa. Tango. S. Mérico
La última copa. Tango. F. Canaro

OSVALDO FRESEDO. Orquesta Típica

5131 — Rodríguez Peña. Tango. V. Greco
Sosegate. Tango. A. Polito

5136 — Alma de bohemio. Tango. R. Firpo
Otoño. Tango. O. N. Fresedo

JUAN MAGLIO. Orquesta Típica PACHO

7526 — Julieta. Tango. J. Di Clemente
Cabeza loca. Tango. F. Demarco

Disco "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.25

IGNACIO CORSINI. Con acompañamiento de 3 guitarras AGUILAR-PESOA

18492 — Hojarasca. Tango. Cadicamo-Pesoa
La espera. Estilo. José Aguilar

Discos "NACIONAL" de 25 cm. a $ 3.00

F. LOMUTO. Orquesta Típica y Jazz Band

7706 — Amurado. Tango. Maffia-Laurenz
Precioso. (Precious). Fox Trot. Whiting

RED HOT. Panamerian Jazz. ELEUTERIO YRIBARREN

8141 — Cuando viene saltando el Petit Rojo. (When the Red, Red Robin comes bob bob. Bobbin Alongo. Fox Trot. H. Voods
Black Bottom. Super Chárleston. R. Henderson

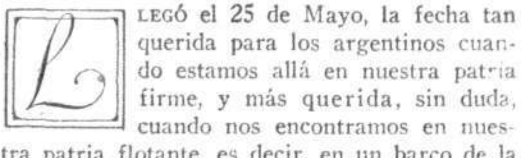
ADOLFO R. AVILES. Jazz Band

8259 — Cobardías. Estribillo por Herminia Velich. Pasodoble. M. Lope
Totita. Estribillo por Herminia Velich. Shimmy. P. V. Lambertucci

MAX GLÜCKSMANN

BUENOS AIRES: Callao y Bartolomé Mitre - Florida y Lavalle. ROSARIO: Córdoba 1065-69. MONTEVIDEO: 18 de Julio 966. CORDOBA: 9 de Julio 76. SANTA FE: Salta 2661.

El 25 de Mayo en alta mar



LLEGÓ el 25 de Mayo, la fecha tan querida para los argentinos cuando estamos allá en nuestra patria firme, y más querida, sin duda, cuando nos encontramos en nuestra patria flotante, es decir, en un barco de la armada nacional y fuera de nuestras aguas jurisdiccionales.

Pocos minutos antes de las 8, los oficiales, con espada al cinto, rodean al comandante sobre la toldilla. En la cubierta, los aspirantes, blancos como palomas, lo mismo que la tropa que luce su uniforme de gala, están formados, mirando hacia popa, al frente de la gente. Sobre la toldilla, bien a popa, la guardia armada. Dos marineros, descubierta la cabeza, aseguran en la driza la bandera mayor que ha de ser izada al pico del mesana. Al verlos en esa actitud respetuosa al tocar la bandera de la Patria, hacen la impresión de sacerdotes manejando los vasos sagrados de los respectivos cultos. A la voz del oficial de guardia: "¡ Listos a izar engalanado !", todo el mundo dirige sus miradas hacia popa. El silencio más profundo, diría religioso, reina a bordo. La campana pica el primer toque de las ocho; el oficial grita: "¡ Iza !", y en el mismo momento, mientras retumba como un trueno el primer cañonazo, al que han de seguir 20 más, afirmando el pabellón, suena la primera nota del Himno Nacional; el cadete, que es jefe de la guardia armada, manda: "¡ Armas al hombro !", y todos, puestas sus miradas en la bandera que se iza a popa y haciendo el saludo militar, cantan las marciales estrofas de nuestra canción patria, mientras el sagrado símbolo, lenta, pausada, solemnemente, va subiendo, como si no pudiera con el peso de tanta gloria, de tantos laureles como guarda en sus pliegues. Por fin llega a su sitio con el último tronar del cañón con el morir de la última nota del Himno. Entonces el oficial de guardia grita tres veces, dirigiéndose a la tropa: ¡ Viva la Patria !, y todos los de a bordo, como un solo hombre, contestan por tres veces también: ¡ Viva ! Y digo contestan y no contestamos, porque yo no hubiera podido; sentía un nudo en la garganta y... las manos caen, terminando el saludo militar, pero muchas buscaban presurosas un pañuelo con qué ocultar o enjugar una lágrima que ha rodado o quiere echarse a rodar por el curtido rostro.

"LAMPAZO".

¡El enfermo no mejora y el remedio se le da!

Muchos dicen así para concluir achacando al médico la ineficacia de la cura. Sin embargo conviene reparar primero en la seriedad de la farmacia que preparó la receta ¿la habrán hecho tal cual el médico la ordenó? Esto no se preguntan los que llevan sus recetas a preparar en lo de

GIBSON

la farmacia en la que siempre se sabe que prepara las recetas tal como el médico las ordena.

FARMACIA Y DROGUERIA

DIEGO GIBSON

DEFENSA, 192. Unica Sucursal: MAIPU, 84

Unión Telefónica, 33, Avenida, 5921 al 5925
BUENOS AIRES



DEFENSA 192





MAIPU 84

Visión rápida de la ciudad



En 1800 los arrabales de la ciudad, que no tenían cerco de material, comenzaban en la parte sud en las calles de Méjico y Chile por donde corría el tercero del Sud, encontrándose a la altura de la calle Perú el puente conocido por de los Granados. De allí seguían al NO hasta la plaza de Monserrat, quedando la iglesia de la Concepción en despoblado. De Monserrat al Mercado del Plata había muy poca población. El límite norte era la calle Corrientes donde comenzaban los tunales. La Plaza de toros en el Retiro quedaba en las afueras, entre las quintas. En 1830 los suburbios llegaban por el oeste al Hueco de Lorea que era mercado de carretas, el que más tarde se trasladó al Hueco de las Salinas, hoy Plaza Once de Septiembre, donde estuvo hasta hace poco después del año 80. Por el sud llegaba al Hueco de la Fidelidad, que fué también mercado de carretas, el que después pasó a la Plaza Concepción y más tarde a la de Constitución.

Por el norte los arrabales estaban en la plazuela donde fué la Plaza Nueva, donde se levantó más tarde el Mercado del Plata, la que era plaza de carretas que más tarde se trasladó al Hueco de Doña Ingracia, hoy plaza Libertad.

Los tunales y cercos de pita comenzaban antes de llegar a la llamada Plaza de Armas, en donde se edificó el Parque de Artillería o sea la actual plaza General Lavalle, llamada así desde 1878. Los faroles eran estrechos y largos, teniendo en su centro una vela de sebo, cuyo humo ponía negro los vidrios, no esparciendo por consiguiente claridad alguna. La gente que salía de noche lo hacía llevando un farol, pero las malas veredas, la falta de luz y la ninguna vigilancia, hacían que la gente se quedase en sus casas. Más tarde vinieron los serenos. Las veredas de las calles tenían una vara de ancho, un metro de altura cuando no dos y tres, estando en parte obstruídas por las rejas de las ventanas. Eran de ladrillo. Cuando llovía, el agua de los caños de las azoteas, como la que caía de los tejados, iban sobre las veredas, y los transeúntes, para librarse de ella, corrían agarrándose el sombrero, al que previamente habían envuelto en su pañuelo, poniéndole las cuatro puntas dentro. Cuando la lluvia era muy fuerte, la gente se refugiaba en los portales hasta que disminuía. Más adelante los caños se alargaron de modo que cuando lloviese los chorros de agua no fuesen a la vereda sino a la calle.

Las calles tenían hileras de postes en los que se ataban las riendas de los caballos.

El tráfico era reducido. Se veían en las calles enormes carretas de grandes ruedas, tiradas por bueyes que venían de la campaña y provincias.

La ciudad tenía sus alternativas. Mucha actividad a la mañana hasta las dos de la tarde, en que no se veía ni una alma. En el verano se dormía la siesta.

De tarde, a las cinco, se reanimaba la actividad más social que comercial, en que las familias concurrían al Paseo de la Alameda, donde se respiraba el aire del río.

Al toque de ánimas se cerraban generalmente las tiendas.



AL INTERIOR SE REMITE EN EL DIA.
Perlas EVAX
ESCRIBIR A LA CASA CENTRAL.
Nº 5372 Anillo de oro con perla Evax, $ 15
Nº 16123 Anillo de oro con zafiros calibré y zafiro, $ 18
Nº 8569 Prendedor barret con perlitas Evax, $ 12.-
Collar de perlas Evax, $ 25.-
Nº 13017 Barret con perlas Evax, $ 8.-
"Perlas EVAX"
Nº 9226 - Aros con zafiros calibré y perlas Evax, $ 19.-
Nº 10220- Aros con perlas Evax, $ 17.-
OBSEQUIAMOS
a todo comprador y hasta fin de mes con un espléndido Regalo con motivo de las
FIESTAS MAYAS
Montseny, es la garantía de EVAX.
Nº 9474 - Aros con perlas Evax, $ 11.-
Nº 3848 - Aros con perlas Evax, $ 14.-
Creaciones Montseny
CENTRAL: CORRIENTES, 789
ANEXO: GALERIA GÜEMES

FIRMAS PERUANAS



POR

ANGELICA PALMA





ERASE que se era — contaba el abuelo a la chiquillería — un vasto y riquísimo país; tan grande, que, mientras en algunas de sus regiones se siente frío intenso y aire glacial y se ven los picachos de la altísima cordillera siempre coronados de nieve, en otras el calor es sofocante; tan espesos los bosques, que apenas dejan entrar los rayos del sol, y tan fértil el terreno, que nacen los árboles uno sobre otro. En otras comarcas, para que haya de todo en aquella tierra singular, es apacible el cielo y suave la temperatura, refrescada por las brisas del mar. Se comprende que, con climas tan diferentes, aquella nación tenga toda clase de productos en materia de bichos, plantas y minerales, con lo que probado queda lo que dije al principio: que es un país riquísimo.

"¡Si sería rico, que en una ciudad que era la capital había, allá en los tiempos de Mari Castaña, un barrio al que en la lengua de la nación

le llamaban Coricancha, esto es, barrio de oro! En ese barrio estaba el templo principal y las casas de recreo y los jardines del Inca, que así nombraban al emperador. No os podéis figurar cómo eran esos jardines."

—¡Cómo no nos lo hemos de figurar! — dijo, picado, uno de los niños mayores. — ¡Ni que uno no supiera lo que son jardines bonitos! Pues con muchos árboles, y flores preciosas, y fuentes, y pajaritos.

—Todas esas cosas tenía el jardín, indudablemente — contestó el abuelo, — pero no como las que estamos acostumbrados a ver. En esos imperiales jardines, los árboles, con las flores y las frutas que en ellos brotaban, con los pájaros parados en sus ramas y con los gatos monteses acurrucados al pie de los troncos, eran de plata y oro.

—¿Los gatos también? — preguntó una pequeñuela, que tenía abrazado a su micifuz.

—También; y no sólo los gatos, sino otros animales, grandes y pequeños, de dos y de cuatro patas, que parecían estar paseándose entre las plantas, o prontos a alzar el vuelo, o dormitando muy tranquilitos; así como los árboles y las plantas, eran todos de plata y oro, o de las dos cosas combinadas con muchísimo primor; y no necesito decir que de los mismos preciosos metales estaban hechos los instrumentos de labranza y hasta los haces de leña que por aquí y por allí se veían como esperando que vinieran por ellos para encender la lumbre.

"Y siendo así los jardines, ya podréis figuraros la magnificencia del templo, donde no se veneraba a la Virgen ni a los santos, pues aquélla era tierra de gentiles, sino, en unas capillas deslumbradoras, a la luna, al arco iris, al rayo y al trueno, y en lo que llamaríamos altar mayor, al sol, el dios principal. La cara del sol la habían labrado en una gran lámina del oro más puro, que cubría la pared y cuyo brillo cegaba cuando la alumbraba la luz del día. Esta iglesia tan espléndida sólo la frecuentaban personajes de sangre real y los de encumbrada nobleza, y su cuidado no se encomendaba a sacristanes, monaguillos y otros pobres; no; se ocupaban de él unas a manera de monjitas, muy guapas, que se llamaban las "escogidas", y vivían en un hermoso convento, a las órdenes de otras monjas viejas, consagradas día y noche a velar el fuego sagrado, que ni por un minuto debía apagarse, y a otras ocupaciones del culto.

"Entre esas monjas hallábase una ya anciana. Siendo niña la consagraron al sol sus padres, unos señorones muy encopetados, hasta medio parientes del Inca; encerradita en el convento, creció, pasó su juventud, alcanzó el rango de vigilante y maestra de las nuevas escogidas, y cada día tomaba más cariño a sus obligaciones y sentía mayor idolatría por aquella maravillosa figura áurea que representaba el sol. Cuando llegó a viejecita, su devoción se convirtió en manía; sólo pensaba en cuidar y adorar la imagen, y ni hablaba de otra cosa ni se enteraba de lo que se decía a su alrededor. ¡Y cuidado que se decían cosas tremendas!: que el Imperio ardía en una guerra espantosa, a causa de la invasión de unos hombres raros y desconocidos; que estos hombres no manejaban flechas y hondas como los del país, sino un fuego mortal; que se habían apoderado del Inca para darle muerte... Mil noticias terribles se comunicaban, llorando, las escogidas, sin que la anciana, consagrada al ídolo de oro, se diera cuenta de su miedo y de su pena.

"Un día hubo una nueva aun más terrible; esos hombres poderosos, venidos de una nación remota, llegarían muy pronto a la capital, al Cuzco sagrado. Como aseguraba la fama que nada respetaban, se decidió poner en salvo a las escogidas, y el sumo sacerdote, como si dijéramos un obispo, las mandó trasladarse por caminos subterráneos a un pueblo vecino. Cuando todo estuvo listo para la marcha, avisaron a la anciana; la encontraron de rodillas, avivando el fuego que sin cesar ardía delante del ídolo áureo; le dijeron que precisaba partir, y contestó, muy tranquila, que ella no se movía de allí por nada del mundo. Como el tiempo apuraba y las pobres escogidas tenían un susto enorme, se pusieron todas a explicarle a la anciana la horrible situación, y ella ¡nada!, atizando su fuego como si tal cosa; las otras pensaron que, por su edad, no las oía bien, y de ahí fué el gritar a coro. Nada; la vieja, erre que erre, en que ella no se movía de su puesto. Entonces una de las escogidas más jóvenes apartó a las demás, y, secándose el llanto, suplicó a la anciana:

"—Madre, ven con nosotras; así no verás a nuestros enemigos profanar el templo y arrancar de su sitio la imagen del sol.

"La viejecita miró espantada a la muchacha, abriendo desmesuradamente los ojos y la boca, luego los fué cerrando poco a poco, inclinó la cabeza y, sin pronunciar palabra, se quedó muertecita como un pajarito. Opinan unos que se murió de vieja y otros que se murió de tristeza. Yo ignoro de qué se moriría; sólo sé que hizo perfectamente en morirse. Así se evitó el disgusto de saber que las riquezas del templo no tardaron en repartírselas los soldados invasores, y que su magnífica imagen del sol le tocó a un capitán afortunado."

—¡Qué contento se pondría el capitán y cómo cuidaría la figura de oro!, ¿verdad, abuelo?

—¡Psch! Cuidarla, no la cuidó mucho, pues esa misma noche, jugando a los dados con otros aventureros, la apostó y la perdió. Aun no despuntaba el día, y desde entonces, va ya para cuatro siglos, se dice de las gentes de esa calaña que juegan el sol por salir.



—Lástima que esas cosas tan bonitas, iglesias tapizadas de oro, jardines de oro y plata, nunca hayan existido sino en los cuentos !— exclamó un niño.

—Si cuando seas grande te da por leer antiguallas, verás que parecen cuentos muchas historias como ésta que acabo de referir — respondió el abuelo. — Y, colorín, colorado, por hoy hemos terminado.

Nota. — Mancio Sierra de Leguizamo se llamó el valiente soldado, compañero de Pizarro, a quien, según la tradición, le tocó, en el saqueo del templo del Cuzco, la imagen del sol, que a las pocas horas jugó y perdió a los dados.

DIBUJOS DE VALDIVIA

La edificación de Buenos Aires en 1810

En vasto paralelogramo dividido en cuadras de 150 varas constituía la ciudad.

Las casas, aun cuando en general estaban construídas con solidez, dejaban mucho que desear respecto a comodidades. Las paredes, de adobes en su mayor parte, de ladrillo cocido las menos, se ligaban con barro, como se hace todavía. Muchos revoques eran también de barro. En las paredes sólo se empleaba el blanqueo, tanto al exterior como interiormente. No se conocía el cielorraso, y los pisos eran de ladrillo en forma de baldosa.

Inmensas rejas voladas en las ventanas afeaban el exterior de las fachadas. Las había que sobresalían cerca de media vara, lo que dificultaba en extremo el tránsito por las veredas — cuya anchura no excedía de una vara, — especialmente en las noches obscuras.

A propósito de estas rejas, un periódico de época muy cercana a aquélla, del año 22, decía: "Un artesano honrado que tiene estropeado el brazo derecho por una de las innumerables rejas de ventana que usurpan el paso de nuestras veredas; y una señorita bonita, que acaba de perder un ojo por la misma causa, van a presentarse — decía — ante la H. Junta para que, a más de obligar a sus dueños a pagar una fuerte multa por cada desgracia que originen, se imponga a cada una de estas ventanas una contribución anual, mientras subsistan en el presente estado.

"Es muy bien pensado; y no dudamos que la señorita cuyos ojos eran muy capaces de hacerse justicia por sí solos, la conseguirá, ciertamente, de nuestros representantes."

Estas rejas debieron chocar mucho al forastero, pero no puede dudarse que prestaban carácter y originalidad a las casas. Por otra parte, eran muy útiles, pues permitían a los vecinos dormir con las ventanas abiertas en las calurosas noches del estío, libres de las acechanzas de los cacos. Entonces no había serenos ni vigilantes, y aunque los robos no eran frecuentes, no dejaba de haber aficionados a lo ajeno.

Doscientos treinta años de vida colonial y 117 de vida independiente, apenas la pubertad de muchas ciudades, es la vida de Buenos Aires, y durante el último siglo transcurrido su población aumentó veinte veces y su riqueza se multiplicó de modo inmensurable.

La heredad que recibimos podemos mostrarla orgullosos comparando la colonia indolente que se radicara a orillas del Plata con la ciudad que de ella surgió.

La gran aldea colonial se ha transformado en la segunda ciudad latina del mundo y en la primera de habla castellana.

RECORDANDO el PASADO

Los primeros pasos en la urbanización



Los que viven hoy en Buenos Aires y transitan por sus cómodas veredas no se imaginan cómo eran sus calles en el siglo XVIII. A mediados de él, en 1757, y a consecuencia de una lluvia continuada de treinta y cinco días, quedó el vecindario confinado en las casas, alimentándose con viandas secas, como en una plaza sitiada, porque la completa incomunicación con la campaña y con las quintas no permitía el abasto de legumbres y carne fresca. Formáronse tales pantanos y tan profundas hondonadas que fué necesario poner centinelas en una de las cuadras de la calle de las Torres (hoy Rivadavia), de las más cercanas a la plaza principal, para evitar que se hundieran y se ahogasen los transeúntes, principalmente los de a caballo. Este debió ser todavía el estado de nuestras vías urbanas, cuando, por medio del intendente don Francisco de Paula Sanz, se propuso el virrey "limpiar esta ciudad de las inmundicias e incomodidades en que la había tenido constituída hasta entonces el abandono y ninguna policía de sus calles, *para que se respire* un aire más puro y se remuevan de un todo las causas *que casi anualmente* hacen padecer varias epidemias *que destruyen y aniquilan parte de su vecindario*".

Las medidas ideadas para tan laudable objeto fueron acertadas e inteligentes, poniendo a contribución el interés del vecindario y los conocimientos científicos del capitán de ingenieros don Joaquín Mosquera, secundado del alarife Pedro Preciado. La primera operación fué determinar el nivel del suelo de una manera conveniente para facilitar el desagüe de las lluvias. Se mandó que las calzadas tuviesen el ancho de seis palmos y que se construyesen de losas o de ladrillo sentado con mezcla terciada de cal, y se levantasen de un palmo sobre el nivel de la calle. Las calles que podían empedrarse por los propietarios de las fincas que daban a ellas se terraplenaban con los despojos de ladrillos y teja que producían los hornos, y en su defecto se empleaban cascotes, tierra o arena de la mejor condición que se hallase.

Se ordenó también que en todas las esquinas *se atravesase una cinta de piedra* con el objeto de sujetar los terraplenes y calzadas, y se recomendó a los vecinos pudientes que empedrasen *todo el cuadrado que forman las cuatro esquinas* de cada uno de los frentes de las cuadras.

JUAN MARÍA GUTIÉRREZ.

Páginas Criollas

Tata Dios escribe el drama...



—Venga, amigo, siéntese, cuénteme su pena y qué le ha pasao...

—Es un tema largo, señor; es como una novela...

—Achíquela: comprímase.

—No sirve pa otra cosa que condoler a las personas decentes. ¡No hay derecho!...

—No sea flojo. Diga cómo fué. Me interesa...

—Y, pues, lo de siempre. O lo que a veces tristemente ocurre. Cosas de Tata Dios, que es el que escribe los mejores dramas... Alquilar un techo, llevar una mujer, tener una hija; empobrecer demasiao, ver algunas vergüenzas en la propia casa; tolerar, vivir como un difunto, de caer tanto... Como en "Los muertos" de Sánchez ¿se acuerda, señor?... Cuando viene la reacción, comprender que se está viviendo y comprobar que se está solo, y enfermo, y muerto de hambre...; todo ha volao: la mujer, la hija, la casa... ¡Una porquería, señor!

—Pero lo cuenta sin llorarlo, amigo, y eso demuestra que la cosa vale menos de lo que parece. Si fuera tan trágica la cosa, habría algo de homicidio en esa relación...

—Es que uno se acostumbra a irse desapareciendo entre los demás. Ve sin ver. Casi ni siente. El golpe viene al último: ¡cuando ya está como muerto y vive todavía!

—¿Y es por eso que se emborracha tanto, amigo?

—¡Qué se yo! Me emborracho para divertirme.

—Vuelvo a decirle que no sea flojo. ¡Diga la verdá!

—Pues es la verdá. Pa divertirme. Cuanto me ven llegar estos amigos, jóvenes inocentes, largan un: "¡Ahí'stá el desgraciao; vengan; lo hacemos mamar... y empieza la filosofía de su vida trunca!" Y yo, de paso, también me divierto, ¡Nos divertimos todos con mi sola desgracia! Es un encanto, señor... y hasta que me encajen en la tierra, y desde allí se produzca el raid de mi espíritu, en una solita etapa, hasta los confines del cielo.

—¡Hay que jorobarse, amigo, y disculpe, con tan extraño modo de ser y de decir!

—Comprendo, señor; pero no se preocupe. La mujer, la hija, la casa, ya volaron. Si me las trajeran de nuevo a mi lao tampoco ya me sirven pa nada; las doy por acuatizadas, con percance fatal, en el Infinito. Si me dan otra casa, y otra mujer, ya no quiero saber más nada de tener la otra hija; porque, lo que es pa mí, la humanidá radica en el Limbo.

—¡Pero, amigo, usté razona, usté no ha perdido del todo la noción de la vida!... ¡Usté la ve con el color del brevaje continuo!... Usté puede cambiar. Es una lástima... Lo hice acercar por eso mismo: porque le adivino fuerzas dormidas. ¡Capaz que reacciona, que se vuelve otro hombre! Un criollo, ¡que no se diga!

—Sí, señor. La noción esa de la vida la tengo. Tengo muchas cosas. Parezco flojo. No se explica bien todo esto para un hombre sensato como usté, que viene a estos antros, que observa, que sufre mirándome... Pero es que los dramas, señor, cuando son verdaderos dramas humanos, son así. Tienen principio, tienen desarrollo y tienen epílogo. A este drama mío le falta el epílogo. Está en el desarrollo; el treinta, el cuarenta capítulo... Tata Dios lo está escribiendo con mi escarnio, frente a ese mostrador, todos los días. Vaya a saber si lo termina... Vaya a saber si él mismo sabe de cómo lo v'a concluir. ¡Ojalá resulte en criollo... y quizás, no más!

(Entró un hombre aún joven, casi elegante. Daba la impresión de ser un calaverón. Cruzó el negocio, desprevenido, cuerpeando mesas, para llegar hasta el grupo de la patota que diariamente embriagaba al "desgraciado de la filosofía de la vida trunca" Este sintió como un gran alivio mental al reconocerlo. Sonreía. La mano derecha se le ponía nerviosa...)

—Perdone si nuestro diálogo le hizo sufrir una vez más, amigo...

—No señor, no señor. Tata Dios, como le decía, se encarga de este drama, y yo soy sólo su personaje más triste. Falta... faltaba el otro. ¡Ahí está, por fin! El coñac, el whiky, la ginebra y los otros tónicos me lo hacían entrever. Era amigo de ellos y yo lo sabía. Es que nunca venía y yo tenía que seguir divirtiéndome... ¡Ahí está, por fin! Cosas de Tata Dios... ¡Aura v'a ver qué lindo termina el drama!

(La víctima se acerca, cuchilla en mano, al nuevo contertulio y, sin otorgarle más tiempo que para que dé la cara y a su vez lo reconozca, empalideciendo, lo toma de un brazo y le dice: —¡Soy yo... mirame bien... el marido de mi mujer, el padre de m'hija!... — y lo deja seco de una puñalada, hasta el mango.)

—¡Pero, muchacho! ¡Lo que has hecho! ¡Qué barbaridá!

—No se preocupe, señor. Tata Dios escribe el drama... Y aura, ¡lo qu'El disponga!

CRUZ ORELLANA

DIBUJO DE BELLO

LAS MAQUINAS PARLANTES DE ALTA CALIDAD

Brunswick Maxofónica

(Marca Registrada)



MODELO VALENCIA
m$n 900



MODELO MADRID
m$n 625

La *Brunswick*, la afamada fábrica de Chicago (Estados Unidos) superándose a sí misma, logra en sus últimos modelos el ideal de perfección largamente perseguido por los técnicos de la industria fonográfica: el absoluto "realismo" en la reproducción de las modulaciones y armonías de la música y de la voz humana, dando al oyente la sensación del fenómeno auditivo "directo", no sólo por el volumen, justeza y nitidez de los sonidos, sino también por su total exactitud y precisión hasta en los matices y vibraciones apenas perceptibles. "Una obra de arte traducida — decía Goethe — da siempre la impresión de un tapiz vuelto al revés". El fonógrafo, aplicado a la música y a la reproducción artística de la voz humana, no hacía en cierto sentido sino eso: traducir armonías. La *Brunswick*, en sus modelos perfeccionados, realiza la ilusión de dar al oyente la sensación de eliminar el artificio mecánico, o en otras palabras, de no "traducir". He aquí su indiscutible superioridad sobre toda otra clase de aparatos similares.

Unase a ello la elegancia suprema de los muebles, del más puro estilo Renacimiento español y construídos todos en caoba y nogal, y se podrá apreciar cómo, en un verdadero alarde de buen gusto, se ha logrado encerrar el alma armoniosa de la *Brunswick* en un camarín digno de ella.

MODELO SEVILLA
m$n 400

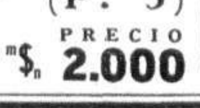


MODELO CORTEZ
m$n 1.100

EMBALAJES GRATIS

Brunswick Panatrope

Modelo "TUDOR" (P. 3)



ES EL ASOMBRO DE NUESTRA EPOCA.
Su sonoridad es extraordinaria, sumamente superior al original.
FUNCIONA ELECTRICAMENTE

PRECIO m$n 2.000



CREDITOS POR MENSUALIDADES

VENTAS POR MAYOR Y MENOR

MAX GLÜCKSMANN

Callao y Bmé Mitre - Bs. Aires - Florida y Lavalle

ROSARIO: Córdoba 1065-69
SANTA FE: Salta 2661

CORDOBA: 9 de Julio 76
MONTEVIDEO: 18 de Julio 966

Los primeros teatros



La ciudad de Buenos Aires no ostentaba a finales de la época colonial los magníficos teatros con que luego se embelleció. El virrey Vertiz, durante su progresista gobierno, había hecho construír un teatro en el paraje denominado la Ranchería, en la plazoleta que luego perteneció al Mercado Viejo, frente a la Universidad.

El Coliseo, que estaba ubicado donde hoy se levanta el teatro Colón, se comenzó a edificar en 1804, siendo entonces tan desamparado aquel paraje, que se le llamaba *el hueco de las ánimas*. Mientras se aprontaba el Coliseo, que debía ser construído a todo costo, se habilitó provisoriamente el teatro Argentino en el mismo año de 1804.

El Argentino, situado frente a la iglesia de la Merced, fué por muchos años el único teatro o Casa de Comedias, como se le llamaba generalmente, y no era por cierto ningún modelo arquitectónico. El frente, completamente desprovisto de todo ornato, ostentaba por entrada un portón de pino, más propio de una cochería que de un teatro.

El proscenio tenía suficiente extensión para las representaciones de la época y personal que trabajaba. Las decoraciones, bastante pobres, fueron pintadas en su mayor parte por don Mariano Pizarro, argentino, maquinista del teatro.

El telón de boca y cierto número de bastidores eran obra de algún artista o aficionado que cayó a mano.

El alumbrado por mucho tiempo fué de velas de sebo; más tarde se las substituyó con lámparas de aceite.

La fila de candilejas del proscenio no podía obscurecerse cuando el caso lo requería.

Las cortinas color carmesí que ocupaban la bóveda de la decoración, servían igualmente para un techo que para un cielo, bosque o jardín.

En el centro del proscenio aparecía la *garita* del apuntador. El papel de éste lo desempeñó por muchos años un tal señor Insua que hablaba en tan alta voz, que el espectador oía dos veces la misma pieza.

La maquinaria no estaba muy adelantada en la época. Para levantar el telón, dos hombres, uno a cada lado en la parte superior, esperaban sentados en sendas plataformas. Al hacerse la señal, se asían de las cuerdas sirviendo de contrapeso al telón; éste subía, en tanto los dos hombres bajaban hasta tomar piso. Una vez en el suelo, afianzaban bien las cuerdas en dos postes colocados al efecto. Para bajar el telón no había que hacer más que desatar las amarras e ir largando, piano, piano..

Al frente del proscenio se leía la siguiente inscripción: "Es la comedia espejo de la vida".

La platea tenía 250 asientos. Unos bancos divididos por brazos formaban las lunetas.

La entrada general valía diez centavos; las lunetas, 15 ó 20; los palcos llamados bajos costaban un peso, y los altos, tres. Cabían en éstos seis asientos cómodamente, asientos que debía enviar el ocupante o alquilar a módico precio en el mismo teatro.

Las calles y el tráfico comercial



ARAS eran las calles empedradas. Las veredas, malas y estrechas, estaban pavimentadas en su mayor parte de mal ladrillo; contadas eran las de piedra. Alejándose no mucho del centro, el transeúnte veía ya muchos potreros cercados de tuna y pita.

Desde su fundación la ciudad careció de un plan de nivelación y las consecuencias se están sintiendo aún en nuestros días.

La calle Florida era de las pocas pavimentadas, y como fluera la primera que lo tuvo, llevó el nombre de *calle del Empedrado.* En la conjunción de la que es hoy Sarmiento y Florida llamada *Esquina de Lamas,* había enormes pantanos, tanto en dirección al río como al campo.

La calle Maipú tuvo por muchos años el nombre de calle de los *Mendocinos,* debido, sin duda, a los depósitos, en los almacenes de aquella calle, de los productos venidos de las provincias y muy especialmente de Mendoza, que se transportaban de muy varia y pintoresca forma.

A más de las tropas de carretas, que en doble fila se extendían en el bajo, desde el lado del Riachuelo hasta cerca de la Recoleta, procedentes de las provincias del interior con cargamentos de suelas, cueros y otros productos, veíanse también en el trayecto, desde el bajo hasta los almacenes de la calle de los Mendocinos, tropas de mulas (*arrias*) de la misma procedencia, cargadas con barriles de vino y aguardiente; petacas de pasas de higo y de uva, patay, algarrobo, tabletas y alfajores con que se deleitaban los golosos de la época.

Curioso era ver las mulas. Estos pacientes animales, en tropas de veinte, treinta o más, seguían a una yegua (madrina) con cencerro, llevada del cabestro por un individuo a caballo. Al final de la hilera cabalgaba otro peón o el capataz, a caballo, el cual era el encargado de conducirlas por las calles y entregar las mercaderías a destino.

A las mulas más chúcaras les envolvían la cabeza con un poncho.

Muy pocos eran los carruajes que transitaban por la ciudad y escaso el número de carros; así, las mulas eran señoras del arroyo; y era frecuente verlas echadas esperando con toda calma la hora de reanudar la marcha.

Terminadas las entregas de mercaderías, y después de unos pocos días de descanso, volvían las tropas de mulas a su destino, unas cargadas con los envases vacíos o bien llenos de efectos de ultramar que llevaban en el retorno.

Mendoza enviaba a la Capital de cuatro a cinco mil barriles de vino, siendo un señor Corvalán su principal importador.

El tráfico urbano en la gran aldea



POCAS eran las familias que poseían coches para su uso particular; el estado de las calles no era nada adecuado para este sistema de locomoción. La silla de manos estaba muy en boga; era favorita de las gentes pudientes, especialmente del sexo femenino.

Los varones, aun los de cierta edad, preferían el caballo.

El tráfico urbano lo desempeñaban las célebres "carretillas", que también servían para el embarco y desembarco de pasajeros, equipajes y mercaderías. Eran unos ligeros artefactos construídos de madera liviana, los costados formados de listones de caña tacuara, cubiertos por un cuero de potro, y los arrastraban caballos atados a la cincha.

Había varios "carretilleros" o dueños de tropas de carretillas, teniendo su corralón los principales cerca de la iglesia de la Merced.

No escaseaban en estos hoy tan poblados barrios profundos pantanos y enormes cercos de tuna.

Los dueños de tropa de aquellos tiempos, o "carretilleros", hacían traer del campo un centenar o más de gordos caballos, ya comprándolos o alquilándolos a algún estanciero por poco más que nada, y trabajaban con ellos hasta que ya no podían tenerse en pie de puro flacos o caían muertos de cansancio y de extenuación. Más barato les parecía mandar traer del campo otros caballos nuevos, que gastar la plata en mantener y cuidar bien los que tenían a su servicio. Aquellos animales, mal comidos y cansados de trabajar, no tenían donde guarecerse en los cortos descansos que se les concedía. Un inmundo potrero lleno de barro, donde apenas tenían espacio, les servía de albergue. La rasqueta y el cepillo eran artículos de lujo completamente desconocidos en estos establecimientos; cuando más, los "carretilleros" raspaban las enlodadas cuartillas y los lomos de los más embarrados con el dorso de sus cuchillos, que luego limpiaban en la cola del mismo animal. Debido a la inmensa cantidad de caballos que poblaban la campiña era poco el aprecio que se tenía en aquel entonces al noble bruto. Un buen caballo costaba en ese entonces de dos a tres pesos, y los estancieros jamás negaban al viajero necesitado uno o más caballos, sin preocuparse siquiera de su devolución.

En tan poco se tenía en aquellos tiempos la vida de estos útiles servidores del hombre y primer elemento de fuerza para todos los trabajos productivos, que era muy frecuente ver a un paisano bajarse de su caballo en medio del campo y degollarlo por haberse cansado y no poder caminar más. La reposición era fácil y económica y le tenía más cuenta cuerear al animal ya inservible.

A los primeros caballos y vacunos introducidos en nuestro país por los primeros fundadores debemos una de nuestros principales fuentes de riqueza.

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADO



FLORIDA, 130
CORRIENTES, 838
CARLOS PELLEGRINI, 78
BUENOS AIRES

CASA EN ROSARIO:
SAN MARTIN, 835

Solicite Catálogo Núm. 31

MODELO Nº 753 S
En raso rosa, oro viejo, celeste, ramas pintadas a mano. En piel de seda negra. En cabritilla dorada y plateada. En lamé plateado. Taco recto de 6 ½ cm.



MODELO Nº 937 S
En cabritilla africana, marrón claro, extranjera; charolada y negra, extranjera. En gamuza negra, extranjera. Taco recto Luis XV, de 3 ½ y 5 ½ cm.

$ 14.90

MODELO Nº 924 S
En cabritilla charolada, marrón claro. En cabritilla charolada, color borravino, tornasol, extranjera. Taco recto, de 5 ½ cm.



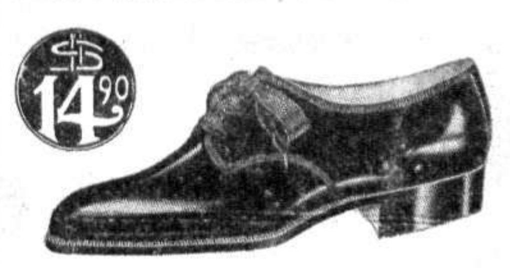
MODELO Nº 925 S
En cabritilla charolada, extranjera. En cabritilla marrón obscuro, extranjera, aplicaciones de cordoné. Taco recto Luis XV, de 5 ½ cm., únicamente.



MODELO Nº 636 S
En cabritilla charolada. Caña gabardina negra o caña becerro mate. En cabritilla negra o charolada, enterizo, con elástico, especial para militares.



MODELO 810 S
En cabritilla charolada con o sin puntera, prusiano y a la inglesa. Especial para bailes.



Para las Fiestas Mayas puede Vd. lucir el Calzado más Fino, Cómodo y Elegante, que hayan producido hasta ahora los más destacados Modelistas, encargando un Par a Casa Palma.

Precio Unico $ 14.90

RECORDANDO el PASADO

El fuerte, las plazas y la recova

N el terreno que hoy ocupa la Casa de Gobierno, poco más o menos, se hallaba el antiguo Fuerte o fortaleza, residencia de los virreyes, edificio sombrío sobre cuyos almenados muros asomaban sus bocas los cañones. Tenía por entrada un enorme portón de hierro, con puente levadizo, tendido sobre el ancho foso que rodeaba el castillo. Este foso, depósito de inmundicias, era el punto de reunión de los precursores de nuestros atorrantes, que jugaban a la taba con los desarrapados soldados de la guarnición. Ante el fuerte se extendía la Plazoleta de la Fortaleza, que luego fué la plaza 25 de Mayo.

En esta plazoleta, completamente desprovista de adorno, con sólo unos pocos asientos de ladrillo, *poyitos,* inmediatos al foso, sin empedrar, tenían lugar las ejecuciones, levantándose la horca inmediata al foso.

El frente opuesto, que separaba esta plaza de la Plaza Grande, era la Recova Vieja.

La Plaza Grande, o Mayor, según la denominó Juan de Garay, al colocar la piedra fundamental de la ciudad en 11 de junio de 1580, fué luego conocida por el más grato a nuestro oído que se le acordó en 1808, el de la Victoria, en conmemoración de la reconquista de la ciudad.

La Recova Vieja, que separaba las dos plazas, tenía una doble fila de cuartos que se alquilaban para comercios.

Desde la esquina de la calle Defensa hacia la de Bolívar se extendían los arcos de la Recova hasta la mitad de la cuadra, siguiendo luego una ancha vereda, el *vercdón,* al largo de cuyo cordón se instalaban las llamadas *bandolas,* especie de mercerías ambulantes. Constaba cada una de un cajón como de 2 varas de largo, por una o más de ancho, colocado sobre cuatro pies, todo de pino con tapa de goznes. Abrían los señores *bandoleros* sus tiendas, y la tapa, al levantarse, se convertía en estantes.

Los artículos de venta eran peines, alfileres, dedales, tijeras, rosarios, estampas de santos, imágenes y toda clase de chucherías y objetos de poco valor.

La principal clientela era gente de color, esclavos, sirvientes, etc.

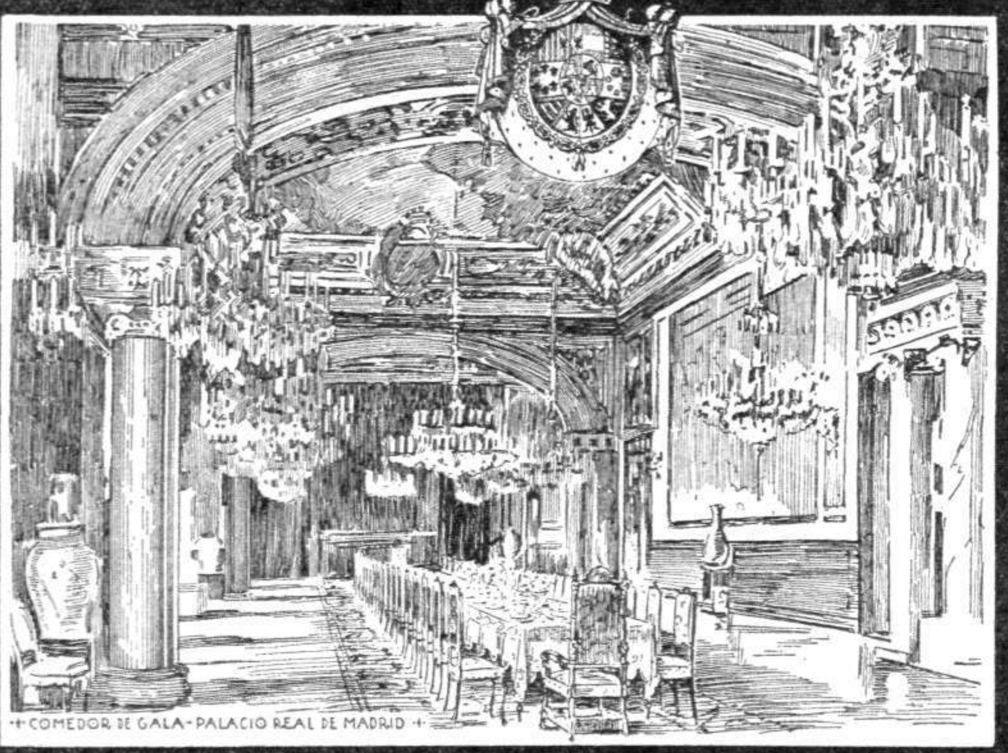
El frente llamado del Cabildo, con sus portales era el más importante. La vieja torre del reloj tenía éste más o menos descompuesto.

La cárcel y su cuerpo de guardia ocupaban la parte baja, y se hacían notar por su desaseo. Seguía la policía, de pobrísimo aspecto, siendo los demás edificios que cerraban la plaza casas particulares de muy poco atractivo.

En el lugar del majestuoso frontis de la Catedral veíanse las desnudas y derruídas paredes de un edificio a medio hacer, que parecía destinado a no terminarse jamás, que dió origen al entonces vulgar dicho: "¡Bah, ésa es la obra de la Catedral!"

LICOR DE LOS 8 HERMANOS
FREIXAS Y C^IA B. AIRES





PROVEEDORES DE LA REAL CASA



FUÉ en 1885 y en el diario "Tribuna Nacional", fundado por Andrade. Por una deferencia del ilustre poeta que he referido en otra de mis Evocaciones publicada en CARAS Y CARETAS, yo estaba empleado allí como colaborador literario.

Era director Julio Costa, muy joven entonces, pero ejerciendo ya, además de aquel cargo, la primera de las diputaciones nacionales, entre las muchas donde destacó más tarde singulares valencias oratorias. Con ellas ha dado las notas más características de elocuencia parlamentaria intencionada, densa y, sobre todo, vívida.

Mucha historia argentina contemporánea podía reflejarse si algún biógrafo, atento al fondo de las realidades políticas de cada hora, o si el mismo Julio Costa escribiese sus memorias, con este título o este tema interesantísimo: "Mis turnos intelectuales".

¡Cuántos años de vida nacional, en un período de hondas y fundamentales transformaciones, están comprendidos en las alternativas con que esa mentalidad tan porteñamente argentina y tan argentinamente porteña, empleó en la vida pública sus múltiples herramientas de trabajo y sus variadas armas de combate!

De éstas no solamente son propiedad el temple, la punta y el filo. También, y aunque así no lo parezca ante el juicio superficial, el brillo es parte del poder de una arma. Hasta en los instrumentos de trabajo el brillo es un valor que acusa la extensión y la intensidad del esfuerzo! En la reja del arado y en el hacha del obrajero, el brillo es voz que dice: "hemos trabajado mucho y bien".

En herramientas y en armas, el buen empleo y el largo ejercicio se conocen por la cantidad con que devuelven el sudor humano transfigurado en luz.

Lo mismo puede decirse de las herramientas y las armas en las labores y luchas del pensamiento.

A los trabajadores de este trabajo, y entre ellos a Julio Costa, se los moteja a veces de ser más brillantes que útiles.

Es el juicio de los frívolos, que no distinguen cuando el brillo es por virginidad de la espada o por limadura artificial del instrumento, de cuando el brillo es manifestación de trabajo, de vida, como en el arado que se lustra arando hondo, o el arma que ha hecho oficio de arma y no de adorno. El pudor de la espada o el facón consiste en desnudarse siempre a la vista de todos.

"Los turnos intelectuales" del viejo director de la vieja "Tribuna Nacional" fueron de periodista a gobernador, en que produjo los mensajes más literarios y los discursos más bellos en la literatura oficial de la provincia de Buenos Aires, después del tiempo en que el doctor Nicolás Avellaneda fué ministro del gobernador Alsina.

Después los turnos fueron de escritor a parlamentario y de parlamentario a escritor. En esta etapa se encuentra hoy reviviendo historia en libros fáusticos.

Yo revivo un poco de crónica. En ella hago aparecer hombres, escenas y circunstancias, desconocidas u olvidadas, de los que no pueden alcanzar, para perpetuarse, el bronce de la estatua, pero que en el pedestal de los grandes monumentos merecen el rinconcito de un bajorrelieve esculpido sobre la piedra en bruto.

En una Evocación especialmente destinada a Julio Costa, narraré el incidente que, sin importancia externa, fué, sin embargo, significativo de un estado de espíritu colectivo, o de lo que, con estilo moderno, puede llamarse la sensibilidad de una época.

En la otra que menciono al comienzo de este artículo, Julio Costa era sólo periodista, y como tal había hecho de la redacción de "Tribuna Nacional" un centro donde concurrían hombres políticos y hombres de letras, el presidente Roca, Wilde, Ojeda Zorrilla, don Agustín de Vedia, Navarro Viola, hijo, y otros intelectuales, entre ellos don Rafael Hernández, hermano del autor de "Martín Fierro", cuando éste era más conocido como político militante que como poeta, a pesar de que hacía ya cerca de diez años que su poema se había publicado. Pero hasta entonces su circulación estaba limitada a la campaña.

En los centros cultos... Sobre esto me ocuparé en el segundo artículo destinado a José Hernández.

Don Rafael tenía reputación propia, tan hecha en aquel tiempo, que no se la debía en nada a la de su hermano. Era agrimensor de profesión, periodista de afición y creyente de corazón en el espiritismo.

Precisamente en la ocasión a que voy a referirme, Julio Costa le planteó un problema psicológico de mucho alcance, con esta observación que

le hizo en mi presencia: "Usted, don Rafael, es un hombre de gran sentido práctico en la vida, lo que me hace pensar que la doctrina espiritista, de que es usted un sincero profesante, debe contener mucho de serio para atraer a un espíritu tan positivo como el suyo".

Hernández, acostumbrado, como él mismo lo manifestó, a que amigos y extraños consideraran una chifladura su credo religioso, se sintió complacido con aquel juicio de un hombre joven y en plena posesión de todo lo que podía entenderse por la modernidad de entonces.

Se sintió halagado; y con una efusión que en ciertos momentos llegaba al fervor, hizo la más completa y elocuente exposición, de las que yo he leído y oído, de los elementos científicos en que se basan, o creen basarse, los dogmas de Allan Kardec.

Yo estaba en el despacho del director cuando entró el señor Hernández y entablaron conversación mientras yo aguardaba una respuesta de aquél, que dependía de un informe del regente.

Entre tanto llegaba el dato, yo me arrinconé, inadvertido por los interlocutores, y escuché con vivo interés el diálogo. Se interrumpió por un llamado de los talleres que le hicieron al director. Salió. En el intervalo, don Rafael, que estaba, con toda la cuerda de su entusiasmo, disertando sobre la materia de su fe, continuó su exposición dirigiéndose a mí, en quien vió seguramente la expresión del vivo interés con que le escuchaba.

Del tema principal sobre los fundamentos naturales y científicos del credo espiritista, que para él representaba todo el espiritualismo, pasó a tratar un asunto de actualidad relacionado con la misma materia: la lucha de las nuevas creencias con las antiguas, intensificada en aquellos momentos por un conflicto entre las autoridades eclesiásticas con el poder civil. Esto dió origen a una polémica generalizada y ardiente en la prensa y un gran debate en el Parlamento.

Fué el último relámpago del viejo liberalismo argentino en defensa de las instituciones laicas.

La Iglesia tuvo a su favor los campeones más ilustres y elocuentes: Estrada, Goyena, Navarro Viola (padre), Achával Rodríguez y Lamarca, que desde la tribuna parlamentaria o en el diario de su causa, "La Unión", hacían un apostolado que los liberales llamábamos "clericalismo".

Como representante de éste, o de lo que se entendía por tal, se había destacado en la controversia un predicador de los barrios del sur, llamado el padre Chapo. Su nombre se hizo popular entre las beatas y los devotos como campeón de la fe; y como tipo extravagante entre la juventud liberal, que se burlaba, en sueltos periodísticos, de sus sermones, de tonos apostólicos violentos. Aparecía como un pequeño Pedro el Ermitaño que llamaba a los fieles a una nueva cruzada.

Yo lo nombraba en una composición que escribí para una polémica en verso que sostuve sobre la cuestión del día con un contrincante que publicaba en "La Unión" artículos versificados, como eran también los míos en "Tribuna Nacional".

Refiriéndose a uno de éstos, el señor Hernández, sin conocerme, y, por consiguiente, sin saber quién era el autor, mencionó una de esas publicaciones.

Relacionándola con los tópicos tocados por él, dijo: "Estas ideas están muy bien expuestas en una poesía firmada por un Castellanos, a quien no conozco y que he leído últimamente en un viaje a Misiones, donde trabajé como perito varios meses. Allí recibía la "Tribuna Nacional" y he leído esos versos. Se los recomiendo, son muy buenos y dicen..."

Y aquí viene lo más interesante del caso: lo que él dijo que yo dije; o, más exacto, lo que él me dijo que mis versos decían. Me les hizo decir cosas estupendas con relación al asunto. Todo lo que él pensaba en contra de la fe católica y en favor de la libertad de conciencia, la necesidad de combatir la intolerancia en materia religiosa me lo adjudicó generosamente a mí o sea a mis versos, cuyo autor él no conocía. Yo continuaba callado, escuchando el panegírico a mi composición poética de circunstancias, que no supuse nunca encontraría un eco tan honroso.

Llevé más adelante mi disimulo, hasta la picardía. En el momento de la mayor exaltación con que se desarrollaba su credo liberal tomando mis versos como pretexto o estribillo, se interrumpió para referirse al autor. "Firma Castellanos; me acuerdo bien; él escribe en la "Tribuna". ¿No lo conoce usted?"

Respondí evasivamente. "Yo hace muy poco tiempo que vengo aquí". Pero momentos después regresó Julio Costa al despacho de la dirección. Don Rafael lo interpeló preguntándole quién era el Castellanos de los versos tales...

El director nos miró a los dos, entre sorprendido y risueño, al darse cuenta de la travesura. En aquel tiempo Julio Costa tenía espíritu travieso.

Festejó lo que él llamaba "la malicia salteña". Nos explicó que lo conocía mucho porque el doctor Marcos M. Zorrilla la ensayaba un poco ingenuamente; con mucha solemnidad, el doctor Olegario Ojeda; con gran socarronería, el doctor Ruiz de los Llanos, y con éxito completo, hasta culminar triunfalmente en la sátira del doctor Eduardo Wilde, el gran ironista, con el que se comete la mayor injusticia: la de recordarlo sólo por sus chistes, y olvidarlo en su producción literaria, abundante y sustanciosa. No sólo tiene valor en la nota humorística, sino en trabajos de índole seria y algunos hasta sentimentales, como el precioso artículo "La lluvia", de su libro "Tiempo perdido".

En el caso de mi referencia, cuando Hernández le interrogó a Julio Costa por el autor de los versos, éste lo gozó y, señalándome, dijo: "Pero ahí lo tiene"...

Don Rafael, con la simpática bonhomía que lo caracterizaba, se me acercó y, estrechándome la mano afectuosamente, me dijo lo que sin duda era en él un decir usual: "Primer gauchada en que me embroman... pero lo felicito". Y añadió, ya en otro tono, algunas consideraciones con que ratificaba las favorables que había emitido sin saber quién era el autor, a propósito de aquella mi colaboración.

Precisamente en estas circunstancias y con motivo de publicaciones locales, me complace y hasta me conviene recordar mi trabajo periodístico de aquella época, en que yo tenía 22 años. Hay quienes han pasado de los setenta sin haber trabajado en cosas buenas, y mandan insultar a los que han trabajado desde niños.

Aquel encuentro con don Rafael fué el punto de partida de una cordial amistad entre un muchacho y un hombre ya maduro, pero de espíritu fresco y rebosante de sana vitalidad. Yo le caí en gracia, según decía; y dió facilidades a nuestro trato, que yo cultivé con gusto y con provecho. Con provecho, no sólo intelectualmente por lo que había en ese hombre de movedor de ideas, sino también y principalmente, como maestro de experiencia mundana.

La última vez que conversamos extensamente, y en que él fué más confidencial conmigo, me

causó una impresión profunda que ha dejado en mí uno de los recuerdos que más estimo como valor espiritual.

Se había fundado ya La Plata, y Hernández era un personaje de influencia en el partido que acompañaba al doctor Dardo Rocha en el gobierno. Creo que en aquella época era senador a la Legislatura de la Provincia.

Un día me llevó a almorzar a su casa; me presentó a dos hijas, bellas y de una esmerada educación de tipo antiguo, poéticamente señorial y dilecta.

El asiento de la derecha inmediato al suyo estaba desocupado, pero a su frente en la mesa había un servicio completo de platos, vasos y cubiertos.

Me apercibí que durante el almuerzo nadie ocupó aquel asiento, pero el hecho no me llamó mayormente la atención, hasta que al final de la comida, después de haber encaminado con tino la conversación hacia temas graves, me manifestó, con toda naturalidad, que aquella silla vacía y aquel cubierto que nadie usaba eran los de su esposa fallecida, que él y los suyos colocaban diariamente en testimonio del diario homenaje a la querida muerta, de la que tenían seguridad los acompañaba en espíritu a esa hora de unión de toda la familia. Todos invocaron su nombre en una oración rezada en alta voz, con palabras sencillas y emocionantes, que no eran de fórmula, sino espontáneas, inspiradas por las circunstancias y las impresiones de vida correspondientes a cada día.

Aquella escena interpretativa de una fe sinceramente profesada, que para algunos hubiera sido ridiculez, o por lo menos una rareza, a mí me dió la fuerte impresión, imborrable en mis recuerdos, de un bello cuadro viviente, de unción religiosa y de una alentadora seguridad en la supervivencia de los seres humanos en el más allá superterrestre.

Esta confianza, en un profesional de estudios o de oficios relacionados con la mística de cualquiera de las religiones, no me hubiera producido más efecto que el de las devociones conocidas y consagradas.

Pero don Rafael Hernández no era un místico, sino, al contrario, como lo dijo Julio Costa el día del encuentro en "Tribuna", un hombre de criterio positivista, de los que en el mundo se llaman hombres prácticos. Esta circunstancia revestía de más autoridad y daba más relieve al candor de su fe en que prevalecía lo serio y respetable de todo estado afirmativo de vida.

En su hermano José Hernández se reproducía el mismo caso en otro rumbo de espiritualidad. Fué también un hombre forjado en las más rudas realidades, de las que extrajo la obra poética más vívida que se haya escrito en América.



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA


TUPIS
SIERRAS
GARLOPAS
CEPILLADORAS
BARRENEADORAS
MAQUINAS para CARPINTEROS
Y
HERREROS
AGENTES EXCLUSIVOS
DE
ALBERT PESANT y Cie.
DE
MAUBEUGE
FRANCIA
LAS
UNICAS
CONSTRUIDAS
TOTALMENTE
EN ACERO, LLANTAS
DE GOMA Y EJES A BOLILLA
CARRETILLAS "COLSON"
PARA LOCALES CERRADOS
NO PRODUCEN RUIDOS
AGENTES EXCLUSIVOS
DE
THE COLSON Co
OHIO
U. S. A.
ARTICULOS
PARA
TODA CLASE
DE
VEHICULOS
OTTONELLO, TIBALDI & Cia.
CASA CENTRAL y EXPOSICION:
330 - PERU - 330
TALLERES:
MATHEU y BRASIL
BUENOS AIRES
LA
MEJOR
Y
MAS SOLIDA
CONSTRUCCION
DE
ACOPLADOS - CARROCERIA
PARA CAMIONES
SULKYS, CARROS
CASILLAS
CHATAS
ETC.
SALTOS
TOBOGANES
PASO ANILLAS
PASO VOLANTES
BASKET - BALL
HAMACAS, etc.
APARATOS DE GIMNASIA
PARA
PLAZAS DE EJERCICIOS
FISICOS
AGENTES EXCLUSIVOS
DE
EVEWEAR
MANUF. Co.
OHIO
U. S. A.
SOLICITE
CATALOGO

BELLEZA RESPLANDECIENTE



BEBE DANIELS, famosa estrella de la Paramount.

Renovación del cutis por absorción.

Si su cutis está desfigurado por manchas, palidez, barrillos, pecas, etc., de nada sirve que use Vd. pinturas, cremas u otros ingredientes. Tales imperfecciones no desaparecerán y con el uso de materias nocivas sólo conseguirá desfigurarse un poco más. Lo mejor es quitar el cutis mismo con todos sus defectos, y para ello basta comprar cera pura mercolizada que se extiende por el rostro todas las noches lo mismo que si fuera cold cream, quitándola por la mañana con un poco de agua caliente. La cera mercolizada absorbe el velo mortecino en pequeñas partículas, de manera que nadie puede notar que está Vd. arreglándose la cara, a no ser por el resultado que es realmente maravilloso. No hay nada que se le parezca para conseguir un cutis lozano y hermoso.

Los peligros del rouge.

El carmín o rouge, a más de dar al rostro un antipático aspecto artificial, trae aparejadas malas consecuencias para el cutis, haciendo que las mejillas se arruguen y se sequen y, a veces, se llenen de barrillos. El rubinol, absolutamente inofensivo, embellece las mejillas con un rosado que en nada se distingue del natural. Todas las mujeres de mejillas pálidas, para suplir la falta de color natural, pueden recurrir confiadas al rubinol en polvo, que pueden adquirir en cualquier farmacia, perfumería y otros comercios que se dedican a la venta de artículos de tocador.

RECORDANDO el PASADO

Fundamentos de un proyecto de recova



Es bien notorio lo mucho que conviene, para establecer el buen órden, comodidad del público, y aseo de una Ciudad populosa, tomar las providencias y medios convenientes á efecto de conseguir las ventajas anexas á un Gov.no ilustrado; No es menos constante que esta Ciudad florece cada día mas, que se aumenta su poblacion y que esta pide nuevo arreglo y orn.to: Su situacion y el feraz suelo de que goza, con las sabias disposiciones y máximas de su Govierno, pueden hacerla algun día envidiable á los pueblos mas civilizados; el amor que le profeso, considerandome como vecino de ella, y las circunstancias de que está adornada han exitado mi meditación (deseoso de contribuir á su mayor auge y decoro) moviendome á formar el proyecto presente, asi para el bien de su numeroso vecindario, como para regularizar y guardar la Plaza Mayor, construyendo al frente opuesto á la Casa Capitular un Edificio sencillo para establecer en el una Recoba, donde se reunan todos los comestibles para el abasto del pueblo, como Carnes, Pescado, Aves, frutas y demas necesario al consumo del Público, situando tambien en ellas las tiendas ó Puestos volantes de Mercachifles y otros, dejando de este modo desembarazada la Plaza, veredas y Calles, donde no deben tolerarse por ser este abuso contrario al aseo, limpieza y propiedad de una Ciudad como esta. Estas justas consideraciones me han impulsado á presentar este Proyecto, dirigido : la Suprema Cabeza que la Gobierna y que se muestra tan propensa á su comun beneficio, no menos que la de interesandose tanto por todos respectos al Ille. Cavildo, ha de propender á tan útil establecim.to en la erección del citado Edificio; que con semejante finca puede aumentar sus Propios de que tiene necesidad p.a atender á las cargas indispensables que le son anexas; me ha determinado asi mismo á producir este pensamiento lo que previene S. M. en el Art.o 19 trat.o 1.o tit.o 8 o del tomo 4.o de R.s Ordenanzas; y deseando yo vivan.te interesarme en la felicidad de esta ciudad, previa la aprovación del Exmo. Señor Virrey, me ofresco con mis subalternos á dirigir la obra (si se determinase) sin otro interes, que el que tomo por su mayor veneficio y lustre, (pero no á llevar la cuenta y razon de su inpendio p.a cuyo efecto, y el de cuidar que los operarios presten el trabajo devido, puede nombrar el Ille. Cavildo persona de su satisfaccion apta para ambos encargos) y tambien á indicar los medios y modo de verificar la Obra, segun se determinare ya sea modificandola ó aumentandola conforme previene S. M. en el art.o 12 trat.o tit o 1.o del citado tomo 4.o de R.s Ordenanzas.

JOSEF GARCIA MARTINEZ DE CACERES

Archivo General de la Nación. Documentos del Cabildo.







DIBUJO DE FOGGI

Tiene ojos celestes
como las cachimbas,
y pelo clarito
— vidalitay —
como pelo e gringa.

Es malaza y pincha
como las espinas,
pero más sabrosa
— vidalitay —
que una torta frita.

Si le hablo en broma
se me pone mala,
y si le hablo en serio
— vidalitay —
se me rie en la cara.

Que el diablo la entienda
a mi linda china
con su cara e virgen
— vidalitay —
y su alma de arpía.

A ocasiones llego
derecho a romper;
se da cuenta y me hace
— vidalitay —
cambiar parecer.

Que en poniendo un mate
cerca a mis narices,
se me cai la baba
— vidalitay —
como a los gurises.

Es malaza y pincha
como las espinas,
pero más sabrosa
— vidalitay —
que una torta frita.

RECORDANDO el PASADO

La plaza de toros



La afición por las corridas de toros en los últimos tiempos de la época colonial estaba concentrada en el pueblo bajo, que se entusiasmaba con los actos de arrojo de los lidiadores o la bravura de los toros. Coplas populares cantaban las gestas de sus héroes, y en los días de corrida el hormiguero humano que se dirigía por la actual calle Florida a la plaza de toros caminaba entonando alegre las coplas de moda.

He aquí el estilo de aquellas canciones:

Tengo mi amor torero;
vivo con pena.
Que no me mate un toro
en tierra ajena.

Con la capa el torero
maneja al bicho,
y la mujer al hombre
con su abanico.

La Reconquista y la Revolución terminaron con estos entusiasmos. Toreros y público abandonaron capas y tendidos para formar en las filas de los defensores de la Patria.

La plaza, ubicada al finalizar la calle Florida, afectaba la forma de un octógono murado de ladrillos, revocado a cal, con una alta y espaciosa galería abierta por grandes ventanas de forma elíptica. Tenía capacidad para diez mil espectadores. Pocos son los datos existentes sobre su aspecto y distribución. De ello se desprende que, aun cuando de forma octogonal en el exterior e interior, la barrera era circular. El edificio, de estilo morisco, estaba coronado por una serie de remates en su parte alta. En lo interno su construcción era de madera, y una ancha galería rodeaba los palcos y gradas en los altos.

Cuatro puertas daban acceso al público. Si bien no se puede determinar a qué lado se abría, cabe suponer que la entrada principal estaba del lado de la ciudad, en dirección a la calle del Empedrado, hoy Florida, que en 1800 estaba pavimentada hasta allí. Los palcos tenían entrada independiente. Eran todos cubiertos, separados entre sí, con puerta y llave particulares, y las sillas se alquilaban allí mismo o las llevaba cada arrendatario.

De las cuentas consultadas se deduce que los palcos se pagaban a tres pesos y tres y medio. Los asientos de preferencia, en orden de precio, eran los de barrera — o valla, como entonces se decía, — que costaban cuatro reales; luego el tablado sobre el toril, tres y medio, y las gradas o tendidos, a tres reales. La entrada general costaba un real.

Las gradas eran anchas y los tendidos o asientos corridos, así como la contrabarrera, estaban pintados de blanco en su frente; los palcos oficiales se pintaban a gusto de las autoridades. El circo tenía burladeros, capillas y comodidades necesarias para los lidiadores.

Sobre la puerta principal, en lo alto del edificio, se enarbolaba una bandera blanca con el escudo español en su centro. El pintor José Cañete cobró 19 pesos por pintar el citado escudo.


YALE La Mejor Linterna Eléctrica que se Fabrica
LAS Linternas YALE están listas para demostrar que siempre se puede contar con ellas. Listas para alumbrar el rincón más obscuro con un rayo de luz intenso y penetrante.
Las Linternas YALE tienen muchas características exclusivas; entre otras, el Interruptor de Seguridad que impide se enciendan accidentalmente; dos Amortiguadores de Golpes que protegen la lamparita; la "Luz de Bujía" que hace que sean Linternas para dos usos, etc.
En las Baterías YALE va acumulada mas y mejor energía eléctrica —por eso su luz es mas potente, brillante y blanca, así como su duración mayor. Mejoran cualquier linterna, y mas que todas a las YALE.
Pida y exija siempre la YALE.
YALE
YALE
Nº 112
FLASHLIGHT BATTERY
YALE ELECTRIC CORPORATION
Brooklyn N.Y. Chicago
San Francisco
MADE IN U.S.A.
TAMBIEN LUZ de BUJIA
Simplemente destorníllese la cabeza según el grabado — una característica de la YALE.
Nº 3103
Baterías YALE
Ya sea que Ud. elija una de Fibra rayada — más fuerte que el metal — o una preciosa Niquelada, la calidad es siempre la misma, y por eso las YALE son conocidas en todas partes como las mejores.
YALE ELECTRIC CORPORATION
Brooklyn, Nueva York, E. U. A.
Representantes en la Argentina y en el Uruguay:
Mabardi Hermanos
Corrientes, 435 — Buenos Aires
De venta en todas las casas del ramo.

Los huecos o plazas



El *hueco de Lorea* se llamó por muchos años la después plaza Lorea, cuyo nombre lo debió al propietario del terreno, don Isidro Lorea, muerto con su señora al defender aquél su hogar contra las tropas de Whitelocke.

En esta plaza o *hueco* paraban las tropas de carretas que venían del norte y oeste con cuerambre, cerda, lana, grasa, etc. Allí acudían asimismo, en su mayor parte, las carretas de maíz, trigo y cebada. Más tarde se trasladaron estas tropas al *hueco de Salinas*.

A Lorea iban también los indios que venían a negociar. Traían sal, tejidos, mantas pampas, lazos, riendas, maneas, boleadoras, *quillapies* de cuero de zorro, liebre, gama, etc., plumas de ñandú y varias otras cosas a ellos peculiares.

Por la calle hoy Rivadavia se prolongaban las casas de negocio, en donde los indios vendían sus artículos o los trocaban por caña, tabaco, yerba mate, etc. El frente que mira al oeste lo formaba una serie de cuartos que ocupaban toda la cuadra comprendida entre Rivadavia y Victoria. En aquellos cuartos había boliches y fondines, frecuentados por los troperos. El frente que mira al este era muy semejante en su aspecto al anterior, los mismos cuartos, boliches, etc. En el centro, la inmensa barraca llamada de Capás, donde los indios guardaban sus caballos.

Los otros dos frentes, que daban uno a la calle Victoria y el otro a Rivadavia, estaban abiertos completamente.

La plaza Monserrat, hoy General Belgrano, alojaba también tropas de carretas. En 1808 se le dió el nombre de *Fidelidad*, en conmemoración de la lealtad de negros e indios, que formaron allí un cuerpo de voluntarios cuando la invasión inglesa.

Lo que hoy es mercado del Plata, denominábase entonces plaza Nueva. Allí se reunían las carretas procedentes de San Isidro, San Fernando, etc. a vender sus productos, consistentes en leña de ramas, madera, cañas y frutas.

Otros *huecos* menos importantes eran: el *hueco* de Laguna de Botella, a sólo tres cuadras del mercado del Centro; de Salinas, la Basura, Olivos, los Sauces, etc.

En la plaza del Retiro, hoy San Martín, estuvo el mercado de esclavos, establecido en 1702. Luego sirvió de emplazamiento al circo taurino.



BUENA TIZONADA

(CRONICON BONAERENSE DEL 1605)

Dijo el Escarabajo á sus hijos:

—¡Venid acá, mis flores!

Que quien ama feo, bonito le parece, pues, así llama "flores" el Escarabajo á sus hijos, como "mi bella" el gañan á la horrible carantoña que le vuelve el seso. Así, don Hernando Arias de Saavedra, amando á sus gobernados con aquél su noble y buen corazon, quiso que los retoños tuvieran en la vida algo mas que un fuerte brazo y un fuerte pecho, les quiso hombres que supieran, si no tanto como un docto borlado, ques harto saber, algo mas que un zurdo labriego... Era ya epoca en que no saber leer y escribir traia su enredo, que, doquiera fuese el hombre de espada y empresa, habria de leer actas y poner rúbricas. Así, mirando á lo porvenir con la larga y buena vista que tenia y tanta fama le diera, reunio en su morada á los de mas fuste de la ciudad, querán: don Simon de Valdéz, general; don Francisco de Veamonte y Navarra, general; don Diego Nuñez de Prado de la Torre, capitan; don Bartolomé Lopez, don Pedro Gutierrez, don Francisco Perez de Burgos, alcaldes y regidores, y muy amigos estos últimos.

Con aquel espacio y tono grave y amable con que hablaba, dijoles:

—Tiempo es que pensemos que los niños que aqui se crian han menester instruccion. En llegando á mayores no les bastará para la vida el solo bien manejar las armas que, pues no solo para simples soldados crian los padres a sus hijos, sino para que lleguen á lo mas alto que pudieren.

—Dice bien, como siempre dice Su Señoria — apoyó don Simon de Valdéz, tenido en aprecio por su gran saber y equilibrado razonar. — Será de grande honra y provecho proveer a la instrucción de los niños.

—Con mas — agregó don Pedro Gutierrez — quen no sabiendo ni leer, ni escribir, ni sabran bien lo que atañe á la religion, y estaran a las asechanzas de los bribones que hoy ya

los hay con letra menuda e ingenio ilustrado.

—¡Líbrenos Dios Nuestro Señor de creer en tamañas heregías! — exclamó don Francisco de Veamonte y Navarra, militar viejo, rudo y valiente. — Que no seés mejor por lo que se aprende pintando letras ni torturando la vista... ¡Jamás me fué necesario leer ni escribir para ser lo que soy y valer lo poco que valgo!

—Pero... sabeis leer y escribir — afirmó Arias de Saavedra.

—Si, mas... lo aprendí, viejo ya, en el convento de las Carmelitas, en España, donde cumplí un arresto por el Rey, Nuestro Amo... Lo aprendí para entretener el obligado ocio de la reclusion, pero ¡maldito para lo que le he necesitado, y si alguna vez me sirvio de algo!... ¡No, no! Mande Su Señoria que la niñez se adiestre en las suertes de la guerra, en el amor á Dios y la obediencia al Rey, mas no le pongan plumas en la diestra, ni le sienten en un banquillo.

—¡Venga acá, mi señor general! — exclamó Valdéz. — ¿Es que sabria lo que sabe si jamás hubiera estado en ese convento leyendo libracos de sabios y doctos?

—Si asi lo creéis — exclamó Veamonte con intencion, — mandad á los niños á los conventos, y vistan sayal y no coraza.

Y á este tenor parlaron luengamente, quedando la victoria por Arias de Saavedra, que todos, menos Veamonte, estuvieron acordes con él.

¿Veamonte? Ni se enfrena burro viejo, ni á testa dura le da la razon blandura... Quedó en sus trece, mas convencido que jamas lo estuvo. ¡Vaya! ¡No asi ni como se quiera entra la razon en la mollera!

Pronto se supo en la ciudad el empeño de Arias de Saavedra, mas comunmente llamado Hernandarias, y antes que de comento en comento naciera un impedimento presento á Cabildo Francisco de Vittoria una peticion para que se le recibiera de maestro de escuela, obligándose á enseñar á los niños con la paga de un peso al mes á los que enseñare á leer y dos pesos á los que enseñare á leer y contar. Nada alegó Cabildo, questaban todos de conformidad, y recibiéndolo de maestro de escuela aprobaron el arancel que proponia. Asi resuelto, Hernandarias instaló la escuela en un cuartujo del Real, dando de su bolsa cuanto el flamante Dómine requirio para abrirla. A la primera clase concurrio el propio Gobernador, y no fue escasa su maravilla cuando vio al Dómine Vittoria dar enseñanza á sus once discipulos. En un cajon con menuda arena, alisada bien, a dejarla pareja, y luego, con sus dedos hacia las letras grandes y bien claras, y los niños las miraban hasta conocerlas y repetir su figura en la arena.

Terminada la enseñanza de aquel dia, Gobernador y Dómine se retiraron contentos y satisfechos de la marcha de la escuela. Y buena razon tuvieron, que, asi corrio la noticia, los niños aumentaron á la cantidad de diez y ocho, y dentre ellos, un propio sobrino del general Veamonte, lo que venia á ser mas que triunfo.

Iba ya á cumplirse el mes; los niños aprendian y, dóciles é inteligentes, hacian derechos garabatos en el cajón de arena, mas el Dómine, que acaso no habia nacido para santo, si de algo pecaba no era de paciente. Cuando el niño se distraia y tomaba una letra por otra, el Dómine montaba en cólera, y le soltaba una terrible andanada de furiosos reproches. No estaba ello muy mal, pero los niños no eran de pechos, que algunos, como Zenon Castilla y Benalcázar, sobrino de Veamonte, tenía ya sus quince años bien cumplidos, y las andanadas le levantaban ampollas, hiriendole en lo mas vivo de su amor propio.

Mas no se cuidaba el Dómine dello, y no paro en la advertencia respetuosa de un discipulo de doce años, Diego de Izarra:

—No me trateis asi, señor — le dijo; — mándame mi padre aqui para que aprenda letras, no á que mortifiqueis mi honra. Niños somos, mas no tanto que no podamos volver por nuestros fueros.

A poco Castilla pintó mal una letra, por mirar que hacian en el patio del Real, y el Dómine le tomó de un brazo, y ya no fueron frases, solto la mano y le dio una bofetada. El niño, avergonzado, tomó su gorra y se marchó. A la tarde, en eso que Dómine y discipulos salian del Real, saliole al paso Zenon Castilla y, plantándose ante Vittoria, empuñando una breve tizona, le gritó con severo empaque:

—¡Aqui me pagareis la bofetada!

Vittorio quiso alegar, mas Castilla le ataco, y tan decididamente, que tuvo que gritarle:

—¡Tente! ¡Tente! ¡Que no tengo arma!...

—Alcánzale aquella, Izarra — le indicó Castilla, por una espada que habia dejado en el suelo, sabiendo quel Dómine no ceñia.

Vittoria, mal de su grado, tomó la espada y ataco, pero era el niño diestro y, enardecido, antes que acudieran los de la guardia del Real, diole una brava estocada que le tendio en el santo suelo. Llegaron los soldados á tiempo para socorrer al herido y prender al niño, llevándoles al Real, y avisando á Hernandarias del suceso.

Grave era la ocurrencia; Vittoria estaba herido en un hombro, y el físico le curó meneando la cabeza, lo que daba mucho a entender. Pero, ya se ve... ¡No se va la vida questá bien prendida! Y á no mucho andar el Dómine pudo acudir ante el tribunal especial formado para entender en aquello tan fuera de uso y ley.

Ante aquel tribunal, presidido por el propio Hernandarias, dijo cada uno como habia ocurrido el suceso.

Mal aprieto para los jueces... que, si valia el respeto á los mayores, debia valer tambien el honor de los menores. Y aqui, en esta tan gravisima cuestion, enredáronse los jueces, unos en questo, y otros en questotro, cuando, llamado el físico á opinar, dijo:

—Señoria: treinta años hace que curo heridas de toda arma, mas juro que jamás vi tan brava tizonada... Mano de hierro tiene el niño, y como no la malogre ya dará quehacer y quehablar...

—Y bien — dijo el capitán Nuñez de Prado, — si es tan brava la tizonada, ya puede un militar como Su Señoria perdonar á quien la diera...

Hernandarias, tocado por aquella razon, llamo al niño, y de propia voz le ordeno la libertad.

—Pero — le dijo con hondo acento de tristeza — tu brava tizonada ha hecho algo mas que malparar al Dómine Vittoria... ha cerrado las puertas de la escuela... ¡Ve si será brava!

Y verdad fue. La balumba que armo el suceso espanto á los niños, y acaso tambien al Dómine, que aquellos no quisieron mas letras y este busco otro oficio.

¡Vaya! Y como es verdad que mas daña un niño sin saberlo que un hombre con quererlo...

ENRIQUE RICHARD LAVALLE

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

Alumbrado, números, rótulos y censo



Las estrechas y descuidadas calles de nuestra ciudad se alumbraban con la luz natural: de día, el sol; de noche, la luna o la celistia. A finales del siglo XVIII se empezaron a colocar pésimos faroles sin reverbero, alimentados con velas de sebo. Más tarde el alumbrado fué de aceite, lo que se consideró un adelanto inmenso.

Por la época a que se hace referencia anteriormente, se empezó a establecer la numeración de las casas, guardando el mismo orden que hoy se observa; es decir, que al partir de la calle La Plata — hoy Rivadavia — al norte o al sur, se encuentra desde el número uno en adelante, los pares a la izquierda y los impares a la derecha.

Tanto los tableros que indicaban el nombre de las calles como las tablillas de la numeración, eran de madera con inscripción o números pintados al óleo.

La primera época en que se puso número a las casas fué aquella en que gobernó estas provincias don Santiago de Liniérs. El mandó e influyó ante el Cabildo para que se impusiese a las calles los nombres de aquellos vecinos y de los jefes y oficiales del ejército y voluntarios que más se distinguieron en las acciones de la Reconquista del 12 de agosto de 1806 y del 5 de julio de 1807; pero los que se inscribieron fueron en su mayor parte de *españoles europeos.* Sobrevino la revolución de 1810, y no pudieron los patriotas tolerar que por más tiempo continuasen dando nombre a las calles de su querida ciudad los apellidos de algunos de sus antiguos opresores, y en una noche dada, sin consentimiento ni conocimiento de parte de las autoridades, inutilizaron enteramente en las bocacalles los tableros que ostentaban los rótulos.

En 1776 don Pedro Ceballos, primer virrey de Buenos Aires, hizo levantar un censo que arrojó treinta y siete mil seiscientos setenta y un habitantes, de los cuales correspondían veinticuatro mil doscientos cinco a la ciudad y doce mil novecientos veinticinco a la campaña; teniendo quinientos cuarenta y un miembros las comunidades religiosas. Se cree, sin embargo, que el padrón no fuera exacto, pues se esquivaban en la inscripción los habitantes del campo.

En el 1800 Azara da un total de setenta y un mil seiscientos sesenta y ocho, de los cuales corresponden cuarenta mil a la ciudad y treinta y un mil seiscientos sesenta y ocho a la campaña.

En 1824 la población de la Provincia se calculaba en 200.000 habitantes.



Ningún otro automóvil le ofrece todo esto

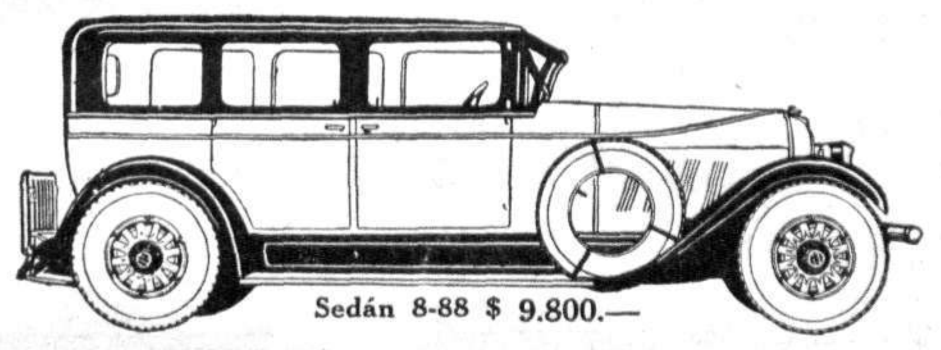
La velocidad de un aeroplano—
La seguridad y estabilidad de un vapor transatlántico—
La elegancia y gracia de un lindo vestido—
La comodidad de un sillón prolijamente acojinado—

Agréguese a ésto la economía en servicio y se tendrá un resúmen de las ventajas que se aúnan sólo en el

AUBURN

el cual es un automóvil tan adelantado en construcción y proyecto que, a la vuelta de varios años, será todavía nuevo en estilo y funcionamiento.

Los lindos modelos nuevos se hallan ahora en exhibición en los salones de venta del Auburn. Venga a verlos. Si el Auburn no le satisface del todo, no le pediremos que lo compre.



Sedán 8-88 $ 9.800.—

NECESITAMOS AGENTES DE RESPONSABILIDAD

MATTA Hnos. & Cía.

IMPORTADORES

SALON DE EXPOSICION Y VENTAS:
CALLAO 692 esq. VIAMONTE — Buenos Aires



UNA DE LAS FIRMAS MAS PODEROSAS I E LA INDUSTRIA, ESTABLECIDA EN 1900.

Las bajantes del río



odo el mundo conoce las intensas y rápidas variaciones que experimentan en su nivel las aguas del estuario. Bajantes ha tenido en que se ha podido penetrar a pie seco dentro del cauce por más de una legua. Las crecientes, por su parte, han sido y aún son alarmantes y muchas veces destructoras.

En julio de 1810, en ocasión de estar bloqueado nuestro puerto por la fragata española "Mercurio", se desarrolló un pampero pertinaz y tan violento, que en las primeras cuarenta y ocho horas asumió todos los caracteres de un verdadero huracán, aumentando por momentos la fuerza del viento.

La bajante fué tan grande en esta emergencia, que al día siguiente se veían venir caminando por la playa muchos de los tripulantes de barcos que se encontraban fondeados en la rada exterior.

La fragata de guerra española "Mercurio", encargada de mantener el bloqueo de nuestro puerto, participó de la suerte que cupo a la mayoría de los barcos, y quedo completamente en seco.

Los patriotas no dejaron de ver la ocasión propicia que se presentaba, y la extraordinaria hazaña de los jinetes imperiales en el Báltico estuvo a punto de ser repetida. Las circunstancias presentaron notable analogía: también allí se trató de buques enemigos, dos navíos ingleses pertenecientes a la escuadra bloqueadora, que quedaron aprisionados por los hielos, y los franceses, aprovechando la insólita circunstancia, los atacaron con dos escuadrones de Húsares a los cuales hubieron de rendirse los marinos británicos.

No fueron aquí los hielos los que aprisionaron al enemigo; pero éste quedó, como allí, a merced de sus contrarios, quienes en el acto concibieron la idea de apoderarse de la fragata española, enviando artillería y jinetes para su captura.

El proyecto fracasó, no por irrealizable, sino por la indecisión de Saavedra, que con sus demoras y recelos, órdenes y contraórdenes, perdió la oportunidad.

Al tercer día el río, cuyas aguas se habían retirado dejando al descubierto más de tres leguas, volvió a repuntar, recobrando su nivel con gran rapidez.

Otra bajante célebre fué la de 1828, que dejó en seco la escuadra brasileña y nos costó la histórica fragata en que tantas proezas llevó a cabo nuestro bravo almirante Brown: sólo servía ya en aquella época de pontón; quedó tumbada sobre un costado, y en vez de apuntalarla y ponerla en condiciones de que al volver las aguas quedase a flote, se la dejó librada a su suerte, y la creciente, encontrándola de costado, anegó sus bodegas, perdiéndose totalmente.

Volviendo la acción por pasiva, el río cuenta en su haber histórico con destructoras crecientes.

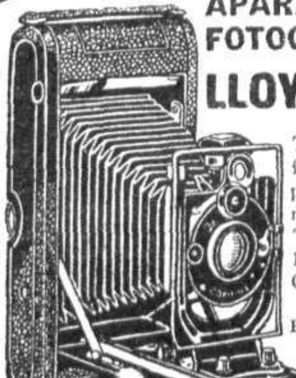
Una de las más notables acaeció en agosto de 1820. El temporal duró tres días, provocando una gran avenida y creciente que arrojó a la costa muchísimos buques de cabotaje y algunos de alto bordo, perdiéndose en total cuarenta barcos mercantes. La inundación también destruyó varios edificios en las calles que daban frente al río, y causó muchos otros perjuicios que sería largo enumerar.

DETENGASE Y LEA, LE INTERESA

AFICIONADOS FOTOGRAFOS

APARATOS FOTOGRAFICOS

LLOYD - "Ica"



Tamaño de la foto 8 x 14 cm. para películas en rollos. Objetivo Tessar ZEISS 1:6.3. Obturador Compur.

PRECIO m$n.

200

NOTA. — Con este aparato se pueden usar placas y films PACK, aplicándole el adaptador o chasis correspondiente.

AMPLIACIONES FOTOGRAFICAS

Todo aficionado tiene algún negativo que resultará altamente artístico con una buena ampliación.

La casa Max Glücksmann

emplea los procedimientos más modernos en sus amplios laboratorios, para ampliaciones que no tienen rivales posibles, **por su duración y brillo, por ser absolutamente inalterables y por la rapidez con que se entregan.**

Precios de las ampliaciones por tamaños:

MEDIDAS	Postal	13x18	18x24	24x30	30x40	40x50	50x60
PRECIOS $	0.50	1.30	1.50	1.90	2.60	3.60	4.80
Pegadas s/cartón	1.30	1.80	2.30	3.10	5.-	6.50	

Viradas en sepia o azul con el 20 % de recargo sobre los precios de las ampliaciones sin pegar.

REVELACION Y COPIAS EN 6 HORAS

PROYECTOR PATHE-BABY

(Modelo D Reformado)

Reúne en pequeño, todas las cualidades de los grandes aparatos para espectáculos públicos, sin las desventajas de su desplazamiento y las complicaciones de su manejo. Es simple y sólido, y con muy pocos cuidados puede procurar muchos años de expansión y grandes servicios educativos. Lo maneja un niño. Repertorio selecto de cintas. Funciona en cualquier parte. SOLIDO. LUMINOSO. NITIDO. PERFECTO.

Precio: m$n 50.- Con resistencia para 110 volts.

Resistencia suplementaria para 220 volts, m$n. 6.20

El Proyector PATHE - BABY, ha dado un nuevo y gigantesco paso hacia adelante: **PUEDE PASAR ROLLOS HASTA de 100 metros de largo.**

PONGA USTED SU PROYECTOR PATHE-BABY AL DIA, APLICANDOLE EL

DISPOSITIVO SUPER - BABY

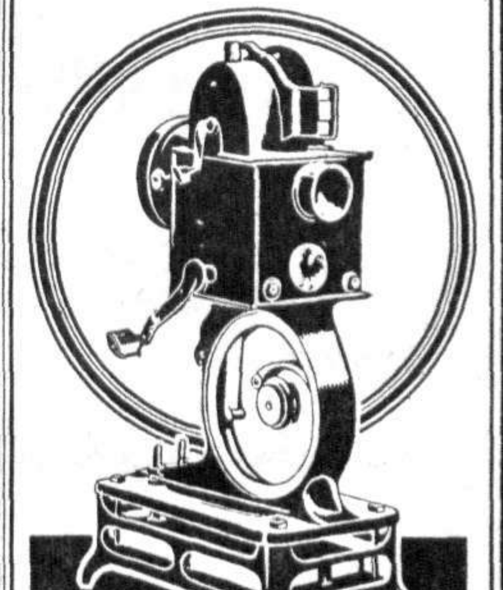
Precio m$n. 35.-

También se puede aplicar al Proyector PATHE-BABY, para mayor comodidad del aficionado,

El motorcito SUPER - BABY

Precio m$n. 35.-

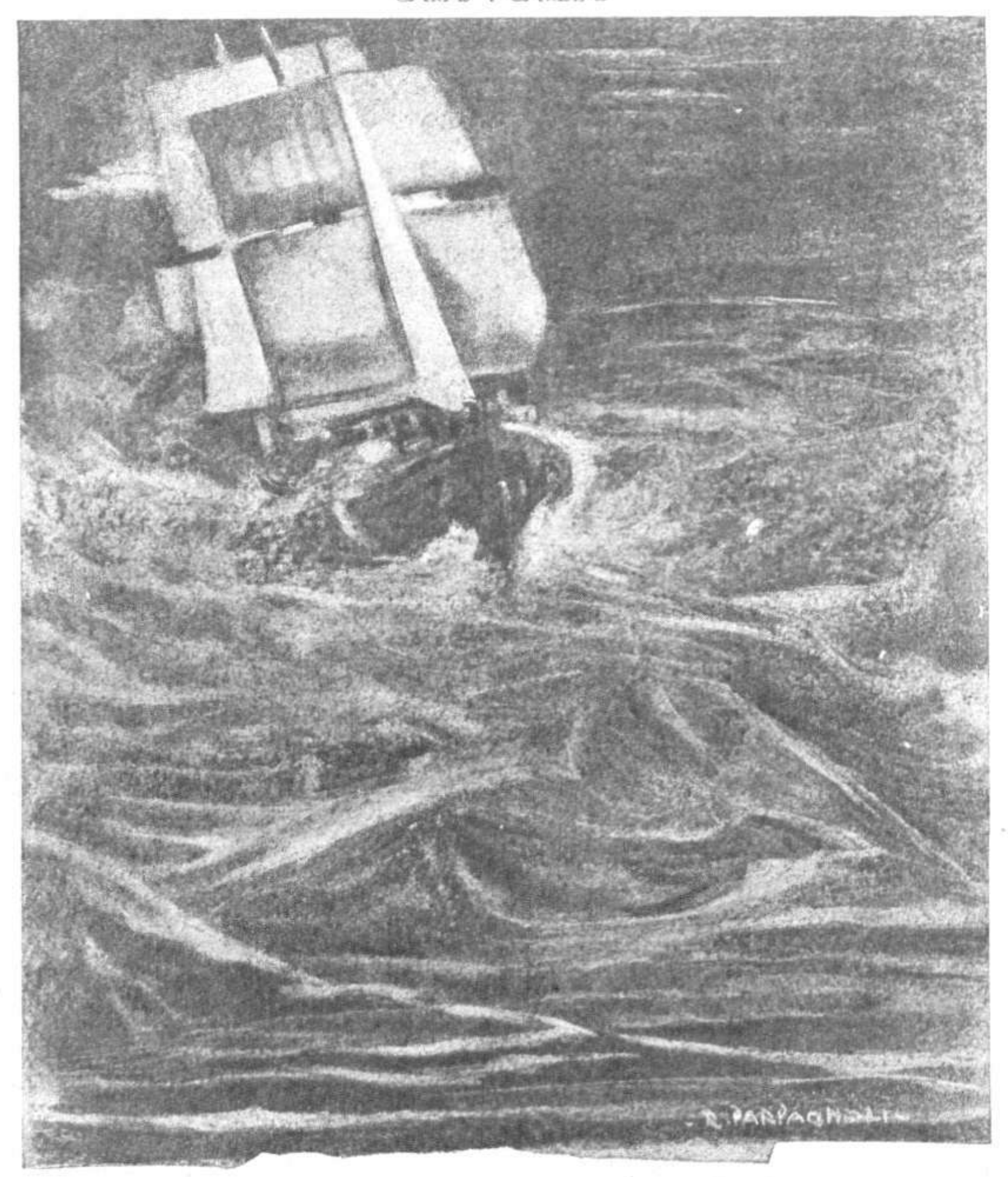
Rollos SUPER-BABY de 100 metros. Precio m$n. 14.-



CREDITOS por MENSUALIDADES

MAX GLÜCKSMANN

BUENOS AIRES: Callao y Bmé. Mitre - Florida y Lavalle. ROSARIO: Córdoba 1065-69. MONTEVIDEO: 18 de Julio 966. CORDOBA: 9 de Julio 76. SANTA FE: Salta 2661.



· LOS · EPIGRAMAS · del · MAR ·

Sobre los mármoles móviles
del oleaje ¿qué fugaz
epigrama inscribe el tiempo
con vana tenacidad?

Crece la ola, y su dorso
devorador, en afán
de crecer, se enarca y vuelca...
Sólo consigue arrollar
y moler la glauca lápida.

¡Y en un racimo de sal,
arroja al viento y al sol
los epigramas del mar!

RAFAEL ALBERTO ARRIETA

DIBUJO DE PARPAGNOLI

RECORDANDO el PASADO

Puestos callejeros de venta



OR muchos años la carne se vendió en las mismas carretas en que la transportaba el carnicero. A ciertas horas de la mañana y de la tarde, se estacionaban en diversos puntos de la ciudad, en los cruces de calles, las carretillas con toldo y costados de cuero vacuno o caballar en que venía la carne colgada en ganchos. Desataban los caballos y la carreta quedaba inclinada hacia delante, descansando sobre el pértigo, a continuación del cual extendía el carnicero sobre el santo suelo un cuero que servía a guisa de mantel para cortar en él la carne con el hacha, pues entonces nadie soñaba con serruchos. Cuando llegaba la noche, el cuero solía estar lleno de "sietes", por los que entraban, mezclándose con la carne, las suciedades del suelo.

Una vez obscurecido, a falta de farol, encendían una gruesa vela de sebo — "vela de baño", — la que colocaban sobre un trozo de carne, previa una incisión suficientemente profunda.

Como el despacho se hacía inmediato al cordón de la vereda, los transeúntes pasaban con cierto recelo al ver enarbolar la enorme hacha y para evitar, en lo posible, sanguinolentos salpiques. La carne, tan desaseadamente conducida y despachada, iba a dar a la "tipa", no menos desaseada, de la negra cocinera. Estas "tipas" eran de cuero, y algunas, de junco, construídas por los negros. Por mucho que se quiesieran cuidar, su aspecto era desagradable y repugnante.

El traje del vendedor — o carnicero — estaba en armonía con su oficio: calzoncillos anchos con flecos y en los más pudientes, con "criba", salpicados de sangre y lodo; en mangas de camisa en el verano y con poncho en el invierno.

Frente de las carretillas, en la vereda, se colocaban puestos que impedían el paso, y allí, en enormes braseros, con sus correspondientes sartenes, se ofrecía pescado, que se vendía a tres centavos la "osta", o ración.

En otros puestos se vendía pan, chorizos asados y cocidos, verduras, etc.; los había en todas partes de la ciudad.

En verano se establecían también especie de ferias francas para la venta de sandías, melones, duraznos y otras frutas.

Todo esto desapareció al crearse los mercados fijos.

Cruzaba también por nuestras calles el vendedor de aceitunas, hermoso y rico fruto procedente de los olivares que cubrían los fértiles terrenos donde hoy se levanta el pueblo de Olivos.

El "carnerero" a caballo conducía los cuartos de oveja que, colgando por ambos lados, recibían las salpicaduras del barro.

Los vendedores eran, generalmente, muchachos, y llevaban el mismo traje que los carniceros, y andaban descalzos. Pregonaban su mercancía al tránsito por las calles, gritando: "¡Capón de grasa pa el alivio de tu casa!" "¡De peya, pa el alivio de la beya!"

Fragmento de un auto de 1799 sobre la plaza de toros



UNQUE por haberse construido el circo para lidiar toros en la Plaza de Montserrat con consentimiento expreso de los vecinos y dueños de ella, en la inteligencia de que habria de permanecer y subsistir todo el tiempo que estimase conveniente este Superior Gobierno. no asiste á estos acción ni derecho para exigir, por término de rigorosa justicia, su demolición; habiendo ya llegado el caso de que, en circunstancia de haber transcursado con mucho exceso el tiempo que se contrató con el Asentista construtor Raimundo Mariño, en que ha reportado competentes utilidades y conocidas ventajas, tenga por conveniente este Superior Gobierno que no continue el circo en el parage en que se halla, y si el trasladarlo y establecerlo de firme por cuenta del ramo del empedrado, con mayores ventajas de este, en parage más cómodo y fuera del centro de la población, por considerar dignas de atención las reiteradas suplicas é instancias de dichos vecinos que componen parte considerable de ella, y no ser conforme á equidad que este Superior Gobierno se prebalga del error que padecieron cuando le hicieron *cesión de la Plaza para la construcción del circo,* mayormente exigiendo la conveniencia pública y la particular comodidad de los mismos vecinos, que se destine aquel parage para Plaza de Mercado y abasto, con cuyo fin la compraron por hacerse necesario remover de lo interior del pueblo las incomodidades, perjuicios y peligros que de su actual subsistencia se siguen á la policia y aun á la salud pública, á causa de la inmundicia é infección que exalan los toros y caballos muertos que de ordinario quedan por mucho tiempo á la parte de afuera del circo y en los caminos inmediatos; y por las demás fundadas razones que expusieron el Depositario de los fondos del Empedrado en quince de Octubre del año pasado de noventa y ocho y el Regidor Sindico Procurador General en su respuesta del 31 del propio mes, que reprodujo por informe el Ilustre Cabildo de esta Ciudad en cinco de Noviembre siguiente: hagase saber al constructor del circo Raimundo Mariño proceda á demolerlo y transportar sus materiales á donde le convenga, debiendo dar principio á esta operación desde el Miercoles de ceniza del año proximo venidero y concluirla, hasta dejar enteramente desembarazada la Plaza de Monserrat, en el preciso término de toda la cuaresma, con apercibimiento de que si en ello se advirtiese alguna morosidad dispondrá este Superior Gobierno que la demolición y el total desembarazo de la Plaza se ejecute á costa suya con el valor de los materiales: y aceptándose, como se acepta, la oferta hecha á beneficio de la obra del empedrado por los vecinos dueños de la propia plaza, se les prevendrá enteren su importe en la Tesoreria del ramo, recogiendo recibo de que se pondrá constancia en autos. Y por cuanto está tambien cumplido con exceso el número de años y de corridas de toros que contrató el Rematador Don Juan Francisco del Prado y, segun resulta, se halla este en descubierto de cantidad de pesos con el Ramo del Empedrado, se le intimará que en el preciso y perentorio término de seis dias, sin admitirle escritos ni recurso alguno, que pueda demorarlo, haga constar haber liquidado su cuenta y enterado el alcance que le resulte en la Tesoreria del Ramo del Empedrado y que, de lo contrario, se abstenga y cese de celebrar más corridas de toros, en cuyo caso se reserva esta Superioridad, sin perjuicio de tomar las providencias correspondientes para que berifique dicha liquidación y entero, continuen las corridas por medio de una económica y bien dirigida administración puesta al cuidado de persona de honor, y celo por el bien público.

Las academias de música



En nuestro pueblo ha habido siempre decidida afición por la música, y fué *Rosquellas* quien creó aquí el gusto por la música italiana. No es de extrañar, pues, que gran número de jóvenes de ambos sexos se dedicasen con entusiasmo a su estudio.

* * *

Se hizo la apertura de la Academia de Música que planteó y dirigió el señor don Antonio Picazarri (eclesiástico) en los altos de la casa del Tribunal de Comercio. Concurrieron los ministros de Gobierno y Hacienda y el doctor Seguí, enviado cerca del Gobierno de Buenos Aires y secretario del de Santa Fe.

Se ejecutaron las piezas siguientes: Canción "La gloria de Buenos Aires", poesía de Juan C. Varela. Concierto de piano de Dusek. Cavatina de la "Urraca ladrona". Andante y rondó del "Concierto". Dúo de la misma ópera.

2ª parte. — Obertura de Mozart. Dueto de Puchita. Trío de piano. Cavatina de la "Italiana en Argel", de Rossini. Cavatina de "Torbaldo y Dolizka", Rossini. Terceto de "Inés", y se cerró la función con la misma canción con que empezó.

* * *

El 15 de enero de 1823, dió Massoni en una de las salas del Consulado un concierto.

Massoni era de los profesores más aventajados que se conocían hasta entonces en el Río de la Plata. Ya había sido favorablemente juzgado en el Brasil por jueces competentes, donde ocupó el puesto de primer violín en la Capilla Real.

Amenizó el acto el entonces joven de 16 años Juan Pedro Esnaola, sobrino del que fué su maestro, el padre Picazarri; ese joven sobresalía ya a esa edad por su admirable ejecución en el piano.

Cantó también tres arias de diferentes óperas.

* * *

Llevados de esa afición, los jóvenes se reunían, ensayaban canciones y daban serenatas con frecuencia.

Después de otros muchos, cuyos nombres no recordamos, daba lecciones de guitarra el aventajado profesor don Esteban Massini. Figuraban como buenos guitarristas un Trillo y un Robles; ambos enseñaban, y muchas noches acompañaban a los jóvenes aficionados que querían dirigir sus endechas al tierno objeto de su amor.

Mientras que uno de los jóvenes ejecutaba el sencillo acompañamiento de una canción, uno o los dos profesores preludiaban acompañados algunas veces de una bandurria, y el efecto de esta armónica combinación era magnífico en las horas calladas de la noche.

Tan grande era el número de canciones, que se notó la conveniencia y utilidad de hacer una recopilación de ellas. En efecto, se editó y publicó entonces, en 1837, el primer número del "Cancionero Argentino", libreto de 100 páginas más o menos, que fué seguido por otros tres de igual tamaño, donde puede el lector curioso encontrar las canciones populares de ese tiempo.

La Recova y las bandolas



En el asiento general de la cuenta presentada por el Regidor don Francisco Ramos Mexía figura el producto total de la entrada por alquileres de la Recova en 4.972 pesos con 3 reales, y así se aprueba.

Los cuartos estaban numerados, comenzando del extremo norte del frente que miraba al Cabildo y, siguiendo a lo largo de ambos cuerpos del edificio, daba vuelta por la parte del oeste, de modo que el número 1 se respaldaba en el 40, el 2 en el 39, etc., etc. En aquel año algunos de ellos tenían ya comunicación abierta en el tabique del fondo y estaban arrendados a una sola persona. Por ejemplo: en la sección norte, el 3 y el 38, que ocupaba Vicente Lauro; el 7 y el 34, el 8 y el 33, ocupados por Pascual Blanco y Manuel Pedrosa, respectivamente. En la sección sur, el 12 y el 29, de Ramón Arrascaeta, y el 14 y 27, de Miguel Mármol.

A pesar de este desahogo y el de los altillos, resultaban todos bastante incómodos, porque no tenían ningún servicio de los que la higiene más elemental requiere en nuestros días. Una tinaja de barro para el agua potable y una vasija para los desperdicios ocupaban, con el brasero, las viandas y algunos útiles indispensables, los rincones cubiertos con cortinas de angaripolas. Durante la noche un par de negros, conduciendo un zambullo en una palanca, pasaban practicando la limpieza.

La comida, transportada en portaviandas de lata desde la fonda o las casas de familia, se servía dos veces por día, sin perjuicio de asar chorizos o calentar agua para el mate en el brasero, al aire libre, frente a la puerta de la tienda o pulpería.

Casi todos los inquilinos de la Recova mantenían un joven dependiente, por lo general hijo de un deudo o amigo, que hacía los mandados, barría y limpiaba la tienda, supliendo a su patrón en los casos de ausencia. Se apodaban "recoveros" y formaban una singular y tácita asociación que hacía inquietantes sus travesuras, en las cuales, no pocas veces, intervenía la autoridad.

La mayor parte de los departamentos de la Recova estaban alquilados a comerciantes de ropa hecha, confiteros u otros negocios menores de mostrador, y aquellos jóvenes, profesores graduados en travesura, hacían causa común con los "bandoleros", vale decir, con los muchachos agregados, obligatoria u oficiosamente, a los concesionarios de "bandolas" o puestos ambulantes que sentaban sus reales en la vereda ancha de la Plaza Mayor y en los portales del Cabildo.

En el siglo XVIII, el permiso para establecer bandolas era concedido por el Ayuntamiento, con generalidad, a los soldados inválidos o retirados y a gente pobre, como un medio honesto de ganarse la vida.

Buenos Aires hace cincuenta años



ENTRE los teatros, circos y otros lugares de espectáculos públicos, merecen citarse, primeramente, el Colón, donde hoy está el Banco de la Nación Argentina; La Alegría, Chacabuco antes de llegar a Alsina, donde hoy están "Caras y Caretas" y Dellazzopa; el Alcázar, en el que trabajaban puramente compañías francesas, fundado antes que el de Variedades y que estaba ubicado al lado del Banco Hogar Argentino. Los espectáculos del Alcázar empezaban después de media noche, porque dicho teatro representaba entonces lo que hoy el Royal, acudiendo cierto público amante de lo que es negación de belleza artística.

Teatro también de fama, en el que se daban obras criollas de alto vuelo dramático, era el Victoria, que estuvo donde hoy está la Pintorería de Montserrat y que antes había sido un convento, y el Jardín Florida, en la calle de este nombre, y Paraguay, frente a la casa de Harrods.

Por entonces existía también el Circo Arenas, ahora Politeama, donde hoy está, y por los fondos que daban a la calle Sarmiento, se abrió el lugar de recreo El Pasatiempo. En dicho lugar hacía las delicias de grandes y pequeños el circo ecuestre de Chiarini, con su famoso enano.

En la calle Libertad, a la altura de la de Corrientes, había un teatro de títeres, que servía de solaz y esparcimiento a la gente menuda, exhibiendo el célebre fantoche Mosquito.

LOS PATIOS

UNO de los mayores encantos de las casas de las pudientes familias porteñas de entonces, eran los patios.

Por el culto que de ellos se tenía, por el entrañable cariño con que se cuidaban, parecíase Buenos Aires a Sevilla, la ciudad que más maravillas de jardinería realiza en los patios.

En las viejas moradas bonaerenses a que nos referimos, cultivábanse los jardines, como el mejor adorno, y los amplios patios de sus casas, iluminados por el sol, aparecían llenos de tinas con macetas de flores criollas, destacándose el clavel, el jazmín del país, la diamela, la rosa, el heliotropo, el junquillo y, como planta trepadora, de embriagador perfume, la aromática madreselva. Todas esas plantas, que eran como un complemento de la vida espiritual que se hacía en los hogares porteños de otros días, estaban artísticamente colocadas sobre trenes de hierro, pintados de blanco, rojo y verde.

Allá, en el fondo, como coronamiento y resumen de la belleza que atesoraban los patios, veíase el infaltable parral de uva moscatel, rodeado de otras plantas, viniendo así a ser un conjunto armónico que daba a las antiguas mansiones un aspecto ralmente señorial.

Los patios también han desaparecido y con ellos los atractivos de las viejas y hermosas costumbres de la distinguida sociedad porteña de ayer.

Germán VEGA

¿EXISTE EL ERROR EN LA HISTORIA?



Quién puede asegurar que la historia no tiene sus erratas?

Tantos casos se conocen, que no es extraño constatar en la historia de los pueblos anomalías de esta índole.

Todos nuestros historiadores se hallan de acuerdo, con diferencia de días más o menos, en que el coronel don José de San Martín, futuro libertador de América, arribó a Buenos Aires en los primeros días de marzo de 1812.

Muchas circunstancias apoyan este dato, entre ellas la "Gaceta de Buenos Aires" y el nombramiento que la Suprema Junta Revolucionaria le confirió de jefe del Regimiento de Granaderos a Caballo.

En 1814 fué enviado a Mendoza y nombrado Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo.

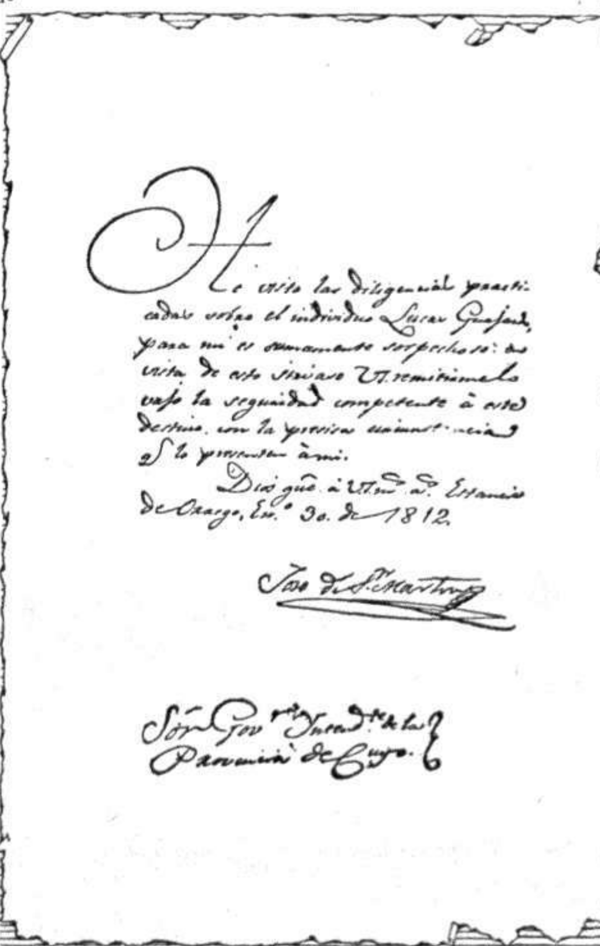
Bien. En el Archivo Histórico de Mendoza existe, a pesar de haber sido saqueado despiadadamente en todos los tiempos, una copiosa documentación que corrobora todo esto.

Pero, escudriñando toda esta documentación, y sin sospecharlo siquiera, ha caído a mis manos un documento suscrito por San Martín en la estancia de Orrego, al sur de la provincia de Buenos Aires, el día 30 de enero de 1812...

¿Cómo puede ser esto?

Si el Gran General de los Ejércitos del Sur de América desembarcó en Buenos Aires el día 9 de marzo, ¿cómo podía firmar una nota en el sur de la provincia de Buenos Aires el día 30 de enero del mismo año?

O hay equivocación en una cosa o la hay en la otra.



He visto las diligencias practicadas sobre el individuo Lucas Guajardo,
para mi es sumamente sospechoso: en
vista de esto sirvase V.S. remitirmelo
vajo la seguridad competente á este
destino, con la precisa circunstancia
q. lo presenten á mi.

Dios gue. á V.S. ms. as. Estancia
de Orrego, Eno. 30 de 1812.

José de S. Martín

Sor. Govr. Yntendte. de la
Provincia de Cuyo.

El documento suscrito por San Martín con fecha anterior a la de su desembarco en Buenos Aires.

¿Dónde está la equivocación?

Desde luego, parece indiscutible que el Gran General llegara en marzo, si en verdad nuestros historiadores han controlado las fechas en fuentes de buen origen, pero, a pesar de todo, no deja de ser sugestiva la aparición de este documento que transcribo fielmente de su amarillento original, acompañando una fotografía del texto, en la que la firma del gran argentino se destaca nítidamente, igual a la de sus escritos posteriores.

No he podido hallar otro documento que por su fecha apoye la veracidad de éste, y debido a eso es de presumir que hay un error en ella al insertar el escribiente al pie de la nota los números correspondientes al año.

Pero, de cualquier manera que se mire, no deja esto de ser sugestivo en grado sumo y prestarse a una seria investigación por parte de los aficionados a la historia.

He aquí la copia exacta del texto y la reproducción del original, que dice:

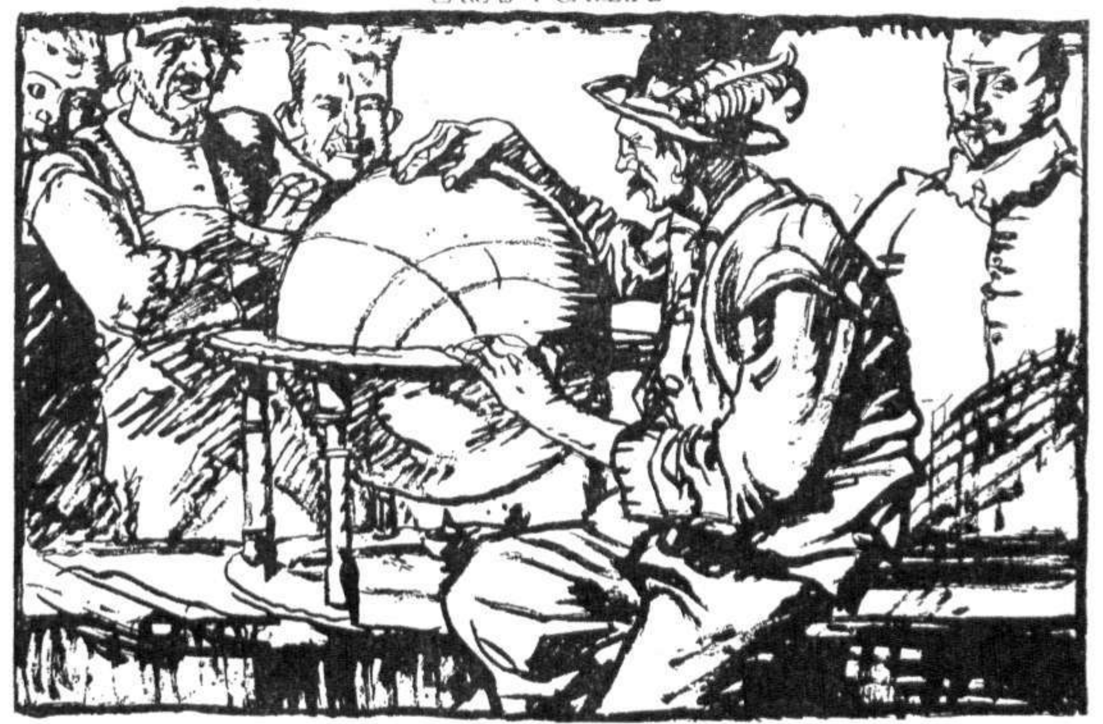
"He visto las "diligencias "practicadas "sobre el individuo LUCAS GUAJARDO, para mi es "sumamente sospechoso: en vista de esto "sirvase V. S. remitirmelo vajo la seguri- "dad competente á este destino, con la pre- "sisa circunstancia q. lo presenten á mi.

"Dios gue. á V. S ms. as. Estancia de "Orrego, Eno. 30 de 1812."

Jose de Sn. Martin.

Sor. Govr. Yntendte. de la Provincia de Cuyo.

MIGUEL MARTOS



Don Manuel Moreno Argumosa, fundador de uno de nuestros más patricios hogares

Fué la de Mariano Moreno una existencia ejemplar. Otro tanto puédese decir de su hermano Manuel; y, si nos empeñáramos en rebuscar documentos y recuerdos familiares, nos lo barruntamos, idéntico sería el juicio que emitiríamos en lo que respecta al resto de los hermanos.

Sólidos principios fueron los de aquel hogar; sólidos principios que, empero, jamás chocaron con la libertad de conciencia y ecuanimidad en la apreciación de las cosas públicas y privadas que permitía triunfar y desenvolverse al joven abogado, cuasi clérigo por sus estudios y terrible revolucionario en sus doctrinas.

De Santander era don Manuel Moreno Argumosa, padre del secretario de la Primera Junta revolucionaria. De la Península había partido en 1766, en busca de fortuna más propicia de la que podían esperar del cultivo de las pobres tierras de sus mayores, labradores humildes "aunque llenos de la presunción de un noble origen, como lo son todos los naturales de aquella parte de la España", asegura su hijo Manuel en *Vida y Memorias de Mariano Moreno*, tan apasionada en algunas apreciaciones como interesante y amena en lo que de pintura de la época tiene.

Don Manuel Moreno Argumosa era de casta aventurera. Santanderino y compatriota de Pedro Menéndez, el conquistador de la Florinda, tenía que ser el hombre. No había sido aquélla, naturalmente, su primera salida en busca de fortuna. Con anterioridad había residido en la Habana, al servicio de un viejo general, paisano suyo, el cual, al cabo de sus campañas colonizadoras, volvióle a la patria, para donde consiguiera su retiro, "y habiendo muerto poco tiempo después, no le dejó otra cosa que el aprecio que hacía de su persona y los cortos ahorros de un salario mediano en recompensa de su servicio como secretario privado, bajo cuya capacidad habia estado a su lado hasta su fallecimiento", agrega el biógrafo precitado.

Por aquellos días las autoridades españolas castigaban con penas severísimas a los que sin su expresa licencia se embarcaban para las tierras de América. Los oficiales de administración, magistrados y recaudadores de rentas, validos y bien acuñados, claro es que no encontraban trabas de ninguna especie en su traslado a los dominios occidentales: salían de España en una fecha determinada; permanecían en sus puestos y hacían buen acopio de riquezas durante un tiempo más o menos reglamentario, y, a la postre, retornaban vencedores, agobiados de honores y también de uno que otro dolor, ya físico, ya moral... Otro tanto acontecía con los negociantes que "se fijaban en la tierra, casándose con alguna criolla,

que prouraban les pagase el supuesto honor que le hacían, llevando al matrimonio algún regular dote". Y estaban luego los más, los aventureros.

Don Manuel Moreno Argumosa casi fué de estos últimos. Con el escaso dinero que le restó después de socorrer a su familia, logró un mísero pasaje y se embarcó para el Río de la Plata con el primer barco que salió de Cádiz con este destino.

Según refiere su hijo, a poco de llegar a Buenos Aires, se enroló como escribiente en el San Pedro, un navío que en 1767 salió de nuestro puerto con rumbo al Callao. Pero el joven aventurero tenía que pasar por la prueba definitiva, y el destino presto lo determinó. En el cabo de Hornos, junto a la Tierra del Fuego, naufragó la embarcación, y los tripulantes, hasta que con los restos construyeron una rudimentaria que les facilitó el regreso a Montevideo, tuvieron que vivir y padecer en aquella isla inhospitalaria Entre los que sobrevivieron a la ruda prueba contábase don Manuel Moreno. Quedóle, empero, tremendo recelo del mar, y pensó en que si algún trabajo conseguía, éste sería en "un establecimiento fixo en la tierra".

El retrato que traza su hijo Manuel es perfecto: "Su carácter — dice — era honrado y juicioso; tenía un talento regular; era prudente y sigiloso; sobre todo se distinguía por una firmeza de ideas que lo hacía inaccesible a las sugestiones, y le daba ascendiente en sus amigos. Aborrecía hablar más de aquello preciso, contra lo que se observa en general en los españoles, que hablan mucho sin necesidad, y era su máxima favorita, que todo el que se esfuerza en llenar a otro de palabras inútiles da a conocer que lo quiere engañar. Jamás tuvo lugar en sus acciones el más pequeño artificio, y dotado de una fiera elevación de sentimientos, era tan incapaz de adquirir fortuna por la humillación, como por la intriga. La no vulgar destreza que poseía en escribir y en la aritmética, unida a las demás circunstancias que hacían recomendable su persona, le dieron entrada en un empleo subalterno de la Tesorería de las Cajas Reales de Buenos Aires, que aunque con pocos emolumentos, era no obstante apreciable en aquel tiempo por la notable baratura de los menesteres de la vida, que después se han encarecido increíblemente en el país por el aumento del lujo. Adquirida así una posición cómoda y honorífica tomó por mujer a doña Ana María Valle, natural de Buenos Aires, e hija de don Antonio Valle, que antes había fallecido ejerciendo el empleo de tesorero en los mismos oficios, de cuyo matrimonio tuvo catorce hijos, y han sobrevivido cuatro varones y cuatro mujeres." El mayor de todos fué Mariano nacido el 3 de setiembre de 1779.

Enérgico padre, don Manuel Moreno tuvo el tino de no contradecir las inclinaciones políticas de su hijo Mariano. Hombre de una pieza, tampoco le enrostró como pretenden algunos biógrafos, la aventura amorosa que concluyó en matrimonio. El destino, caprichoso e injusto, no le permitió, empero, que contemplara el triunfo del hijo predilecto. El 20 de noviembre de 1805 falleció cuando Mariano Moreno se presentaba por primera vez como abogado defensor ante la audiencia.

EDGARDO ZERAUS

RECORDANDO el PASADO

La Recoleta



Por el año 1604, el terreno que ocupa la Recoleta fué vendido a Beaumont, en cambio de alguna ropa, el que a su vez, en 1608, lo vendió al capitán Simón de Baldez, que lo donó a los recoletos.

Esta donación fué en cumplimiento de una promesa que hizo Baldez a la Virgen del Pilar, al llegarle la noticia de la gravedad de su señora madre, residente en España, si se restablecía, y como a los seis meses supo que se encontraba buena y sana, cumplió su compromiso, donándolo a los recoletos, quienes edificaron más tarde su convento, de acuerdo con los planos del jesuíta Blanqui, en 1724, en que se echaron los cimientos de la iglesia del Pilar que fué uno de los más elegantes de su época por su arquitectura de estilo dórico.

Las reformas de Rivadavia hicieron salir del país a varias órdenes religiosas, entre ellas a los recoletos.

Prohibida la inhumación en las iglesias por razones de higiene y de progreso, se destinó a cementerio la huerta del antiguo convento, llamándose del Miserere, nombre que llevó poco tiempo, cambiándosele por del Norte o de la Recoleta.

Las primeras inhumaciones se hicieron el 18 de noviembre de 1822, siendo ellas un párvulo liberto, llamado Juan Benito, y María de los Dolores Maciel, oriental, de 25 años de edad.

En los primeros tiempos de este cementerio, las inhumaciones se hacían sin ceremonia alguna. Se abría en el suelo un hoyo, se colocaba el ataúd y se le echaba la tierra encima, amontonándose la que sobraba, colocándose en la cabecera una modesta cruz de madera.

El jardín y huerta de los recoletos se convirtió de sitio de solaz en camposanto.

No había monumento ni sepulcro alguno de importancia. Era un verdadero campo de desolación.

Su primer capellán fué fray Antonio Acevedo.

La Calle Larga era la que conducía a este cementerio.

Los costados de esta calle lo ocupaban jardines y casas que se dedicaban a las industrias a que da vida un cementerio, como ser fábricas de sepulcros, depósitos de coronas, etc.

Las quintas, con sus cercos y malas veredas de ladrillo, hacían más triste el camino a la última morada.

Hoy esta vía es la avenida Quintana, elegante bulevar del barrio norte, que compite con las de Callao y Alvear, ocupada por hermosas construcciones modernas.

El Cristo, de Monteverde, que se encuentra en la capilla del cementerio, fué adquirido por Alvear, reputándosele una verdadera obra de arte.

Tal es el cementerio de la Recoleta, al que varias veces se ha intentado clausurar, pero dado el número de intereses que hiere esa medida, no se ha llevado a cabo.

CANAS CALVICIE

UNA ACLARACION Y UNA VERDAD

BALSAMO GERMINATOR

SUPER-OMNIA

NO ES UNA TINTURA, pero elimina radicalmente las canas por la reconstitución científica de las papilas peliferas, restableciéndoles la facultad fisiológica de la formación del pigmento que enviado por el tejido córneo al cabello le devuelve su color natural primitivo, lo que una vez conseguido queda permanentemente.

NO RESUCITA EL PELO DONDE LA PAPILA PELIFERA HA MUERTO, pero donde está enferma o atrofiada la vigoriza y reconstituye de nuevo, devolviéndole vigor y fuerza hasta hacer brotar cabello nuevo, deteniendo de inmediato su caida y eliminando absolutamente la caspa.

Fué descubierto por el R. P. Rey de la R. O. T. H. D. Calatrava en cuyo monasterio se cultivan las plantas y flores de que está hecho. Es el único producto de compuestos vegetales garantizado completamente inofensivo (certif. 850) y experimentado y aprobado por los Congresos Médicos Dermatológicos de París, Berlín y The Royal College of Medical Science de Londres.

El único tratamiento que, una vez conseguida la cura, no se necesita seguir usándose, y en consecuencia el más eficaz y el más barato.

Solicite informes y folletos al Agente General de la Cía. Concesionaria de Calatrava para Sud América: **S. LOSADA,** Estados Unidos, 437. Sucursal: Carlos Pellegrini, 174, Unión Telefónica 4729, Buen Orden.
Venta y remisión únicamente en nuestras oficinas y sucursal al precio de $ 10.— m/n. frasco y libreto. Enviamos al Interior contra giro postal o bancario agregando $ 1.— más para embalaje y franqueo.





CHI-NAMEL. Esmalte de color. Para toda obra nueva o vieja de madera o metal. Una sola mano es suficiente para renovar los esmaltados viejos.

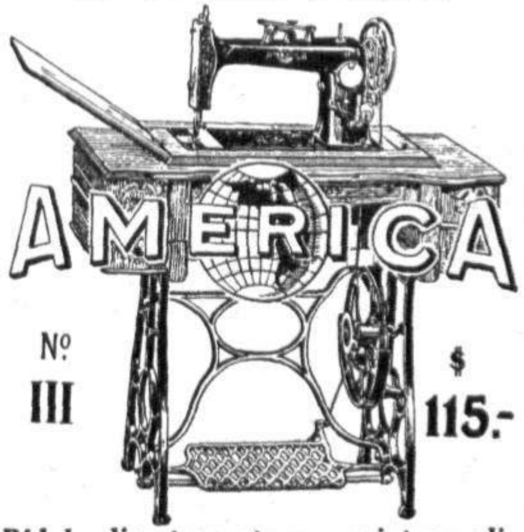
CHI-NAMEL es fácil de aplicar, se nivela por sí mismo sin dejar huellas del pincel. CHI-NAMEL da una elegante vista a todo objeto a que se aplique y es de una resistencia y durabilidad extraordinarias, permite ser lavado y restregado sin que se opaque ni deteriore. Es muy económico por su gran rendimiento.

Pida CHI-NAMEL en Pinturerías, Ferreterías y Casas del ramo.

Fabricado por The Ohio Varnish Co., U. S. A.

La Máquina de Coser

para muchos años de servicio seguro y rápido.



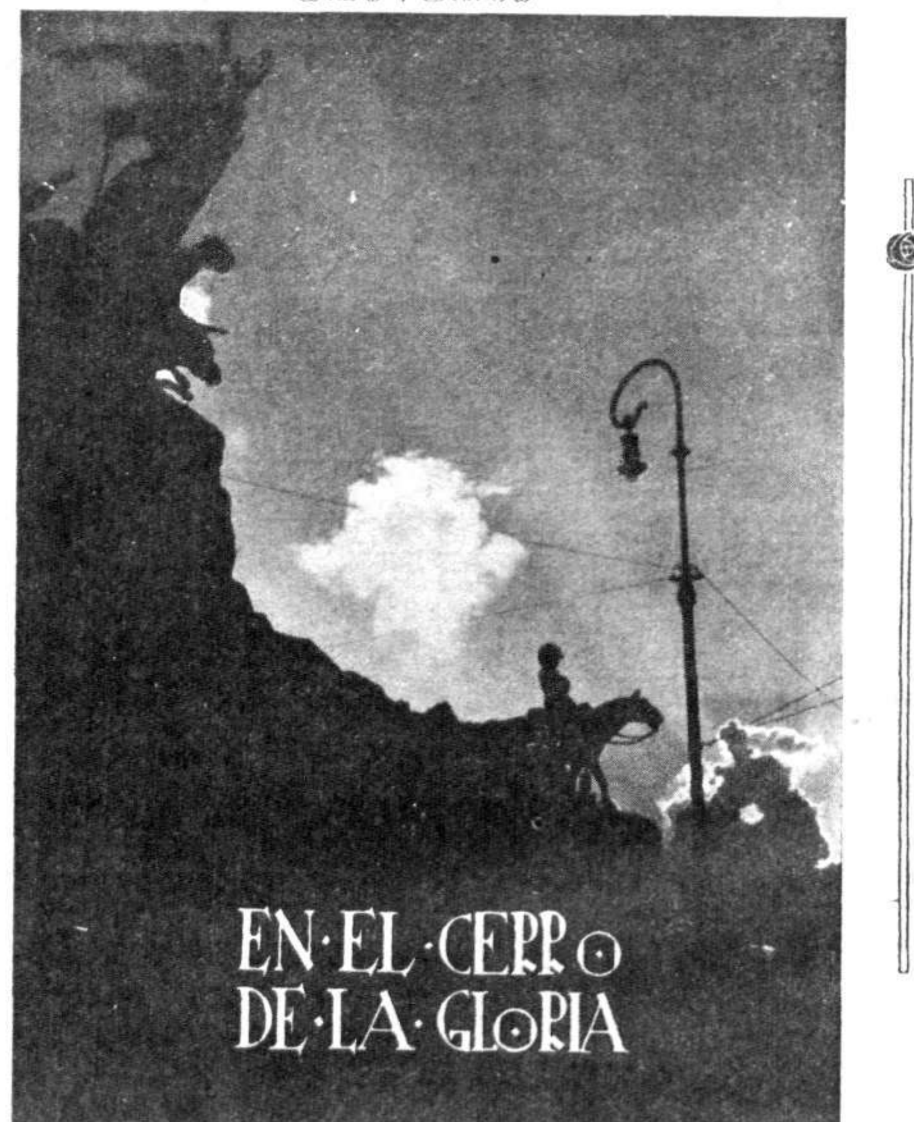
Pídala directamente o por intermedio de comerciante de su localidad.

CATALOGO GRATIS

Cassels & Co.

MAIPU 271

La Casa de los Utiles Caseros



EN EL CERRO DE LA GLORIA

Subamos una vez más. Vimos, a la clara luz del alba, el Tupungato coronado de nubes, y no meditamos. Contemplamos, en hora crepuscular, la cordillera y una sensación de vacuidad nos dominó el espíritu Ahora, en la noche, todo nos es propicio: la diafanidad, el viento susurrando en los pinares del cerro, la nube que se desvanece sobre una cumbre nevada y, más que todo eso, la soledad, la divina, la creadora soledad que amamos, salvajemente, nosotros, los condenados a vivir desterrados de nosotros mismos. Subamos, una vez más, con nuestra incurable ansiedad de cielo.

Ya estamos en la cima. El caballo del héroe se alarga en un relincho expresivo. Criollo y montañés, tiene agilidad mental y sabe que no hay monte que no esconda algo; pero el jinete, voluntad dominante, paraliza sus remos ágiles. Más arriba, la Gloria guía un escuadrón fantástico, a través de la sombra. Este es el cuadro, el soberbio cuadro que, adentrándose por nuestros ojos al alma, se esfumará en la noche mendocina. ¿Y nuestro escepticismo? Se nos murió en la sonrisa de hace un instante, cuando el diablillo travieso de la ironía nos aseguraba que el heroísmo es una virtud propia de los irreflexivos... Irónicamente, nos burlamos de los actos que somos incapaces de realizar, y eso sólo podemos aprenderlo aquí, al pie de un figura augusta, sobre una pequeña cumbre y frente a cumbres gigantescas. Somos escépticos, por educación y por cálculo; aprendimos a serlo ante la palabra y el gesto pueriles y nos empeñamos en mantener nuestra cómoda posición frente al pensamiento y la actitud sublimes. Pero un día, o una noche, como ésta, reavivando el recuerdo, despertamos sombras gloriosas y apreciamos la medida de nuestra mezquindad, más aún, de nuestra cobardía. Y sentimos gravitar la vergüenza sobre nuestro ánimo. Frases y conceptos crueles, pensados y limados con pulcritud, se nos antojan entonces meros pasatiempos, o matatiempos, y, en medio del caos creado por nosotros mismos, advertimos el renacimiento de la vieja llama: el sentimiento heroico estaba adormecido bajo el harnero de una teoría filosófica, de cualquier teoría filosófica, inspirada, las más de las veces, por una ansia de comodidad...

Descendemos por el serpenteante camino del Cerro de la Gloria. Tenemos algo de novedad para nosotros mismos. Hemos muerto en nosotros la pasividad. Estamos en condiciones de libertar otras almas.

EUGENIO JULIO IGLESIAS

La firmeza de Belgrano



A mediados de julio tuvo aviso el general Belgrano de que el enemigo había reforzado considerablemente su vanguardia de Suipacha, y que sus avanzadas batían el campo hasta la Quiaca. Todo anunciaba una próxima invasión, y en consecuencia se previno para obrar con sus fuerzas reconcentradas. Al finalizar el mes recibió cuatrocientos fusiles de Buenos Aires, y con este oportuno auxilio se dispuso a emprender una retirada al frente del enemigo, haciéndola preceder de un bando terrible en que ordenaba a los hacendados, comerciantes y labradores, que retirasen sus ganados, sus géneros y sus cosechas, para que nada quedase al enemigo, declarando traidores a la Patria a los que no cumpliesen sus órdenes, además de perderlo todo; y por último, imponiendo pena de la vida a los que se encontrasen fuera de las guardias, y aun a los que inspirasen desaliento, cualquiera que fuera su carácter o condición. Todos sabían que el General era hombre de cumplir su palabra, y todos temblaron y obedecieron, comprendiendo que la cuestión era de vida o muerte. En vano reclamaron el Cabildo y el Consulado. Al primero contestó: "No busco plata con mis providencias, sino el bien de la Patria, el de ustedes mismos, el del pueblo que represento, su seguridad que me está confiada, y el decoro del Gobierno. Ayúdenme, tómense conmigo un empeño tan digno por la libertad, por la causa de la Patria, eleven los espíritus, que, sin que sea una fanfarronada, el tirano morderá el polvo con todos sus satélites". Al Consulado le decía: "La providencia de que ustedes reclaman se ha de llevar a ejecución venciendo los imposibles mismos". La conmoción eléctrica que produjo en las poblaciones esta amenaza fulminante las obligó a decidirse por unos o por otros, y a sacudir la apatía en que yacían. Herida la imaginación de las masas por aquella manifestación terrible de voluntad enérgica, se hallaron súbitamente predispuestas, como lo observa un testigo presencial: "a desplegar esa fuerza gigantesca que ellas mismas ignoraban, y después han hecho de las provincias del norte un baluarte inconmovible", y así fué cómo el entusiasmo se inoculó en ellas por el dolor.

B. Mitre. — *Historia de Belgrano*



SUNSET es el único que lava y tiñe al mismo tiempo, dando a las telas la misma apariencia que si fueran nuevas.

SUNSET no mancha las manos ni los utensilios como sucede con anilinas y colorantes inferiores.

SUNSET ofrece la más vasta colección de colores de moda, los que se pueden combinar obteniéndose una infinita gama de tonalidades y matices.

Debe preferirse SUNSET porque siendo mejor que todos no cuesta más que cualquier otro. Solamente usando SUNSET se puede tener la seguridad de obtener un teñido perfecto, fijo y seguro.

Venta en todas las farmacias.

La primera sociedad literaria



Los documentos sobre la vida literaria en 1845 forman un notable contraste con lo que pasaba en el país 23 años antes de la época en que esos documentos figuraban y obraban con fuerza de ley. Lo que prueba que los progresos no marchan siempre en relación con los años de existencia que cuenta una nación, sino que, circunstancias dadas, imprimen una fisonomía especial a cada época, sin tener en cuenta el número de años transcurridos. Compárese, si no, lo que vamos a recordar, y que tuvo lugar bajo la inspiración de un gobierno ilustrado, liberal y progresista, con lo que 23 años más tarde se efectuaba bajo una tiranía absoluta.

La primera Sociedad Literaria que existió en Buenos Aires, se estableció en 1822: emanación de sus trabajos públicos fueron el "Argos" y la "Abeja"; una revista de sus tareas literarias se publicó a principios de 1823.

Vamos a hacer conocer algo de esos trabajos:

La Sociedad Literaria de Buenos Aires propone el premio de 25 de Mayo de 1823 para quien desenvolviese mejor el siguiente programa:

Determinar, por los acontecimientos históricos, el número de pueblos indígenas que habitaron el territorio del Río de la Plata al tiempo de su descubrimiento y qué influencia tuvo este acontecimiento sobre su civilización y estado.

¿Se pueden designar con probabilidad sus costumbres y la organización y fuerza en que al presente se hallan constituídas?

¿Cuál es la forma de su sociedad interna y externa?

¿Podrán nuestros pueblos civilizados sacar algún partido de ellos, sea en punto a comercio, rentas o acumulación de población, o sería posible algún género de cultura y por qué medio?

¿Se han de tratar como naciones separadas, o han de ser reconocidos como enemigos a quienes es preciso destruir?

Propuso para el premio de 8 de junio, del mismo año, este programa:

¿Cuáles son las causas que detienen los progresos de la agricultura en esta provincia, y cuáles los medios de removerlas?

En ambos casos, el premio era una medalla.

Las sociedades y academias establecidas en 1822 fueron:

	Socios	Honorarios	Corresponsales	Total
Sociedad Literaria	13		7	20
Sociedad de Ciencias Físicas y Matemáticas	12	3	6	21
Sociedad de Jurisprudencia	10			10
Academia de Medicina	15		6	21

Academia de música y canto, por subscripción.
Academia de música, por subscripción.

Antes de esa época se habían hecho tentativas efímeras en ese sentido. Se ensayó en diferentes períodos la creación de cuerpos literarios, con la idea de disipar las tinieblas que nuestros mayores nos legaron. El Club de 1810, La Sociedad Literaria, de 1812; La Patriótica, en 1816; El Buen Gusto del Teatro, de 1818; todos desaparecieron casi al momento.

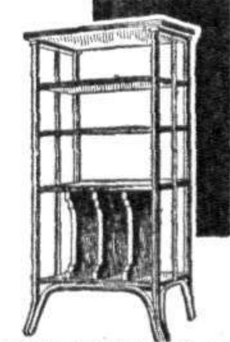
Grandes Almacenes de Muebles

Sirlin Hnos
Muebles

CORRIENTES 1170
BUENOS AIRES

En su hogar hacen falta algunos de estos útiles artículos. Nosotros se los ofrecemos a precios muy convenientes. Visítenos en la primera oportunidad.

SOLICITE CATOLOGOS
SI RESIDE EN EL INTERIOR



ESTANTE MUSIQUERO, importado, alto metros 1.20 × 0.60 de ancho, en color caoba, nogal o roble, muy práctico y de sólida construcción, a $ **45.-**

SOFA-CAMA, nuevo modelo patentado, tapizado en finísimo cuero búfalo, colores variados o en felpa, colcheneta y almohada adherida sobre resortes espirales, construcción inmejorable de fácil transformación. Medida extensible de metros 1.90 de largo por 1.10 de ancho, a . . . . $ **160.-**



Modelo 1720.—**SILLA de VIENA**, importada, asientos y respaldos estampados, artículo muy reforzado. LA MEDIA DOCENA . . . . $ **35.-**

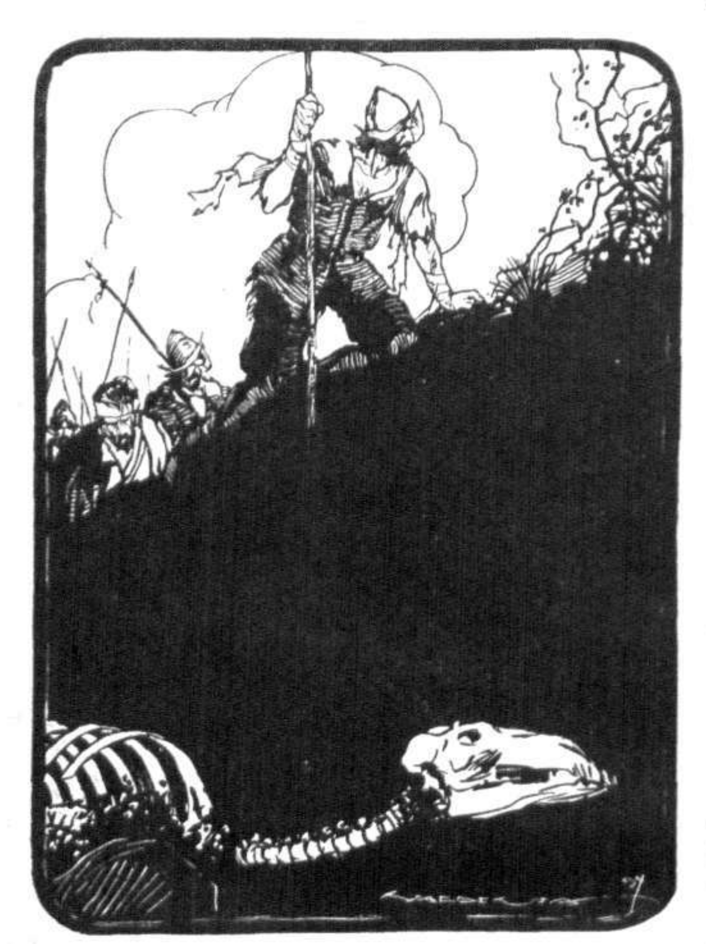
SILLON COCHE, para enfermos, construído en roble macizo importado, en color oro, llantas de goma, respaldo y "pieceras" movibles a extensión, formando cama, esterilla tupida, a $ **180.-**



VESTIBULO construído en roble macizo o en cedro caoba, lustrado a muñeca. Compuesto de: 1 sofá, 2 sillones, 2 sillas, 1 mesa, 1 jardinera y 1 percha con luna biselada y ganchos de bronce. El juego de las 8 piezas, en cedro o en roble, a . . . . $ **185.-**

Sirlin Hnos
Muebles

CORRIENTES 1170
BUENOS AIRES



Los cartagineses de Eldorado

En los grandes momentos de acción de los pueblos, el heroísmo no recluta exclusivamente sus elegidos entre los hombres de energías probadas. Roma nos ofrece uno de los casos más singulares de la historia en la persona de Lúculo, quien dejando un día sus festines de vago político y ocioso magnate, y sin más preparación guerrera que la lectura apresurada de "La Retirada de los Diez Mil" durante el viaje por mar a Asia, emprende en los confines de la vasta república, una de las campañas más duras y admirables del mundo antiguo.

España, en el transcurso del siglo XVI, lanza a la conquista sus grandes fuerzas de acción, encarnadas en sus capitanes de vasto renombre. Pero no todos eran militares aventureros.

Cuando las autoridades decidiéronse a enjuiciar al conquistador Heredia, fundador de Cartagena de Indias, encomendóse la dirección del proceso al licenciado Juan Vadillo, oidor de la Audiencia de Santo Domingo, hombre ya entrado en años, de abultado vientre y vida sedentaria. Siendo graves las quejas contra Heredia, Vadillo lo encarceló; y para averiguar el destino de sus riquezas ocultas, dió tormento a sus allegados. Heredia logró fugar a España donde, gracias al oro que corría, obtuvo su rehabilitación, denunciando al licenciado Vadillo, a quien a su vez se inició juicio. El cual, para congratularse la gracia del rey, se lanzó a la conquista de Eldorado. Heredia, entre tantos otros, había también tentado la aventura.

El licenciado y flamante conquistador organizó una de las más fuertes expediciones que con tal objeto se hubieran hecho, y se internó en las grandes y perennemente inundadas selvas del trópico.

Las penalidades sufridas en los pantanos pestilentes no tienen nombre. Tardaban días enteros en sacar a los caballos del barro con la ayuda de sogas, y cuando lo habían conseguido, quedaban los hombres presos por los pies en las raíces. Por semanas enteras no les fué posible distinguirse entre ellos, por el barro de que estaban totalmente cubiertos.

Llegaron por fín a tierra seca, donde asaltaron una fortaleza india eregida en un alto cerro, izando a fuerza de sogas a los caballos, que habían envuelto en algodón para defenderlos de las flechas.

Pero allí no había oro, ni lo encontraron en el transcurso de la aventura hasta el valle del Cauca. Batallas con los indios, en cambio, una tras otra y sin tregua.

Heridos todos ellos, enfermos, dejando cada día un compañero muerto en los lodazales, hambrientos y tiritando de fiebres, sostenidos apenas por el carácter indomable de su jefe, los soldados exigieron a Vadillo el retroceso, pues el oro encontrado era mínimo, y enormes los sufrimientos. El conquistador, enfermo también, por toda respuesta se dirigió solo cordillera arriba; visto lo cual, los soldados corrieron tras él, jurando morir a su lado.

Hallaron por fin donde saciar su hambre en un gran caldero con carne, abandonado por los indios a la vista de la tropa. Y cuando estaban a medio llenar, un soldado hincó con su espada un trozo equívoco, que resultó ser una mano de hombre con sus uñas.

A los cuatrocientos veinte días de estas miserias, y cuando creían hallarse en la buena ruta de Eldorado, hallaron un esqueleto de caballo. Y al día siguiente, un poblado español.

De modo que tras un año de penalidades sin cuenta, y de atravesar vastas regiones sin dueño donde podían haberse asentado y gobernado sin contradicción, Vadillo y sus cartagineses (así se les llamó), se encontraban en tierra con dueño.

El conquistador quiso aún volver sobre sus pasos, y regresar a las fuentes del Cauca para poblar allí; pero su gente, exhausta, exigió el reparto de las ganancias, según costumbre.

Tocó a cada uno "cinco pesos". Por cinco pesos, esos hombres habían recorrido más de mil kilómetros, entre un constante batallar, luchar y penar. Habían perdido noventa y dos compañeros, y ciento diecinueve caballos.

Estos cinco pesos, pues, fueron el premio de una persecución de catorce meses tras el fantasma de Eldorado.

H. Q.

Dibujo de Valdivia



TARDE · DE · FIESTA · PATRIA ·

I

Tarde de fiesta patria,
Mi barrio está contento.
Un suave sol comparte su dicha con las gentes
Que lucen con donaire trajes nuevos.

De la escuela vecina
Sale cantando marchas un infantil cortejo;
Hacia la esquina corren mujeres y chicuelos
Porque sienten la música marcial de un regimiento.

En los altos balcones las banderas
Aguardan con paciencia la caricia del viento.

II

Miro de rato en rato,
Con emoción, el cuadro y evoco los recuerdos
De mi infancia distante
En mi lejano pueblo:

En la fiesta escolar, llenos de orgullo,
Escuálidos chicuelos,
Rodeando la bandera, cantaban ardorosos
El Himno Nacional, con el maestro.

En la plaza estallaban las patrióticas bombas
Que a las cívicas gentes ofrecía el gobierno...

Y en largas sartas, pobres gallardetes
intentaban en vano volar hacia los cielos.

III

(De pronto, por la calle colmada de curiosos,
Al son de sus clarines pasan los granaderos:
Pasan pausadamente
En sus caballos negros).

Mario Bravo

OID, MORTALES...









CONCERTOLA de mesa. Caja elegante. Mide 35 × 34½ × 15½ cm. Motor Suizo. Membrana extrasonora. Con 200 púas gratis.

CONCERTOLA de mesa. Caja de roble. Mide 36½ × 40 × 19 cm. Poderoso motor suizo. Memb. extrasonora. Con 200 púas gratis.

CONCERTOLA de mesa. Caja lustrada. Mide 37 × 31 × 19 cm. Motor suizo A. F. Membrana de concierto. Con 200 púas gratis.







CONCERTOLA de salón. Mueble elegante. Mide 96 × 42 × 47 centímetros. Gran motor suizo a dos cuerdas. Membrana de gran concierto. Con 200 púas gratis.

CONCERTOLA de salón. Mueble en roble o term. caoba. Mide 102 × 40 × 48 cm. Poderoso motor suizo a dos cuerdas. Membrana de gran concierto. Con 200 púas gratis.

CONCERTOLA de salón. Hermoso mueble en roble o term. caoba. Mide 108 × 43 × 50 cm. Potente motor suizo a 2 cuerdas. Memb. de gran concierto. Con 200 púas gratis.



POSEEMOS el más extenso repertorio en todas las mejores marcas del mundo. Por eso, cuando usted busque un disco, en la "CASA AMERICA" lo encontrará.



ADHIRIENDONOS A LA
Fiesta Nacional,

brindamos en su homenaje estas ofertas excepcionales para que todo el mundo pueda celebrarla con buena música en su propio hogar.

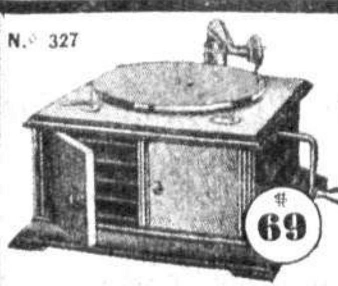
N.º 400

GRAFOFONO América. Mide 32 x32x15 centím. Membrana de gran concierto.

Con 200 púas gratis.

$ 29.50

N.º 327



$ 69

CONCERTOLA. Caja nogal Italia o term. caoba. 40 × 40 × 20 cm. Motor suizo. Mem. de conc. Con 200 púas gratis

Concertola. Caja nogal o term. caoba. 36 × 44 × 31 ½ cm. Motor suizo. Mem. de concierto. Con 200 púas gratis.



$ 93.50

N.º 341

CONCERTOLA de mesa. Caja en roble o term. caoba. Motor Suizo a dos cuerdas. Membrana de gran concierto. Con 200 púas gratis

N.º 4



$ 119



$ 238

N.º 5

CONCERTOLA de salón. Mueble de lujo, en roble o caoba. Mide 115 × 45 × 50 cm. Gran motor suizo a dos cuerdas. Membrana de gran concierto. Con 200 púas gratis.



368

N.º 9

CONCERTOLA de salón. Mueble estilo Luis XV, en roble o caoba. Mide 120 × 53 × 58 cm. Poderoso motor suizo a dos cuerdas. Membrana extrasonora de gran concierto. Con 600 púas gratis.



348

N.º 20

CONCERTOLA de salón. Lujoso mueble en nogal. Mide 90 × 85 × 52 cm. Potente motor suizo a dos cuerdas. Membrana extrasonora de gran concierto. Con 600 púas gratis.



Sr. Gerente de la "CASA AMERICA".

Sírvase remitirme catálogo ilustrado de Concertolas con las ofertas excepcionales.

Nombre . . . .

Domicilio . . . .

Localidad . . . .

RECORDANDO el PASADO

La esquina o pulpería y el pulpero



El almacén, tal como hoy se entiende, surtido de toda clase de artículos de comer, beber y arder, no se conocía. Las pulperías—o esquinas, como también se llamaban, sin duda porque ocupaban siempre los ángulos de las calles — eran negocios en que se expendia muy reducida variedad de artículos de consumo; más bien eran tabernas: en ellas se tomaban y despachaban las bebidas en boga. A la pulpería sólo concurrían los sirvientes en busca de artículos usuales de consumo: frutas secas, maní, algunos dulces especialidades provincianas, vino, aguardiente, yerba, queso, azúcar o té, este último cuando faltaba en la botica, donde se expendia como hierba medicinal y siempre era de mejor calidad.

En la pulpería también solían servir un té al cliente que, sintiéndose mal, solicitaba para remedio un poco de la aromática infusión.

Las gentes de baja estofa acostumbraban reunirse en tertulias en las pulperías, consumiendo allí mismo los artículos que les ayudaban a excitar la sed tomando hasta caer dormidos allí mismo o, lo que era muy frecuente, en la vereda. Tomadores cargosos molestaban a los transeúntes. Pero nadie hacía caso; tan habitual era el espectáculo. Unicamente en caso de pelea intervenía el policiano, llevándose a planazos a los parroquianos molestos.

En las pulperías, además de venderse comestibles y toda clase de bebidas, despachaban en invierno café en jarritos de lata con tapa, por el cual pasaba una bombilla también de lata o de paja.

En verano, eran los refrescos la mercadería que más daba. Estos eran sangría que se hacía con vino, agua, azúcar y rajas de limón; vinagrada, la misma mezcla, substituyendo al vino con el vinagre, y la naranjada con el zumo de la naranja agria que se traía de las islas del Paraná. A estas naranjadas era muy frecuente agregar un vasito de caña, por ser, según los tomadores, muy fresca.

Originariamente los pulperos eran casi todos españoles; más tarde fueron reemplazados por criollos, quienes, a su vez, hubieron de ceder el puesto a los italianos.

En su mayor parte gente inculta, eran contados los pulperos que llevaban libros. Les bastaba con el libro de *fiados*, en el cual escribían el nombre, a veces sólo las iniciales del marchante y, a renglón seguido, tantas rayas como reales debiese. Este modo de llevar cuentas de fiados era tan general y conocido, que dió origen al dicho, refiriéndose a deudas que no se habrían de pagar: "Ráyela en la tina del agua".

El pulpero fué el inventor de la napa o yapa, guerra de reclamo que se hacía el gremio para atraer marchantes, obsequiándoles con cierta cantidad de maníes, azúcar, pasas, con arreglo al valor de la compra.

Tras del mostrador aparecía el pulpero, en mangas de camisa, sin chaleco, con calzoncillos anchos de fleco y chiripá, o bien un pañuelo grande de algodón o seda a guisa de delantal, con medias, algunas veces, y en chancletas.

Con este traje estaba muy bien para la distinguida clientela que entraba en la pulpería, pero lo malo era que al estar desocupado solía lucirse en la puerta o pasearse por la vereda.

RECORDANDO el PASADO

Recoveros y bandoleros


sí como los "recoveros", aprendices de comercio, barrían, cebaban mate, calentaban las viandas y se ejercitaban en vender al más alto precio posible en beneficio de sus patrones, los "bandoleros" cuidaban la bandola en ausencia del dueño, atraían compradores y aprendían el difícil arte de alucinar al cliente con el brillo y la ponderación de objetos de poco valor.

Los recoveros se consideraban, durante la noche, como dueños de la tienda de que eran guardianes; los bandoleros se proclamaban, durante el día, dueños de la calle pública porque allí ejercitaban su malicia. Los primeros eran de más edad que los segundos; pero se completaban en la acción de una manera admirable. Todos ellos tenían un protector o padrino, sin que por eso dejara de intervenir algunas veces en su vida bullanguera el Regidor defensor de menores del Cabildo.

El mercado y la plaza principal eran su centro de acción; vagaban en torno como mariposas siempre prontas a volar hacia el ruido y la luz. Menuda semilla, susceptible de producir el bien o el mal, según el ambiente doméstico en que caldeaban sus corazones; pero confundiéndose todos en una sola aspiración: hacer travesuras y meter barullo. Compasivos y capaces de defender los perros errantes del garrote de los presidiarios encargados de la matanza, acudían también con igual asiduidad a las ejecuciones públicas y apedreaban, con crueldad infantil, los cadáveres de los criminales pendientes de la horca. Muchachos activos, despiertos, hormigas y langostas a la vez, dañinos en una ocasión, útiles en otra, casi nunca malos, siempre revoltosos, acólitos ocasionales en la lujosa procesión del Corpus y escolta infalible de la banda lisa del Regimiento de Cívicos, que tocaba dianas y retretas al pie de la pirámide. Celebraban las fiestas patrias trepando al "rompecabezas" y haciendo estallar cohetes de la India a los pies de los paseantes.

Revolucionarios por índole, fueron los primeros en gritar el 6 de febrero de 1807, a las puertas del Cabildo: "¡Viva Liniers! ¡Mueran los traidores!" Y el día 10, después de la junta de guerra habida en el Fuerte, zaherir al Virrey con coplas semejantes a ésta:

Ya no tiene Sobremonte
otra plaza que vender,
¡ni su mujer qué jugar,
ni sus hijos qué comer!

De aquel centro de granujas, no graduados aun de pillos, salieron los más famosos apedreadores que hicieron sentir a los ingleses de Whitelocke la seguridad de su pulso y la entereza de sus corazones, obligándoles a confesar que "no era conquistable un país en que los niños apedrean a sus enemigos ¡y las mujeres les arrojan cacharros a la cabeza!"

En 1809, sofocada la intentona del Cabildo, vivaron de nuevo a Liniers y a Saavedra, porque éstos encarnaban la opinión popular y ellos sentían aquellas palpitaciones de emancipación, sin comprenderlas, e, instintivamente seguían la corriente de los sucesos hacia la libertad.



LA NEGRA DE LA CALLE VICTORIA

Caminaba a pasitos lentos, saltones, por los veredones escarpados de la calle Victoria. El manto azul de Nuestra Señora del Carmen arrebozaba una cara negra, llena de arrugas, entre las cuales centelleaban unos ojillos vivaces.

Detúvose en la esquina de Perú. De la Plaza Victoria llegaban marciales acordes. Repicaba la campana de San Ignacio.

—¡Patria vieja! ¡Oh, veinticinco!...

Sentóse la viejecita al borde del veredón. Estaba muy cansada. Su cabeza dábale vueltas, en la fría y húmeda tarde de mayo. La canasta que oprimía heroicamente cayó sobre el veredón, y unos pasteles de miel rodaron hasta la calle.

La cabeza, arrebozada de azul, se inclinó sobre un hombro flaquísimo, y los ojos vivaces se amortiguaron.

—¿Qué te pasa, morena?

Un hombre rubio, alto, joven, levantó en peso el frágil cuerpo de la centenaria; contempló un instante aquel rostro obscuro y venerable, los humildes andrajos religiosos. Y el hombre, que había sido secretario de Sarmiento, creyó comprender...

—¿Estás mejor, mamita?

Parpadeó la negra inmemorial. Miró en torno suyo, y suspiró al divisar sus pasteles de miel en el barro de la calle.

—Muy mejor, niño. Taba tan can-

sada... Soy tan vieja...

Dulcemente, el hombre la apoyó contra la pared de la librería de Ibarra, que estaba cerrada aquel día venturoso de fiesta patria.

—¿Cuántos años tienes, mamita?

Calló la negra durante largo tiempo. Escuchaba, como en un sueño, la campana de San Ignacio.

—Tengo ciento cinco años, niño — murmuró con voz fatigosa y trémula.

—¡Ciento cinco años! Pero, entonces, ¿cuándo naciste, morena?

—Yo no sé, niño — gimió la pobre, — ¡soy tan vieja! Me trajeron de Africa, en tiempo de los virreyes. Hoy es veinticinco de mayo, ¿verdad?

El ex secretario de Sarmiento—que lucía una escarapela azul y blanca en la levita, pues esa noche iba al baile de gala en el Club del Progreso, en esa misma esquina, — dijo:

—Sí, mamita. Hoy es veinticinco de mayo de 1880.

Pareció reaccionar la vieja del rebozo azul.

—Con éste, ya he visto setenta veinticincos de mayo, niño. Yo tenía nueve hijos, en 1810...



Ya no se oía la campana de San Ignacio. Pero de allá, de las dos plazas, llegaba hasta la esquina de Perú y Victoria el murmullo de la muchedumbre en fiesta, los acordes de la diana de Ituzaingó.

—¡Ciento cinco años!

—Sí niño...

El hombre volvió a contemplar a la centenaria, y pensó que fuera una sombra.

—¿Te acordás, mamita, te acordás?

La vieja se incorporó, con los ojos centelleantes. Parecía olvidarse de sus perdidos pasteles de miel, de las campanas de la iglesia, de sus cien años de miseria.

—Sí, niño... Me acuerdo. ¿Cómo me he de olvidar? Yo vendía aceitunas y escobas por estas calles, cuando nació su abuelo. Serví en tantas casas... Yo era ya vieja cuando los porteños hicieron la revolución de mayo, allí, en la otra esquina. Estaba lloviendo. Todos parecían locos. ¡Y qué lindos muchachos eran todos! Hace setenta años, niño...

—¿Estás mejor, mamita?

El brazo robusto ciñó el cuerpo encorvado de la viejecita.

—Sí, niño, estoy bien. Gracias, vuesamerced...

Pero el hombre comprendió que estaba mal. Aquella existencia frágil, aquella miseria de cien años, aquellos ojos de esclava de 1780 se extinguían.

—Mucho trabajé, niño. Siempre. Ya no me queda nadie. Yo250 cociné en la casa del último virrey. Lavé la ropa de la virreina viuda. Cuando vinieron los ingleses, yo era sirvienta en casa de los Balcarce, a tres cuadras de aquí. Después...

Cerraba la noche. Ya no se oían músicas marciales en las plazas históricas. Sonaban dos campanas próximas, doblando ánimas en el barrio: San Francisco y Santo Domingo. Las ventanas del Club del Progreso se iluminaban para la fiesta nocturna; veíanse pasar los primeros coches, conduciendo a los invitados a la cena de gala, hombres y mujeres con atavíos deslumbrantes.

—¿Después, mamita?

La centenaria, desfallecida, apoyó su cabeza lamentable sobre el pecho del hombre.

—¡Ah, niño!... Mi marido se fué a pelear a Chile. Era negro, como yo. Nunca volvió. Mis nueve hijos también se fueron. Rosas los llevó como soldados. Al más chico me lo mataron en Caseros. Era tambor mayor, y siempre se acordó de su mamá vieja. Era él, pobrecito, quien me pagaba el rancho y me daba de comer desde el tiempo de Rivadavia. Porque yo, la esclava vieja, era su mamita...

Se apagaba la voz de la centenaria. Allá, en la otra esquina, dobló de nuevo la campana de los jesuitas.

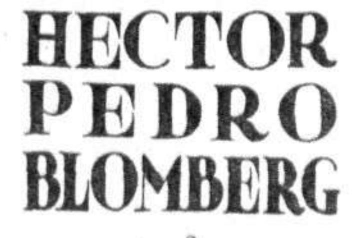
—Estoy tan cansada, vuesamerced, tan cansada...

El porteño levantó en sus brazos el cuerpo desfallecido, que pesaba menos que el de un niño.

—Ven, mamita, ven conmigo. Yo te voy a cuidar, a darte de comer siempre, como el tambor mayor de Rosas...

Pero la anciana no oía ya.

Y un grupo de porteños elegantes que iban a la fiesta del Club del Progreso, en aquella noche lluviosa de 1880, se detuvieron, asombrados y conmovidos, para ver cómo el ex secretario de Sarmiento estrechaba entre sus brazos, bajo la llovizna, en medio de la calle, a una negra de la calle, a una negra de más de cien años que se moría y se llevaba con ella toda la historia de la patria vieja.





DIBUJOS DE VALDIVIA


La vida social tiene, entre sus múltiples encantos, el que proporciona el delicioso.
OPORTO
DOM LUIZ
De sin igual finura y sin sustituto en las fiestas de gran tono.
Inclúyalo en sus pedidos a su proveedor
LUIS DUFAUR e Hijo
Av. de Mayo 1274 Bs. Aires

AÑO XXX
Nº 1494

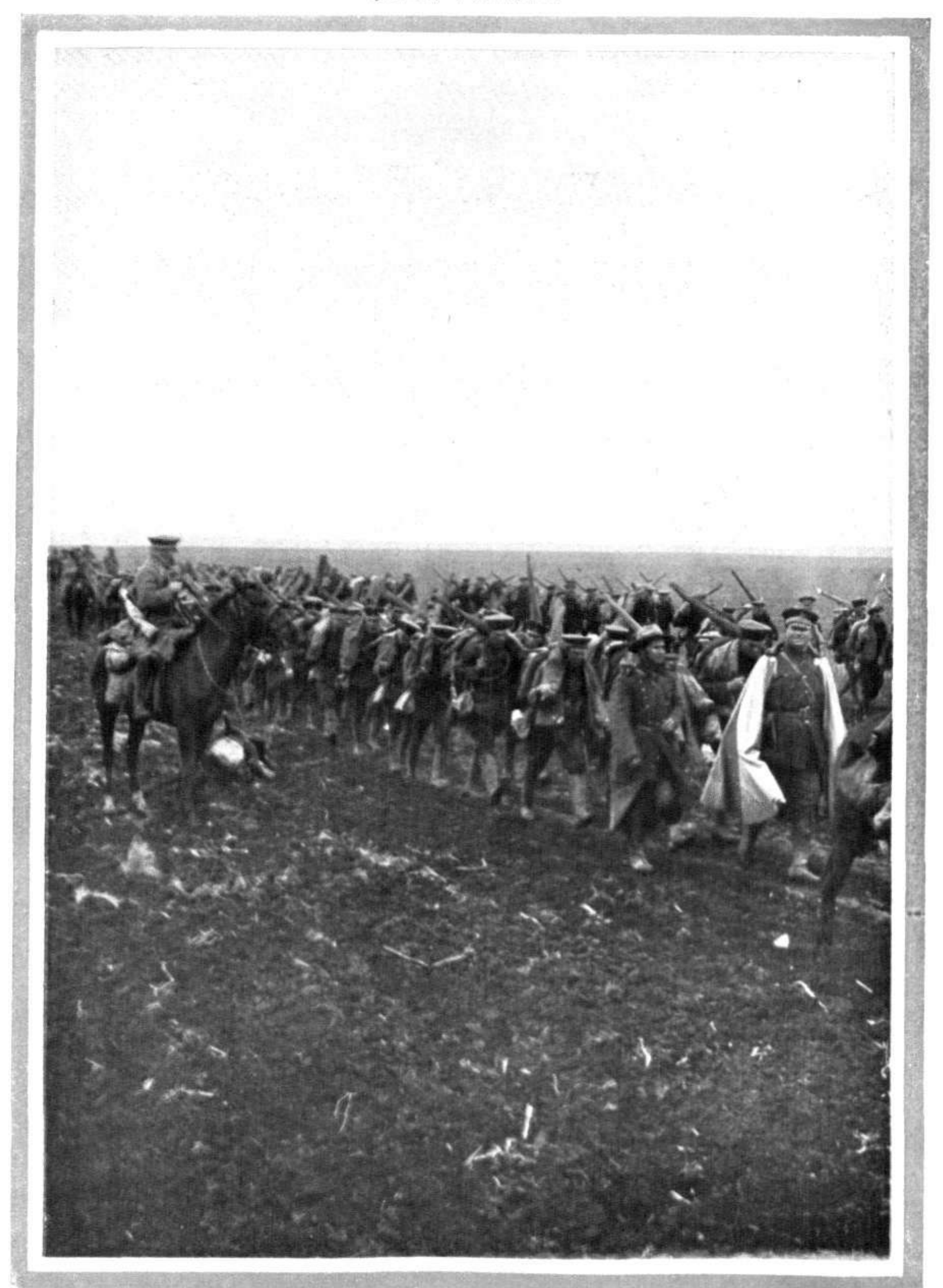
CARAS Y CARETAS

BUENOS AIRES
21 MAYO, 1927



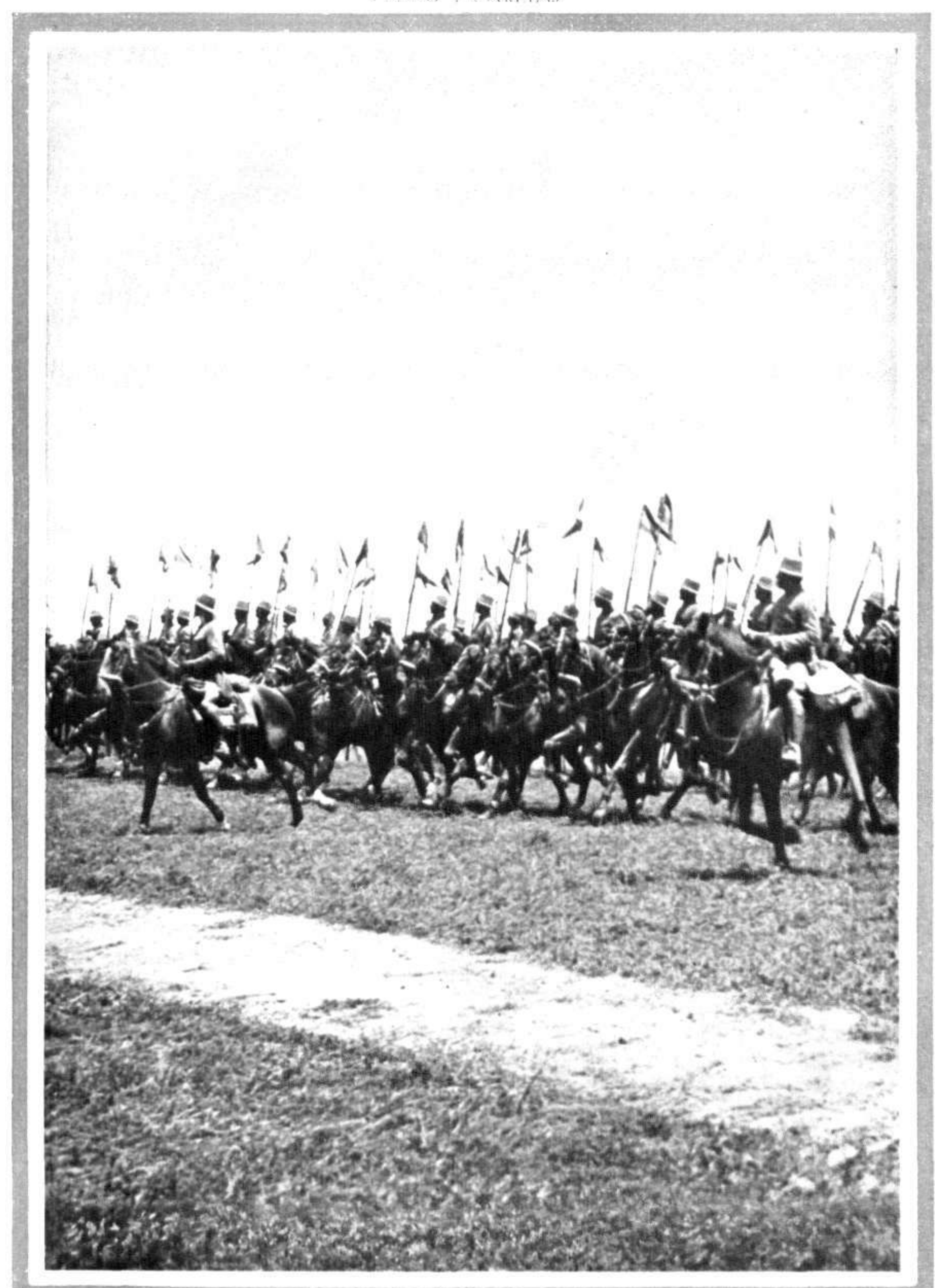
25 DE MAYO 1810 - 1927

DESGARRA el aire la diana triunfal, eco de cien despertares gloriosos. Es la aurora de una nueva conmemoración patria y la voz de los clarines saluda el inolvidable despertar argentino. Es una plegaria a la memoria de los próceres, de los guerreros, de los tribunos que lucharon por la Independencia. Un nuevo Sol de Mayo ilumina la tierra madre y libre, y a la clarinada madrugadora responden los vítores de un pueblo que rinde ferviente homenaje de gratitud y admiración. ¡Arriba, que otra vez llegó la hora de honrar el recuerdo de los héroes y los destinos de la Patria!



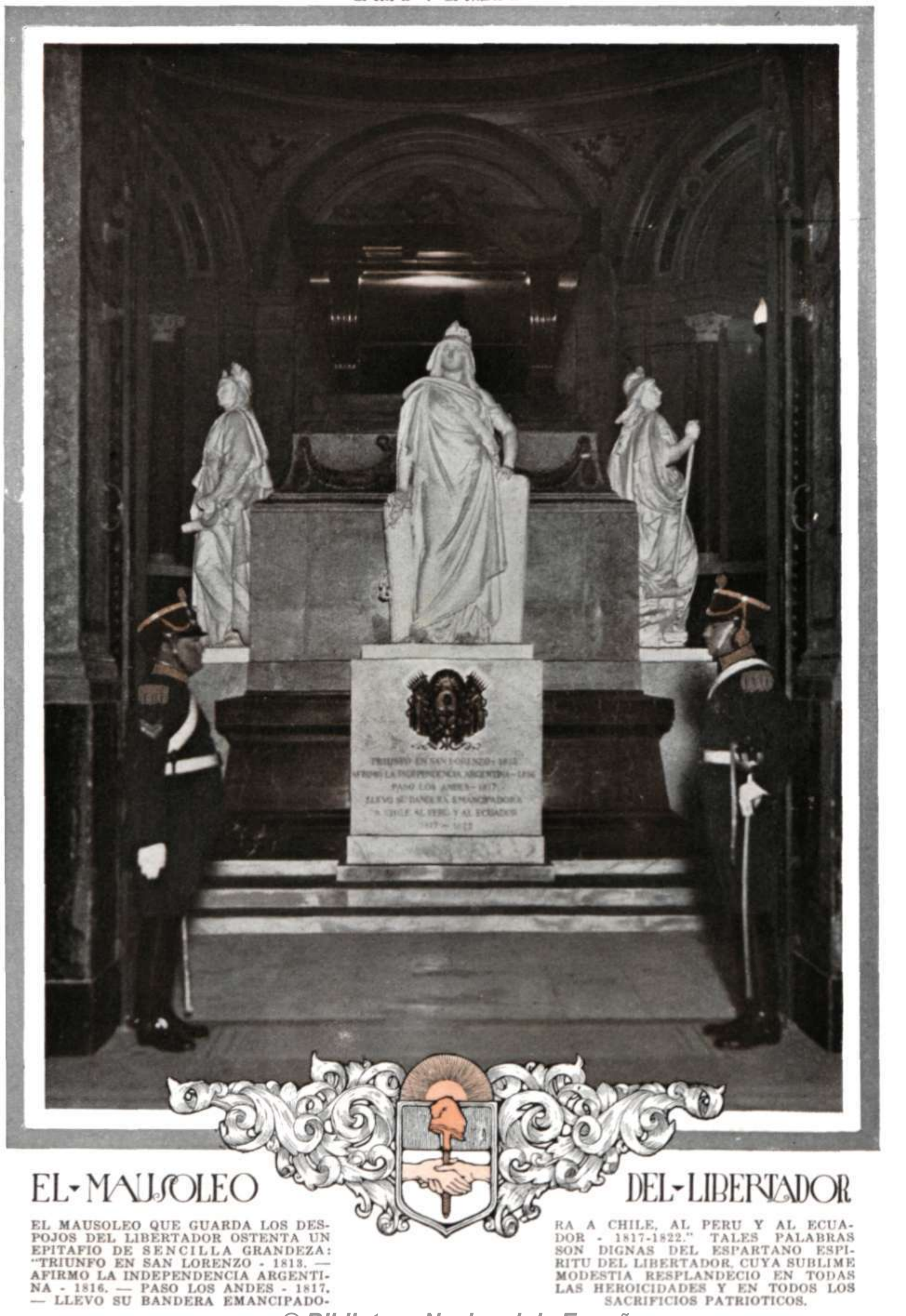
Infantería

Un ejército de infantes ciudadanos y no de profesionales, sencillamente vestido, que aprende con todo entusiasmo el arte sublime de sostener la independencia y la integridad nacionales.



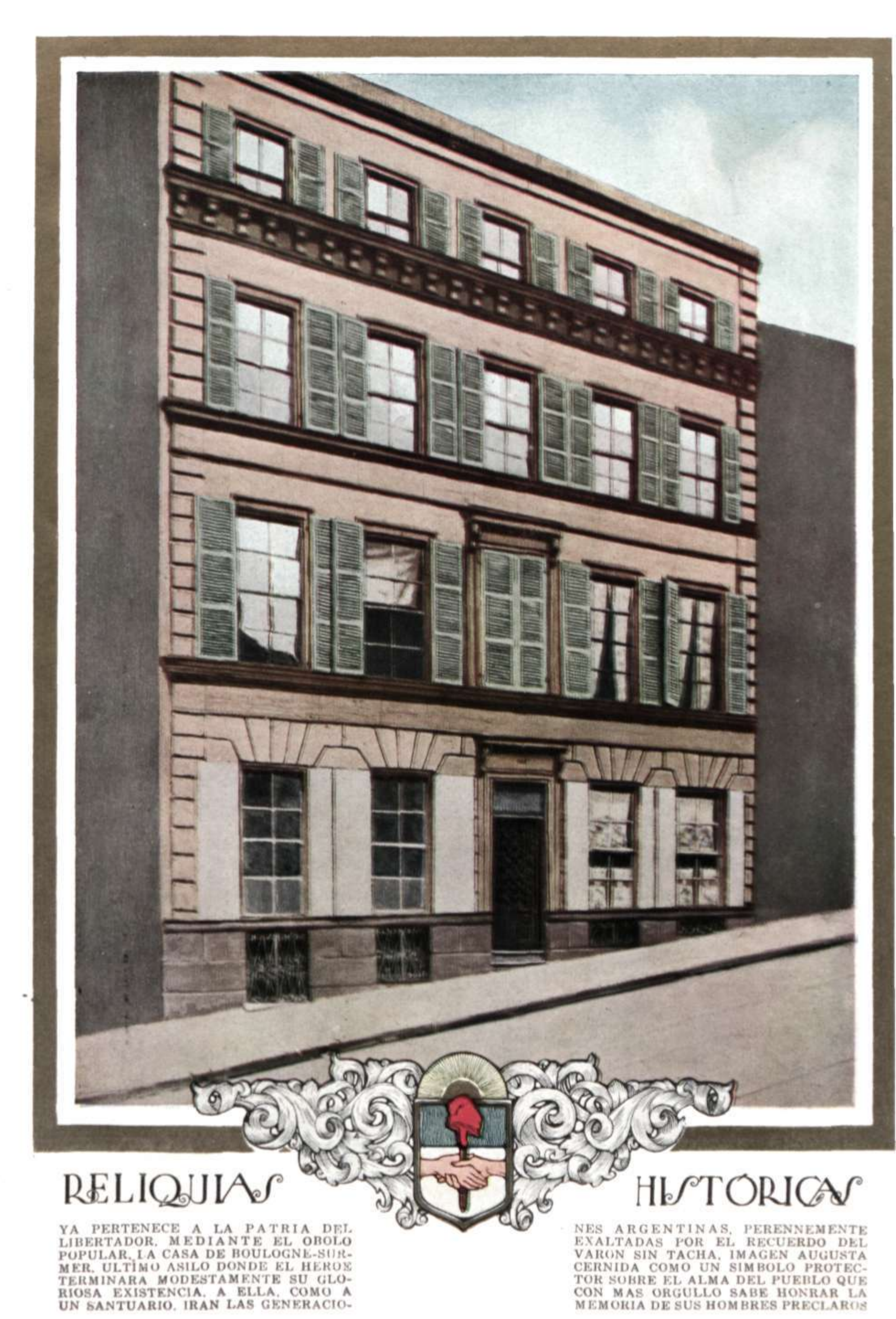
Caballería

Patria de jinetes famosos, la Argentina los reúne bajo los estandartes, dando unidad y pericia a los descendientes de aquellos lanceros y sableadores que en la epopeya demostraron su temeridad



EL MAUSOLEO DEL LIBERTADOR

EL MAUSOLEO QUE GUARDA LOS DESPOJOS DEL LIBERTADOR OSTENTA UN EPITAFIO DE SENCILLA GRANDEZA: "TRIUNFO EN SAN LORENZO - 1813. — AFIRMO LA INDEPENDENCIA ARGENTINA - 1816. — PASO LOS ANDES - 1817. — LLEVO SU BANDERA EMANCIPADORA A CHILE, AL PERU Y AL ECUADOR - 1817-1822." TALES PALABRAS SON DIGNAS DEL ESPARTANO ESPIRITU DEL LIBERTADOR, CUYA SUBLIME MODESTIA RESPLANDECIO EN TODAS LAS HEROICIDADES Y EN TODOS LOS SACRIFICIOS PATRIOTICOS.



RELIQUIAS HISTÓRICAS

YA PERTENECE A LA PATRIA DEL LIBERTADOR, MEDIANTE EL OBOLO POPULAR, LA CASA DE BOULOGNE-SUR-MER, ULTIMO ASILO DONDE EL HEROE TERMINARA MODESTAMENTE SU GLORIOSA EXISTENCIA. A ELLA, COMO A UN SANTUARIO, IRAN LAS GENERACIONES ARGENTINAS, PERENNEMENTE EXALTADAS POR EL RECUERDO DEL VARON SIN TACHA, IMAGEN AUGUSTA CERNIDA COMO UN SIMBOLO PROTECTOR SOBRE EL ALMA DEL PUEBLO QUE CON MAS ORGULLO SABE HONRAR LA MEMORIA DE SUS HOMBRES PRECLAROS



El famoso "corvo" de San Martín.

Dos espadas de marina que pertenecieron al heroico almirante Guillermo Brown.

Sable del general Carlos M. de Alvear.

Espada de caballería que usó Martín Rodríguez

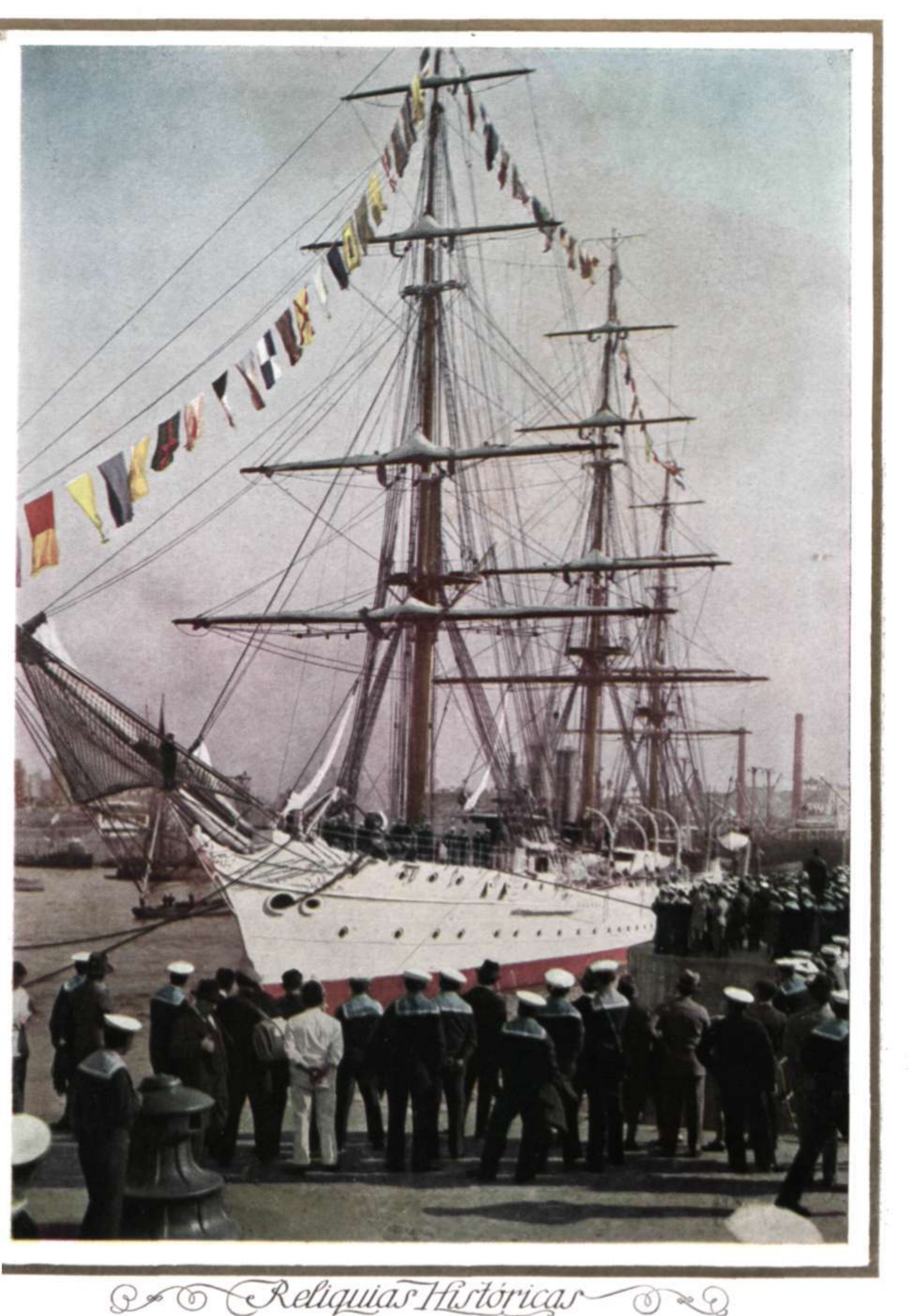
Sable del comandante Pereyra Lucena.

El rico "corvo" de don Miguel de Azcuénaga.

Sable perteneciente al general Manuel Belgrano.

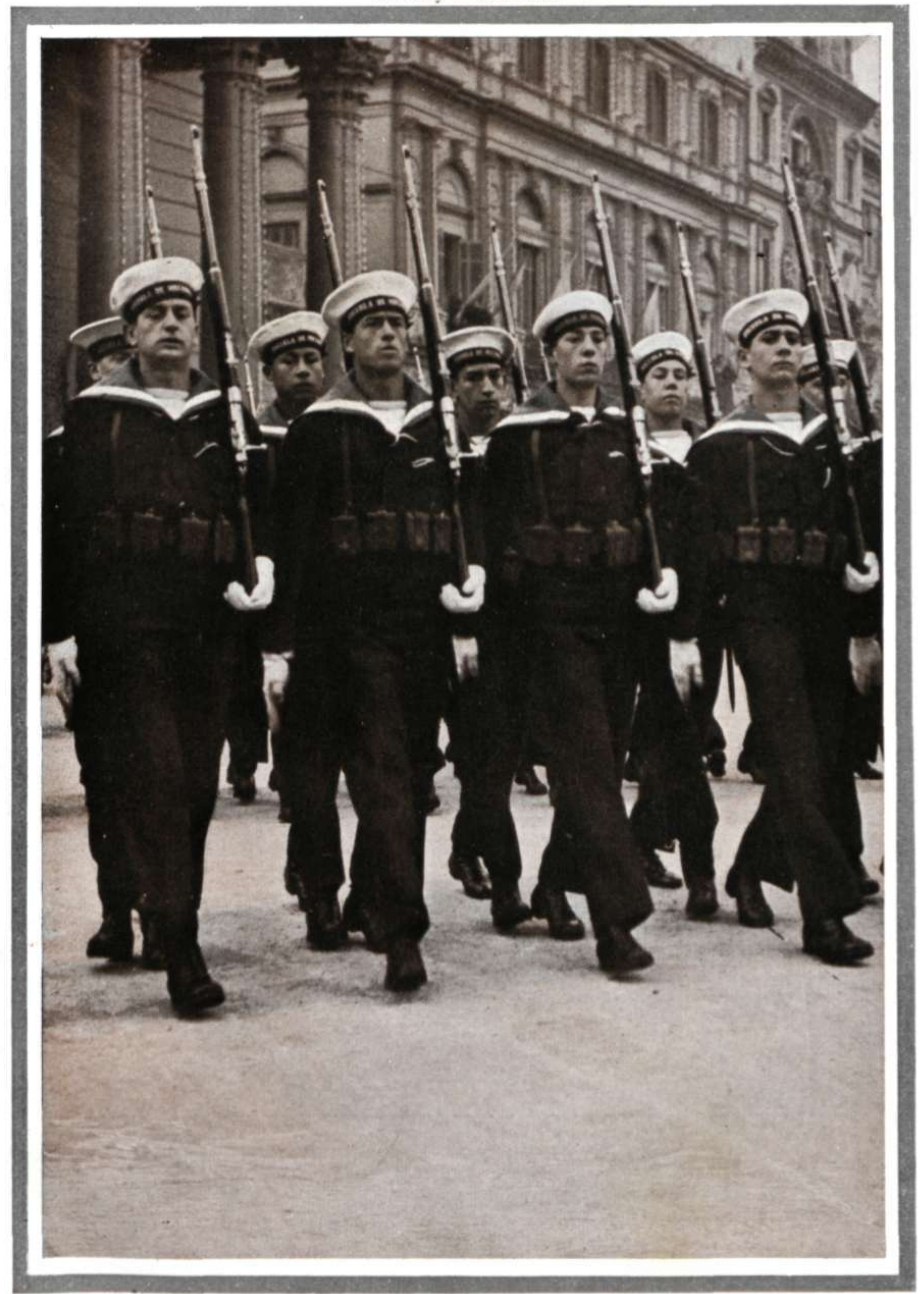
Reliquias Históricas

VERDADERAS Y PATRIOTICAS RELIQUIAS, TESTIMONIOS DEL HEROICO PASADO ARGENTINO, QUE MERCED A LA GENTILEZA DEL DIRECTOR DEL MUSEO NACIONAL HISTORICO, DOCTOR ANTONIO DELLEPIANE, PUDIMOS REPRODUCIR FOTOGRAFICAMENTE.



Reliquias Históricas

La "Sarmiento", universidad de bravos marinos, viva reliquia, en cuya arboladura paseó la bandera argentina por todo el mundo.



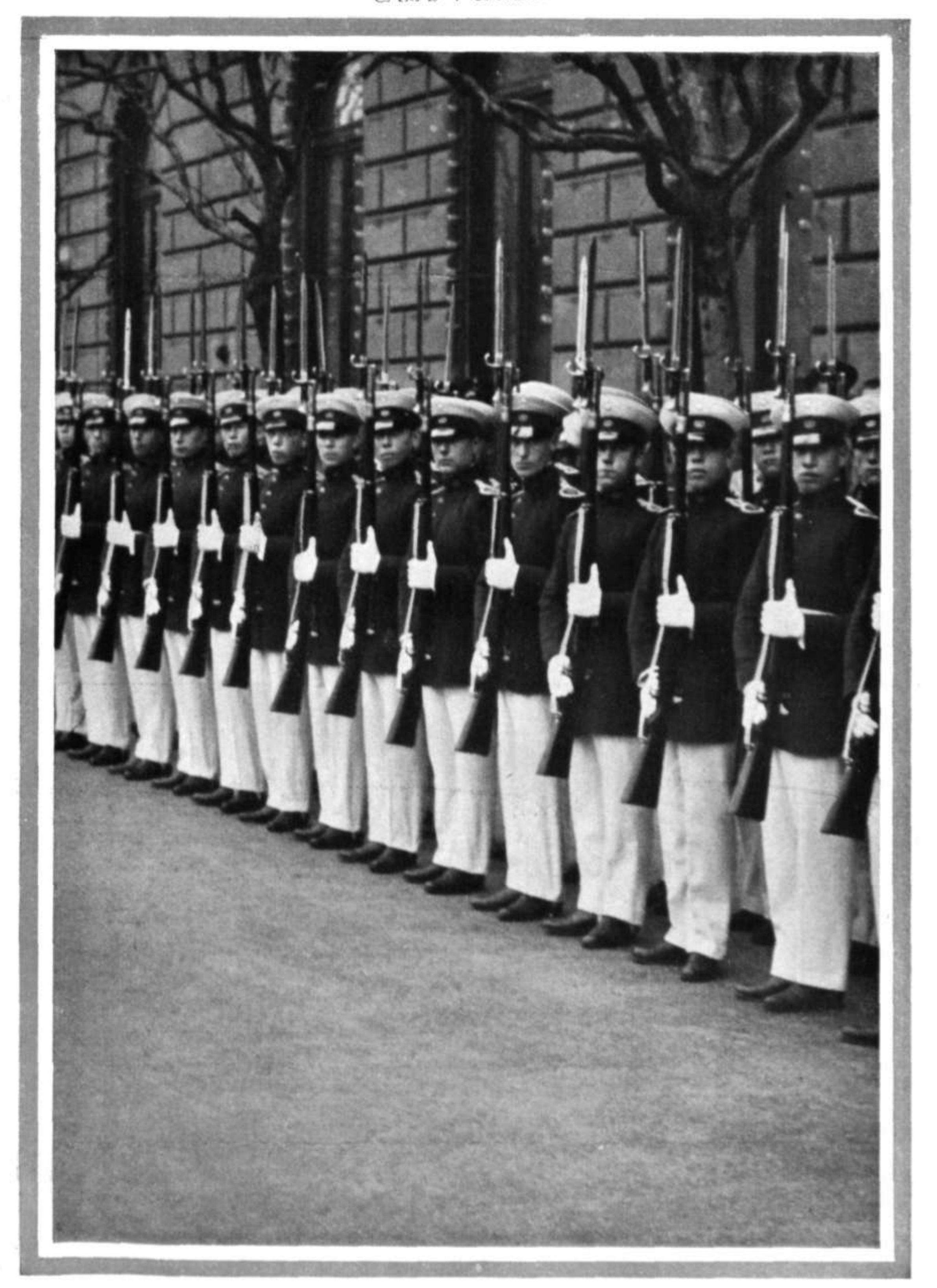
Marinería

La rígida disciplina de a bordo, que enorgullece a los marinos, prepara generaciones de muchachos fuertes que en la paz y en el peligro saben cumplir sus obligaciones.



Artillería

Emboscado en la llanura pampeana, el cañón despierta los ecos del suelo argentino. Al pie de la máquina guerrera, los artilleros intensifican su preparación, ejercitándose en el tiro rápido.



Colegio Militar

Los caballeros cadetes, futuros guías del conscripto argentino, demuestran su impecable preparación y disciplina en las rudas tareas del soldado que ellos enseñarán al ser oficiales.



Sanidad Militar

Adiestrados en la misión benéfica que noblemente realizarían en las horas de terrible prueba, los hombres de la Sanidad Militar preparan a sus útiles auxiliares, los perros.

Nuestros próceres


Capitán general don José de San Martín.


Doctor Mariano Moreno.


General Manuel Belgrano.


Doctor Bernardino Rivadavia.


Almirante Guillermo Brown.


Deán Gregorio Funes.


Brigadier Cornelio de Saavedra.


Don Hipólito Vieytes.


General Juan Martín de Pueyrredón.


Don Domingo Mathéu.


General Martín Rodríguez.


Don Juan José Paso.


General Gregorio Aráoz de Lamadrid.


Don Feliciano Chiclana.


General José Rondeau.


Don Francisco Narciso de Laprida.


General Martín Güemes.


Don Manuel de Sarratea.


Don Nicolás Rodríguez Peña.


Don Hipólito Buchardo.


Don Juan Larrea.


Don Juan José Castelli.


General Carlos María de Alvear.


Fray Justo Santa María de Oro.


General José María Paz.


Don Gervasio Antonio Posadas.


General Antonio González Balcarce.

Don Pedro José de Agrelo.


Coronel Miguel de Azcuénaga.


Don Juan Manuel de Luca.


Comandante Tomás Espora.


Doctor Tomás Manuel de Anchorena.


Doctor Manuel Moreno.


Coronel Manuel Dorrego.


Doctor Antonio Aberastáin.


General José Ignacio Gorriti.


Doctor Bernardo de Monteagudo.


Doctor Antonio Alvarez de Jonte.


Don Tomás Godoy Cruz.


General Francisco Ortiz de Ocampo.


Don José Valentín Gómez.


Coronel Carlos F. Brandsen.


Doctor Pedro Somellera.


Don Manuel Rodríguez.


Brigadier Juan A. de Lavalleja.


Don Pedro Medrano.


Doctor Manuel V. de Maza.


Don Esteban Agustín Gascón.


Comandante Mariano de Escalada.

Nuestros próceres


Canonigo Saturnino Segurola y Lezica.


Coronel Pedro Ramos.


Don Ambrosio Mitre.


Almirante Manuel Blanco Encalada.


Doctor Joaquin Campana.


Coronel Tomás Guido.


Fray José de la Quintana.


General José Félix Aldao.


General Juan C. Moyano.


General Pedro Molina.


Don Santiago Torres.


General Rudecindo Alvarado.


Don Teodoro Sánchez de Bustamante.


Coronel Isidoro Suárez.


Coronel José A. Alvarez Condarco.


Fray Pantaleón García.


General Juan O'Brien.


Doctor Pedro León Gallo.


Coronel José Melián.


Doctor Diego Alcorta.


General Antonino Taboada.


Doctor José Severo de Olmos.


General José María Flores.


Coronel Manuel Medina.


Doctor Antonio Sáenz.


Coronel Jenaro Berón de Astrada.


Fray Fernando de Trejo y Sanabria.


Doctor y general Diego Paroissién.


Doctor Mariano Boedo.


General José Segundo Roca.


Coronel Manuel A. Pueyrredón.


Capitán Cornelio Zelaya.


Doctor Manuel Antonio Castro.


General Indalecio Chenaut.


Doctor Julian Segundo de Agüero.


Coronel Lorenzo Barcala.


Coronel Casimiro Recuero.


General Casto José de Cáceres.


Fray Nicolás Herrera.


Coronel Luciano Cruz.


Dr. Bernardo Vera y Pintado.


Gral. José Ignacio Centeno.


Doctor Manuel A. Castro.


Coronel Manuel Corvalán.


Doctor José Darragueyra.


Doctor Juan Antonio Saráchaga.


Coronel Martín P. Lacarra y Toledo.


Don Juan Harrat.


General Lucio Mansilla.

Nuestros próceres


Doctor Francisco de Gurruchaga.


Teniente Antonio Luis Berutti.


Doctor Manuel José García.


Coronel Juan José Hernández.


Doctor Ildefonso Muñecas.


General José Matías Zapiola.


Don Francisco Mariano Orma.


Brigadier Juan F. Terrada.


Don Francisco Antonio Escalada.


Coronel Matías de Irigoyen.


Don Juan José de Lezica.


General Juan José Viamonte.


Doctor Vicente A. Echevarría.


General Francisco Ramírez.


Don Jaime Llavallol.


Don Manuel Eguía.


Don Evaristo Villarino.


Canónigo Apolinario Larrosa.


Don Juan Antonio Gutiérrez.


Don Manuel L. de Oliden.


Coronel José María Aguirre.


Coronel Manuel G. Pinto.


Don José Mª Maldonado.


General Félix de Olazábal.


Coronel Bernardo González y Espinosa.


Comandante Francisco Javier Ascasubi.


Don Martín Gregorio Yániz.


Coronel Juan Pascual Pringles.


General Ignacio Alvarez Thomas.


Coronel Bruno García.


General Miguel Estanislao Soler.


Don Jerónimo Salguero de Cabrera.


Coronel Miguel Virasoro.


Don Jaime Nadal y Guarda.


Coronel José de Olavarría.


Doctor Félix Olmedo.


General Mariano Necochea.


Doctor Pedro I. de Castro Barros.


Comandante Leonardo Rosales.


Doctor Ireneo Portela.


Coronel Lorenzo Lugones.


Canonigo Pedro Francisco de Uriarte.


General Estanislao López.


Fray Cayetano José Rodríguez.


Coronel Manuel de Escalada.


Doctor José M. Serrano.


Doctor Francisco Pico.


Doctor Manuel A. Obligado.


Comandante Manuel I. Suárez.

Nuestros próceres


Fray José Colombres.


Monseñor J. Pedro Carranza.


Coronel Juan Salinas.


Coronel Francisco Crespo.


Don Mariano Pueyrredón.


General Guillermo Miller.


Don Eduardo Belgrano.


Teniente coronel Saturnino Saraza.


Coronel José María Romero.


Fray José Benito Lamas.


Doctor Cosme Argerich.


Coronel José M. Cortina.


Doctor Agustín J. Donado.


Coronel Bruno de la Quintana.


Coronel Martín Hidalgo.


Coronel José María Rojas.


Monseñor Mariano de Escalada.


Doctor José N. de Allende.


Fray Nicolás Aldazor.


General Juan F. Ibarra.


Doctor José Agustín Molina.


Doctor Claudio M. Cuenca.


Doctor Manuel Alberti.


Comandante Felipe Pereyra Lucena.


Don Felipe Senillosa.


Comandante Miguel Caxaraville.


Don Ignacio Núñez.


Don Miguel Belgrano.


Don Marciano Sánchez de Loria.


Coronel Victoriano Corvalán.


Doctor Dalmacio Vélez Sársfield.


General Hilarión Plaza.


Don José Blas Parera.


General Eustoquio Frías.


Monseñor Julián Navarro.


Tte. Cnel Juan B. de Lafuente.


Don Bernardo Pereda.


Don Manuel Calleros.


Don Gregorio Ignacio Perdriel.


Presb. Lázaro Cadea.


General Juan Lavalle.


Don Pedro Domingo Murillo.


Capitán General Justo José de Urquiza.


Coronel José Miguel Galán.


Fray Mamerto Esquiú.


Capitán Lázaro Gómez.


Monseñor Nicolás Videla del Pino.


Don Roberto Billinghurst.


Presb. Mariano Guerra y Mosqueira.

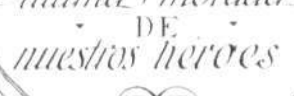


Tumba del general Juan Martín de Pueyrredón, muerto el 13 de marzo de 1850 en su chacra de San Isidro.

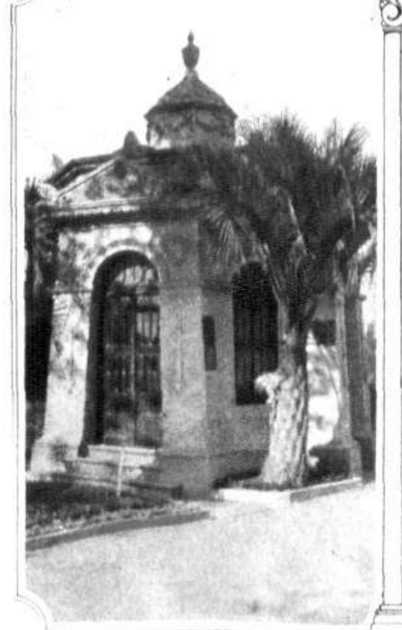


Mausoleo al héroe de Salta y Tucumán, general Manuel Belgrano, fallecido en Buenos Aires el 20 de junio de 1820.

Sepulcro del glorioso almirante Guillermo Brown; dejó de existir el 3 de marzo de 1857.



La última morada de nuestros héroes



Panteón del primer presidente de la Confederación Argentina don Bernardino Rivadavia, muerto el 22 de septiembre de 1845.



La tumba del mártir de Navarro, coronel don Manuel Dorrego, arrebatado a la vida el 3 de diciembre 1828.

Lugar donde reposan las cenizas del brigadier don Cornelio de Saavedra, quien falleció en esta capital el 29 de marzo de 1829.

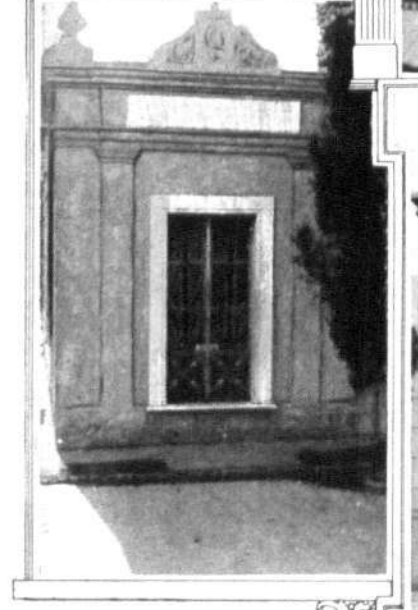
Panteón al general don Martín Rodríguez, muerto en Montevideo el 5 de marzo de 1844.



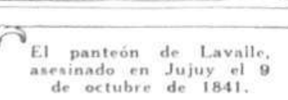
El sepulcro del deán don Gregorio Funes, cuyo fallecimiento acaeció en Buenos Aires el 10 de enero de 1829.

El mausoleo al coronel Carlos F. Brandsen, valiente adalid de la Independencia, fallecido el 17 de octubre de 1871.

Tumba del mayor general don Angel Pacheco, eminente ciudadano que murió el 28 de septiembre de 1869.



Sepulcro de don Miguel de Azcuénaga, que dejó de existir el 19 de diciembre de 1833.



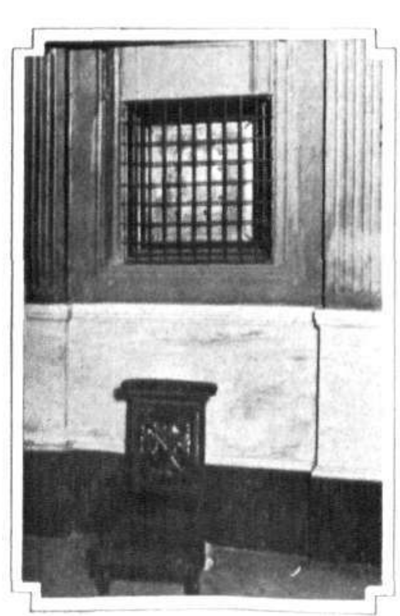
El panteón de Lavalle, asesinado en Jujuy el 9 de octubre de 1841.

Monumento sepulcral donde descansan los restos del general don Carlos M. de Alvear, [illegible] en 1852.



Atrio y frente de la iglesia de Nuestra Señora del SSmo. Rosario. Interesante y antigua fotografía tomada antes de sufrir las reformas actuales.

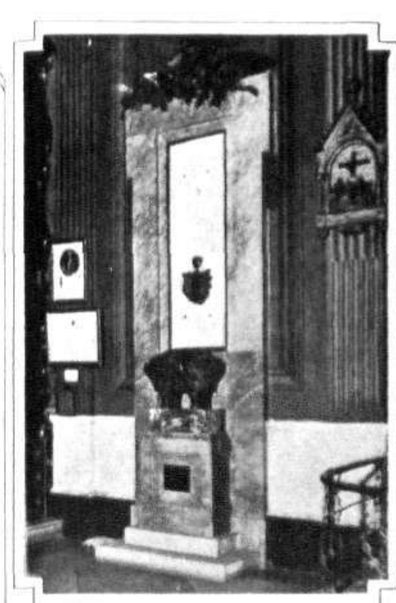
La histórica Basílica de Nuestra Señora del S.S.mo Rosario



Tras de esta austera reja consérvanse las cenizas de uno de los hombres más preclaros de nuestra patria: el general Juan Ramón Balcarce.



Crucifijo. Talla policromada que perteneció al general Ocampo y que fué obsequiada por una sobrina de éste al [illegible]



Sencillo monumento funerario que conserva los restos del excelentísimo señor don Juan de Lezica y Torresura, protector de la Orden de los Predicadores.



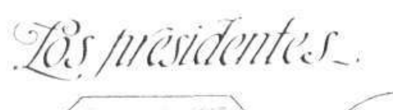
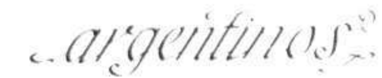
Altar de la Virgen del SSmo. Rosario. A la venerable imagen dedicaron los trofeos que atestiguan nuestro heroísmo cívico, Santíago de Líniers y Belgrano.

Recia puerta de algarrobo que se abre sobre el locutorio del convento de Santo Domingo. Aun conserva las huellas dejadas por las balas inglesas.

IGLESIA de señorío, ésta de Nuestra Señora del Santísimo Rosario, ampara en sus largas naves penumbrosas, propincuos o adosados a los recios pilares, trofeos que halagan nuestro orgullo de argentinos y cenizas de preclaros varones. Fueron sus torres y sus recios muros testigos de hazañosos hechos. En las horas inciertas de la Defensa de Buenos Aires, fué baluarte de heroísmo y, apenas extinguido el eco del clarín anunciador de los triunfos de Tucumán y Salta, tuvo, para ornamento de su altar mayor, banderas de vencidos. Está ligada al sentimiento argentino por los lazos de la fe cristiana y del valor.



En esta urna descansan las cenizas del brigadier general don José Matías Zapiola, ejemplo de militares pundonorosos, orgullo de nuestra argentinidad.

Los presidentes argentinos


Don Bernardino Rivadavia, 8 febrero 1826-1827.


General Justo José de Urquiza, 5 marzo 1854-1860.


Doctor Santiago Derqui, 5 marzo 1860-1862.


General Bartolomé Mitre, 12 octubre 1862-1868.


Don Domingo Faustino Sarmiento, 12 octubre 1868-1874.


Doctor Nicolás Avellaneda, 12 octubre 1874-1880.

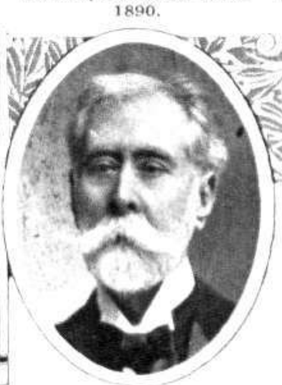

General Julio A. Roca, 12 octubre 1880-1886 y 1898-1904.


Doctor Miguel Juárez Celman, 12 octubre 1886-1890.


Doctor Carlos Pellegrini, 8 agosto 1890-1892.


Doctor Luis Sáenz Peña, 12 octubre 1892-1895.


Doctor José Evaristo Uriburu, 22 enero 1895-1898.


Doctor Manuel Quintana, 12 octubre 1904-1906.


Doctor José Figueroa Alcorta, 12 marzo 1906-1910.


Doctor Roque Sáenz Peña, 12 octubre 1910-1914.


Doctor Victorino de la Plaza, 19 agosto 1914-1916.


Doctor Hipólito Irigoyen, 12 octubre 1916-1922.


Doctor Marcelo T. de Alvear, 12 octubre 1922-1928.



Mercedes Lasala de Riglos.



Josefina Riglos Alzaga de Peña.



Remedios Escalada de San Martín.



Josefina Díaz Vélez Escalada de Madariaga.



Juana Pueyrredón de Sáenz Valiente.



Angélica Pueyrredón.



Carmen Quintanilla de Alvear.



Elvira Lezica Alvear de Bullrich.



En la parte superior, Noemí Alcorta Mansilla, exponente de gracia y belleza, digna sucesora de su bisabuela doña Agustina Rosas de Mansilla, de quien heredó todas las condiciones de afabilidad y dulzura, que hicieron destacarse a aquella gran dama de la aristocracia porteña del siglo pasado. En el círculo, doña Agustina Rosas de Mansilla.

AYER

PATRICIAS Y SUS

Al celebrarse una vez más la gloriosa fecha de la emancipación, vuelve a nuestro recuerdo, junto con el de los próceres que nos dieron libertad, el de sus compañeras ilustres, aquellas damas que fueron ejemplo de energías y de generosidad, y cuyos nombres figuran como la personificación de aquellos espíritus alentadores del movimiento patriótico de 1810.

A través de los años se sucedieron las generaciones, nuevas ramas de aquellos troncos que se sintieron sacudidos por el pujante torbellino de la Independencia, y hoy, en medio de la vida febril, pero también en medio de serena paz, las descendientes de aquellas mujeres admirables son figuras destacadas de la sociedad porteña.

Junto con el abolengo ilustre, las damas de la sociedad actual, representantes hoy de aquella dinastía de antaño, heredaron belleza, gracia, inteli-

CONSUELO MORENO





En la parte superior, Julia Emma López Roca, bisnieta del autor de nuestro himno, don Vicente López y Planes, y de su esposa doña Lucía Petrona Riera de López. La encantadora y juvenil figura se destaca ya con perfiles propios, y su clara inteligencia la hace digna descendiente de la ilustre pareja. En círculo, doña Lucía Petrona Riera de López.

Y·HOY DESCENDIENTES

gencia y señorío; como aquellas figuras privilegiadas que pasaron a la historia, nuestras contemporáneas, prolongación de sus antepasadas, son el más preciado adorno de los salones porteños, y las hay que por querer honrar más aún la memoria de las que fueron fundadoras de la dinastía, rivalizan con aquéllas en hermosura y en donaire.

Sólo ilustran estas páginas algunos retratos de grandes damas del pasado, precursoras de las mil realizaciones de feminismo que hoy disfrutamos, y que nos fueron inspiradas por su actuación y por sus condiciones. La gloria que transmitieron a las generaciones futuras las mujeres de antaño es como la aureola de luz para su actuación actual, tan llena de brillo y de lucimiento.

¡Y seguirán constituyendo las generaciones de mañana, el núcleo preferido, con toda su herencia de linaje y de señorío recibido de las patricias!

DE DUPUY DE LOME



María Sánchez de Thompson.



Martha Bosch Alvear.



Ramona Esquivel de Aldao.



Raquel Aldao de Rodríguez.



Benita Nazarre de Pico.



Delia Alzaga Unzué de Pereyra Iraola.



Nieves Escalada de Oromí.



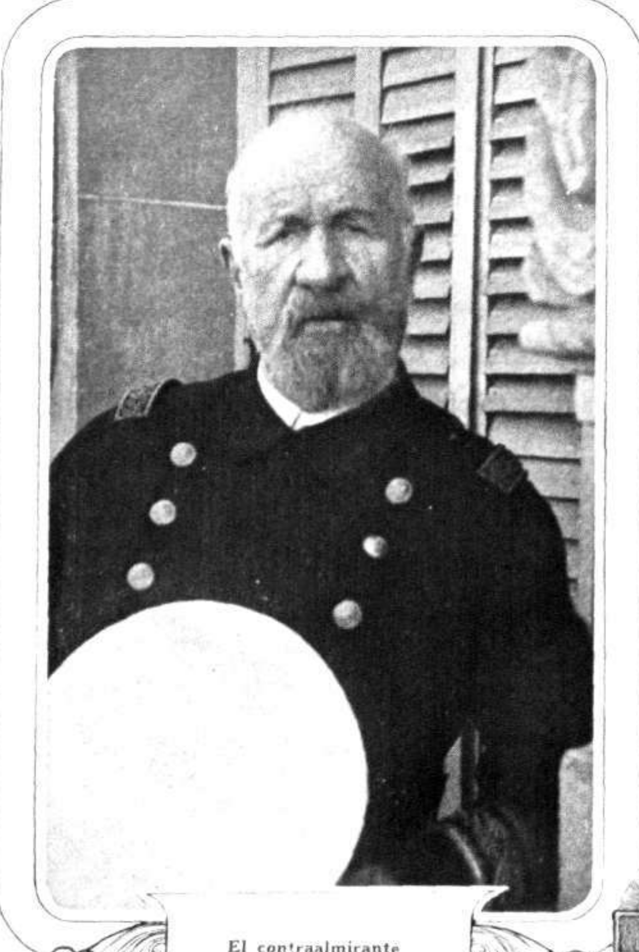
Ernestina Larreta Llavallol.

El culto de la patria

En toda la extension del territorio argentino se levantan estos días, a la manera de un clamor de victoria, millares de voces infantiles coreando vibrantemente el himno de la Patria y las marciales canciones a la bandera "que Belgrano nos legó"



Contraalmirante Martín Guerrico, decano de nuestra marina de guerra


El contraalmirante Guerrico en la actualidad.

El decano de nuestra marina de guerra ocupa una de las habitaciones que dan a la calle Córdoba en el sexto piso del Centro Naval.

—*Che, José: trae unos cigarritos de los míos para convidar al repórter. Usted dirá si son malos o buenos... Este... ¿cuándo ingresé? ¡Ah, sí! En 1859, como distinguido. En el mismo año, ascendí a guardiamarina. Antes había sido dependiente de aduana. El gobierno me mandó a España a perfeccionar mis estudios. Estuve en El Ferrol, en compañía de Urtubey, inteligentísimo compatriota. Navegué muchísimo en mis mocedades. En La Habana me agarró el cólera.*

—¡...!

—*Pero no quise dejar mis huesos en la Perla de las Antillas. De Veracruz salí para el Viejo Mundo en un barco del cual yo era piloto. Y naufragamos. ¡Qué temporal!*

—¡...!

—*Naufragamos en el canal de la Mancha. Días después llegué al puerto de Falmouth, en Inglaterra. Al estallar la guerra con el Paraguay, volví a Buenos Aires. Yo nací en San Isidro, el 11 de noviembre de 1838. En el año entrante cumpliré 90 primaveras.*

—¡...!

—*Me embarqué en el "Guardia Nacional", como teniente-ayudante del coronel Murature, jefe de la escuadra argentina, y a su lado permanecí hasta 1867. Actué en el combate contra las baterías emplazadas en la Barranca Las Cuevas. Nuestro barco fué tocado por 48 balas de cañones paraguayos. Bajas considerables. En Curupaity pedí licencia a Murature para poder tomar parte en el memorable asalto. Tanto en Las Cuevas como en Curupaity distinguíme por mi serenidad. Así lo certifican Mitre y Murature. En mi foja de servicios hay copia de los certificados. Durante el bombardeo de Itapirú, recibí orden en lo más recio del fuego de desembarcar el 6º de línea y el batallón San Nicolás. ¿Qué más? Este... mi memoria...*

Cerró los ojos, como si quisiera "dar máquina atrás" en los mares de sus lejanos recuerdos.

—*Luego las guerras civiles. En 1870, siendo comandante del "Pavón", recibí orden de bombardear las posiciones ocupadas por los rebeldes que habían sitiado la ciudad de Paraná. Tengo una carta de puño y letra del gran Sarmiento en la que me felicita por mi buen desempeño como jefe de las escuadrillas que efectuaron la vigilancia de los ríos Paraná y Uruguay, durante las campañas 1ª y 2ª de Entre Ríos. ¿Qué más? Este... El presidente de los Estados Unidos, general Ulises Grant, me donó una espada de honor con motivo del salvataje de la barca norteamericana "Mary E. Karker", en las costas patagónicas.*

—¿Conserva sus condecoraciones?

—*Tres medallas de plata, dos cruces y un escudo. En 1879, al regresar de la exploración del río Neuquén, yo y mi escolta, fuimos sorprendidos por los indios en el paraje Nido del Cóndor. Solamente salvamos el pellejo el que hoy es contraalmirante Hipólito Oliva, el carpintero, yo y algún otro que no recuerdo. ¡Nos vimos apretaditos!...*


Con uniforme de guardiamarina, en 1859.

FELIX

El General Félix Benavides, decano de nuestro ejército

FRESQUITA la mañana, ¿eh? Pasadas las fiestas mayas, levantaré campamento. Dejaré esta habitación del hotel, para trasladarme al norte, donde paso los inviernos. ¡Pesa la mochila de los años!...

—*¿Cuántos, general?*...

—Nací el 20 de noviembre de 1842. Saque la cuenta...

—*¿Porteño?*

—¡Porteñazo, señor! Me bautizaron en la iglesia de la Merced. Mi padre, don Pedro Félix Benavidez, era chileno, y mi madre, porteña. Como le decía, paso los inviernos en el norte. Este año volveré al Paraguay, de incógnito: Félix Benavidez, a secas. En la misma forma viajé por Europa. No me agradan los agasajos. Prefiero ser uno de tantos... En verano me corro al sur. Acampo en bahía San Blas, no muy lejos de Patagones. Y voy tirando, señor... Fui dado de alta en clase de subteniente de guerra en el batallón 9º de infantería de línea al finalizar el año 1861.

—*Ayer*...

—Marché a la frontera del oeste, quedando en ella de guarnición en el servicio de fortines hasta fines de 1862, año en que, a las órdenes del coronel Julio de Vedia, actué en la expedición a la toldería de los indios ranqueles.

—*¿Su bautismo de fuego, general?*

—A mi solicitud, obtuve pase al batallón 1º de línea, para marchar al Paraguay. Mi bautismo de fuego se realizó el 25 de mayo de 1865, en el desembarque, combate y toma de la ciudad de Corrientes, ocupada por los paraguayos. Yo deseaba encontrarme en tal situación para saber si podría ser soldado o no.



Hoy. — El general de división Félix Benavidez, con uniforme de gala.



Ayer. — Cuando era subteniente, en 1861.

—*¿Su primera herida, general?*

—Aquí tiene usted el recuerdo indeleble. ¡Véalo!

Se arremangó el decano de nuestro ejército y aparecieron las hondonadas de las cicatrices.

—Un balazo en el combate de Yatayti-Corá atravesóme el brazo izquierdo con fractura del hueso. Las balas de los fusiles de entonces — avant carga y fulminante — no perforaban como las del máuser: ¡astillaban, señor! Seis meses alejado de las filas. Restablecido de las heridas, regresé al Paraguay. Mandé accidentalmente el batallón 1º de línea.

—*¿Terminó su actuación en los campos paraguayos sin recibir otro balazo?*

—En el Paraguay, donde permanecí hasta la conclusión de la guerra, no, pero años después, en 1873, me hirieron durante la segunda campaña de Entre Ríos contra López Jardán.

—*¿Cuál ha sido el momento más impresionante de su carrera militar?*

—El día que murió mi hijo. Cayó herido en la plaza Libertad, durante los combates de julio de 1890. Yo era 2º jefe del 11º de infantería, y mi hijo Félix, de 21 años, teniente del 1º de artillería. Recibió en el cuerpo seis fragmentos de granada, falleciendo a los pocos días. Fué ascendido a capitán. Los despachos le llegaron tarde...

Un minuto de silencio.

—Hoy sería general de brigada. ¡Pobre Félix!... Mi hijo era un brillante oficial de escuela, querido por sus superiores y camaradas. Esa pérdida es para mí una herida que no la ha podido cicatrizar el tiempo. Siempre lo recuerdo...





Escuela Naval

El mejor cadete egresado durante el año 1927.

José Sinay ingresó en la Escuela el año 1921, mereciendo siempre las más altas clasificaciones. Egresó después del viaje a bordo de la "Sarmiento" el año 1927, obteniendo el premio "Almirante Brown", que lo acredita el mejor entre los mejores y que le ha valido numerosas y merecidas felicitaciones.

Colegio Militar

El mejor cadete egresado durante el año 1926.

Miguel A. Pérez Tort ingresó en el Colegio Militar como cadete el día 2 de febrero de 1924. Salió de subteniente de infantería el 22 de diciembre de 1926, obteniendo los dos premios: "Premio Ministro de Guerra", cronómetro de oro; premio de la Asociación Nacional de Señoritas "Pro Patria", medalla de oro.



POETAS PROCERES ARGENTINOS

José Hernández

A otros les brotan las coplas
Como agua de manantial;
Pues a mí me pasa igual
Aunque las mías nada valen:
De la boca se me salen
Como ovejas del corral.

Que en puertiando la primera
Ya la siguen las demás,
Y en montones las de atrás,
Contra los palos se estrellan,
Y saltan y se atropellan
Sin que se corten jamás.

Y aunque yo, por mi inorancia,
Con gran trabajo me esplico,
Cuando llego a abrir el pico,
Téngalo por cosa cierta,
Sale un verso y en la puerta
Ya asoma el otro el hocico.

Y emprésteme su atención;
Me oirá relatar las penas
De que traigo el alma llena,
Porque en toda circunstancia
Paga el gaucho su inorancia
Con la sangre de sus venas.

Después de aquella desgracia
Me refugié en los pajales,
Anduve entre los cardales
Como bicho sin guarida;
Pero, amigo, es esa vida
Como vida de animales.

Y son tantas las miserias
En que me he sabido ver,
Que con tanto padecer
Y sufrir tanta aflición,
Malicio que he de tener
Un callo en el corazón.

Ansí andaba como guacho
Cuando pasa el temporal;
Supe una vez por mi mal
De una milonga que había,
Y ya pa la pulpería
Enderecé mi bagual.

Del "MARTIN FIERRO"



POETAS PROCERES ARGENTINOS

Juan Cruz Varela

. . . .

De un suspiro de Dios en el vacío
Surgió el mundo, brillante de esplendor;
Y al ronco mar y al aquilón sombrío,
Al cielo, al aire, a la cascada, al río,
A todo entonces animó el amor.

La tierra, entre suspiros misteriosos,
Gimió a los besos del ardiente sol,
Y, anegándose en llantos voluptuosos,
Prendió a sus pechos bosques milagrosos,
Frutos eternos de su eterno amor.

Abrasadas las nubes se arrojaron
En los brazos del férvido huracán,
Y cuando ebrios de amor se entrelazaron,
El rayo y los relámpagos brotaron,
Y nació de ese amor la tempestad.

Las brisas fecundaron a las flores
Engendrando el aroma embriagador,
Y las perlas de pálidos colores
Se formaron de llantos quemadores
Que a las sirenas arrancó el amor.

Suspiraron de amor los ruiseñores,
La tierna abeja elaboró su miel,
Y es fama que, flotando entre vapores,
Vertiendo aromas y esparciendo flores,
Apareció ante el mundo la mujer.

¡La mujer! ¡Animada poesía,
Misterioso poema de Jehová,
Melancólica y viva melodía,
Engendro de la luz y la armonía,
Sagrado fuego de ignorado altar!

¡La mujer! ¡Creatura deliciosa,
Intermedio entre el ángel y la flor,
Bello ser cuya vida vaporosa
Se desliza fugaz y voluptuosa
Entre besos y lágrimas de amor!

Del poema "¡AMOR!"



POETAS PROCERES ARGENTINOS

Vicente López y Planes

De mi edad en la tarde navegando
Por el variado río de la vida,
La lumbre de mi sol veo caída
Cerca del occidente,
Y la pálida luna se va alzando
Al lado del oriente.
Mi flor, si un tiempo fué de poesía,
En mi mano marchita se deshoja,
Y sus pétalos lleva la corriente,
Faltos de lozanía,
Para quien bondadosa los recoja.
¿Eres una de aquestas, Agustina?
Pero a esa tu belleza peregrina
No faltarán poetas que en su oriente
Alzarse el sol, y no la luna, vean;
Esos, con alma ardiente,
Retratan, idealizan, hermosean
A la misma hermosura,
Y hacen versos de amor y de ternura,
Que con encanto hasta los nietos lean,
Ellos solos, la mezcla encantadora
Que hay en tu rostro de azucena y rosas;
Ellos, el talle de tu cuerpo airoso,
Y negros ojos, donde el alma asoma
De tan bello organismo admiradora,
Realzarán en rimas armoniosas,
En el estro gracioso
Que en Tíbulo y Propercio amaba Roma.
La hoja marchita de mi flor un día,
Que impetuosa corriente me arrebata,
Ni un átomo ya exhala de ambrosía
Cual para digna ofrenda yo quería.
Puedan los vates que ora tiene el Plata,
Entre el aroma de sus frescas flores,
Esparcir, argentina, tus loores,
Merecidos a un tiempo por hermosa,
Familia ilustre y de un guerrero esposa,
Y allá perciban los del mundo viejo
Que en nuestro Plata el luminoso cielo,
Casi siempre sin velo,
Vierte en el ser humano su reflejo,
Dándonos con largueza
Valor al hombre, a la mujer belleza.

De "OBSEQUIO POETICO"



POETAS PROCERES ARGENTINOS

José Mármol

Hay una edad en la vida,
Cuyo hechizo y cuyo nombre
Sólo los comprende el hombre
Después que pasó la edad.
¡Ay! cuando da solamente
Un recuerdo a la memoria,
Como el sol desde Occidente
Un rayo de claridad.

Edad que, en muchos, tan luego
Como comienzan sus años,
La hieren los desengaños
Y muere casi al nacer,
Quedando el cuerpo en aurora
Y el alma sin ilusiones,
Cual una flor inodora
Con hojas en rosicler.

Edad donde entramos todos
Con los besos maternales
Y los sueños virginales
De la alegría infantil;
Edad de donde salimos,
Siempre huérfanos y tristes,
A soñar lo que perdimos
En pesadilla febril.

¡Y dichoso quien no lleva
Incrustado en la memoria
Un recuerdo de su historia
Torcedor del corazón;
Y al recordar de su vida
La juventud borrascosa,
No siente abrirse una herida
Por negra recordación!

De "CANTOS DEL PEREGRINO"



POETAS PROCERES ARGENTINOS

Olegario V. Andrade

Blanco el cuello y el ala reluciente,
Iba en pos de la niebla fugitiva,
Dando caza a las nubes en Oriente,
O, con mirada altiva,
En la garra pujante se apoyaba,
¡Cual se apoya un titán sobre su clava!

Una mañana ¡inolvidable día!
Ya iba a soltar el vuelo soberano
Para surcar la inmensidad sombría
Y descender al llano,
A celebrar con ansia convulsiva
Su sangriento festín de carne viva,

Cuando sintió un rumor nunca escuchado
En las hondas gargantas de Occidente;
El rumor del torrente desatado,
La cólera rugiente
Del volcán, que en horrible paroxismo
Se revuelca en el fondo del abismo.

Choque de armas y cánticos de guerra
Resonaron después. Relincho agudo
Lanzó el corcel de la argentina tierra
Desde el peñasco mudo;
¡Y vibraron los bélicos clarines,
Del Ande gigantesco en los confines!

Crecida muchedumbre se agolpaba
Cual las ondas del mar en sus linderos;
Infantes y jinetes avanzaban,
Desnudos los aceros,
¡Y atónita al sentirlos, la montaña
Bajó la frente y desgarró su entraña!

¿Dónde van? ¿Dónde van? ¡Dios los empuja!
Amor de patria y libertad los guía;
Dónde más fuerte la tormenta ruja,
Donde la onda bravía
Más ruda azote el piélago profundo,
¡Van a morir o libertar un mundo!

De "EL NIDO DE CONDORES"



POETAS PROCERES ARGENTINOS

Esteban Echeverría

Y te quiero ¡oh, Plata! tanto
Como te quise algún día,
Porque tienes un encanto
Indecible para mí;
Porque en tu orilla mi cuna
Feliz se meció, aunque el brillo
Del astro de mi fortuna
Jamás en tu cielo vi.

Te quiero como el recuerdo
Más dichoso de mi vida,
Como reliquia querida
De lo que fué y ya no es;
Como la tumba do yacen
Esperanzas, ambiciones,
Todo un mundo de ilusiones
Que vi en sueño alguna vez.

¡Oh, Plata! al verte gigante
Me agiganto; iluso siento
La emoción y arrobamiento
De un inefable placer,
Y mi vida incorporarse
Con la tuya turbulenta,
Y en inmortal transformarse
Mi perecedero ser.

Si algo pedirte pudiera,
Si me oyeses, en tus ondas
Sepulcro encontrar quisiera,
Mi cuerpo entregarte, sí;
Para que no viese el hombre
Sobre lápida ninguna
Jamás escrito mi nombre
Ni preguntase quién fuí.

De "EL ANGEL CAIDO"



POETAS PROCERES ARGENTINOS

Ricardo Gutiérrez

Hoy en la tarde serena
La turba impía descansa
Sobre el césped florecido
De la alfombra de esmeralda.

Ayer su frente encendía
El furor de la batalla,
Y hoy la brisa pasajera
Le lleva fresco en sus alas.

Ellos, en círculo todos
A la sombra de las ramas,
Con misterioso deleite
Tienen arrullada el alma,

Escuchando al payador
Que tristes décimas canta
Con melancólico acento
Y al compás de la guitarra;

Décimas que traen recuerdo
De aquella perdida pampa
Donde el frenético potro
También ellos gobernaban;

Porque es un cuento de amores,
En que un gaucho de su patria
Iba a las sierras huyendo
Con la mujer adorada.

¡Oh! muy triste es esa historia
Que así el corazón ablanda
De aquellos que hacen la vida
Del saqueo y la matanza.

¡Pero no hay alma insensible
Al recuerdo de la Patria,
Cuando el pie tan sólo cubre
El polvo de tierra extraña!

De "LAZARO"



POETAS PROCERES ARGENTINOS

Estanislao del Campo

—¿Sabe que es linda la mar?
—¡La viera de mañanita
Cuando a gatas la puntita
Del sol comienza a asomar!

Usté ve venir esa hora
Roncando la marejada,
Y ve en la espuma encrespada
Los colores de la aurora.

A veces, con viento en anca,
Y con la vela al solcito,
Se ve cruzar un barquito
Como una paloma blanca.

Otras, usté ve, patente,
Venir boyando un islote
Y es que trai un camalote,
Cabrestiando, la corriente.

Y con un campo quebrao
Bien se puede comparar
Cuando el lomo empieza a hinchar
El río medio alterao.

Las olas chicas, cansadas,
A la playa a gatas vienen,
Y allí en lamber se entretienen
Las arenitas labradas.

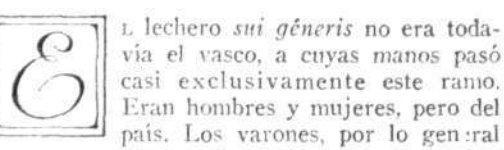
Es lindo ver en los ratos
En que la mar ha bajao,
Cair volando al desplayao
Gaviotas, garzas y patos.

Y en las toscas es divino
Mirar las olas quebrarse,
Como al fin viene a estrellarse
El hombre con su destino.

Del "FAUSTO"


Hay clases. . !
Hay aceites puros de oliva buenos, medianos etc, todo depende de la clase de oliva.
HUMO
AROMA
TES DE ESTAS OLIVAS ?
BAU
FREIXAS y Cª Buenos Aires
La clase hace el precio
Por esto cuesta 20 CENTAVOS más cada lata de aceite Bau en ¼





Vendedores ambulantes

El lechero *sui géneris* no era todavía el vasco, a cuyas manos pasó casi exclusivamente este ramo. Eran hombres y mujeres, pero del país. Los varones, por lo general hombres de edad o niños; la mujer empezó a figurar en este oficio cuando los hombres, debido a nuestras frecuentes revoluciones y revueltas, estaban en armas o andaban *matrereando*.

Repartían a caballo. El apero era semejante al que todavía se usa en la campiña. En tres o cuatro tarros de desigual hechura y tamaño, con una o dos botijuelas que en sus mejores días habían contenido aceite sevillano, llevaban la leche, tapadas las vasijas con trapos no siempre muy limpios.

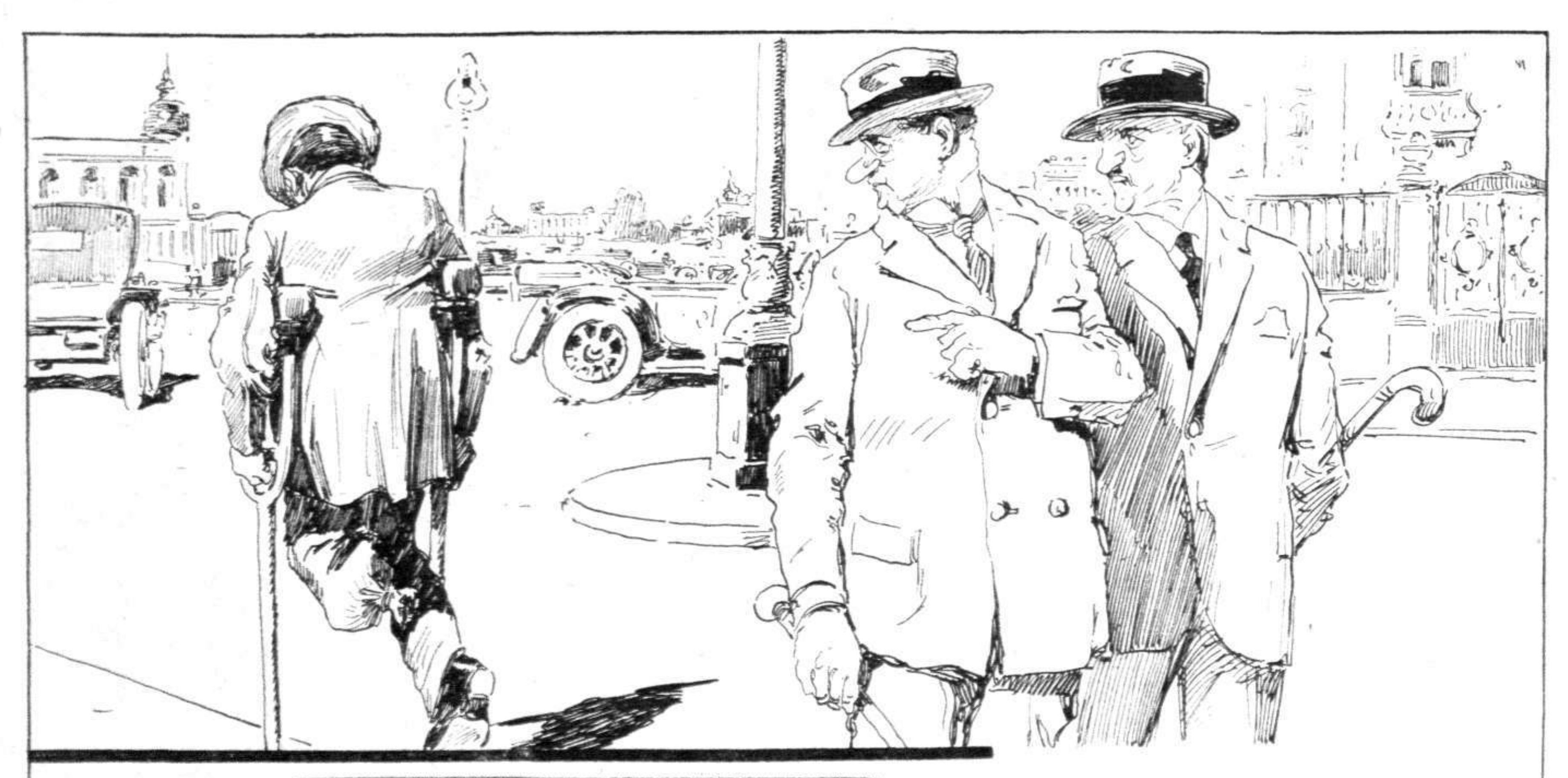
La lechera hacía una figura muy grotesca, tocada con un sombrero viejo, acaso de su padre, esposo o hermano o, tal vez, regalo de algún cliente; enorme poncho de paño cubría sus modestos vestidos, y cuando se presentaba en la ciudad en una cruda mañana de invierno, dejaba un charco de agua allí donde se detenía después del penoso viaje que había hecho de cuatro o cinco leguas, vadeando arroyos y pantanos del campo, de los suburbios y aun de las calles más centrales. El niño lechero, criatura de apenas 8 a 10 años, con dificultad trepaba a su caballo, que manejaba con gran desenvoltura. Estas mujeres y criaturas cruzaban largas distancias, muchas veces completamente solas, seguras de llegar a su destino con el producto de su trabajo.

Más tarde, ya en la época de Rosas, se componía tan sólo de hombres el gremio de los lecheros, y llegaron a formar una falange terrible. Después del reparto, se reunían los de los partidos de Flores, Morón, Tapiales, etc., en las pulperías inmediatas a la que es hoy plaza 11 de Septiembre, y de allí salían en patotas de treinta o cuarenta. Esos grupos, por vía de entretenimiento, se burlaban de los transeúntes, a los que muchas veces, si se *retobaban*, agredían y apaleaban, llegando a veces hasta el robo; iguales mañas tenían las patotas de Barracas, Recoleta, etcétera.

* * *

La mazamorra, plato netamente argentino, jamás podía hacerse tan sabrosa en las casas como la que traía el mazamorrero, probablemente por no ser tan pura la leche que se empleaba en la ciudad y también porque la dañase el sacudimiento experimentado en los tarros por varias horas de viaje.

La vendían en unos tarritos de lata que llamaban *medida*. Salían a la puerta de la calle las criadas, y a veces las señoras en persona, con una fuente, y allí volcaba el mazamorrero el número de medidas que se le pedía. Clásico y rico postre, fué muy generalizado en aquella época.



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—Ese de las muletas que va ahí delante, es uno de los hombres de más fortuna del país.

—Pues todo el que lo vea lo primero que se le ocurre es pensar que anda muy mal.

Los pequeños vicios

El fumar, en el hombre, no se considera vicio; es una costumbre fijada por la ley de herencia; en cuanto a las damas, ya es otro cantar. Hoy, por ejemplo, está en gran boga el cigarrillo femenino; se elabora especial y cuidadosamente para ellas, y no falta en ningún tocador elegante el atado de perfumados egipcios.

La petaca femenil ya se ha impuesto, y no choca ver fumar a una fresca criatura apenas se viste de... corto y se corta el pelo a lo garzona.

En un pasado inmediato la mujer fumadora no se concebía ni se admitía su posibilidad; era considerada de mala manera; tan sólo se desenvolvía en los bajos fondos de la alta y baja sociedad.

¿Fumaban las señoras a principios del siglo diez y ocho? Alégrense nuestras bellas lectoras... ¡Sí, y mucho! En la clase baja era sin recato; veíanse mujeres fumando con toda desenvoltura en la puerta de calle. En la clase media se fumaba con algún disimulo, pero no era raro sorprender a la señora de la casa, y aun a sus amigas, sentadas en el patio, en una tarde de verano, medio encubiertas por alguna frondosa planta, con sendos enormes cigarros de hoja, que trataban de ocultar a la inesperada entrada de algún inoportuno visitante, quien, por su parte, aparentaba no darse cuenta, a pesar de verlas envueltas en una densa nube de humo.

Las señoras de la más alta jerarquía lo hacían también, pero con muchas más precauciones, para no ser vistas, realizando un acto que, aun cuando en sí no era pecaminoso, tampoco estaba considerado muy correcto.

En las provincias el hábito de fumar estaba mucho más arraigado en la mujer, que fumaba con menos reserva.

En ellas nunca se ha extinguido el vicio por completo como sucedió en la Capital, pero disminuyó bastante.

El cigarro que usaban era el de hoja de tabaco paraguayo o correntino elaborado en el país.

Los fósforos no se conocían Lo que se empleaba para encender el cigarro era el yesquero, de plata y aun de oro, siendo los más comunes hechos de punta de asta de vaca. El fuego, una vez encendida la yesca, se comunicaba a la pajuela, en la cual levantaba llama, y con ella se encendía el fuego o las velas, siendo estas últimas el artefacto del cual se valían las damas para prender sus cigarros. De ahí tomó origen y se formó el refrán antiguo que dice: *Eso es del tiempo de la pajuela.*



LOS FRAGMENTARIOS ARGENTINOS

JULIO PIQUET

Durante la famosa guerra grande, que asoló los campos orientales, la ciudad de Maldonado quedó sólo poblada por las mujeres y los ancianos, hallándose todos los hombres válidos emigrados o en la guerra. En tales críticas circunstancias, el cuidado del pueblo fué confiado a un viejo paraguayo, socarrón como todos los de su raza, que por la noche salía a recorrer los suburbios, armado de un fusil de chispa. Una vez que había dado la vuelta al pueblo, atisbando la sombra, en la que sólo se oía el ladrar de los perros cimarrones, el paraguayo apuntaba su fusil a lo desconocido, disparaba el arma y se volvía a su rancho, diciendo filosóficamente: ¡Alguno se ha de amolar!—(Tiros al aire).

Las principales etapas del engrandecimiento argentino han quedado fijadas en la edificación de Buenos Aires. Primera época (de la colonia a la caída de Rosas): pequeños edificios con techos de teja y algunas casas señoriales, de las que es un dolor no haber conservado intacta siquiera una. Segunda época (de la caída de Rosas a la primera presidencia de Roca): lujosas casas bajas estilo Anchorena -- una gran puerta en el centro y tres ventanas a cada lado — y edificación menuda, estilo maestro de obras. Tercera época (de la primera presidencia de Roca al final de la de Juárez): aparecen los primeros hoteles estilos Renacimiento y Luis XV, con fuerte pronunciación genovesa en muchos casos. Cuarta época (desde 1890 hasta 1910): plausible aparición de numerosos hoteles y petit-hoteles de estilo correcto y primeras tentativas de rascacielos.

Tengo idea de que todo lo edificado hasta hoy será demolido cuando Buenos Aires alcance a los tres millones de habitantes, y que para entonces las vistas de la ciudad actual les parecerán a nuestros descendientes lo que las reconstrucciones de Lutecia a los parisienses.

*

—¿No cree usted, general — le pregunté al general Roca cuando éste regresaba de Europa por segunda vez, — que el valor de la propiedad rural sufre de inflazón en la República Argentina?

—No, señor — me contestó. — La tierra tiene que llegar, dentro de pocos años, a valer entre nosotros tres o cuatro veces más que ahora. El mundo necesita cada vez más carnes, más lana y más cereales, y las tierras capaces de dar esos productos están todas en explotación. Nosotros hemos sido los últimos en llegar, y no quedan Américas por descubrir...

Y mientras él decía esto, yo pensaba en cuántos cientos de millones de pesos, en qué suma fabulosa ha aumentado la fortuna de la República Argentina la acción militar civilizadora de aquel ilustre soldado.

*

Estando enfermo en París, convaleciente de una pulmonía, el general Mitre me contó esta anécdota:

"Cuando niño, yo padecía de arestín y mi padre me mandó, para que convaleciese, a la estancia de Prudencio Rosas, que era muy amigo y compadre suyo. Un día mi padre llegó a la estancia y me encontró cavando tierra, al rayo del sol. Mi padre no me reconoció en el primer momento, y sólo cayó en cuenta de que era yo al verme con el sombrero en la mano y oír mi voz que le pedía la bendición.

"—¿Por qué estás cavando tierra? — me preguntó, sorprendido y apenado, al notar que estaba jadeante y sudoroso.

"—Porque me mandó don Prudencio — le contesté.

"—¿Y por qué le obedeciste? — agregó mi padre.

"—Porque usted me dijo que lo obedeciera y respetara como si fuera usted...

"Mi padre — terminó diciendo el general — me volvió bruscamente la espalda para que yo no viera que los ojos se le habían llenado de lágrimas."

*

La acción de Rosas en la historia argentina guarda gran analogía con el apólogo del oso que, para librar a su amo de la picadura de un mosquito, tomó un adoquín y le aplastó la cabeza.

*

Una tarde gris y lluviosa del otoño de París, el general Mitre me dijo: "¡Me aburro, y lo peor es que no tengo ni puedo tener nada que leer!" Ante mi expresión de sorpresa, el general agregó: "¡Lo he leído todo!" Y como mi expresión tuviera algo de incrédula al oír esto, prosiguió: "Quiero decir que he leído todos los libros notables de todas las literaturas." "¿Aún los recientes, señor?", pregunté. "Aún los recientes", me afirmó.

Salí a la calle, vi en la vidriera de Dentu la "Thais" de Anatole France que acababa de aparecer; la compré y se la llevé al general. Este tomó el libro, se caló los lentes, leyó el título y puso a un lado el volumen, diciendo: "Ya he leído esto en Buenos Aires, antes de partir, en la "Revue des deux Mondes".

*

Preguntado un negro soldado, en la República Oriental, por qué era colorado, después de un rato de reflexión contestó que porque los caballos blancos eran muy perseguidos por los rayos.

Discos históricos

Siempre Novedades recibe la popular

"CASA CHICA"

SALTA 676 - Bs. As.

25 DE MAYO

1810 - 1927

NUEVO MODELO 1926. — Rico mueble de 51 ×41×36 ½ cm. Motor doble cuerda 2 tambores. Cuerda mientras funciona. Plato niquelado de 25 cm. Con 3 discos dobles y 200 púas $ **95.-**
Flete postal, $ 1.—

$ 95

MODELO 3726. — Caja esculpida en roble claro, marquetería a fuego, diversidad de colores. Bocina 57 cm. Diafragma A. P. C. Aluminium alta resonancia. Doble cuerda (2 tambores) con regulador visible. Con 6 piezas y 200 púas CASA CHICA.

$ 75.-

$ 75

SPORT VALIJA Nº 9. — Caja roble alemán. 33 × 33 × 11 ½ cm. Gran diafragma "Superb" (Aluminium). Brazo acústico niquelado. Motor último sistema "Plus Ultra". Con 200 púas "Sport" y embalaje gratis.

$ 44.75

Flete postal, $ 2.—

$ 44.75

$ 15

MODELO 11289. — Marca registrada. Una joya de la técnica alemana. Aparato de gran sonoridad. Caja 30×18 ×14 cm Mecanismo alta precisión, platinas de acero. Con 200 púas Sport y sólido embalaje **$ 15.-**

Discos COLUMBIA a $ 3.—

Flete postal, $ 0.50

T 263 { Fusilamiento del negro Falucho. / Batalla de Chacabuco.
T 264 { Batalla de Maipú (1ª parte). / Batalla de Maipú (2ª parte).
T 629 { Mi bandera. (Coro escolar). / Himno Nacional Argentino. (Coro escolar).
C 3336 { Delirio de Bolívar sobre el Chimborazo. Texto original del Libertador, en dos partes.
C 3337 { Delirio de Bolívar sobre el Avila. Recitado, 1ª y 2ª parte.
T 1281 { Himno Nacional Uruguayo. (Cantado). / Himno Nacional Argentino. (Cantado).
T 630 { Saludo a la bandera. (Coro escolar). / Viva la Patria. (Coro escolar).

Discos ERA, doble faz, a $ 1.80

1371 { Muerte de Dorrego (histórico). / Muerte de Lavalle (histórico).
1372 { Batalla de Salta (histórico). / Sargento Mariano Gómez (histórico).
1373 { Alvear y Lavalle (batalla de Ituzaingó). / Paso de los Andes (histórico).
1374 { San Martín y Belgrano (encuentro de Yatanto). / Pringles y la bandera (histórico).
1349 { Día patrio en un cuartel (del natural). / Batalla de la Verde (histórico).

MARCHAS a $ 3.—

Ejecutadas a Gran Banda

T 232 { Himno Nacional Argentino. / Ituzaingó (marcha oficial).
T 109 { San Lorenzo (marcha militar). / Mamita!! (tango).
T 114 { Tres Arboles. / Saudades da minha terra.
T 229 { San Lorenzo (marcha). / General Fraga (marcha).
T 247 { Marcha cantada. / Vida beata (marcha).
T 250 { Marcha del 1º de Infantería. / Violeta (marcha).

PEDIDOS A

CASA CHICA

SALTA 674-676

B. AIRES

DE A. WARD

La elaboración del tabaco



Puede asegurarse, sin exagerar, que este ramo de la industria se hallaba en manos de la mujer, y muchas eran las familias que se sostenían con sólo la fabricación de cigarros de hoja. Algunas compraban el tabaco al contado y otras pagaban su importe con los cigarros que entregaban. Las que podríamos llamar mayoristas o sea aquellas que gozaban de buen crédito, tomaban un patacón con diez o doce arrobas, que también pagaban paulatinamente, con entrega de cigarros.

La fabricación de cigarros ofrecía un medio honesto y fácil de vivir a la mujer. Antiguamente los cigarros se expendían en los almacenes y pulperías. Casi todos los almacenes tenían su picador de tabaco, especie de *maestro* ambulante que iba de almacén en almacén trabajando en su especialidad de picador de tabacos para hacer cigarrillos, ya sea por cuenta del patrón, ya para algunos clientes que concurrían al establecimiento.

También tenían su cigarrero; algunos, aunque pocos, trabajaban en sus propias casas, pero los más lo hacían en el almacén o pulpería, ante la vista del dueño, precaución que tomaban éstos para que no les cambiansen el tabaco.

Colocábase el cigarrero en paraje resguardado del viento, "a fin de que el tabaco no se aventara", con una fuente de lata o cosa parecida puesta sobre los muslos, con tabaco picado y una provisión de hojas de papel de hilo cortado primorosamente con un cuchillo *ad-hoc*, liando y cabeceando sus cigarrillos con admirable prontitud y destreza.

Los atados no llevaban ninguna envoltura especial ni nada que se asemejase a una cubierta. Se ataban — y de ahí viene el nombre de *atados* — por ambas extremidades con hilo negro o colorado, y cada atado, conteniendo de 16 a 20 cigarrillos, se vendía por *un medio de plata*. Gradualmente se redujo el número de cigarrillos aumentando el precio.

Aunque se vendían cigarrillos y cigarros de contrabando, lo que más se consumía era el cigarro de hoja, que podía llamarse del país, fabricado aquí con tabaco del Paraguay, de Corrientes, de Tucumán y alguno, aunque muy poco, cultivado en la provincia de Buenos Aires.

La elaboración casera, debida en su mayor parte a manos femeninas, era la mejor y más apreciada por los consumidores.

Toda la familia tenía parte en el trabajo. Sobre mesas o catres de lona o cuero se veía siempre en el patio, haciendo buen tiempo, tabaco puesto a secar. En la operación de abrir el tabaco y separar la tripa de la hoja se ocupaban hasta los niños. Las muchachas más prolijas se dedicaban a remojar, abrir y apilar hoja sobre hoja, las que más tarde se empleaban en la capa externa o envoltura del cigarro.

Uno de los recursos con que contaban muy legítimamente las cigarreras era el de la venta al menudeo. Así, un atado de ciento veintiocho cigarros, por el cual pagaba el almacenero o pulpero seis pesos, para venderlo con un beneficio del ciento por ciento, ellas lo vendían por diez, y a fe que no faltaban compradores.

SIROTAN

el tónico depurativo iodado con hipofosfitos que reemplaza con ventajas al aceite de hígado de bacalao y es tomado con agrado por los niños.

Se administra puro, con agua o con soda.

Frasco grande $ 3.50
" mediano $ 2.00

En las farmacias.



RECORDANDO el PASADO

Modas femeninas



El traje de las señoras fué por muchos años a la española. Usaban no sólo la graciosa mantilla sino también variedad de pañuelos y chales con que se cubrían la cabeza, bajándolos a la espalda en tiempos de calor. No variaban en aquellos tiempos gran cosa los trajes a impulsos de la moda; los cambios eran menos bruscos y más limitados.

El rebozo era una especie de tapado muy general entre las sirvientas y gente de color; las negras lo usaban, y cuando hablaban con sus amos o algunas personas de respeto, se descubrían, bajando el rebozo de la cabeza, dejándolo caer sobre los hombros. Este tapado era de bayeta con mucha frisa, casi siempre color pasa.

Las señoras lo llevaban en invierno; eran éstos de mejor calidad, ribeteados con una ancha cinta y forrados de seda. En casa el tapado era de norma, pero a veces salian con él a la calle, particularmente de noche. Medían como dos metros de largo por medio de ancho.

El calzado, bien ajustado, pero no de taco alto. Las gorras y los sombreros eran desconocidos enteramente. Airosas peinetas y la mantilla eran el tocado de las damas que algunas veces completaban con moños graciosamente colocados al lado izquierdo de la cabeza.

El blanco era el color más usual en los vestidos; de colores vivos, para las fiestas, y para la iglesia, siempre negro. Rarísima vez las señoras ocupaban modistas; armaban y cosían sus trajes. Es verdad que una modista era *rara-avis* en aquellos tiempos. En los años a que nos referimos, desde 1810 a 1820, era muy general que las señoras confeccionaran ellas mismas sus zapatos, que eran casi siempre de raso negro; al efecto mandaban preparar las suelas y cabos a un zapatero; ellas tenían en casa sus hormas y útiles necesarios y, como, según ya hemos dicho, entonces apenas se usaban tacos, los terminaban con bastante perfección.

Corpiños de género más o menos rico, bien ajustados, ceñían el busto; escote moderado, mangas largas y ajustadas o bien manga corta abullonada. Falda corta llamada de "medio paso", con poco vuelo y ricas medias de seda. Bastaba ver el pie de una persona para saber si era distinguida, pues la "gente de medio pelo" y las sirvientas no usaban el calzado descripto anteriormente.

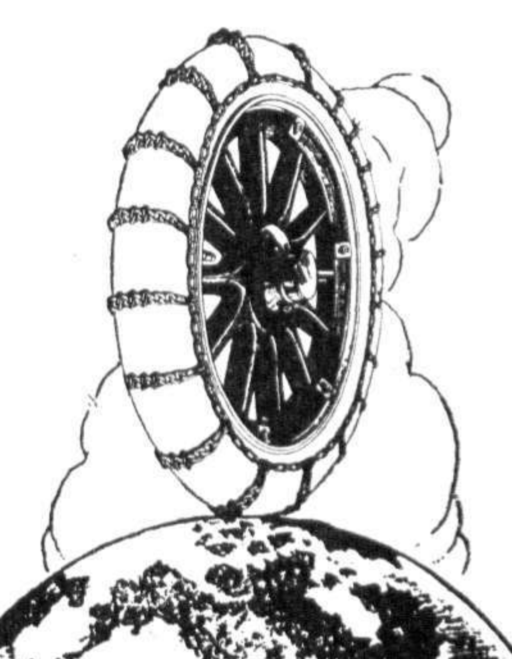
Mucho cuidaban el cabello, por lo general muy largo; no era raro ver trenzas de más de un metro. Flequillo y patilla encuadraban los agraciados rostros.

Un escritor inglés de aquel entonces se expresa así:

"Creo que ciudad alguna del mundo con igual población puede ostentar mayor número de mujeres hermosas que Buenos Aires. Su brillantez en el teatro no es mayor en los teatros de París ni de Londres, y escribo con un regular conocimiento de los teatros de ambas capitales. Verdad es que los valiosos diamantes que luce el bello sexo inglés y francés no se ven en Buenos Aires; sin embargo, en mi humilde opinión, nada añaden estos costosos accesorios a la hermosura de la mujer".

CADENAS WEED

Para Neumáticos



LAS secciones transversales de estas cadenas son endurecidas por un procedimiento especial y ofrecen el máximo de resistencia al desgaste. Duran mucho tiempo.

Insista siempre en las Cadenas Weed si quiere seguridad, economía y completa satisfacción. Las mejores en su clase por más de 20 años.

Pídalas en las casas del ramo.

AMERICAN CHAIN COMPANY, Inc.
Nueva York, N. Y., E. U. A.

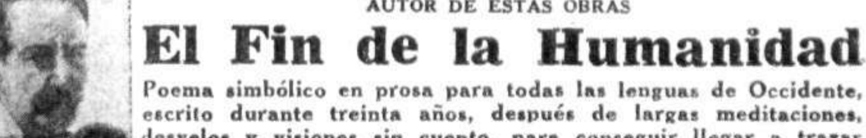


869

LIBROS DE GARRA

Por PERFECTO P. BUSTAMANTE

AUTOR DE ESTAS OBRAS



El Fin de la Humanidad

Poema simbólico en prosa para todas las lenguas de Occidente, escrito durante treinta años, después de largas meditaciones, desvelos y visiones sin cuento, para conseguir llegar a trazar esas pautas indefinidas para la mente humana. PRECIO . . . . $ 3.—

JIRON DE HISTORIA

Unica obra de nuestras tradiciones verdaderas, nuestro pasado que se va y que debe conocer todo argentino, y no debe faltar de ninguna biblioteca. ¡Son páginas de la Patria! PRECIO . . . . $ 2.50

NATURALISMO

Manual Naturalista Argentino . . . . $ 3.—
Catecismo de la larga vida . . . . „ 2.50
La defensa del Naturalismo . . . . „ 1.20

Ventas: "CASA BUSTAMANTE", Pueyrredón, 1371, y librerías de la Capital

El despacho de Arenales, 2301, se trasladó por recargo de pedidos a esta CASA CENTRAL, PUEYRREDON, 1371, para mejor atención pública. Dos teléfonos: 6491 Juncal y particular 0205, Juncal. CATALOGO GRATIS.

GRAMATICA LATINA CON O SIN CHOCOLATE

POR JUAN DE LA COBA

BESARES SORAIRE

La curiosa organización interna de los establecimientos donde se enseñaba gramática latina en América a fines del siglo XVIII.



s curioso conocer la organización interna de los establecimientos donde se "enseñaba gramática latina" en América a fines del siglo XVIII. El resumen de un informe presentado a la Universidad de Méjico en 1799 por el bachiller Manuel Enríquez de Agreda, de los principales preceptores particulares que existieron en aquella ciudad, puede darnos una idea bastante exacta, pues su organización, con ligeras modificaciones, era la misma en todos los establecimientos similares de entonces. Hallamos el susodicho informe en una monografía escrita por don Nicolás Rangel sobre el "Pensador Mexicano", "Nuevos documentos y noticias".

CON O SIN CHOCOLATE

En 1797 tenía Enríquez de Agreda en su colegio doce pupilos, ocho alumnos externos que pagaban y seis alumnos pobres de solemnidad. Los pirmeros — dice Rangel — pagaban de noventa a ciento cincuenta pesos anuales *con o sin chocolate*. Véanse algunas noticias tomadas del "informe":

"Don Felipe Gómez, natural de Sultepec, contribuye con cien pesos anuales, dándole yo chocolate amistosamente: es mayorista. — Don Ignacio Moreno, de el Santuario de Guadalupe, ciento veinte, dándole chocolate: es mayorista. — Don Mariano Ruíz, de Xilotepec, ciento cincuenta pesos, dándole ropa limpia, chocolate y zapatos; es minorista. — Don Marcos Manzera, de México, paga cinco pesos al mes, sin chocolate; es medio pupilo mayorista. — Don José Alvarez, de Xochimilco, paga ciento veinte, sin chocolate: es minorista..."

Los pertenecientes a la segunda clase de alumnos pagaban solamente dos pesos al mes.

LO QUE COMIAN LOS ALUMNOS

Según el mismo informe, he aquí el "Plan de los alimentos que se ministran a cada pupilo":

"Por la mañana, su chocolate; al medio día, su caldo, principio y carne, y cada tercer día, dulce: a la noche, su tlemole y frijoles.

"Cada día se les da dos tortas de "a dos por medio" de el mejor; una al medio día, de la que cada uno guarda para tomar su chocolate a la tarde, y otra a la noche, de la que guardan para el desayuno.

"Asimismo, como los más son pobres, se les suministra una cucha-

rita de palo o de metal fuera de los que tienen posible, a quienes se les pide tenedor y cuchara para que se habitúen a comer con aseo y crianza que corresponde. En el interín que comen se les está leyendo algún libro, o de santo o de instrucción, siguiéndose los lectores según su antigüedad. Ultimamente, cuando entran en este pupilaje se les pide dos bancos de cama, una caja y su colchón, con ropa de dormir."

INSTRUCCION DE CRIANZA

El plan que en el informe seguidamente se da es el titulado "Instrucción de crianza" y era como sigue:

"Cada mes solamente hay comunión de regla en la Iglesia de el Hospital de Jesús Nazareno.

"Todos los días van a misa en mi compañía como está mandado, o con mi ayudante, si yo no puedo. — Asimismo se les señalan seis preguntas y respuestas de la doctrina cristiana, que dan con sus respectivos decuriones.

"Diariamente se le reza el himno de Nuestra Señora en su aparición a Guadalupe, electa patrona de estas clases desde el 13 de mayo de 1708.

"Se les intima que al levantarse y acostarse se persignen e igualmente se cuida lo ejerciten invocando el auxilio de la Beatísima Trinidad. María Santísima, Santo Angel de la Guarda y los de su devoción. Se reza diariamente el rosario antes de cenar, de cinco misterios, al Señor San José."



INSTRUCCION DE LA GRAMATICA

He aquí, por fin, cómo se aprendía gramática en estos famosos estudios de latinidad.

"Primeramente — dice el Director, — toman los niños de esta clase de memoria todo el Arte de Antonio de Nebrija y cuando se oponen a mayores, lo saben no sólo de memoria, sino construir y explicar en cualquier parte... en la clase de menores se les hace aprender de memoria el colectivo, cuyas fábulas construyen, y las significaciones de dicho... En medianos, aprenden de memoria el cuarto del padre Galindo y el interrogatorio adjunto. En mayores, un quinto impreso en Andalucía, que igualmente es adjunto, con esas sentencias y versos equívocos y asimismo la retórica que trae Cicerón... La explicación de todos los días es en la manera siguiente: comienza la clase a las siete de la mañana y hasta las nueve se les toma la lección y la razón de cómo la haya dado cada uno; después van a pasar con los Decuriones que se asignan cada semana, media hora; desde las nueve y media hasta las diez se les construye Concilio Tridentino o Catecismo Romano o San Jerónimo, y hasta las once se reparten las explicaciones de medianos y mayores, y mi ayudante la de mínimos y menores.

"Por la tarde, entran a los dos y se les toma la lección y razón de ella hasta las tres, desde cuya hora se les sigue el paso de los Decuriones hasta la media; y de ésta se sigue a medias horas la construcción de Virgilio, de Cicerón, de el Breviario Sagrado y algunas veces de Horacio, y mi ayudante emplea dicho tiempo en construcción de fábulas, explicaciones y régimen de lo que cada uno está estudiando"...

¡Pobres chicos!

Ordinariamente se contentan los maestros con enseñar a sus discípulos una multitud de reglas que llaman *palitos*, con que harán unas cuantas oracioncillas y con que traduzcan el Brevario, el Concilio, el Catecismo de Pío V, y por fortuna, algunos pedacitos de la Eneida y Cicerón. "Con semejante método salen los muchachos habladores y no latinos", como dice el padre Calasanz en su "Discernimiento de Ingenios". Tal salí yo y no podía salir mejor — anota el "Pensador Mexicano." — Saqué la cabeza llena de reglitas, adivinanzas, frases y equivoquillos latinos, pero en esto de inteligencia en la pureza y propiedad del idioma, ni palabra."

Los establecimientos particulares donde se enseñaba gramática latina en Méjico no se diferenciaban gran cosa de los cursos universitarios de latinidad que por aquellos mismos años se dictaban en otras partes del Nuevo Mundo, en Córdoba, por ejemplo. Recuérdese lo que al respecto anota en su "Ensayo Histórico" nuestro Deán Fúnes refiriéndose a su rectorado de la célebre Universidad cordobesa: "Es preciso confesar que estos estudios se hallaban corrompidos con todos los vicios del siglo. La lógica o arte de raciocinar padecía notables faltas. Obscurecidas las ideas de Aristóteles con comentarios bárbaros de los árabes, no se procuraba averiguar el camino verdadero que conduce a la evidencia del raciocinio. La dialéctica era una ciencia de nociones vagas y términos insignificantes, más propia para formar sofistas que para discurrir con acierto. La metafísica presentaba fantasmas que pasaban por entes verdaderos. La física, llena de formalidades, accidentes, formas y cualidades ocultas, explicaba por estos medios los fenómenos más misteriosos de la naturaleza. La lógica, etc., etc."

Existía, sin embargo, una notable diferencia entre Méjico y Córdoba: el chocolate...

DIBUJOS DE BESARES SORAIRE

La tradicional siesta



El 12 de octubre, día de la Virgen del Pilar, se inauguraba oficialmente la estación de la siesta, pues desde este día a ella tenían derecho los jornaleros y labradores, lo que no era óbice para que la siesta fuese practicada mucho tiempo antes, al iniciarse los calores, y aun fueran legión los que a ella se entregaban durante todo el año.

Después de comer se dormía la siesta, y a ella se entregaba la población en bloque, exceptuando los muchachos, que daban improbo trabajo a sus madres para conseguir que durmieran un simulacro de siesta, pues apenas veían que sus progenitores se hallaban en brazos de Morfeo, escurrían el bulto y corrían a jugar en libertad dentro y fuera de la casa, aprovechando tan propicias circunstancias para merodear por los huertos y robar fruta.

Salvo ellos, la población entera dormía; las puertas se cerraban y las calles quedaban desiertas al punto de hacer exclamar al doctor Brown: "En las calles de Buenos Aires no se ven, en las horas de la siesta, más que perros o médicos".

La siesta, en aquellos tiempos en que la vida era fácil y no había razón para apurarse, significaba para algunos sagrado acto, al cual dedicaban muchas horas. Así, no faltaba quien dijera: "Ayer me acosté a echar mi siestecita y dormí hasta la oración; me recordé, tomé mate, y volví a dormirrme hasta hoy sol alto". *¡O tempora!...*

El cambio de las horas de comer, de las ocupaciones y de las costumbres, han desterrado la siesta, limitada hoy a la campaña, a algunos jornaleros de trabajos rudos y los desocupados. Lo cual no implica sentir tal pérdida, por cuanto en las horas de calor estival conviene dormir un poco para restaurar las fuerzas.

De la importancia que a la siesta concedían nuestros antepasados, darán una idea las palabras que en sus *Revelaciones íntimas* escribe Benjamín Vicuña Mackenna: "En cuanto a los soldados chilenos, mostrábase su antiguo generalísimo caluroso admirador de sus inapreciables cualidades: bravura heroica, humildad más heroica aun y, como consecuencia de ambas, una disciplina incomparable.

"Pero el sagaz capitán añadía, sonriéndose, que había un medio infalible de derrotarlos, y era atacarlos a la siesta".


CIGARRILLOS
de
20. 30. 40.
cts.
43
PICCARDO & Cia Ltda S. A.
LIBRES DE TRUST

Típicas costumbres que fueron



L saludo no ha desaparecido, pero no es lo que era. En aquellos años sobraba el tiempo para todo y se podía ser cumplido en exceso; hoy sólo se saluda a personas conocidas, y no siempre. En consecuencia, con lo antedicho era entonces costumbre saludar a cuanta persona se encontrase al paso, unos con una simple inclinación de cabeza, otros tocándose el sombrero a uso militar, pero lo general en la clase culta era saludarse con un "Buenos días, tardes o noches", según el caso, entre caballeros, y a las damas con un reverente "Beso a usted la mano".

En los campos aun no se ha extinguido esta manifestación de confraternidad y cortesía.

Rivadavia abolió una costumbre que ya no estaba en armonía con la condición de pueblo libre a que se había llegado; nos referimos a la supresión de presidiarios cargados de cadenas que se colocaban el Jueves Santo a pedir limosna al lado de una mesa en la puerta de las iglesias.

El ilustre prócer suprimió también el afligente espectáculo de pasear por las calles a delincuentes montados en un asno, desnudas las espaldas, que eran concienzudamente azotadas por la despiadada mano del verdugo. Asimismo ordenó que no se llevara encadenados a los presos condenados a trabajos forzados.

Desapareció también, empujado por las auras del progreso, el modo de comunicar las resoluciones al pueblo, o sea los *bandos*, pues ya existía la *Gaceta de Buenos Aires*, la que se encargaba de hacerlas públicas.

El *bando* lo proclamaba un notario, leyéndolo en alta voz en cada bocacalle y plaza, acompañado de un piquete militar y a veces, según la importancia del decreto, de una banda de música.

Los pregoneros particulares, que anunciaban la apertura de un nuevo comercio o el precio de los artículos rebajados, etc., duraron mucho más tiempo, y, en realidad, llenaban una misión útil en épocas en que el leer no era cosa corriente y fácil y la propaganda escrita resultaba cara y a veces estéril.

El quitarse el sombrero al pasar delante de las iglesias era general en todas las clases sociales y nadie se cruzaba con un sacerdote sin descubrirse.

En algunos frentes de casas había hornacinas conteniendo la imagen del santo de la devoción de los dueños. Estas imágenes eran alumbradas por la noche con lamparillas de aceite.











Muchos fumadores nos han manifestado la satisfacción que les produce el empleo del ODOL. Enjuagándose la boca dos o más veces al día con ODOL se logra mantener la dentadura blanca y sana y el aliento perfumado.

"Desde que uso el ODOL, nos dice un fumador inveterado, ya no noto desagrado en las personas con quienes hablo y ha desaparecido el horrible vaho de tabaco que dejaba a mi paso; mis dientes amarillentos por efectos del cigarro están recobrando su primitiva blancura y noto en mí un mayor bienestar".

El ODOL es el dentífrico más completo y eficaz, ya que su acción no se limita a la superficie de los dientes—como sucede con polvos y pastas—sino que penetra en los intersticios más ocultos entre las muelas, verdaderos focos de bacterias, y deja toda la superficie bucal cubierta de una capa microscópicamente delgada y sin embargo compacta y antiséptica, cuya acción protectora dura varias horas. Prueba de ello es el aliento perfumado y la deliciosa sensación de frescura que queda en la boca después del uso de ODOL.

Conc. Federico Tauber — Uriarte, 1802 — Bs. Aires

UNA FIDELISIMA DESCRIPCION DE BUENOS AIRES Y UN APASIONADO LIBRO POLITICO



Breve glosa del capítulo que el hoy desenmascarado autor de "Buenos Aires" dedicó a la Plaza de la Victoria y a la gran capital que en 1890 comenzaba a surgir.

Existe un período en la vida de Buenos Aires que, no por muy próximo a nosotros, es recordado y apreciado por los cronistas. Es, empero, la época más porteña, por sus hombres, su cultura y hasta sus ideas; época romántica en que nuestra capital tenía barruntos de arrabal parisiense y en que nuestros ciudadanos, después de algunas incursiones por el extranjero, aportaban al ambiente porteño la inquietud espiritual y la renovación artística que caracterizaron a las tres últimas décadas del pasado siglo.

Quedan, empero, perdidas entre montañas de libros antiguos, olvidados y sin personalidad, algunas publicaciones curiosas y en la lectura de las cuales nuestros contemporáneos, a la vez que solaz intelectual, hallarán emoción y un algo de ese perfume siempre cautivante que es la característica de las cosas pasadas que alguna vez fueron jóvenes, sin que en este tránsito, no obstante, cambiaran ni en el fondo ni en la forma: cosas que son viejas nada más que por haberlas envejecido nosotros.

Y entre esos libros, por agresivo y virulento, por desenfadado y personalísimo, figura uno titulado "Buenos Aires" y en el cual un viajero desocupado que firma Carlos Martínez estudia la naturaleza, las costumbres y los hombres de esta ciudad.

La gran aldea vive y palpita a través de esas páginas en las cuales no falta el comentario político virulento o la diatriba partidista injusta y fuera de lugar.

De conocedor de Buenos Aires se tilda nuestro autor: "ha llegado a conocer nuestra ciudad tanto como cualquiera de los que han nacido en ella, se han envejecido en sus aceras y esperan morir tranquilos, se han dado su paseíto por la calle de Florida y perdido un par de horas hablando mal del género humano en el salón de juego o en el de lectura del Club del Progreso". Y en verdad que harto porteño es el autor de este "Buenos Aires" cuyo pie de imprenta dícenos que fué editado en Méjico, en 1890, en la Tipografía de Aguilar e Hijos, 1º de Sto. Domingo 5 y Sta. Catalina y la Encarnación. Detalles que conviene poner en cuarentena dada la contextura sospechosa y porteñísima del volumen.

Editado en Méjico o en cualquier tipografía de la calle Bolívar, el libro se inicia con el siguiente cuadro fidelísimo de nuestra capital:

"Para el que ve por primera vez a Buenos Aires a las dos de la tarde de un día de trabajo; se mezcla en la enorme aglomeración humana que entra en la Bolsa de Comercio; empujado por la muchedumbre se lanza al trote a la calle caracoleando por entre los seiscientos carruajes de la Plaza de la Victoria, y desde ahí escucha al mismo tiempo el ensordecedor grito de los especuladores, que llega como murmullo; los clarines del Palacio de Gobierno batiendo marcha al primer magistrado, que entra recién por entre dos filas de soldados que le hacen los honores con admirable corrección; el silbato de los ferrocarriles, incesante en la estación Central; la continua corneta de los tranvías, que cada segundo atraviesan en diferentes direcciones la gran Plaza de Mayo; la algazara de seiscientos o más cocheros que entretienen sus ocios dando pruebas de mala educación; y dominando todo este bullicio el lento rugido del coloso más ancho que muchos mares, que parece apoyarse en la tierra que fertiliza para impedir que los brazos del océano la estrechen contra su seno y maten su fertilidad mojándola con los labios salados; para el que esto siente y ve, Buenos Aires aparece como una ciudad inmensa que se ha lanzado a la lucha por la vida con pasmosa actividad."

Habla luego el cronista de la calle Florida, de su comercio, de su actividad, palpitación de una existencia despojada de inquietudes, abundante en riquezas y no escasa en esperanzas. Y, siguiendo su trayecto, llega a la avenida Alvear. "¡Qué sorpresa al entrar en la avenida Alvear, que sólo tiene cinco años de existencia y que es una ancha calle toda de palacios de recreo de lo más suntuoso que hay en América, que concluye en la Recoleta..."

Una verdadera loa es la que entona al paseo de nuestra infancia, que hoy no es ni siquiera una etapa preliminar en el prolongado y raudo paseo realizado en coche; y agrega, recordando aquel alrededor de la que es hoy solitaria plaza:

"Y cómo crece la sorpresa cuando uno, distraído en admirar tanta belleza, se ve de repente rodeado por innumerables carruajes; ¡y qué carruajes! ¡Los mejores de los más reputados fabricantes de París y de Londres! ¡Qué troncos los de Baudrix, Dorado, Castélls, Bollini, Casares, Boucau, Cano y cien otros, de las mejores razas del mundo, que no estarían mal en Hyde Park, en Boulogne o en el Central Park! Todos estos innumerables carruajes, infaltables los jueves y los domingos, van despacio, con cierta solemnidad, para llegar a la gran exhibición limpios, correctos, intachables."

Así prosigue el autor de este libro; pero, de buenas a primeras cambia el tono, y el amable y discreto cronista trócase en el libelista implacable que no vacila en hacer la historia del Banco de la Provincia y fustigar a hombres como Mitre y Sarmiento.

Y es que este don Carlos Martínez, autor de "Buenos Aires", jamás existió. Fué, en cambio, don Carlos D'Amico quien lo escribió en forma desenfadada, enmascarándolo con un pie de imprenta apócrifo y lográndole inusitada publicidad merced a un decomiso aduanero de la edición... que jamás pasó por la Aduana, sino que vió la luz en un establecimiento gráfico aun existente en esta ciudad, cuyas magnificencia describiera con ciudadano fervor.

LADISLAO GARCIA PONS

Presidarios y perreros



El triste local destinado para albergue de delincuentes ocupaba la planta baja del frente llamado del Cabildo, en la Plaza Mayor, hoy Plaza de Mayo. El cuerpo de guardia militar estaba en los departamentos que daban a los soportales o recova de la plaza. Al anochecer el centinela apostado en la puerta de la cárcel daba el "¿Quién vive?" a los transeúntes, obligándoles a bajar a la plaza, no consintiendo en modo alguno el paso bajo los soportales.

Las mujeres estaban instaladas en la planta baja. Las ventanas enrejadas que daban a la calle de la Victoria, en las piezas que más tarde fueron escribanías y luego oficinas de la primera sala de operaciones en la civil, las infelices reclusas, vestidas de harapos y muchas medio desnudas, se agolpaban en ellas, hablando descaradamente entre sí o con los paseantes, pidiéndoles limosnas o dirigiéndoles chanzas indecorosas.

Diariamente presenciaba el pueblo el triste y degradante espectáculo, sin que nadie tratara de impedirlo. Afortunadamente, la criminalidad no era mucha, sobre todo en el sexo femenino. Por lo general las presas eran mujeres de vida libre, autoras de algún escándalo o bien esclavas recalcitrantes.

Los presos, por su parte, no estaban mejor alojados ni tratados que las presas; pero hasta cierto punto su suerte era más llevadera, por cuanto salían a trabajar fuera del local; ellos ejecutaban muchas de las obras públicas, como nivelación y relleno de las calles, empedrado de las mismas, etc.

El espectáculo de la cuadrilla de presidiarios andrajosos y desgreñados, y de los cuales algunos pocos, los más peligrosos o condenados a ello por ser mayor la pena impuesta, arrastraban pesadas cadenas, era habitual, cotidiano. Custodiados por un piquete de soldados, cruzaban las calles, dirigiéndose al lugar del trabajo, y durante el trayecto acostumbraban a pedir limosna, procurando inspirar lástima y compasión en el público que se detenía a verlos pasar.

A todas horas del día se veían presos, de los condenados a penas leves, transportando pesados barriles de agua para el servicio de la cárcel y oficinas públicas.

La recogida de perros, que ya se hacía en tan remotos tiempos, estaba también encomendada a los presos. Se efectuaba al romper el alba, en verano, retirándose antes de las ocho. Provistos de lazos, unos cazaban a los perros, que eran ultimados por otros individuos armados de garrotes.


POST OFFICE
EL JINETE EXPRESO
EN los modestos comienzos del hoy inmenso y complejo sistema postal de los Estados Unidos de Norte América, la entrega de las piezas de correspondencia dependía de la mayor o menor seguridad con que viajaran hombres y caballos. Y los mensajeros de esos tiempos llenaban su cometido rápida y valientemente, porque inspirábales confianza el sentirse protegidos por su "Colt".
En aquel entonces, del mismo modo que hoy en día, las Armas "Colt" imponían respeto a los malhechores y reprimían desde un principio todo conato de desorden o revuelta. Entonces como ahora, siempre se ha podido confiar en estas armas.
Un Arma "Colt", Revólver o Pistola Automática, inspira confianza a quien la posee, sea éste militar, marino, policía o particular.
Toda Arma "Colt", gracias a su "seguro" es "segura". Y éste es un factor de suma importancia, especialmente desde el punto de vista de un dueño de casa.
COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.
COLT
El Arma de la Ley y del Orden

Presidarios y perreros



El triste local destinado para albergue de delincuentes ocupaba la planta baja del frente llamado del Cabildo, en la Plaza Mayor, hoy Plaza de Mayo. El cuerpo de guardia militar estaba en los departamentos que daban a los soportales o recova de la plaza. Al anochecer el centinela apostado en la puerta de la cárcel daba el "¿Quién vive?" a los transeúntes, obligándoles a bajar a la plaza, no consintiendo en modo alguno el paso bajo los soportales.

Las mujeres estaban instaladas en la planta baja. Las ventanas enrejadas que daban a la calle de la Victoria, en las piezas que más tarde fueron escribanías y luego oficinas de la primera sala de operaciones en la civil, las infelices reclusas, vestidas de harapos y muchas medio desnudas, se agolpaban en ellas, hablando descaradamente entre sí o con los paseantes, pidiéndoles limosnas o dirigiéndoles chanzas indecorosas.

Diariamente presenciaba el pueblo el triste y degradante espectáculo, sin que nadie tratara de impedirlo. Afortunadamente, la criminalidad no era mucha, sobre todo en el sexo femenino. Por lo general las presas eran mujeres de vida libre, autoras de algún escándalo o bien esclavas recalcitrantes.

Los presos, por su parte, no estaban mejor alojados ni tratados que las presas; pero hasta cierto punto su suerte era más llevadera, por cuanto salían a trabajar fuera del local; ellos ejecutaban muchas de las obras públicas, como nivelación y relleno de las calles, empedrado de las mismas, etc.

El espectáculo de la cuadrilla de presidiarios andrajosos y desgreñados, y de los cuales algunos pocos, los más peligrosos o condenados a ello por ser mayor la pena impuesta, arrastraban pesadas cadenas, era habitual, cotidiano. Custodiados por un piquete de soldados, cruzaban las calles, dirigiéndose al lugar del trabajo, y durante el trayecto acostumbraban a pedir limosna, procurando inspirar lástima y compasión en el público que se detenía a verlos pasar.

A todas horas del día se veían presos, de los condenados a penas leves, transportando pesados barriles de agua para el servicio de la cárcel y oficinas públicas.

La recogida de perros, que ya se hacía en tan remotos tiempos, estaba también encomendada a los presos. Se efectuaba al romper el alba, en verano, retirándose antes de las ocho. Provistos de lazos, unos cazaban a los perros, que eran ultimados por otros individuos armados de garrotes.


POST OFFICE
EL JINETE EXPRESO
EN los modestos comienzos del hoy inmenso y complejo sistema postal de los Estados Unidos de Norte América, la entrega de las piezas de correspondencia dependía de la mayor o menor seguridad con que viajaran hombres y caballos. Y los mensajeros de esos tiempos llenaban su cometido rápida y valientemente, porque inspirábales confianza el sentirse protegidos por su "Colt".
En aquel entonces, del mismo modo que hoy en día, las Armas "Colt" imponían respeto a los malhechores y reprimían desde un principio todo conato de desorden o revuelta. Entonces como ahora, siempre se ha podido confiar en estas armas.
Un Arma "Colt", Revólver o Pistola Automática, inspira confianza a quien la posee, sea éste militar, marino, policía o particular.
Toda Arma "Colt", gracias a su "seguro" es "segura". Y éste es un factor de suma importancia, especialmente desde el punto de vista de un dueño de casa.
COLT'S PATENT FIRE ARMS MFG. Co.
Hartford, Connecticut, E. U. de N. A.
COLT
El Arma de la Ley y del Orden

RECORDANDO el PASADO

La barbería de antaño



Las lujosas peluquerías que hoy abundan en nuestras ciudades, donde toda comodidad, aseo e higiene se hallan reunidos, no tenían similar ni aún remedo en aquellos tiempos. Para que el lector aprecie el contraste. bueno será que nos acompañe, y juntos entremos en casa del fígaro.

Su cuarto es de los que se llaman *redondo*, es decir, una sola pieza a la calle; la puerta, si era de mucho lujo el local, tal vez sería de vidriera, pero, con vidrios o sin ellos, siempre flameaba, cerrando el hueco, una cortina de zaraza de color con grandes flores. Las paredes, generalmente blanqueadas y casi siempre sucias, ostentaban algunas estampas, a veces con marco, otras sin él, representando santos o héroes del toreo.

Un sillón de vaqueta, una bacía, toallas de dudosa blancura, peines y una mesa completaban la instalación.

La perfumería la componía, en las barberías de clientela exigente, un poco de aceite de limón. En un rincón, una escoba y el tradicional brasero que, cerca de la puerta, sobre unos pedazos de carbón vegetal, mantenía la pava de agua caliente para la barba y, por supuesto, para el indispensable mate.

El tipo del fígaro era especial; casi todos ellos, pardos o negros. Parlanchines incansables, entretenían al parroquiano con sus cuentos, chistes y chismes, y, a no dudarlo, conocían con pelos y señales la vida y milagros de todo el vecindario. Por añadidura, todos eran guitarristas.

Como no se conocía la brocha para jabonar la cara, el *maestro* desleía el jabón con agua en la bacia hasta hacer espuma que luego pasaba con la mano por la cara del cliente. Para distender bien las mejillas, el paciente se introducía la nuez, que pasaba de un carrillo a otro, según lo precisaba el operador.

El barbero se prendía de la nariz, elevándola cuanto podía e imprimiéndole movimientos laterales para afeitar bien el labio superior. En aquellos tiempos, como se ve, se manoseaba bastante el rostro del pobre candidato.

Tales eran nuestros barberos y nuestras barberías hasta que los franceses introdujeron un vuelco completo en las costumbres, trayendo la peluquería cómoda y limpia y al peluquero petimetre. Peluquerías hoy obscurecidas por las espléndidas instalaciones norteamericanas.

LOS REGIONALES

Un gallo...



Cenamos a las ocho; luego fuimos a pasear por la Alameda, por la Alameda que he visto ahora, después de veintidós años y que está como entonces... A casa llegamos a las diez, abrimos la pieza y nos tendimos largo a largo en nuestras camas de hierro. Para que no nos durmiéramos, Chumbo empezó a contar unos casos salteños. ¡Qué casos los de Chumbo!: casos de brujas y de almas en pena, de duendes y de runauturuncos ... de mulánimas y de telesitas...

Daba el reloj las once, cuando, despacito, llamaron a la puerta.

—¿Quién es? — preguntó Chumbo.

—Yo, che; abrí.

—¿Quién, pues?

—¡Abrí!

Fingiendo miedo, Chumbo tornó a preguntar:

—¿Quién, pues?

—¡Abrí!

—¡Ah, tigre... así me gusta el cuchi, que abra la boca y no grite! — exclamó uno de nuestros compañeros de pieza, un santiagueño quichuista.

—¡Ah, tigre!... — dijo Chumbo.

— Abrí, che, Tupac, no te hagais el upa vos también...

Me levanté y abrí de par en par la puerta.

—¡Ah, tigre!

—¡Así me gusta!

Los recién llegados eran Maldonado, el Rubio, Juárez, el Moto y Ahumada, el Ñato, guitarreros y cantores el primero y el último.

—¡Ah, tigre!

Mis compañeros se levantaron de sus camas de hierro. Chumbo echó mano a un pequete envuelto en papel de periódico, que había traído el Moto.

— Abrilo, che...

— Abrilo, para que nos empecemos a *preparar*...— dijo uno de los santiagueños, compañeros de pieza.

— Bueno, pues.

Chumbo quitó el papel y puso encima de la mesa la mitad de un queso bola, un kilo de nueces, una docena de huevos duros y siete panes de "a bulto".

— ¡Ah, tigre!...

— Tigrón...

— ¡Ya se me está haciendo agüita la boca! — exclamó Chumbo.

El rubio Maldonado resbaló la botella de uva — exquisito aguardiente de Pomán — que había traído en el bolsillo del sobretodo.

— ¡Ah, tigre!...

— ¡Estamos aviados!

Entre charla y charla se hicieron las doce, hora en que empezamos, concertadamente y "paso a paso", a despachar la mitad del queso bola, las nueces, los panes y los huevos duros... Por intervalos, echábamos un traguito, un traguito, nada más, porque "la botella" era para componer la garganta de los cantores.

— ¿Y?... — preguntó Chumbo — ¿le damos o no un gallo a mi Ñata?

La novia de Chumbo era una rubia alhajita que vivía, si es que no me equivoco, en la calle de Mota-Botello.

El rubio Maldonado contestó, cortando la chacarera que tocaba de punteo:

— Mirá, hermano, yo le tengo miedo al viejo... El viejo es capaz de una hechuría...

— ¡Qué va a hacer... si está sordo!... — replicó Chumbo.

— ¿Sordo? ¿Quién te ha contado? El viejo es el primero que siente las serenatas... Cuando cantan algo que le gusta porque es de sus tiempos, desde adentro, afinando la voz, contesta: "Gracias. Gracias. Repita. Repita".

¡Qué carcajada soltamos!...

— Don Antenor es capaz de una hechuría. ¿Qué te harías vos, Chumbo, si se te lo viniera en puntas de pie, abriera la puerta, te agarrara del brazo y te metiera para adentro?...

— ¡Eh!...

— Es capaz...

— No... no... — repetía Chumbo, cariacontecido, pensando en su prometida, una rubia alhajita, a quien habíamos dado ya varios "gallos".

Maldonado afirmó:

— Bueno, bueno... Sí. Lo que es por nosotros...

A la una y media salimos a la calle. El Moto, en cuanto se vió afuera, fué a golpear la puerta a un bolichero del barrio.

— Abra, che, alcancemé otra botella de uva.

— Dejá de molestar, chuschudo...

El Moto empujó la puerta y salió con la botella de aguardiente en la mano sana.

Cuando los trasnochadores nos topaban por la calle, al escuchar el alegre punteo de las vihuelas, decían, como para que nosotros nos diéramos cata:

— Son regionales...

— Regionales bochincheros. En vez de salir a dar serenatas, a molestar a los padres de familia, debían quedarse en sus casas, a estudiar las lecciones que les dan los maestros de la Escuela Regional...

En lengua keswa les respondía el Rubio. No sé qué les diría; algo "de peso", sin duda, porque el compañero, que entendía el quichua, se reía con todas sus ganas...

Después de ambular por Villa Cubas, para que se hicieran las dos de la mañana, hora en que debíamos dar el gallo a la Ñata, llegamos a la calle de Mota Botello, con más de diez copitas en la cabeza... ¡Qué uva aquella uva de Pomán, del lejano Pomán! Todavía tengo en la lengua su sabor. Creo — si es que no me falla la memoria — que entre chacarera y cueca, entre tonada y tonito, antes de darle la serenata (gallo dicen los salteños) a la novia de Chumbo, nos habíamos despachado las dos botellas. Con el Moto, que ya estaba *chumao,* nos fuimos a casa de un bolichero amigo.

— Abra, amigo... Saque otra.

— Bueno. ¿Qué tal? ¿No los corrió el viejo?

— Todavía no...

— Es mejor que esta noche no le den serenata a su hija.

— ¿Por qué?...

— Porque estuve soñando que les tiraba con algo.

— ¡Eh... eh!...

* * *

Chumbo golpeó la puerta.

— ¿Quién? — preguntó la Ñata, desde su pieza que daba a la calle.

Dieron la respuesta nuestras guitarras. ¡Ah, brioso y alegre sonar de aquellas guitarras amigas que nos acompañaron durante cuatro años y que no olvidaremos jamás! ¿En cuyo poder están ahora?

....

¿Cuál tonada cantamos? ¿Fué acaso "Las Violetas"? Carmencita se había levantado. Chumbo la sentía caminar en puntas de pie.

Repentinamente, los guitarreros dejaron de tañer su vihuelas. Se abrió de golpe la puerta de calle; y.. y... sentimos que nos bañaban de cabeza abajo...

— ¡Regionales! Yo les voy a enseñar a ser cachafaces, a venirle a quitar a uno el sueño...

Echámonos a la carrera; se fué al suelo una guitarra. Al Ñato se le despejó la cabeza... Chumbo disparaba con el sombrero en la mano.

El Moto se quedó contra la pared, hecho una tabla.

—¡Regionales!... Y usté... ¿qué está haciendo aquí?...

—Yo... yo... señor — dijo el Moto, — estoy aguardando a que pase el aguacero...

Y restalló una lonja...





FAUSTO • BURGOS



DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA

Los baños en el río



principios del siglo diez y nueve no se conocían las casas de baños ni se disponía de aguas corrientes que hicieran fácil la higiénica práctica en las casas particulares; así, salvo raras excepciones, todo el mundo se bañaba en el río.

La costumbre, autorizada por tradición religiosa, exigía que la temporada oficial, digámoslo así, diera principio el 8 de diciembre, día de la Inmaculada Concepción. Los padres franciscanos y dominicanos bautizaban las aguas y luego se bañaban con gran fruición y algazara.

Durante la estación concurría público a la ribera, desde que aclaraba hasta altas horas de la noche, cada cual eligiendo las horas más convenientes a su comodidad y gusto.

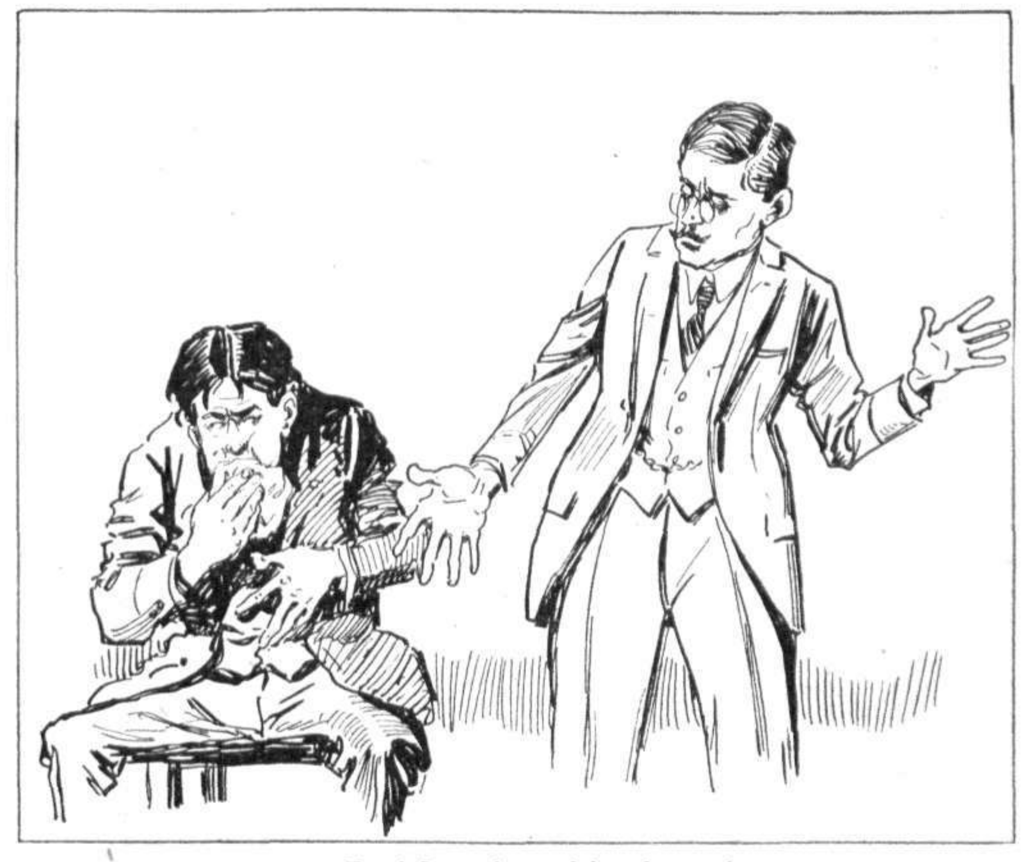
Los tenderos y almaceneros, por ejemplo, casi en su totalidad iban de las nueve y de las diez de la noche en adelante, después de haber cerrado y arreglado sus negocios. Las familias "bien" preferían ir a la caída del sol, y, sentadas sobre "el verde", gozaban de la brisa, esperando que obscureciese para entrar al baño, dejando sus ropas al cuidado de las sirvientas. Muchos hombres del pueblo acostumbraban a tomar el baño entre once y doce de la noche, llevando fiambres y vino que consumían después del baño, recostados sobre el fresco césped. Algunas personas pasaban toda la noche a la orilla del río.

Las noches que no eran de luna, los grupos de bañistas se alumbraban con pequeños faroles. Se observaba el mayor orden y respeto; los hombres se alejaban de los grupos donde había señoras.

Se presenciaban a veces escenas grotescas; por ejemplo: un hombre, resguardándose de los rayos ardientes del sol por medio de un enorme paraguas colorado, mientras a su lado la señora, sumergida en el agua hasta el cuello, fumaba con garbo un retorcido cigarro de hoja. Más allá, en las toscas, algún desventurado, desnudo de medio cuerpo y tiritando de frío, se empeñaba en la ingrata tarea de desatar los nudos que algunos chicos traviesos se habían entretenido en hacer en sus ropas menores.

Los frecuentes y repentinos huracanes, a los que se llamaba "tormentas de verano", tan frecuentes en nuestro país, solían sembrar el terror entre los bañistas, especialmente cuando el río tenía un repunte repentino.

Durante el verano las familias pudientes pasaban largas temporadas en el campo donde tenían casa propia. El mal estado de los caminos hacía casi imposible el uso de los pocos carruajes que entonces había, así que los veraneantes se veían obligados a viajar en carretas. En San José de Flores hizo por muchos años el servicio público don Dalmacio, con una carretita arrastrada por un par de bueyes mansos, con los cuales el baqueano viejo atropellaba por los más profundos pantanos, terror de los troperos. Su buen trato y humor campero le hicieron ser el preferido de las damas.



—¡Tomá Seneguina, y dejate de toser!

Los bailes públicos



Como los espectáculos eran poco variados y la carencia de actores completa, ambas causas contribuyeron a que el teatro tuviera las puertas cerradas durante un largo lapso de tiempo, por lo que el Virrey, viendo que los nueve mil pesos invertidos en su construcción no redituaban casi interés y menos beneficio alguno para el loable fin a que se destinaban, lo arrendó en dos mil pesos, autorizando la celebración de bailes de máscaras en su local.

El fandango, danza que era prohibida, se bailaba en este teatro.

La autorización para celebrar estos bailes le valió al Virrey una activa propaganda en contra del teatro por parte del elemento religioso.

Los bailes se vieron muy concurridos, pero de pronto se notó que decaían y, buscada la causa de esto, la autoridad descubrió que el fraile franciscano fray José de Acosta, secundando a los devotos y timoratos, había emprendido desde el púlpito una propaganda tenaz en contra de los bailes que se celebraban en la Ranchería, que en esos momentos sufrió un principio de incendio a causa de un cohete que cayó sobre el techo que, como era de paja, amenazó por un momento la existencia del único centro de diversión de esa clase que tenía la ciudad.

Este accidente sin consecuencias, puesto que fué apagado en su comienzo, dió mayor vuelo a la propaganda que en su contra se hacía, alcanzando ésta su éxito en una sociedad embrionaria y creyente como era la de aquellos tiempos.

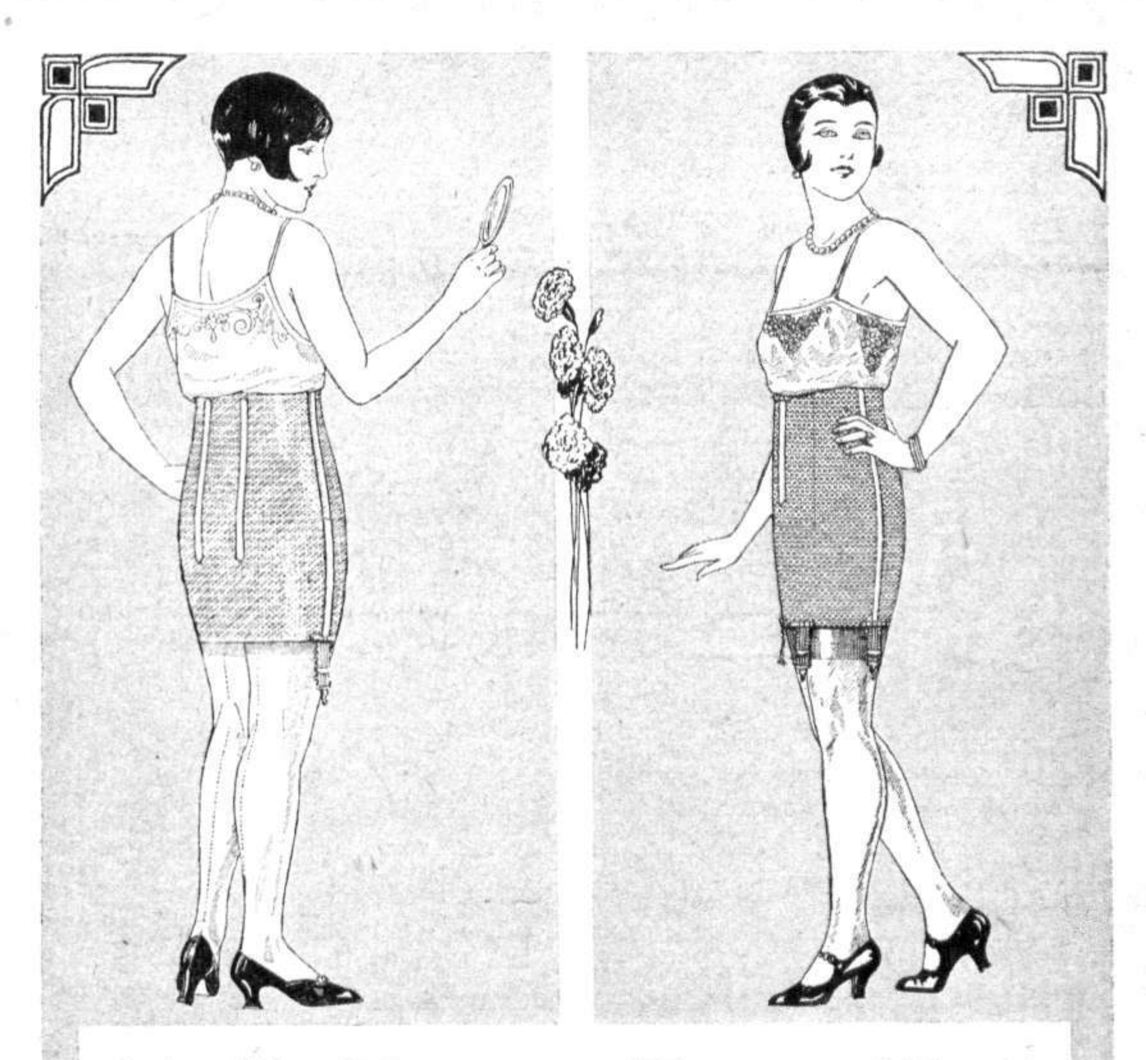
Sus resultados no se hicieron esperar.

A pesar de la prédica en su contra, las mujeres, al principio, poco caso hacían de ella, lo que notado por fray José, subió al púlpito después de una gran fiesta religiosa, en que el templo estaba lleno de concurrencia, y comenzó diciendo:

"Hermanas mías... no, ya no sois mis hermanas, ¡estáis impuras!... Os advertí cómo a la sombra del Gran Omnipotente era gran culpa buscar las ocasiones de pecar, y habéis insistido en ir... ¡Señor! ¡Señor! ¿Qué endemoniada sierpe se ha apoderado de estos pobres corazones que sólo a ti pertenecían!... ¡Cómo se han marchitado con la lasciva danza las cándidas flores que te daban a porfía! En ese lugar de liviandad y locura se han perdido las almas... Por eso lo fulminaste tú, Señor, con el fuego, ¡y en él perecerán las pecadoras!"

La elocuencia y vigor con que pronunció esta arenga fray José fué de un efecto inmediato en su auditorio, pues hubo hasta mujeres desmayadas, y desde ese día los bailes de la Ranchería quedaron desiertos.

El Virrey, al ver su autorización para bailes combatida y desacatada su autoridad en esta forma, y viendo al mismo tiempo la falta de recursos en que esta propaganda lo dejaba a pesar del noble fin a que se destinaban las rentas del teatro, y como el sermón de fray José era una censura y condenación a su real autorización, envió orden al guardián de San Francisco para que inmediatamente remitiese a Catamarca a fray José por sedicioso, y que desde el mismo púlpito otro padre de la comunidad destruyese el efecto que los sermones de éste habían causado.



Preciosa FAJA modelo "Aurora", cerrada atrás, con cordones adelante, muy cómoda y elegante, confeccionada en insuperable tricot elástico mercerizado, con 4 ligas de seda. Alto 40 centímetros.

$ 30.-

Nuestra Fama

Se agiganta cada vez más entre las damas elegantes, no sólo por la bondad de los materiales empleados en la confección de nuestros famosos CORSES y FAJAS, sino también por el exquisito buen gusto y elegancia de nuestros modelos. Estas características, mantenidas durante 30 años, nos acreditan como la única casa que puede ofrecer estas prendas con el MAXIMUM DE CALIDAD Y EL MINIMUN DE PRECIO. Invitamos a Vd. a visitar nuestra exposición.

FAJA modelo "Julia", cerrada adelante y con ojalillos y cordones atrás, muy cómoda y práctica. Confeccionada en rico tricot elástico mercerizado y 4 ligas de seda. Alto 40 centímetros.

$ 30.-

SOLICITE NUESTRO NUEVO CATALOGO ILUSTRADO

CASA IZQUIERDO

LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

490 - CARLOS PELLEGRINI - 490 - U. T. Mayo, 0313 - Buenos Aires

DICHOS POPULARES



¿DIANDE YERBA? ¡PURO PALO!



"GUASQUITA", UN NEGRO ASISTENTE DEL GENERAL LAS HERAS, FUE EL PRIMERO QUE, EN UN TRANCE PELIGROSO, EMPLEO ESTAS HOY POPULARIZADAS Y EXPRESIVAS PALABRAS.

Cuentan que entre los soldados argentinos que San Martín llevó a Chile, había un mulato, porteño de origen, asistente del general Las Heras, y al cual, dado su carácter bromista y turbulento, habíanle aplicado sus compañeros el apodo de "Guasquita".

Guasquita, en las horas que el servicio y la atención de "su general" le dejaban libre, dedicábase a tocar la guitarra y a entonar décimas de contrapunto de un color tan subido, que raro era el día que la payada no concluía a golpes.

San Martín, por otra parte, era severo y celoso de la disciplina, y estas hazañas musicales del asistente de Las Heras eran reprimidas con grave detrimento de los lomos del picaresco negro.

Pero Guasquita era incorregible, y fué así cómo, a los pocos días de haber recibido uno de aquellos dolorosos correctivos, el incorregible asistente provocó un desorden monumental en una de las tantas pulperías de la Alameda de Santiago.

Los gritos y juramentos de los revoltosos llamaron la atención de los curiosos, y el destino le deparó a Guasquita la triste fortuna de que uno de los oficiales lo descubriera al aproximarse a la puerta de la pulpería.

Guasquita era un excelente soldado y, promotor del escándalo y todo como era, tuvo tiempo y no le faltó aplomo para cuadrarse ante su superior, hacerle la venia y decirle:

—Mi teniente; ese pícaro "godo" me ha querío robar.

—¡Es falso, señor teniente! — exclamó el pulpero. — Este soldado ha armado escándalo con el pretexto de no pagar.

—¡Mentira! — insistió el negro. — Ha de saber, mi teniente, que este "godo" robı a la gente que viene a comprarle y le da una cosa por otra.

—Yo le he dado lo que me ha pedido — replicó el pulpero.

El teniente comenzó a molestarse y, autoritario, ordenó:

—¡Basta ya de discusiones y de réplicas! ¿Cuál ha sido el motivo de todo este escándalo?

—Pues... que este señor — argumentó el pulpero, indicando a Guasquita, — me pidió una libra de yerba, se la pesé y, en cuanto la ha tenido en sus manos la ha arrojado al suelo y comenzado la gresca.

—¡Miente como un "redomao"! — vociferó Guasquita.

—¡Silencio! — ordenó el teniente. — Veamos... ¿dónde está la yerba que ha echado por los suelos este bribón?

—¡Mírela usted!

Y el pulpero le indicó un sitio en el suelo, al pie del mostrador.

El teniente miró el sitio indicado y reveló quedar muy poco satisfecho de lo que veía. Guasquita, ladino y audaz, aprovechó el trance, y exclamó:

—¿No ve, mi teniente?... ¿Di ande yerba?... ¡Puros palos!

Relatado el incidente entre el ejército, las palabras de Guasquita se convirtieron en el dicho popular que ha llegado hasta nosotros y con el cual se quiere expresar que una cosa no se halla conforme con las condiciones en que se ha ajustado.

Ahora que, en cuanto al caso de Guasquita, diremos que tanto uno como otro tenían razón, pues en Chile se toma el mate haciéndolo con los palitos que se separan del polvo que es, en cambio, lo que entre nosotros se aprovecha principalmente.



El comedor de antaño



La pieza en que se comia era por lo general espaciosa. En el centro, una mesa de pino, larga y angosta, algunas veces pintada. En vez de sillas, por lo general, un par de bancos a los lados y una silla en cada extremo, asientos de preferencia donde se sentaban los patrones, y que se cedía siempre al huésped de valía.

Un mantel de algodón blanco vestía la mesa, un número suficiente de platos, la botella de vino (carlón), una jarra para el agua y los vasos precisos era todo cuanto integraba el servicio. Nada de ensaladeras, fruteras, salseras, etc., etc., con que hoy se adornan tan profusamente las mesas. La campanilla tampoco se conocía; se llamaba al sirviente por su nombre o golpeando las manos. La hora de la comida era las dos de la tarde.

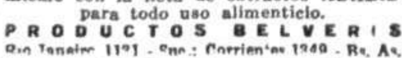
El almuerzo no tenía hora fija ni concurría a él la familia reunida; en muchas casas no se almorzaba jamás, pasando a mate con pan hasta la hora de comer.

Este sistema, si bien respondía al que algunos autores recomiendan, el comer cuando haya apetito, aumentaba el trabajo de la servidumbre. Una de las niñas, por ejemplo, tomaba chocolate, otra se hacia freír un par de huevos, el niño mandaba llamar al pastelero y almorzaba pasteles... Esto podía hacerse gracias a la abundancia de esclavos y a la sobra de tiempo.

En la rutina diaria los platos no eran, ciertamente, muy variados, siendo la comida más general el puchero, la carbonada o el asado, con ligeras variaciones. El caldo no se tomaba a principio de la comida, sino a lo último, antes del postre, y se traía desde la cocina servido en tazas.

Los platos que más se apreciaban en aquellos tiempos, aparte de los nombrados, eran: sopas de arroz, de fideos, de pan y de fariña, *olla podrida*, asado de vaca, carnero, cordero, ave y matambre. La carne de ternera no se empleaba entonces en la cocina del país. Guisos de carne, carbonada con zapallo, papas o choclos; picadillos con pasas de uva, albondiguillas con lo mismo, zapallitos rellenos y estofado, niños envueltos, tortilla pésimamente hecha con harina, guiso de porotos, lentejas, chicheros, etc., etc.; ensalada de chauchas con zapallitos, lechuga, verdolaga, papa, coliflor y remolacha; locro de trigo o de maíz, humita de grano o en chala y, en algunos extraordinarios, carne con cuero, etc., etc. Postres: mazamorra, cuajada, natillas, bocadillos de papa o de batata, dulces de todas clases en invierno y las frutas de la estación.

El día del santo de algún miembro de la familia era día de mantel largo, y los platos de orden eran arroz con leche y pasteles.

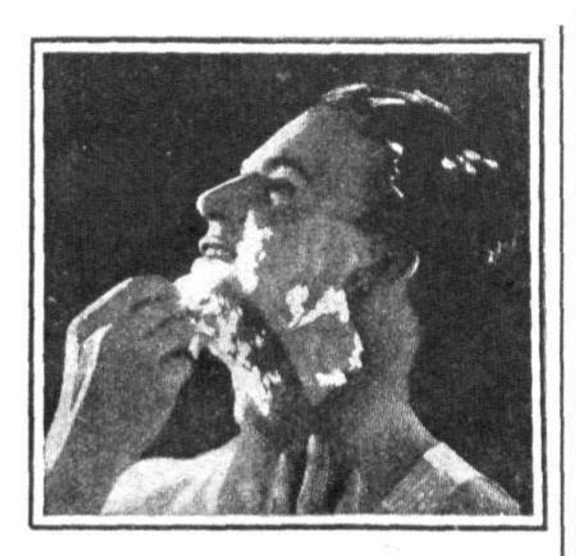












Se afeitan diariamente

y sin embargo, estos consumidores del Jabón Williams, mantienen el cutis suave, flexible y libre de irritaciones.

La popularidad que ha alcanzado el Jabón Williams se debe a la abundante espuma que produce en el acto, a las condiciones suavizantes que posee y a la frescura que trasmite a la piel después del afeite. Estas propiedades que solamente reúnen los jabones Williams, contribuyen a que el afeite sea una operación breve por la facilidad con que corre la navaja cuyo filo protege.



De venta en todas partes.
Capital: $ 1.60

MAYON LTDA. AGENTES DE J. B. WILLIAMS Co.



Todas las personas que hacen cálculos necesitan una

MONROE

MAQUINA DE SUMAR Y DE CALCULAR

Por sólo $ 55 al contado

puede usted adquirirla, abonando el resto en 9 mensualidades de $ 55 papel. Disponemos de diversidad de modelos, a mano y eléctricos.

La "MONROE" suma, resta, multiplica y divide con una velocidad máxima. Son sus principales características la facilidad de su funcionamiento y los resultados siempre exactos que ella da.

Sin compromiso alguno para usted, pídanos que instalemos, a prueba, una "MONROE" en su oficina. Llene y devuélvanos el cupón que va al pie, y le remitiremos todos los datos. En el Interior, diríjase a una de nuestras Sucursales o a uno de nuestros 300 Agentes.

CÍA. LA CAMONA
Especialistas en Sistemas Modernos para Oficinas

EDIFICIO CAMONA
39 - MAIPU - 43 — Bs. As.
U. T.: 38 Mayo, 2014-2015-2016.

Rosario: Córdoba 1216 Mendoza: S. Martín 1425
Sta. Fe: Tucumán 2724 Córdoba: Colón 185

A Cía. LA CAMONA, 39 - Maipú - 43
Buenos Aires

Sírvanse remitirme todos los datos referentes a la "MONROE".

Nombre . . . .
Dirección . . . . C. y C.
Localidad . . . .

La afición a las flores


No había entonces, ni hubo por muchos años, el lujo y gusto que se nota hoy por los jardines, tanto en las casas de campo como en la ciudad. Las estatuas, jarrones y fuentes no se conocían, pero sí existía verdadero amor por las flores, pues en aquel entonces no era el jardinero el que las cultivaba, sino las mismas señoras.

Los jardines se improvisaban con la mayor facilidad: con unos pedazos de tabla acomodados sobre unos pequeños pilares de ladrillos, se formaba lo que llamaban *bancos* y, sobre ellos, en hilera, se colocaban con la simetría posible las vasijas con platos. En las casas de más recursos había cierta uniformidad, pues se empleaban pequeñas tinas o cajones iguales en tamaño, y con una mano de pintura verde quedaba completado. Este color duró hasta el tiempo de Rosas, en que todo debía ser colorado. En las casas más pobres era verdaderamente pintoresco, pues allí se aprovechaba desde la cacerola agujereada hasta la... En fin, todo se utilizaba, y cuando un tiesto viejo ya no servía para su primitivo destino, decían: "Para una planta está bueno".

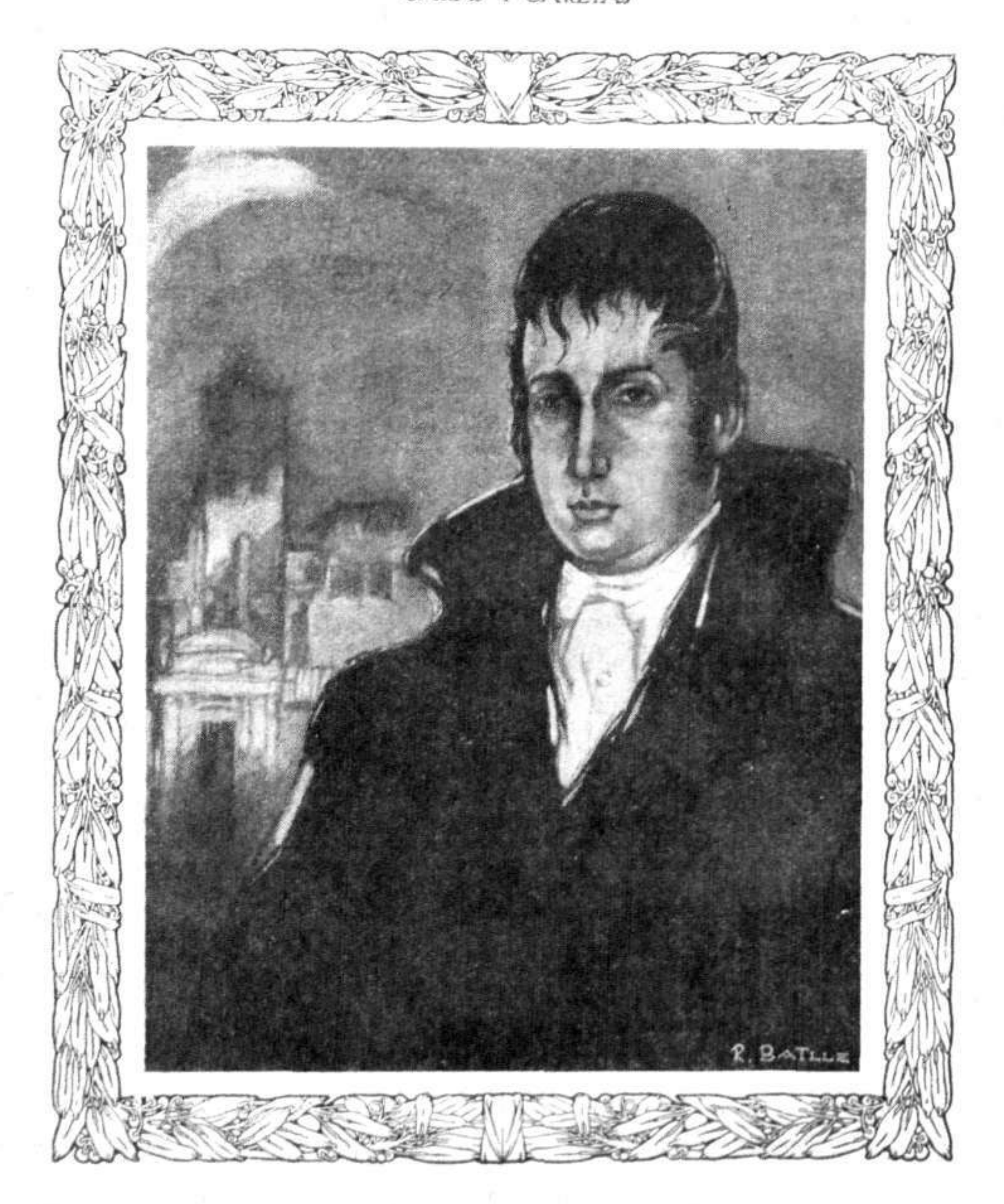
Por muchos años fué muy limitada la variedad en las flores. El barón de Holmberg fué uno de los primeros que introdujo plantas exóticas y se dedicó a su aclimatación.

Los introductores y cultivadores laboraron mucho, hasta conseguir elevar este ramo a la altura que todos conocemos y que el extranjero admira en nuestros espléndidos jardines.

A pesar de ello, hay algo con que no puede lo importado competir. Por ejemplo: en el inmenso número y variedad de rosas que ha venido al país, ¿puede presentarse alguna cuya fragancia se aproxime siquiera a la de nuestra *rosa de todo el año* o *rosa criolla?* ¿Y el aroma del *jazmín del país?*

Trataremos de salvar, aunque no sea más que en parte, la nómina de las flores que entonces imperaban y que ya casi yacen sepultadas en el olvido.

He aquí algunos nombres: clavel, clavelina, rosa de olor, de cien hojas, de la India, de mayo, bomba y morada, multiflora, congona, toronjil, bergamota, cedrón, albahaca, palma imperial, campanilla, junquillo blanco y amarillo, clérigo boca abajo, violeta del país, alelíes blanco y amarillo, retama, jazmín del país, de Chile y del Paraguay, marimoñas, botón de oro, siempreviva, jacinto, agapanto, espuela de caballero, trébol de olor, flor de cuenta, virreina, copete, nardo, yuca, pensamiento, margarita, madreselva, buenas noches, narciso, don Diego de día y don Diego de noche, cala, diamela, alberjilla, pastilla de olor, flor de caracol o tripa de fraile, pelegrina, viuda, taco de la reina, etc.



INQUIETUDES Y DESENGAÑOS DEL CORONEL MOLDES

Nació en 1779. Perteneciente a una familia de comerciantes salteños, a finales del siglo XVIII se encaminó a la Península. Negocios y, quizá en el fondo, un secreto anhelo de aventuras y de acción... Esto último debió primar y triunfar sobre su temperamento nervioso y violento, un temperamento que, como él lo ha dicho, causó su expulsión de la Asamblea Constituyente. En 1817 se le desterró a Chile por conspirador, y allí estuvo preso hasta que logró fugarse. Apareció en Buenos Aires en abril de 1820. Murió a los cuatro años, sin que de su turbulenta existencia se conozca otra cosa que lo que él mismo relató en una "Exposición" que publicó en Tucumán el 26 de octubre de 1816.

Sigamos, de acuerdo con ese documento, las andanzas del coronel José Moldes. Comienza con una hazaña rayana en lo novelesco.

"El día 12 de mayo de 1808 — dice — salí de Madrid con dirección a Cádiz, de donde me trasladé a la escuadra inglesa, que bloqueaba el puerto a los tres días de mi llegada; y sin embargo de la pena de muerte que había impuesta al que se aproximase a dicha escuadra, amparado de la obscuridad de la noche, por el costo de 300 pesos, burlé el celo de dos cañoneras que cruzaban la boca del puerto, hasta llegar al buque del almirante, donde por el conocimiento del estado de España que suministré a dicho jefe, me facilitó un bergantín que me condujera a Londres a fin de solicitar la protección inglesa para la independencia de esta América." Allí se acogió con agrado a Moldes y

se le prometieron algunas de las fuerzas que estaban en Suecia; pero un giro en la política internacional más conveniente para Inglaterra que la aventura en tierras lejanas, malbarató el plan del coronel Moldes y le obligó a volver a Cádiz. Desengañado, convencido de que en la Península nada había que hacer y que los gobiernos europeos sólo ayudarían a los revolucionarios americanos una vez que vislumbraran alguna probabilidad de dar a España un golpe ventajoso y definitivo, Moldes embarcóse con rumbo a Buenos Aires, donde arribó el 7 de enero de 1809.

A pocos días de llegar, conocida la índole de hombre que era Moldes, el coronel mayor Terradas le condujo a una quinta extramuros, donde conoció algunos cabecillas revolucionarios. Enterados éstos por él del estado real de la política ibérica, decidieron aprovacharle y así quedó convenido en que propagaría la idea en todos los pueblos de su tránsito hacia el norte. Presto comenzó la acción del revolucionario y más presto aún la réplica de las autoridades españolas. En Córdoba le apresó y luego desterró el gobernador Concha, y, poco más o menos, idénticos contratiempos experimentó en Tucumán, Santiago del Estero, Salta, La Paz y Cochabamba. Esta peregrinación de Moldes constituye una de las partes más interesantes de su existencia y es en Córdoba donde le sorprendió el 25 de mayo, cuando bajaba a Buenos Aires para seguir una instancia sobre una prisión y desafuero que sufriera por motivos políticos en Cochabamba.

El 2 de julio de 1810 se le obligó a trasladarse a Mendoza para desempeñar el cargo de teniente gobernador. Allí acudió acompañado por un solo criado, organizó el gobierno y arregló el Cabildo. Pero cuando todo lo tenía en condiciones de rendir algún beneficio, recibió el 12 de enero de 1811 órdenes de entregar el mando a Javier Rosas y presentarse sin pérdida de tiempo a servir de sargento mayor en el regimiento de caballería de la patria. El hombre activo y entusiasta que era Moldes no vaciló ante estas nuevas molestias y sacrificios materiales, y el 25 de febrero ya estaba al frente de 600 hombres y con dirección a la Banda Oriental.

Empero, una mala estrella parecía guiar las acciones de este hombre emprendedor y decidido: todo cuanto organizaba, todo cuanto emprendía, todo cuanto impulsaba, en el instante de rendir sus frutos, cuando el animador que era él disponíase a palpar el triunfo, siempre, indefectiblemente, con una fatalidad de obsesión, una orden emanada de la superioridad arrancábale de su obra y llevábale a otro lugar donde debía comenzar por los cimientos. ¿Fué esto una mera casualidad que la violencia espiritual de Moldes no se para a considerar y antes prefiere presentarla como producto de la animosidad y la envidia humanas? ¿Habrán visto, acaso, los jefes revolucionarios en este hombre un sí es no es atrabiliario e impulsivo, un enemigo, un rival capaz de las más temerarias empresas? Muchas suposiciones pueden forjarse al leer esa inquietante y amargada "Exposición" del coronel Moldes...

Moldes fué substituído por Rondeau y designado intendente de Cochabamba. "A mi llegada a esta ciudad — dice en su memorial, — encontré sucedida la revolución del 6 de abril y yo corrí las circunstancias ordinarias de que tenemos experiencia; pues el gobierno mandó un ayudante a mi casa por los despachos que me había dado; me desterró en el término de 24 horas; dió orden para que no se me abonase mi sueldo; circuló instrucciones a los maestros de postas, indicándome de traidor, y encargó al gobierno de Salta que velase mis obligaciones, remitiéndome con una barra de grillos en caso de juzgarlo conveniente, sin más delitos para tales atentados que aquella integridad de que la naturaleza me ha dotado, y que es tan mortificante a los perversos."

El 10 de agosto de 1812 se presentó ante el general Belgrano con un contingente de 125 armados y montados por sí. Vuelve el andariego Moldes a ofrendar su brazo a la causa libertadora y deja en un rincón de la provincia natal la amargura que la ingratitud humana derramó en su corazón. Retirado Belgrano a Jujuy, le acompañó hasta Tucumán, tras haber rechazado al enemigo en Las Piedras. Y agrega con tono de amargo reproche: "En esta ciudad el día de la acción memorable que dió vida a la Patria y gloria a nuestras armas; en este ejército o reliquias en que había sido general, serví de aventurero: contribuí principalmente a formar la línea de combate, siendo así que el general, aunque animado de un noble deseo y de sentimientos marciales, era moderno (léase nuevo, reciente) en el servicio de campaña: recorrí asimismo la línea del enemigo, y avisé el momento oportuno en que debió empezar el ataque."

Inspector de infantería y caballería fué designado posteriormente. Los oficiales, temerosos de la disciplina que necesitaban, pidieron su destitución; se le designó intendente general de policía: dos meses estuvo en ella; se le nombró representante por Salta ante la Asamblea; en ésta poco falta para que ordenen su fusilamiento; el 28 de noviembre de 1813 se le pone al frente de los granaderos de infantería; a poco se le envía a la Colonia, y en el sitio de Montevideo sólo se le deja al mando de una guerrilla de cien soldados que nunca habían oído las balas.

Después de la toma de Montevideo, "para separar la vista de una cadena de picardías, que con motivo del mando presenciaba diariamente", pidió el retiro. Se lo concedieron, declarándole benemérito en grado heroico. Ello no fué óbice para que, en noviembre de 1814, se le confinara por razones políticas en Patagones, como a un vulgar criminal. En el destierro tuvo otra vez oportunidad para "salvar aquel país de un facineroso que le hacía tocar en su exterminio."

Y concluye su "Exposición" diciendo: "Durante estos servicios y persecuciones mi casa ha sido saqueada dos veces por el enemigo. Dispersos, emigrados y errantes, aun no sabemos la patria que hemos de vivir. Sabed, leed y meditad, imparciales, que esto me basta. Asegurar el logro de su honor vale más que la vida para el hombre que le tiene."

Fué José Moldes un hombre inquieto, voluntarioso y torturado por una angustia espiritual que bien pudo ser el convencimiento de la perfidia y la necedad humanas.

J. RICARDO NEVARES

DIBUJO DE BATLLE

Costumbres funerarias



Era costumbre poner en exhibición sobre los portales del Cabildo, los cadáveres aquellos que se hubiesen encontrado abandonados en las calles, sin duda con el objeto de que fueran reconocidos y reclamados por sus deudos o conocidos. No era raro ver al lado del cadáver un platillo destinado a recolectar limosna para ayudar a los gastos de sepultura, velas y misas. Los progresos de la civilización nos han libertado felizmente de tan triste y repelente espectáculo. La morgue de hoy es un local cerrado y adecuado para el caso, al que sólo van aquellos que precisan realizar alguna indagación.

La generalidad de los cuerpos exhibidos procedían de accidentes casuales, muerte repentina o caídos en sangrienta pelea.

Entonces estábamos libres casi por completo de esos crímenes sensacionales, premeditados y salvajes que manchan los anales de la civilización moderna, y que hoy, post-guerra, se repiten con aterradora frecuencia.

El suicidio puede decirse que era igualmente desconocido. En el espacio de muchos años sólo se registró uno que otro caso, siendo los autores extranjeros. Verdad es que aquellos tiempos lo eran de abundancia y bienestar material; los afanes, las ansiedades consiguientes al sostenimiento de una familia, aunque ésta fuese numerosa, no preocupaban a nadie en un país en que se vivía sencillamente, en que los artículos de primera necesidad costaban poquísimo, donde era cosa fácil ganar dinero y donde la desenfrenada pasión del lujo aun no había establecido su tiránico imperio.

También eran raros los desafíos; no sabemos si es porque hoy hay más *honor* que antes o menos susceptibilidad; lo cierto es que eran rarísimos los duelos, y aun así, se adoptaban medidas tendientes a su supresión, como lo prueba el decreto del Supremo Dictador, del treinta de diciembre de 1814, estableciendo la irremisible aplicación de la pena de muerte a los que se desafiaban y asistían a los duelos en calidad de padrinos, considerándolos como autores y encubridores, "como a verdaderos asesinos, no obstante que un falso y criminal punto de honor se esfuerce en disculparlo."

Era también muy común, y esta costumbre duró muchos años, que dos particulares exhibiesen sus muertos rodeados de cirios y velas en mayor o menor cantidad, según los bolsillos de los deudos, en la sala o pieza que diese a la calle, abriendo las ventanas de par en par para que los que transitaban por la vereda pudiesen verlos desde fuera.


PASTILLES VALDA
MALADIES DES VOIES RESPIRATOIRES
ACTION MERVEILLEUSE
pour le TRAITEMENT Rationnel & Energique des Maux de Gorge, Laryngites Enrouements, Irritations, Rhumes Toux, Bronchites Grippes Influenza Catarrhes Asthme etc...
PHARMACIE PRINCIPALE H. CANONNE Pharmacien PARIS
A la mano
tenga V.
SIEMPRE
Una CAJA
DE
PASTILLAS VALDA
Verdadero talismán
Para HACER FRENTE a las consecuencias de un enfriamiento.
PRESERVAN y TONIFICAN sus Bronquios y sus Pulmones.
COMPLETAN el tratamiento de un Catarro, una Laringitis o una Bronquitis inveterada.
Procurese las en seguida, pero rehuse sin miramientos, las pastillas que le ofrezcan a la menuda y a precio de unos centimos: las tales son siempre imitaciones.
No podrá V. estar seguro de poseer
LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA
Si no las compra en CAJAS con el nombre
VALDA
en la tapa y nunca de otra manera.

El correo trasatlántico



El Rey Carlos III fué quien, decretó el 1º de julio de 1769 la restitución del Correo a la Corona, dejando entonces de ser una fuente de recursos, explotada por particulares en detrimento del servicio público, ordenando al mismo tiempo que se cobrase la mitad de la tarifa que cobraban antes los de Galíndez.

Desde entonces data la oficialización del correo en España y sus colonias.

El primer nombramiento de Teniente del Correo Mayor que llegó a Buenos Aires fué el que se expidió desde Lima, con fecha 31 de enero de 1767 en favor de don Mateo Ramón de Alzaga, por el que se dejaba sin efecto cualquier nombramiento anterior.

Establecido el Correo bajo el auspicio oficial, se establecieron correos trimestrales a Buenos Aires y Montevideo desde el puerto de la Coruña, autorizándose a los buques que hicieran este servicio a traer mercaderías, las que podrían venderse en los puertos de su destino llevando de retorno frutos del país.

El 2 de mayo de 1767 salió el paquebot *Príncipe* del puerto mencionado para esta ciudad, consignado a don Mateo Alzaga y Sobrado.

El segundo paquebot llamado *Princesa*, vino consignado a don Domingo Basabilbaso, el que entregó la correspondencia para el interior a Alzaga, en virtud del nombramiento que este tenía del conde de Castillejo, representante de los Galíndez y Carbajal en Lima.

El 20 de julio de 1767, el marqués don Gaspar de Grimaldi nombró primer administrador de Correos a don Domingo Basabilbaso, el mismo que en 1748 propuso al conde de Castillejo su establecimiento en Buenos Aires, a quien el gobernador don Francisco de Paula Bucarelli y Urzúa puso en posesión de su puesto en abril de 1768 mandanso reconocerlo como tal.

En virtud del arreglo de la Corona con los Galíndez, Basabilbaso fué confirmado en su puesto, y como tenía desde un principio a su cargo el correo marítimo, no hizo más que reincorporar a su administración el correo terrestre.

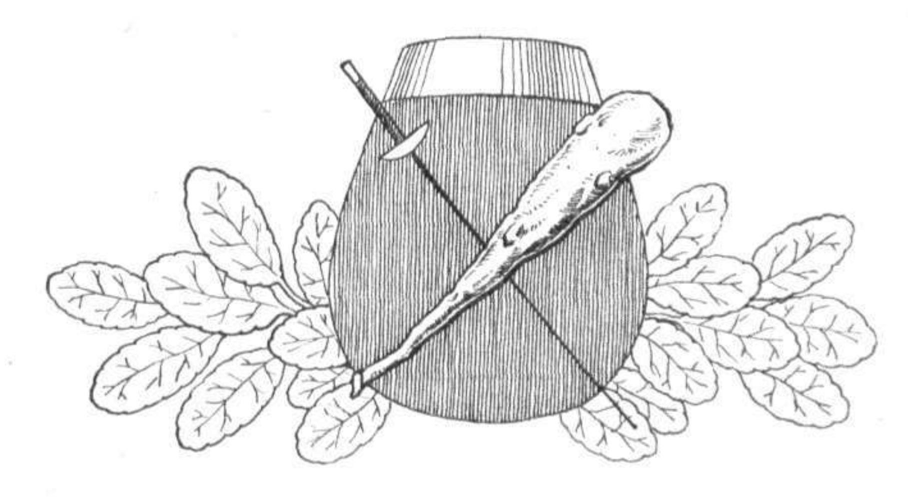
Se establecieron cuatro correos anuales a España y seis a Chile y el Perú.

Poco a poco fueron aumentándose éstos, hasta que en 1778 había seis a España, uno semanal a Montevideo, seis anuales para encomiendas a Chile y Alto Perú y uno mensual a Chile y Perú.

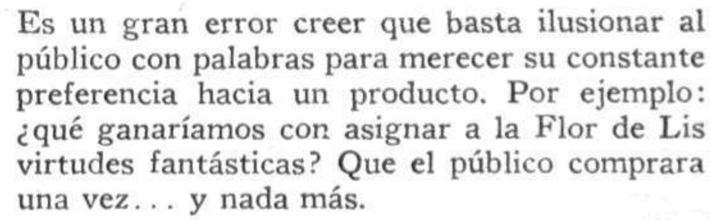
El inconveniente más serio en tiempo de la colonia, era la centralización en España de la administración, no pudiendo el administrador en ésta hacer el nombramiento de un simple cartero, si no venía de allá.

La correspondencia era inviolable como lo es en nuestros días, llevando la Real Cédula que así lo disponía, fecha 20 de agosto de 1767 y las precauciones que se adoptaban con la correspondencia certificada, no eran menores que las que hoy se tienen.

Romero de Tejada sucedió a Basabilbaso, el que, a consecuencia de los acontecimientos de 1810 perdió su puesto, al regresar de Quito, a donde había sido trasladado, dejando a su paso por la administración, pruebas de su acrisolada honradez.



Palabras... y hechos



Es un gran error creer que basta ilusionar al público con palabras para merecer su constante preferencia hacia un producto. Por ejemplo: ¿qué ganaríamos con asignar a la Flor de Lis virtudes fantásticas? Que el público comprara una vez... y nada más.

No, no. Afirmamos que la Flor de Lis es una auténtica yerba paraguaya y, por ende, de sabor, aroma, rendimiento y propiedades saludables excepcionales, y los hechos—el producto mismo—ratifican ampliamente estos asertos.

He aquí por qué en quien hoy nos compra un kilo a prueba, vemos un favorecedor por muchos años.



Garantimos en el más amplio sentido de la palabra la genuina procedencia de nuestra Flor de Lis, cosechada en los yerbales de nuestra propiedad en el Paraguay.



FLOR DE LIS

YERBA GENUINA PARAGUAYA

Compárela con cualquiera

En todos los buenos almacenes, en latas de 1 y 2½ kilos y cilindros de 5, 10, 30, y 60 kilos. PESO NETO



LA INDUSTRIAL PARAGUAYA S. A.
ASUNCION (Paraguay)

Fundada en 1887 — Capital $ oro 5.000.000.—

Sucursal y Molino en Buenos Aires: CHILE 460

UNA PAGINA OLVIDADA DE LA DIPLOMACIA DEL RIO DE LA PLATA

CESAR AUGUSTO RODNEY, EL PRIMER REPRESENTANTE NORTEAMERICANO EN NUESTRA REPUBLICA

Cómo una historia del Río de la Plata, escrita por el deán Funes fué publicada en los Estados Unidos y favorablemente acogida por el gobierno y el público.

PROBABLEMENTE, para muchos argentinos su nombre sea extraño; es casi seguro que más de un historiador lo haya olvidado; y no sería tildado de atrevido quien asegurara que, en su misma patria, alguien recuerda qué fué y qué hizo este norteamericano entusiasta y tenaz.

César Augusto Rodney fué hijo del coronel Tomás Rodney, uno de los valientes militares que, arrostrando todos los peligros, se puso al frente de los primeros ejércitos que en la América del Norte lucharon por la libertad. Un tío suyo, de nombre César, había estampado su firma al pie de la carta magna de su patria. A los 22 años desempeñó una representación legislativa. Estudioso, moderado, verdadero puritano, sin adherirse a ningún partido, rehuyendo todo brillo personal, siguió siempre la senda que rectamente conducía al bienestar colectivo. Espíritu conciliador, logró la confianza de su gobierno, el que le llamó para servir en el gabinete. Cuatro años actuó en las tareas gubernamentales, hasta que, hombre consciente de la importancia adquirida por el movimiento revolucionario de las Provincias Unidas de Sudamérica, comenzó a hacer gestiones para que su gobierno, con la circunspección correspondiente, adquiriera un conocimiento práctico del estado en que se hallaban las naciones de esta parte del continente americano.

Con este motivo se designó una comisión constituída por César Augusto Rodney, Jaime Graham, Teodoro Bland y H. M. Brackenbridge. Esta delegación, en la cual figuraban jueces y magistrados norteños, se embarcó en la fragata *Congreso*, al mando del comodoro Sinclair, el 14 de noviembre de 1817. El 27 de enero del año siguiente arribaron a Río de Janeiro, de donde pasaron a Montevideo, puerto en que echaron anclas el 20 de febrero. En la ciudad vecina se vieron con el general chileno José Miguel Carrera, a quien ya conocían algunos de ellos y con el cual dieron un paseo a caballo, para hablar de la política y economía del Río de la Plata.

El 26 de febrero se embarcaron y llegaron el 28 a nuestra ciudad. El secretario, Brackenbridge, hizo la primera visita al ministro don Tagle el 2 de marzo, anunciando la de la comisión para el día 4, en que fué recibida por el Director Supremo Pueyrredón, presentada por el aludido ministro, con asistencia de los generales y altos jefes militares. La población y las mejores familias de la sociedad porteña acogieron con muestras de inequívoco afecto a los que eran embajadores de la gran república hermana.

Después de realizar ampliamente su cometido, haciendo acopio de datos e informaciones que les sirvieron para convencerse de las amigables disposiciones de nuestro gobierno y el porvenir halagador que estaba deparado a los vínculos diplomáticos y comerciales de ambos países, se marcharon a finales de abril, llegando a Hampton Roads el 24 de junio de 1818.

De los miembros de la delegación norteamericana, Teodoro Bland, por haber efectuado el viaje por tierra hasta Chile y de allí, en la fragata *América*, por mar, hasta Filadelfia, fué el primero en aportar algunas informaciones importantes, las que fueron comunicadas al parlamento y completadas por las de Rodney y Graham.

Fué así cómo llegó a los Estados Unidos una copia, — la única, quizá, — del *Bosquejo de Historia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, desde 1816 a 1818*, que redactó el deán Funes y que, traducida al inglés, acompañó otros documentos, tales como el manifiesto del Congreso Constituyente de las Provincias Unidas, dirigido a las naciones; los códigos de presas; un cuadro estadístico del antiguo virreinato del Río de la Plata; así como buen número de cartas de Pueyrredón, Artigas, el ministro Adams y otros.

Estas informaciones aparecieron luego en los periódicos de los Estados Unidos, pero con tantos errores, omisiones e inexactitudes que, en ciertos parajes, hacíanse ininteligibles, circunstancia que motivó la edición de una nueva versión, impresa esta vez en Londres, en 1819.

Con esto queda enunciado el interés y la importancia que las autoridades norteamericanas asignaban a las flamantes democracias del sur.

Las observaciones filosóficas y políticas hechas por Rodney fueron las que produjeron la consideración del gobierno de los Estados Unidos preparando el terreno para el reconocimiento de nuestra independencia. "Este ilustre ciudadano, — dice Zinny en la biografía que de él publicó al frente de su retraducción de la historia del deán Funes, — empleó todos los esfuerzos que estaban en su capacidad para que ese acto se realizase cuanto antes; y a pesar del mal estado de su físico y arrostrando los peligros del mar, se prestó gustoso a volverlo a repasar, para satisfacer de este modo sus sentimientos y ser el *primero* que rindiese un homenaje tal a la soberanía de este país."

Llegó, pues, esta vez, estando investido del cargo de ministro plenipotenciario de su país; y fué tanto el afecto que cobró al nuestro que, en la última vez que habló en público, aseguró que deseaba contarse en el número de los argentinos.

Desgraciadamente, Rodney falleció en Buenos Aires a las 6 de la mañana del 10 de junio de 1824. A las once y media del día 12, el cadáver fué trasladado al cementerio protestante situado al lado de la iglesia del Socorro. Un batallón de infantería con cuatro piezas volantes precedió el cortejo, al que cerraba una escolta de húsares. Las salvas de la fortaleza se dejaron escuchar cuando los restos de este gran amigo de nuestra patria fueron a parar a una huesa de la cual no le supo sacar ni el recuerdo ni el agradecimiento de aquellos que él consideró sus conciudadanos.

Bernardino Rivadavia, acompañado de míster Forbes, cónsul de los Estados Unidos, presidió la ceremonia y tomó la palabra para enaltecer las ejemplares cualidades de Rodney.

Aquel mismo día nuestro gobierno decretó la erección de un monumento sepulcral dedicado a este preclaro hijo de la república norteña. Empero, hasta hoy, no existe memoria de que tal acto justiciero haya sido realizado.

WALTER OLDSON

ARTE AMERICANO



IDOLOS SANGUINARIOS DEL "PAIS DEL COLLAR"



DEL MUSEO DE HISTORIA NATURAL DE LA PLATA



Cabeza indeterminada descubierta en Guatemala la Antigua, y que es posible represente al trágico Dios ante cuya imagen se sacrificaban los hijos ilegítimos y los prisioneros de mayas y pipilos, abriéndoles el pecho para arrancarles el corazón y realizar aspersiones sangrientas hacia los puntos cardinales.

Entre los innúmeros pueblos herederos de la maravillosa civilización azteca — asombro y pábulo de las rudas huestes de Cortés — destácase con caracteres propios el de los valientes pipilos, cuya heroica gesta inmortalizara el sonoro alejandrino rubeniano. Enclavado como una pica en el corazón del territorio Maya - Quiche, es decir, en el fabuloso Cuzcattán o "país del collar", el pueblo Pipil fué, ante todo, guerrero, consiguiendo mantenerse por su indómita fiereza y estoicismo tradicional. Poco sabemos, por consiguiente, de su cultura, máxime si se tiene en cuenta que sus monumentos, desparramados en sus correrías forzosas a través de la América Central, han sido hasta cierto punto absorbidos por la civilización de los mayas, mucho más conocida y celebrada.

Reconócense, no obstante, como obra de los pipilos, las poderosas esculturas de Santa Lucía Cozuma - hualpa, en la república guatemalteca, que prueban, tanto por su valor expresivo y sintético, como por la fuerza imaginativa que las sustenta, las condiciones artísticas de estos viriles hijos de la montaña.

En cuanto a las impresionantes cabezas que reproducimos, fueron halladas en La Antigua — Guatemala — y aunque hasta hoy figuren en indeterminada forma en los estudios arqueológicos americanos, no es aventurado colocarlas dentro de la órbita que corresponde a la expresión artística de los pipilos. El significado de estas cabezas, por su hieratismo majestuoso, puede suponerse se refieren a alguna divinidad



La cabeza de este ídolo acusa en sus líneas severas un conocimiento del modelado y una capacidad de síntesis que ya quisieran para sí muchos de aquellos estatuarios, cuya "nueva sensibilidad" inspírase, no obstante, en arcaicas expresiones.

NANUK

La esclavitud en Buenos Aires



LA esclavitud en Buenos Aires — dice Vidal en sus "Observaciones sobre Buenos Aires y Montevideo" — es verdadera libertad, comparada con la de otras naciones."

Efectivamente, salvo algunas excepciones, que felizmente eran raras y confirmaban la regla, en nuestro país no han existido nunca esas leyes atroces ni los bárbaros castigos que otros pueblos han estimado necesarios para reprimir al esclavo. Nuestra vara siempre ha sido benigna, y si la esclavitud existió, fué hija de la época y malentendidas necesidades; entonces se estimaba que sólo el aborigen o el negro eran capaces de soportar el trabajo en los climas tropicales, y como las leyes de Indias prohibían la esclavitud de los indígenas, se dió en importar negros africanos que se adquirían por una bagatela en el continente negro.

La esclavitud era general en toda América latina y sajona, pero en la América española nunca revistió los sombríos y tristes caracteres que alcanzó en el norte. Nosotros consideramos al negro como un ser inferior si esa es su posición jerárquica, pero concediéndole todos los atributos y sentimientos humanos; ayudándoles a levantarse de su postración; por ello en Hispanoamérica no se conocieron nunca esas persecuciones a la gente de color, tan frecuentes en el norte y que dieron ocasión a sangrientas represalias.

Los esclavos eran tratados, puede afirmarse, con verdadero cariño. Azara, en la relación que hace a este respecto, habla del trato dado a los negros en términos que honran altamente el carácter de nuestros antepasados.

El número de negros que habitaba el país por el año 1810 era muy grande, esclavos en su mayoría. Vestían bastante mal, en general: en chaqueta de bayetón, pantalón de lo mismo o *chiripá*. Andaban descalzos o con *tamangos*, especie de *ojotas* hechas de suela o de cuero crudo de animal vacuno o lanar, envuelto antes el pie en bayeta, trapos o un pedazo de jerga. Las mujeres vestían enagua de bayeta, prefiriendo los colores verde, azul o punzó; rara vez usaban zapatos. Sin embargo, en las casas de familias pudientes, las negritas, muy bien vestidas y calzadas, era frecuente verlas en el estrado, sentadas en el suelo, cosiendo al lado de sus amas.

Los domingos solían verse negros muy bien ataviados con heterogéneos despojos de sus amos, presentándose con un sobretodo de largos faldones, una levita de talle corto, cuando se usaba largo, un pantalón de algún amo gordo sobre unas piernas escuálidas, sin zapatos, y con sombrero de copa alta y bastón. Eso sí: el bastón con puño de metal jamás les faltaba en los días de gala.

Algunos gastaban enormes relojes de cobre con gruesa cadena y colgantes del mismo metal.

Westclox



Olvida la Hora de Levantarse

SI TIENE un Westclox a la cabecera puede olvidar la hora de levantarse; su Westclox se la hara saber con toda oportunidad. Los Westclox marchan con precisión y su campana suena a la hora préviamente determinada.

Pida en su tienda que le muestren el surtido de los relojes despertadores y de bolsillo Westclox.

WESTERN CLOCK COMPANY, LA SALLE, ILLINOIS, E. U. A.

Fabricantes de *Westclox:* Big Ben, Baby Ben, Pocket Ben, Buenos Dias

Westclox
Baby Ben

Si su altura no fuera solo de 9 cms., guardando sus partes la necesaria proporción, sería idéntico al Big Ben. Caja de metal, sin costuras, niquelada y brillante; da el alarma sin parar o con intermitencias.

Westclox
Jack o'Lantern

Tiene 12¼ cms. de alto. Caja de encantadora apariencia. Maquinaria de precisión. Toque continuo y fuerte. Los números y las manecillas llevan una capa luminosa.

Westclox
Big Ben

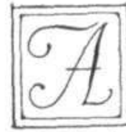
Es un despertador muy buen mozo con fondo resonante. Tiene 17¼ cms. de alto, caja de gran niquelado, a prueba de polvo; alarma ininterrumpida de 5 minutos o intermitente de 10 minutos.

Westclox
Pocket Ben

Es un reloj remontoir, tamaño 16, con caja de metal blanco admirablemente niquelada. Su excelente maquinaria, cuya cuerda dura 30 horas, es sometida seis veces a rigurosísimas pruebas en la fábrica.

RECORDANDO el PASADO

La independencia y los negros

A la declaración de la Independencia, la suerte de los esclavos mejoró notablemente. Una de las primeras leyes que se promulgaron fué, no la abolición completa de la esclavitud, que en aquellos tiempos casi les hubiese sido perjudicial, sino aquellas que tendían a establecer y proteger su seguridad individual. Todo esclavo que no estuviese contento con su amo podia, si encontraba comprador, ser transferido por el precio fijado por la ley, que en realidad era muy módico.

La Asamblea Constitucional en 1813 decretó que todos los hijos de esclavos nacidos en estas tierras eran libres (libertad de vientre), y que todo esclavo de cualquier otra parte del mundo que viniese estaba emancipado al pisar el territorio del Rio de la Plata.

En el año 1792 la Convención Francesa abolió la esclavitud, e Inglaterra prohibió el execrable tráfico de los negros, imponiendo severísimas penas a los contraventores. Con orgullo podemos decir que las repúblicas hispanoamericanas se preocuparon mucho antes que la gran república del norte de la emancipación de los negros, pues ésta no abolió la esclavitud hasta el 1864.

El Gobierno, con la mira de secundar los propósitos de la ley en cuanto fuese posible, estipuló que todo propietario de esclavos cediese uno de cada tres, cuyo importe sería reconocido como deuda de Estado.

Se resolvió con estos negros formar batallones con oficialidad blanca.

En la guerra de la Independencia prestaron importantísimos servicios. Valientes, sufridos y disciplinados, demostraron ser soldados de primer orden, contándose entre la mejor tropa de los ejércitos de la Patria.

Los libertos, como se les llamaba, decidieron más de un encuentro con las tropas realistas.

Los negros no tenían la libertad tan sólo con las medidas adoptadas por el Gobierno; muchos la debieron a la generosidad de sus amos, que la concedieron en vida o los dejaron libres al tiempo de morir. Infinidad de esclavos se libertaban por sus propios esfuerzos y ayuda de los amos, que les proporcionaban los medios para conseguirlo, saliendo a trabajar a jornal, que entregaban a sus amos, y éstos apartaban una parte, con la cual se amortizaba la suma requerida.

Otros tenían ciertas horas del día libres para dedicarse a trabajos manuales en casa. El más productivo era la construcción de escobas de maíz de Guinea, con los cabos de ramas de duraznos más o menos rectos y no muy bien pulidos. Otras de las industrias que más salida alcanzaba era la fabricación de tipas de cuero y junco. Salían ellos mismos a vender estos productos en días señalados o bien los encomendaban en consignación a otros negros ya libres que se dedicaban a esos negocios.

Hogar con radio, hogar alegre

En un hogar con radio reina el confort y la felicidad. Las veladas en casa son un continuo deleite. No hay un momento de fastidio. No es posible quejarse de monotonía.

Las Radiolas RCA reproducen con igual claridad y pureza de tono, tanto la música bailable y los conciertos sinfónicos como los trozos vocales. ¡Si parece que los ejecutantes estuvieran a nuestro lado!

Estos receptores son el resultado de más de veinticinco años de experiencia en la manufactura de material para radio. La Radio Corporation of America es la empresa más poderosa del mundo en el ramo. Las Radiolas RCA son universalmente reconocidas como insuperables por su alcance, volumen y fidelidad de tono.

Acusa prudencia elegir una Radiola RCA. Las hay al alcance de todas las fortunas.

Las buenas casas del ramo y nuestros distribuidores tendrán sumo placer en demostrar a Ud. la línea de Radiolas, Radiotrons y Altoparlantes RCA.



Sin esta marca no es Radiola

Radio Corporation of America

Representante en la República Argentina:
Señor George W. Hayes,
Ave. Presidente Roque Sáenz Peña, 567, Buenos Aires

***Distribuidores:* General Electric, S. A.**
Buenos Aires, Victoria, 618 esq. Perú
Sucursales en: Rosario, calle Córdoba, 1353.
Tucumán, calle 24 de Septiembre, 550
Córdoba, Ave. General Paz, 182

Distribuidores:
Compañía Vestinghouse Electric International, S. A.
Buenos Aires, Ave. de Mayo, 1035
Sucursales en:
Rosario, calle Entre Ríos, 743 — Córdoba, calle Colón, 59
Mendoza, pasaje S. Martín

Radiola RCA

UN PRODUCTO DE LOS FABRICANTES DE RADIOTRONS

Las carreras

por Julio Llanos



UANDO los caballos mestizos comenzaron a esparcirse por las canchas de carrera de la campaña, los gauchos se quedaban sin medio. Ponían patriotismo, amor propio nacional, en sostener las excelencias del caballo criollo. Aflojaron primeramente en lo que se refería a rapidez, y admitieron que en tres cuadras o tres ochenta los mestizos eran superiores; pero mantuvieron firmes sus convicciones en los tiros largos. En las cuarenta cuadras no se puede con los criollos: corro con el *montao.* Y perdían hasta las ganas de comer.

Esta lucha, en que se mezclaba el sentimiento y la convicción, duró largo tiempo. Pero después de los escarmientos sucesivos analizaban las formas y el pelo de los fletes, y no se atrevían a desafiar a los mestizos.

De vez en cuando un caballo excepcional, como el que se llamó "Buey del Salao", mantenía la reputación.

Los entrenadores y corredores de la ciudad adquirían un parejero media sangre, y salían con él de tiro a recorrer pulperias y a *pelar* a los paisanos conduciéndolo semidisfrazado por el des... lo en la limpieza y el aparente tratamiento. ...los de abandono, en que nuestra raza equina alternaba su situación entre el hambre y la grasa excesiva, le han quitado sus primitivas condiciones.

No creemos, y se explica, que exista pueblo más aficionado a las carreras que el maestro. Sería curioso el cálculo que nos dijera, aproximadamente, el número de hipódromos y canchas que esconde el país.

Lleguemos a las viejas carreras, a las que congregaban centenares de gauchos a presenciarlas y a jugar hasta desnudarse, sin metáfora.

A saltar y saltar, se decía cuando los corredores montaban sin igualar peso, cosa frecuente en los trayectos cortos. La habilidad de aquellos *jockeys* consistía en no largar sino con ventaja o después, cuando tenían caballo, de haber fatigado al adversario en prolongadas y fuertes partidas largadoras. Solía ponerse el sol sin que se dijeran ¡vamos! los que habían salido a media tarde para medir la ligereza de sus fletes.

Toda la concurrencia se agolpaba cerca de la raya cuando la voz de "ya se vienen" resonaba por todas partes. Era el instante que aprovechaban los bebedores pobres y empedernidos para vaciar de un solo trago las copas de los que salían fuera del mostrador a presenciar la llegada de los caballos.

Nada que discutir cuando el ganador se había adelantado uno o dos cuerpos; pero si ganaba al fiador apenas peligraba la autoridad del rayero, puesto siempre comprometido, y se analizaba entonces la corrección de los corredores.

Estos se hacían una aparatosa vestimenta. Sujetaban sus cabellos con una ajustada vincha; se descalzaban; arrollaban sus calzoncillos y acortábanse el

chiripá despojándose al mismo tiempo de la camiseta. Cuidaban el talero y se afirmaban las espuelas, que omitían en algunos casos. Cuando el caballo era blando de boca se corría con riendas. La falta de todo recado era rigurosa. La primera operación del corredor al bajar era despojar del freno o bocado al animal para libertar su fatigosa respiración.

Los pulperos estimulaban el trato de carreras con anticipación, sobre todo si conseguían que se pactaran entre caballos renombrados en el pago. Algunos de ellos llegaban hasta cuidar propios parejeros, los que hacían correr por poca plata, seguros de que las utilidades que les dejaba una reunión numerosa serían superiores a la pérdida de la carrera. Otras veces tomaban participación pecuniaria a favor de uno de los caballos rivales para completar la parada en los casos de sumas considerables.

Con muchos días de anticipación corrían y se extendían en el partido las noticias de una carrera interesante. Y se preparaban recursos para jugar, y trajes como para una fiesta.

Rivalidades personales, rencores escondidos, solían acudir a ellas buscando ocasión de manifestarse en los hechos. Veremos estos casos cuando nos refiramos a los peleadores, que lo eran casi de oficio, y que debían mantener su fama aceptando o provocando desafíos en las circunstancias de tener numerosos espectadores.

La taba reunía a los aficionados, que eran todos los concurrentes, mientras se aseguraba la largada o se concertaba una nueva corrida.

Las pollas no se contaban entre las predilecciones camperas.

Eran escasísimas las yeguas parejeras. El gaucho desdeñaba montarlas, y quien lo hacía no escapaba a las burlas.

El cuidado del parejero, comida y manutención, caminatas, vareadas a la madrugada preocupaban a todos los habitantes de la estancia o punto donde se mantenía algún caballo que fuese reputado. Los estancieros concluyeron por excluirlos de sus establecimientos a causa de la preocupación absorbente que distraía de sus tareas a todo el personal de trabajo y los constantes agregados, que eran una institución, venida por el espíritu hospitalario natural y lógico en las regiones desiertas, y que en el gaucho sobrevivía por herencia como, acaso, debía a ella mucha parte de su amor y predilección por el caballo.

Que las señoras elegantes nos perdonen.

Ellas auxilian su memoria respecto a sus relaciones estimulándola con la visión del traje que llevaba puesto la dama que se quiere recordar, en tal o cual lejana circunstancia. Los gauchos dicen: "Sí, señor, lo conocí a don Fulano hace diez años. Andaba en un caballo *gatiao* cabos negros". El caballo, pues, es el que le sugirió los detalles relacionados con la persona.

Los inconvenientes, que eran muchos y riesgosos, de correr costilla a costilla, hicieron adoptar el andarivel, línea de postes unidos por alambres o cuerdas que separaba a los parejeros permitiéndoles desarrollar sin impedimentos ni trabas toda su rapidez. Se adoptó sobre todo para los tiros cortos.

El potrillo que salía ligero se hacía dueño del cariño y de los mimos de la familia del propietario, la que llegaba a despojarse, en las noches heladas, de los propios abrigos para tapar el favorito si se hallaba en vísperas de llevarse todo el haber de la casa en una corrida próxima.

Los gauchos no acudieron nunca a la selección para obtener parejeros, debido esto a los métodos de cría. Los estancieros mismos elegían sus reproductores por sus condiciones exteriores de formas, pelo, viveza. Esa costumbre ha influído también en la degeneración de las calidades de rapidez y resistencia de la raza. El parejero les nacía o lo encontraban en las faenas rurales.

Fiesta completa por el atractivo del juego, la exhibición de gallardías, destrezas, malicias, eran las carreras para el gaucho. Acudía a ellas con la esperanza de asistir a espectáculos inesperados, fuera de todo programa. Y volvía a sus trabajos acariciando las perspectivas de nuevas reuniones que le dieran desquite de las pérdidas sufridas o aumento de las utilidades reunidas.

Largas noches de fogón ocupaban los comentarios sobre incidentes presenciados. Era el tema sobre que se tenía menos reservas mentales, y que solicitaba la sinceridad, como las confidencias de un enamorado.

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



Los negros libres



os negros estaban habituados a toda clase de trabajos: cocineros, mucamos, cocheros, peones de albañil, de barrera, etc., sastres, zapateros, barberos y changadores.

Casi todos los maestros de piano eran negros o pardos. En este arte se destacaron los maestros Remigio Navarro y Roquito Rivero. El oído de los morenos criollos era excelente y a todas horas se les oía en la calle silbar y tocar instrumentos alegrando al vecindario. Buenos quinteros y jardineros, puede afirmarse que tenían aptitud para toda clase de trabajos.

Gustaban de bebidas fuertes, pero era raro ver un negro en estado completo de embriaguez. Apasionados del mate y del tabaco, tomaban con avidez toda clase de hierbas, y muchos fumaban chanuco (*Datura Stamonium*), de efectos estupefacientes.

Cuando esclavos, había buen número de ellos indolentes o, como les llamaban los propietarios, *arreados*. Al saberse libres se tornaron industriosos y activos.

Los más de los *morenos* se hicieron pronto propietarios, construyéndose ellos mismos sus ranchos en un cuarto de tierra, terrenos por lo común donación de los antiguos amos.

Los ex esclavos se organizaron en sociedades por nacionalidades de origen: Congos, Mozambiques, Mandingas, etc. Cada nación, tenía su rey, la reina, tesorero y empleados subalternos necesarios. Se reunían a bailar los domingos y días festivos desde media tarde hasta la madrugada siguiente, atronando al vecindario con el infernal ruído de sus tamboriles, cantos y gritos.

También se inscribían en hermandades religiosas, celebrando grandes fiestas de iglesia, siendo de su predilección las del Rosario, Reyes, San Benito y San Sebastián.

El tratamiento que los negros daban a los blancos era el de *su merced*, o *mi amo*.

Los morenos acapararon la venta callejera. Dulces, alfajores, rosquetes, caramelos, etc., elaborados por sus familias, eran ofrecidos al público en tableros que llevaban pendientes de los hombros por medio de anchas correas.

Los *tíos* (confiterías ambulantes, no había otras) entonaban especiales silbidos que los niños distinguían perfectamente.

Las aceitunas producidas en el país y muy sabrosamente aliñadas con vinagre, ají, ajos, limón y cebolla, en vidriados tarros de barro, las portaban los negros en grandes tableros sobre la cabeza, y a las horas de comer cruzaban las calles canturreando: *¡Aceituna una!* Los negros han sido muy industriosos, y se dedicaban a pequeñas manufacturas, como la de silleros, escoberos, plumereros, etc., vendiendo asimismo cueros de carnero preparados y curtidos.

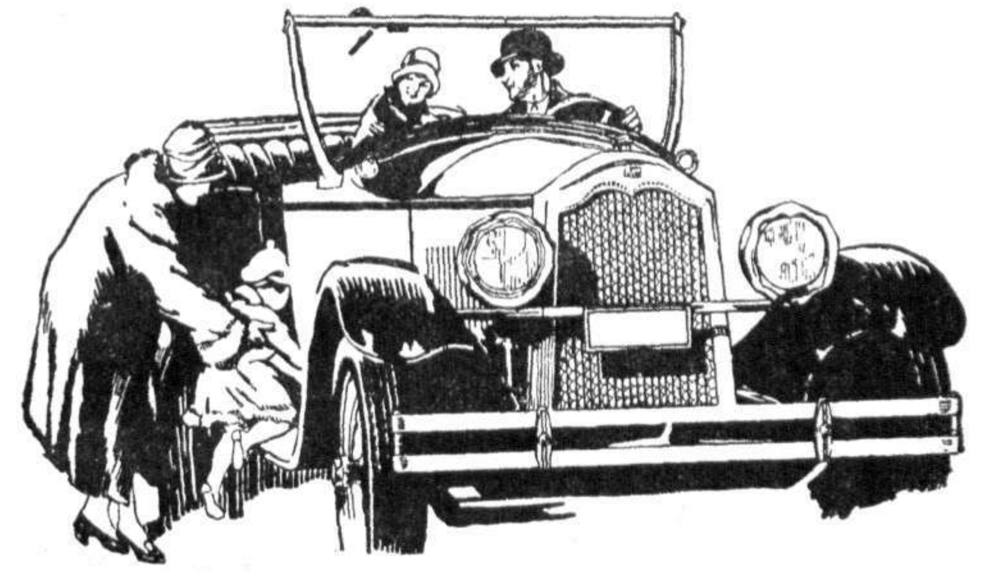
Otro oficio de su exclusiva propiedad fué el de *hormigueros*, como ellos mismos se titulaban. Era de verse los aires de suficiencia y saber que asumían aquellos *doctores* al explicar y discutir la dirección, extensión, etc., de los hormigueros, pero lo cierto es que se les echó de menos al desaparecer, ya que los venenos y fumigaciones les reemplazaron muy pobremente. También fabricaban anafes de barro y ollas, que vendían muy bien.

Los más pobres se empleaban en recoger los pedazos de hierro, herraduras, huesos, garras, etc., que entonces abundaban por las calles.

Buenos caminos son las arterias de una nación.

El más maravilloso Buick que jamás se ha construído

Cuando se construyan mejores automóviles BUICK los construirá



Modelo 27 25 Standard Six
Doble Faeton Cinco Asientos $ 5.000 s/w. B. A.
Incluso quinta goma

RODÉESE Vd. DE SEGURIDADES



Una seguridad después de otra contribuyen a que Ud. tenga la sensación de tranquilidad cuando conduce un Buick 25.

Sus características sobresalientes, tales como ausencia absoluta de vibración, balanceador torsional, motor montado sobre goma, válvula en la culata, chassis blindado, etc. aseguran a Ud. una marcha perfecta del coche y una absoluta seguridad de su resultado, evitándole molestias de reparaciones continuas.

Rodéese Ud. de las seguridades que le ofrecemos.

¡Compre un Buick 25!

GENERAL MOTORS ARGENTINA

SOCIEDAD ANONIMA

Un coche para cada uso dentro del presupuesto de cada uno

INGENIERO HUERGO 1167 BUENOS AIRES

La labor de las morenitas



Las negras o morenas ocuparon un lugar muy importante en la esfera del trabajo. Fuertes y robustas, lo mismo pasaban todo el día expuestas al sol abrasador de nuestros intensos veranos, como soportaban el húmedo frío de los más crueles inviernos. Ellas eran las lavanderas de la ciudad, y casi puede decirse cubrían el inmenso espacio de la orilla del río, desde la Recoleta hasta cerca del Riachuelo.

Usaban una especie de garrote a modo de pala, aparato eminentemente destructor, aunque muy útil para economizar trabajo.

Allí cantaban alegremente y se reunían en grupos de ocho a diez, por nacionalidades; formaban círculo y hacían las grotescas figuras de sus bailes, a modo de entreacto de alivio en sus penosas tareas. Siempre estaban muy alegres y rientes, al punto que la carcajada de la lavandera se hizo legendaria.

Las escenas que se desarrollaban a orillas del río durante el trabajo de las lavanderas eran tan típicas y características, que muchas familias iban en las tardes de verano o en las mañanitas de sol de invierno, a tomar el mate sentadas sobre el verde para gozar de los chistes, salidas y bailes de las lavanderas.

Otra de las ocupaciones favoritas era la de vender tortas, buñuelos, etc., etc.

Se sentaban en el cordón de las veredas con una bandeja que contenía pastelillos fritos bañados en miel de caña; allí parmanecían con la paciencia de Job, sin curarse de los rayos del sol, armadas de un gajo de saúco o de sauce con que espantaban las moscas, que se levantaban momentáneamente, a impulsos del improvisado plumero, para volver con voraz tenacidad a posarse sobre su presa. Los muchachos, los peones y los carretilleros eran los principales consumidores de la dulce mercancía. También acudían con ella a las plazas donde paraban las carretas que venían con frutos del interior del país, cuyos conductores, que traían treinta o más días de viaje sin otro alimento que carne y agua, devoraban ansiosos aquel manjar para ellos delicioso. También tenían acaparado el gremio de nodrizas; los médicos de la época recomendaban y consideraban a las negras como las mejores amas de leche.

El servicio doméstico era exclusivamente desempeñado por las hijas de Cam; sobre todo, sobresalieron en las artes culinarias. A ellas se deben la invención e introducción en la cocina nacional de muchos platos exóticos, reminiscencias de los que ellas o sus antepasados conocieron en África, platos que luego, adecuados a los elementos y gustos de nuestro país, dieron por resultado la ampliación de los conocimientos gastronómicos.

En el vestir, las negras se distinguían por su afición a los colores fuertes y chillones, así como a la chafalonía. Morena había que parecía vidriera de cambalache de la calle 25 de Mayo.

Anónimos y pasquines populares


L 6 de Febrero de 1807 se agolpó á las puertas de las Casas Consistoriales el pueblo que pedía á grandes voces la destitución de Sobre Monte y su prisión, así como una junta de guerra para tratar de la reconquista de Montevideo, y como el Cabildo no les diera satisfacción en el día, subieron algunos á la torre á tocar la campana, hasta que se resolvió de conformidad á su pedido comunicándose á la Audiencia para que dicte las órdenes oportunas á la prisión del Marqués y ocupación de sus papeles.

"Como la Audiencia demorase la ejecución, reunióse el Cabildo el día 9 para instalar y activar su despacho, y después de tres acuerdos, en ese día quedó resuelta la formación de una junta de guerra que tuvo lugar el 10 en la Fortaleza, tomando parte las autoridades, el Obispo, Gefes militares y vecinos, y de la que resultó la separación del mando de Sobre Monte, fruto de las instigaciones de Alzaga quien había fomentado este tumulto a pesar de ser el gefe natural del partido español, creando una situación anómala, pues quedaba dividido el gobierno del virreinato entre la Audiencia, el Gefe militar y el Cabildo, que presumía arrastrar al pueblo en pos de sí, con el sostén de los cuerpos españoles urbanos que se formaban por provincias, contrabalanceando la influencia de Liniers á quien los patricios prestaban un decidido apoyo.

"La verdad es que el gobierno de Sobre Monte se había hecho imposible.

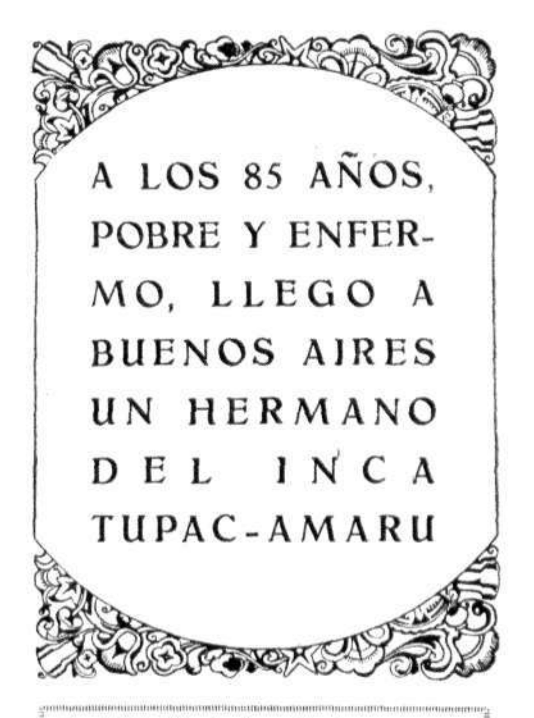
"En Mayo aparecieron pasquines pegados en las esquinas en que se pedía su separación y se proclamaba á Liniers como el único que sería aceptado por el pueblo. En ellos Sobre Monte es tratado de *gallego* con todo desprecio. Las cosas habían llegado, pues, al colmo y se cantaban por la calle coplas irónicas y ofensivas que la tradición ha conservado. La Audiencia mandó, al fin, reducirlo a prisión..."

El 8 de abril de 1807, anónimos llegados de Chile y dirigidos al Cabildo, denunciaban los procedimientos del marqués de Avilés, y el 18 otros tales acusaban al teniente gobernador de Santa Fe de estar en inteligencia con los enemigos y contrabandear.

La asonada del 1º de enero de 1809 dió, asimismo, motivo para anónimos. Conocemos uno dirigido a Liniers, en que se trata duramente a Alzaga sindicándole como ladrón, y en el mes de julio del mismo año las paredes se poblaron de libelos y pasquines contra el virrey Cisneros, de que se hace referencia en el acuerdo de Cabildo celebrado el día 20.

Decir refranes y aplicar apodos a cualquier persona o cosa era común y corriente en la colonia, y así el grande como el pequeño estaba expuesto a merecer un sobrenombre de la voz pública siempre evidente y sin responsabilidad, pero con esa fuerza que adquieren las expresiones por opinión general y lleva la fama a través del tiempo, muchas veces con más extensión que el verdadero mérito. Así, por ejemplo, al gobernador Josef del Garro le apellidaron *El Santo;* al virrey Cisneros, *El Sordo;* al escribano don Eufrasio Boiso, *Siete Pelos;* a doña Francisca Alzaibar de Viana, *La Mariscala,* y a la señora O'Gorman, *La Perichona.* Otro tanto sucedía con los locales y a nadie extrañará oir, hablando del tiempo pasado: el barrio Recio, el rincón de las Animas, la manzana de las Luces, la callejuela del Pecado, el puente de las Beatitas, etc., etc. Esta tendencia del pueblo, tan espontánea, que gustaba exteriorizar su agudeza en política o en cualquier circunstancia de la vida social, se dilataba en coplas, carteles y hojas volantes, que reemplazaban, entonces, la crónica de los modernos periódicos y, saturadas de sal gruesa, corrían de boca en boca, de tertulia en tertulia, hasta que la autoridad les ponía coto, cuando algún personaje danzaba en ellas. — (De "Buenos Aires Colonial", de José Antonio Pillado).





En 1822, Rivadavia ordenó que se ayudara y alojara por cuenta del Estado al único sobreviviente de la rebelión del Cuzco, quien llegó a nuestras playas después de sufrir un cautiverio de cuarenta años en la prisión de Ceuta.

Corresponde a José Gabriel Condorcauqui, más conocido por el nombre de Tupac-Amaru, la gloria de haber sido uno de los primeros hijos de América que se levantaron contra las autoridades de la colonia. Descendiente de uno de los últimos incas peruanos, cacique del pueblo indígena de Tungasuca, perteneciente al distrito de Tinta, situado al sur del Cuzco, era, según Becker y González, un mancebo de gallarda presencia, de simpático aspecto, clara inteligencia, instruído y valiente. Hombre ambicioso e inteligente, se presentó en distintas oportunidades a las autoridades de la colonia, ya para obtener favores para los indios, ya para la supresión de los repartimientos o la de la *mita*, pesada contribución que agobiaba a los naturales, ya su reconocimiento como legítimo heredero de los antiguos incas en el marquesado de Oropesa. Mas todas estas reclamaciones y solicitudes poco o ninguna importancia parecían tener para las autoridades de la metrópoli; siendo este descuido e indiferencia el motivo por el cual, al cabo de cinco años empleados en los trabajos de la conspiración, en octubre de 1780, pretextando tener un mandato real, invitó al corregidor a su casa y, después de arrancarle una orden para que se le entregaran los fondos de la provincia y las armas de que dispusieran, le sometió a juicio y le hizo ejecutar. Proclamado inca, Tupac-Amaru incautóse de los fondos de dos distritos y puso en pie de guerra un ejército de 17.000 hombres, con el cual avanzó sobre el Cuzco, pretendiendo ser el libertador de los indios, criollos y mestizos, aunque amenazando de muerte a todo aquel que le opusiera alguna resistencia. "Otros jefes — explica el profesor Kirkpatrick, — se levantaron también en la serranía meridional, sobresaliendo entre ellos un panadero que se dió a sí mismo el nombre de Inca Tupa-Catari, el cual arrastró a sus secuaces a entregarse a orgías de embriaguez y homicidios, sacrificando a hombres, mujeres y niños blancos y amenazando con la guerra civil a Tupac-Amaru." La noticia del levantamiento llegó al Cuzco el 12 de noviembre. Produjo gran alarma y, a costa de sacrificios, se logró formar una columna de 450 españoles y 700 indígenas adictos, para salir a batir a los rebeldes. Mas los españoles aquellos parecían haber olvidado la condición heroica de sus predecesores y, abrumados por el número de enemigos, rindiéronse en el pueblo de Sangarara. Los indígenas, envalentonados, perpetraron todo género de crímenes. En el pueblo de San Pedro de Bella Vista degollaron a mil de sus habitantes, y los peores y más horrendos crímenes fueron cometidos en Caracoto. Se dió comienzo a una verdadera guerra de razas; el obispo del Cuzco, obligado por los sacrilegios del inca, le excomulgó y los curas se pusieron al frente de sus feligreses para luchar contra los salvajes. En febrero de 1781, sostuvo Tupac - Amaru un rudo combate que duró cuarenta y ocho horas, venciendo a los españoles, envalentonándose en forma tal que perdió todo control, sin atinar a llevar una acción militar que se apoyara en algo más que el número de combatientes, y terminando por caer el 6 de abril, en el valle de Vilcamaya, derrotado por las disciplinadas tropas del general don José del Valle. Minado el núcleo principal de los rebeldes, apresaron los españoles al tesonero caudillo y, por orden del visitador Areche, diéronle muerte tanto a él como a los suyos, en forma medioeval, destrozándole el cuerpo y arrancándole las extremidades.

Pues bien, muerto el caudillo, iliminada su familia y desterrados o encarcelados sus familiares y adictos, los representantes del gobierno hispano por breves años disfrutaron de esa tranquilidad que casi siempre es precursora de las grandes catástrofes.

II

Transcurrieron unos cuantos años; sucediéronse los gobiernos republicanos; y un día, el 22 de octubre de 1822, en Buenos Aires, un indio viejo, pobre y enfermo, presentó el siguiente memorial a don Bernardino Rivadavia:

"Excelentísimo señor: Don Juan Tupamaro, natural de Canancauchi, provincia del Cuzco, a V. E., con el debido respeto expone: que en 15 del corriente arribó a esta capital desde la plaza de Gibraltar a la que se trasladó desde la de Ceuta donde estaba condenado a morir civilmente por el gobierno déspota y tiránico de España de resultas de la rebelión llamada del Perú, promovida por su hermano José Gabriel en el año 1781, desde cuya época ha padecido toda suerte de males y privaciones. No es mi ánimo, Excmo. Señor, hacer un relato de las prisiones aflictivas que ha padecido en su persona en el dilatado espacio de 40 años, pero sí es indispensable referir la pérdida de su caro hermano destrozado por cuatro potros; la de su primo hermano descuartizado y colocados sus miembros en distintos puntos; el asesinato cometido con su consorte y cuñada; la muerte dada a su sobrino de edad de 16 años en un cadalso; la de sus dos sobrinos de mayor edad que fueron conducidos a Europa, habiendo muerto uno de ellos en la navegación y otro en Madrid; la muerte de tantos inocentes en la navegación, que sin más delitos que ser deudos y dependientes de la casa, han sido también perseguidos y aniquilados. Este conjunto de males afligían en extremo su angustiado corazón en medio de sus adversarios; pero era aún más acerbo cuando contemplaba que los sacrificios de su hermano y familia hubiesen sido infructuosos, y que

sobre todos los cadáveres de sus ascendientes levantara su trono con más rigor el Despotismo, bajo las leyes bárbaras e inhumanas del capricho de un Carlos III y de sus descendientes, y que el peso de las cadenas se hubiese aumentado para los naturales de este vasto y fértil suelo a proporción de la codicia de los bárbaros satélites del Despotismo. Pero ¡oh, Dios! cuál fué su júbilo cuando llegó por primera vez a sus oídos el eco de libertad proclamado en todo el continente americano; entonces fué cuando volvió a nueva vida, a pesar de sus largos años y de los trabajos que ya lo tenían agobiado; nueva esperanza renació en su corazón, al ver que ya los hijos pacíficos del Sol habían conseguido sus derechos y revestídose de la alta dignidad de hombres libres con que Dios y la Naturaleza los ha dotado. Animado de esta halagüeña idea, se elevó su alma anonadada hasta los más remotos siglos y resolvió restituirse a su amada patria en cuanto se lo permitieran las circunstancias que son bien notorias, desentendiéndose de las penalidades y riesgos que ofrece una larga navegación y las ningunas comodidades con que contaba para su ejecución; pero al fin venció todos los obstáculos y consiguió besar el suelo donde tuvo la dicha de nacer, que por tal lo tiene, y la felicidad de venir a morar entre sus compatriotas, y bajo la protección de un gobierno libre y benéfico, que sabe equilibrar la justicia con la equidad en esta atención.
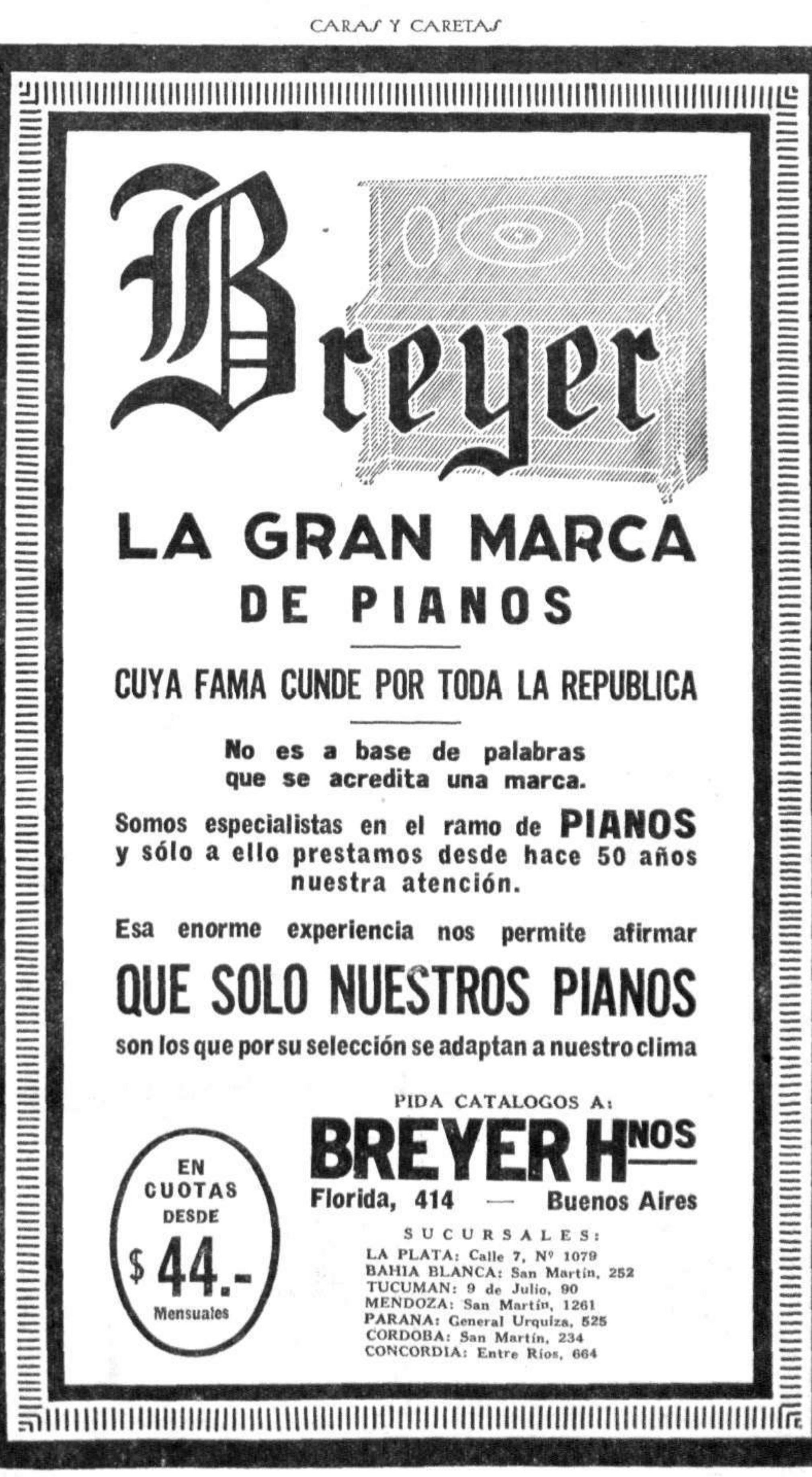
"A V. E. suplica se digne, atendiendo a sus largos padecimientos y su edad de 85 años y la penuria en que se encuentra, mandar se le proporcione alojamiento donde vivir y algunos auxilios para su manutención y decencia, interín le proporciona la Providencia llegar a su país natal: Es gracia que espera alcanzar del benévolo corazón de V. E. que le es tan característico. — Buenos Aires, 22 de octubre de 1822. — *Juan Tupamaro.*"

Dos días más tarde, el 24, al pie del memorial, firmada por Rivadavia, consignóse la siguiente resolución:

"El Administrador del Hospital, con arreglo a la orden verbal que se le comunicó el día de ayer, dará hospedaje completo a don Juan Tupamaro; a quien además se acuerda para sus gastos personales la cantidad de treinta pesos mensuales, que le serán abonados desde la fecha, de los fondos reservados del Gobierno; y tanto el hospedaje como la asignación serán continuados por todo el tiempo de su residencia en esta capital. Comuníquese al Ministerio de Hacienda, y al Administrador del Hospital; y transcríbase a don Juan Tupamaro, expresándole cuánta ha sido la impresión que ha hecho en el ánimo del Gobierno la relación de sus padecimientos, y cuán empeñado está éste en hacerle más suaves y llevaderos los últimos años de su vida. Archívese este original, del que se pedirá un texto autógrafo al mismo don Juan Tupumaro, el que será colocado en la colección autógrafa de la Biblioteca de esta capital — *Rivadavia.*"

Así procedían los hombres de aquella época en que algo más que simples trámites administrativos distraíales. Desdichadamente, los tiempos han cambiado un tanto y es probable que hoy algún diligente burócrata, antes de entregar la modesta pensión, hubiera realizado largas y meticulosas gestiones para saber si aquel anciano de 85 años, enfermo y achacoso, era, en efecto, hermano de Tupac-Amaru y si merecía, por consiguiente, el apoyo oficial.

A R I S T I P P U S


Breyer
LA GRAN MARCA
DE PIANOS
CUYA FAMA CUNDE POR TODA LA REPUBLICA
No es a base de palabras
que se acredita una marca.
Somos especialistas en el ramo de PIANOS
y sólo a ello prestamos desde hace 50 años
nuestra atención.
Esa enorme experiencia nos permite afirmar
QUE SOLO NUESTROS PIANOS
son los que por su selección se adaptan a nuestro clima
PIDA CATALOGOS A:
BREYER Hnos
Florida, 414 — Buenos Aires
EN
CUOTAS
DESDE
$ 44.-
Mensuales
SUCURSALES:
LA PLATA: Calle 7, Nº 1079
BAHIA BLANCA: San Martín, 252
TUCUMAN: 9 de Julio, 90
MENDOZA: San Martín, 1261
PARANA: General Urquiza, 525
CORDOBA: San Martín, 234
CONCORDIA: Entre Ríos, 664

Las aguas corrientes



Ayer como hoy, el agua para el consumo de la población la suministraba el río de la Plata aunque de muy diferente manera: no como aguas corrientes, pero sí en carretas o a hombros. El agua de pozo de balde, cuya profundidad varía entre 15 y 20 metros, es por lo general salobre e inútil para los usos domésticos.

La autoridad señalaba el punto de dónde los aguateros debían sacar el agua del río, disposición que burlaban con frecuencia según les conviniese.

El agua recién sacada del río rara vez se encontraba en estado de beberse: expuesta a los rayos del sol, no sólo en el río sino en su transporte en tinas, se caldeaba al punto de parecer caldo, según decían, a lo que contribuía su poca limpidez.

Sólo después de ser decantada en los tinajones o barriles de las casas se podía beber.

El aljibe era entonces un valioso recurso; pero sólo se encontraban en determinadas casas, a pesar de prestarse la construcción a ello por sus azoteas en declive, que acumulan el agua en el punto deseado. El aljibe es un depósito subterráneo a donde van a parar las aguas de lluvia. El reparto de agua del río lo hacía por lo general el aguatero, individuo del pueblo o negro, cuya indumentaria no difería de la del carretillero, carnicero, etc., vale decir: poncho, chiripá, calzoncillo de fleco, tirador, etc. Ocupaba su puesto sobre el pértigo provisto de la picana, con la cual aguijoneaba y dirigía los bueyes. Una macana de dura madera le servía para detener a los animales o hacerles retroceder, pegándoles en los cuernos.

La carreta aguatera era tosca pero sólida como para resistir el tránsito por aquellas fementidas calles. Una gran pipa de madera bien sujeta entre dos estacones de naranjo, se alzaba en el centro del carromato. Una campanilla pendía de la cuerda que unía por la parte superior a los dos estacones, y su penetrante sonido anunciaba la aproximación del aguatero.

No se hacía entonces uso del biloque o canilla; en su lugar había una manga de suela o lona cuya extremidad inferior iba sujeta a un clavo colocado en el alto de los estacones: de allí se desenganchaba cada vez que se despachaba agua, introduciendo dicha extremidad en la "caneca", recipiente medida, cuyo valor aproximado era el de tres centavos cuatro canecas. Los baños a domicilio no eran muy usuales. La bañadera no se conocía; una tina suplía a ésta, y como el agua al fin y al cabo costaba plata y tiempo el procurársela, se aprovechaba bien, bañándose en el mismo líquido toda la familia.



CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

Teléfonos: *Unión Telefónica:* Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia). Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre	„ „ 4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año	„ „ 8.00
Número suelto	20 ctvs.	Número suelto	25 ctvs.		
Número atrasado del corriente año	40 „	Número atrasado del corriente año	50 „		

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año .... $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR

El amor y las mujeres según los grandes autores

EDUARDO WILDE

La lógica no ha sido hecha para las mujeres. La base de su criterio, si tal puede llamarse a su fantasía, es sentimental. La base del criterio de los hombres es intelectual.

Si un hombre y una mujer discuten, aun cuando crean hacerlo sobre el mismo punto, en realidad el uno habla de facturas y la otra de versos.

* Tras de tan larga experiencia afirmo que no hay mujer en quien un solo defecto no baste para borrar o balancear las más relevantes cualidades.

Lo mismo puede decirse de los hombres, pero al fin ellos no tienen por sola misión en la tierra endulzar la vida con sus encantos estéticos y sentimentales, como la tienen las mujeres...

* ¡Pobres camellos, representantes de una época muerta! Uno se acuerda, mirándolos, de los reyes de Nínive y Babilonia, de Cleopatra, una reina guaranga, según me imagino, porque sus retratos se parecen a una de mis amigas de cuando era estudiante en Buenos Aires y visitaba la aristocracia de la calle Garay...

* No quiero entrar a describir minuciosamente las facciones de la famosa rubia moscovita, porque cada uno de ustedes ha de creer que describo las de su novia, de su amada o de su mujer, y aquí toco los límites de lo inverosímil; pero les ruego tratar de representarse una fisonomía de mujer joven basándose sobre los siguientes datos, si quieren tener una buena visión:

Ojos azules enormes; tardan un día en abrirse, y muestran en el invernáculo de su pupila obscura, un almácigo de ternuras; gallardamente extendidos, dos arcos poblados, largos y finos, como límite superior de una frente no muy alta, limpia, cubierta con piel suave, blanca, semisonrosada, melancólica (no sé cómo puede haber frentes melancólicas, pero las hay); una boca, no dos, alegre, risueña, un tanto burlona, y en la cabeza de preciosa forma un trigal de cabellos de inconmensurable abundancia, donde podría perderse una manada de elefantes.

Además, la muchacha se llamaba Cikaia...

Para tener la audacia de llamarse Cikaia se necesita ser realmente linda, y Cikaia, lo juro por esta cruz, lo es tan de veras que si fuera galante el Padre Eterno la tendría de ama de llaves en el cielo.

Un tonto, a mi sentir, muy desagradable, un primo cualquiera, vestido de militar, entró a visitarla y tuvo la osadía de tomarle la mano y besársela allí, delante de todos, a nuestras barbas, so pretexto de ser una costumbre rusa. Además, el maldito no cesaba de llamarla Cikaia arriba y Cikaia abajo, como si ese nombre hubiera sido hecho para él solo.

Y la muy descocada de Cikaia, bañándolo con su mirada azul y sonriéndole con la mitad izquierda de su boca (un rinconcito delicioso, formado por los extremos irritantes de sus labios), emitía a cada momento unas palabras silbadas que tenían muchas eses y contestaba probablemente "sí" a todo cuanto el bandido proponía...

* Un individuo enamorado seriamente tiene alteradas las bases fundamentales de su juicio y se forja una porción de paradojas y necedades que toma como reguladoras de su conducta.

Cree, por ejemplo:

Que su vida es imposible sin la presencia del objeto amado.

Que el aire, el suelo, las flores, los fenómenos de la naturaleza y las evoluciones del mundo moral, en el seno de la sociedad, no tienen significación ni importancia si no se ligan con el objeto amado.

Que todos cuantos están ocupados de otra cosa que de meditar sobre el objeto amado, pierden lamentablemente su tiempo.

Todo esto y mucho más se presenta en la cabeza de los enamorados, con el carácter de la mayor verdad.

La pasión, absorbente por esencia y eminentemente individual, trastorna todas las nociones de lógica, de previsión, de juicio, de tacto, y el hombre sujeto a ella ajusta su raciocinio a una medida estrecha, por más que su existencia en tales condiciones sea incompatible con los datos del sentido común. Pero consígase ocupar extraordinariamente a la persona que se halla en tales condiciones, no se deje lugar a que la morbosidad aumente por la insistencia en repetir el mismo pensamiento, y el tiempo, ese aguador de todas las impresiones, gastará la vivacidad de la pasión dando lugar a la producción de ideas más conformes con la realidad de las cosas, y por lo tanto, más fisiológicas y normales...

SELECCION DE BERNARDO MANUEL

NELSON

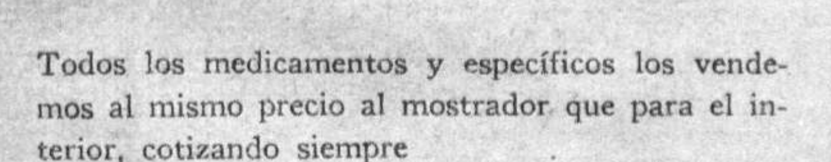
LA UNICA FARMACIA

Atendida y dirigida personalmente por

MEDICOS
QUIMICOS y
FARMACEUTICOS

y cuyos títulos ofrecen la más alta garantía de seguridad y eficacia.

Los médicos y los enfermos, durante más de 20 años, han comprobado, tanto la escrupulosidad y exactitud de los remedios recetados como la prontitud y esmero de nuestro servicio.



Todos los medicamentos y específicos los vendemos al mismo precio al mostrador que para el interior, cotizando siempre

LOS PRECIOS MAS BARATOS DE PLAZA

Haga sus pedidos a Laboratorios y

FARMACIA "NELSON"

MANUEL I. NELSON, JUAN M. NELSON, RAUL A. NELSON y CARLOS M. NELSON
MEDICOS - QUIMICOS - FARMACEUTICOS

Suipacha, 481 - Buenos Aires - Teléfonos: U. T. 4750, Rivadavia / " 3580, Mayo

ABIERTO TODA LA NOCHE

El correo de aquel entonces



SEGÚN datos obtenidos de la *Guía de forasteros*, publicada en 1864 por don Antonio Pillado, hasta el año 1747 no hubo establecimiento de correos en Buenos Aires ni en todo Tucumán, no obstante el mucho comercio que tenían aquella ciudad y provincia con todas las demás del virreinato del Río de la Plata. Con Chile y con el Perú los comerciantes despachaban correos a su costa, según las necesidades, y de él se aprovechaban amigos y vecinos; por lo general hacían sus viajes en carretas hasta Jujuy y Mendoza, volviendo muy tarde las respuestas.

El primero que estableció correos fijos, a fines del año 1747, fué don Domingo de Basabilbaso, siendo gobernador de esta Provincia el señor Andonaegui, mariscal de campo y natural de las islas Canarias.

Por el año 1811 desempeñaba el cargo de administrador general de Correos don Melchor de Albín, que en época del gobierno colonial había ascendido a contador de la administración de Correos a consecuencia de la destitución de su antecesor señor Tejada, ordenada por la Junta Gubernativa, y en 1814 el Supremo Director don Gervasio A. Posadas le expidió un título con la denominación de administrador general de Correos de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Desde la Revolución de Mayo la administración de Correos fué objeto de atención por parte de los gobiernos nacionales y sufrió varias y ventajosas transformaciones.

El correo se nacionalizó en el año 1814 bajo la dirección de Albín; en 1826 volvió a serlo durante la Presidencia al cargo de Juan Manuel de Luca, y en 1862, por decreto del 3 de octubre, con la denominación de "Dirección General de Correos de la República", según ley del presupuesto, sirviendo para ello de plantel la Administración, regida por don Gervasio A. de Posadas, hijo del Director Supremo.

La Dirección General de Correos y Administración del Ramo de la Provincia permaneció por muchos años en la hoy calle de Bolívar 115. Su constructor y dueño fué don Manuel Rodríguez de la Vega; la adjudicó en su testamento a la casa de Ejercicios. Este mismo señor Rodríguez fundó el Hospital de Mujeres, la Casa de Expósitos y otras instituciones caritativas con su peculio.

La casa de correos no tenía condiciones ad-hoc; era nada más que una casa grande, que era lo único que se exigía en aquellos tiempos.

El servicio, bastante deficiente, se hacía sin orden, método ni regularidad. Verdad es que aquello representaba un gran adelanto y se juzgaba muy suficiente, ya que cubría con exceso las necesidades de la época.



Los que tengan **ASMA** o sofocación usen los **Cigarrillos antiasmáticos** y los **Papeles azoados** del Dr. Andreu, que lo calman en el acto y permiten descansar durante la noche.

JARABE DE MANZANAS

del Dr. MANCEAU



Laxante ideal para niños, señoras y ancianos. Gusto muy agradable, acción muy eficaz, inofensivo. Elaborado únicamente en Francia, durante la cosecha de manzanas, con todas las garantías científicas.

Autorizado para la venta libre. Certificado número 511. GRATIS se remitirá a quien lo solicite un librito de 40 páginas: "Principios de Higiene Infantil", "Lo que se debe hacer y no hacer para criar a los niños en buen estado de salud".

Córtese este cupón y remítase a ILLA y Cía., calle Maipú 73. Buenos Aires.

Nombre. . . . .

Calle. . . . . Nº . . . .

Ciudad o Provincia. . . . . C.

Medios de locomoción



LAS antiguas carretas fueron introducidas a fines del siglo XVI por los españoles, siendo los únicos medios de comunicación de que se valieron, usándolas como vehículos para el transporte de mercaderías y pasajeros de Buenos Aires a las provincias del interior, cruzando pesadamente las pampas, formando caravanas para defenderse de las hordas salvajes.

A mediados del siglo XIX, don Saturnino San Miguel era uno de los consignatarios de mensajerías y tropas de carretas que más trabajaba.

Las tropas de carretas tucumanas de don Francisco Gutiérrez, que iban a Santiago, Tucumán y Salta, y las de don Mariano Gómez, que hacían el tráfico con San Nicolás, Rosario y Córdoba, él las despachaba.

Las tropas de don Andrés López, que se ocupaban de lo mismo que las anteriores, llevaban carga y pasajeros para Córdoba y pueblos del tránsito.

La tropa de don Pedro Antonio Correa trabajaba con los pueblos de la provincia de Buenos Aires, enviando también tropas de carretas a Santiago y Tucumán. La de Benjamín Baldor, bien "apareada y muy particular en boyada", como decían los avisos, traficaba con los pueblos de Areco, Salto, Arrecifes Rojas, Pergamino, San Nicolás, Río Cuarto y San Luis.

De la plaza de la Concepción partía la tropa de Manuel Bandrar, conduciendo cargas para Chascomús, Azul, Tandil, El Moro y Quequén.

El tráfico a las provincias de Cuyo, entre otras varias, lo atendía la tropa de don Manuel Eurices.

*

La galera era el medio de transporte de pasajeros más cómodo antes que los ferrocarriles cruzaran nuestras dilatadas llanuras. Era un enorme coche de cuatro ruedas, en cuyo interior cabían numerosas personas.

En la parte superior tenía una baranda, en la que iban atadas, con guascas de cuero o lazos, las encomiendas y equipajes. Sus grandes ruedas, cuando el tiempo era lluvioso, quedaban marcadas como si fueran dos grandes surcos de arado en los caminos y los tiernos campos que cruzaba. Cuando el tiempo era bueno dejaba en pos de sí una enorme polvareda, con lo que anunciaba de lejos su presencia.

Cuando no tenía posta o punto donde renovar los caballos de tiro, o la distancia a recorrer era muy larga, acompañaba a la galera la tropilla de caballos de repuesto.

Los estancieros facilitaban gratuitamente los potros y caballos a los mayorales o empresarios, a condición de que les llevasen la correspondencia o encomiendas, siendo esto de mucha importancia para ellos, por ser el único medio de comunicación con que se contaba. Las pulperías y poblaciones vecinas interrumpían sus quehaceres para presenciar su llegada.

Poco a poco, a medida que se iba aproximando, se distinguía una sombra larga que la precedía, dotada de movimientos especiales.

Eran unos diez o doce caballos enganchados a una larga cadena, con sus correas de cuero a la cincha.

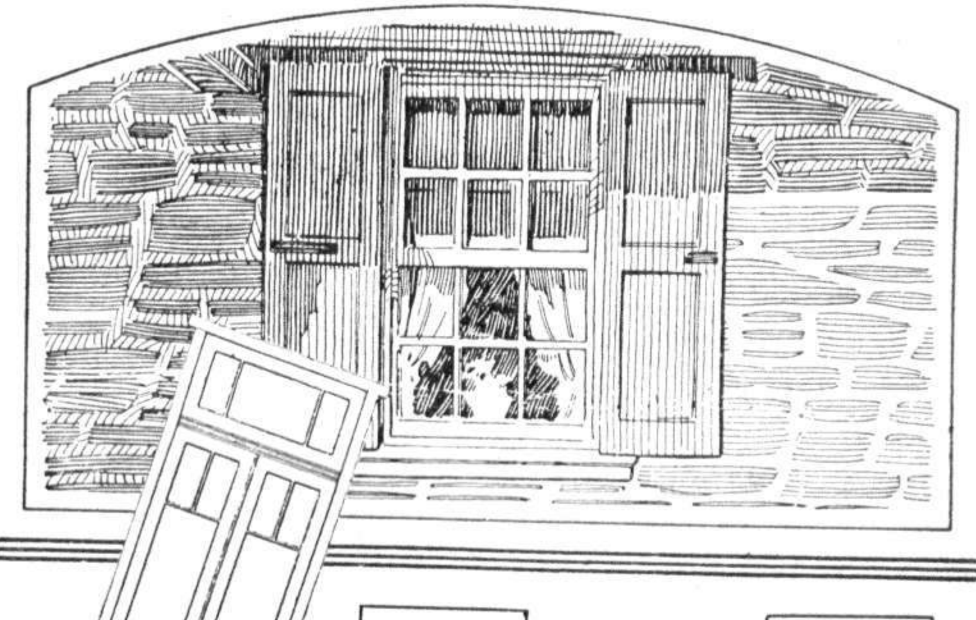
Cada yunta, convenientemente distanciada, llevaba su jinete, provisto de un largo arreador, con el que castigaba sus caballos.

Una vez que la galera se detenía, descendían de ella los pasajeros a estirar las piernas o conversar con el pulpero o un vecino.

La galera era una verdadera arca de Noé.

En ella iban el estanciero rico, el gaucho pobre solo o con la familia, el presidiario con sus grillos y los vigilantes que le custodiaban, etc.

Se llevaban armas para repeler a los indios y malhechores.



5 % de descuento en ventas al contado.

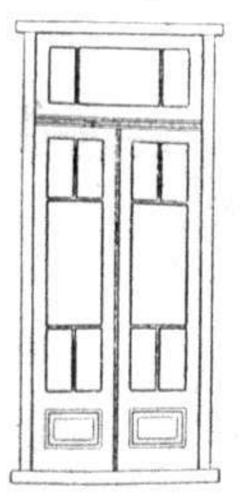
Pida informes sobre nuestras ventas a mensualidades a pequeños propietarios.

Puerta Vidriera No. 103 en Cedro de 2" de 3 mts. x 1.10 con marco y herrajes colocados

$ 82.50

Puertas, Ventanas

Celosías, Garages, Casillas, Galpones, Tinglados, Chapa Canaleta, etc. Solicite nuestro Catálogo ilustrado No. 288. Los pedidos del interior se despachan con la misma celeridad que los de la capital, ya sea por tren o vapor.



Ventana No. 111 en Cedro de 2" de 2.60 x 1.10 con marco y herrajes colocados

$ 73.00

TORTOSA HNOS.

Escritorios: CHARCAS 2941

Anexo: Av. CHICLANA 3341

BUENOS AIRES



En los valles y cerros catamarqueños es difícil encontrar una persona que no sepa bailar esta danza con delicada gracia y maestría, pues la aprenden en la infancia y van perfeccionándose con la práctica, al extremo de que ajustan los pasos a determinados estilos y según la región, aunque sin alterar sus características básicas.

Por lo tanto, a un bailarín que se precie le conviene prevenir al público que lo hará al estilo catamarqueño, santiagueño, riojano, etc.

De este modo evitará pasar por profano, y en cuanto a la técnica se refiere, un ejemplo nos llevará a la comprobación de mi tesis.

Para bailar el gato
Han de ser cuatro:
Dos muchachas bonitas,
Dos mozos guapos...

(Versión catamarqueña)

En efecto, no obstante lo que afirma esta copla popular, que parece una regla inflexible, en Catamarca se baila el gato, generalmente entre dos. Cuando el guitarrero da la voz de "Adentro", los bailarines, que están parados, uno frente al otro, salen "sin giro" por la derecha, describiendo una vuelta entera y vivaz, al mismo tiempo que hacen castañetas con los dedos, hasta volver al sitio de donde partieron.

Sigue un "frente a frente", describiendo ambos "un giro" en sus sitios, e iniciando el zapateo de ocho compases, durante el cual se suprimen las castañetas. A su vez, la mujer se zarandea, levantando ligeramente la falda del vestido con cierta sonrisa picaresca.

Luego describen "media vuelta". El hombre zapatea nuevamente y la mujer se zarandea, para terminar coronándola con castañetas.

Esta "media vuelta", o "giro final", se inicia al alerta del cantor, que dice: ¡Aura!...

Es de rigor en este momento que los concurrentes aplaudan a los bailarines, ocasión que aprovecha el joven para exteriorizar su admiración hacia la dama, contestando: "Muy bien por mi compañera"...

Durante el zapateo y zarandeo es cuando más se lucen los bailarines, por cuanto resulta una demostración de elegancia, agilidad y técnica.

La segunda parte de la danza es una repetición de la anterior.

En ningún caso el concurrente a una farra, debe pedir que bailen un gato antes de la zamba, porque demostrará ignorar la costumbre tradicional de la gente de campo, y le tomarán por "pueblero", lo que trae aparejado el desconcepto entre las mozas.

La música del gato consta de introducción y tres frases iguales, siendo su ritmo compuesto, es decir, de tres por cuatro y seis por ocho, correspondiendo este último compás a la melodía, y el primero, al acompañamiento. Al regresar a sus ranchos después de la labor diaria en los rastrojos, es costumbre tradicional entre los paisanos catamarqueños que descuelgan sus guitarras y canten en alta voz coplas melancólicas y tristes, que reviven, sin sospecharlo, antiguas heridas de amor, recuerdos de días mejores que pasaron y afectos muy hondos, que en la sencillez de la vida provinciana creyeron eternos.

En medio de aquellos rocosos montes, teatro propicio a la tragedia, porque a cada momento se juega la vida... donde los cuervos y caranchos se banquetean en forma espectacular, la voz del cantor dijérase que es el alma de la montaña que llora la inutilidad de su vida inanimada... Ello

responde a la imperiosa necesidad de comunicarse con alguien, a fin de evitar el examen de conciencia que obligaría a la comprobación de un doloroso fracaso, y cuya emotividad sólo conoce el que ha vivido largo tiempo allí. Pero ese canto triste y agreste es al mismo tiempo como una clarinada de llamada, una convocatoria a divertirse, una incontenida necesidad de amor y esperanza en el mañana...

A medida que circulan las copas de "tintillo" (1), los concurrentes prorrumpen en gritos inarticulados y agudos, que resuenan durante largo rato en las oquedades de las rocas, haciendo vibrar ese cordaje mágico que, cual más, cual menos, supo atesorar en su alma...

Mientras tanto, los músicos, nuevos rapsodas de los montes, de barba larga y mal vestidos; tan pobres como aquellos de la vieja Grecia, pero de exquisita sensibilidad, continúan arrancando notas armoniosas a sus guitarras y por momentos hacen sonar las bordonas imitando el batir del arrope de uva en las pailas de cobre en la época de la vendimia, lo que motiva arrebatos de entusiasmo.

Dicen los paisanos de la sierra de Ancaste que el amor, como el melón, por el olor se conoce, y para confirmar este proverbio, en medio de tan formidable algarabía, no tardan en descubrir una pareja de atortolados galanes refugiados en un rincón.

"¡Que bailen un gato! ¡Que bailen un gato!", gritan en coro; por lo que resulta inútil el resistirse.

El patio sin linderos bajo un cielo estrellado, incita a "darle gusto a las tabas"...

Aunque parezca extraño, casi siempre los guitarreros de tierra adentro son poetas.

En efecto, acostumbrados a cantar sin ajustarse a las reglas de los cánones, porque las ignoran en absoluto y muchas veces no saben leer ni escribir, ellos fueron los primeros en sorprenderse, cuando algún pueblero les hizo notar el ritmo y melodía de sus versos.

Sigámosles a través de sus canciones, las cuales podrán ser malas y no resistir a la crítica de los retóricos, pero en cambio rebosan sentimiento y fina ironía.

GATO (Versión catamarqueña)

Para bailar el gato
Han de ser cuatro:
Dos muchachas bonitas, (Bis)
Dos mozos guapos...

El gato cuando se quema
Salta pa arriba...
Y se da rascuñones (Bis)
En la barriga.

De Buenos Aires vengo
Y traigo costinas,
Para enlutar mi pecho (Bis)
Si tú me olvidas.

La casa de mi suegra
Está rasgada.
¡Ojalá se cayera (Bis)
Y la matara!...

Del Infierno adelante
Trescientas leguas
Tengo que hacer un rancho (Bis)
Para mi suegra...

FIN.

GATO (Versión catamarqueña)

Vidita de mi vida,
Valiente empeño,
Nací para quererte, (Bis)
Teniendo dueño...

Cuando voy por la calle,
Voy por la sombra,
Siguiéndole los pasos (Bis)
A mi paloma...

Vidita de mi vida,
Cielito santo,
Dime por qué me tienes (Bis)
Penando tanto...

FIN.

Como se puede observar, la suegra, ese personaje diariamente tan explotado en el teatro y en la vida diaria, también sirve en las campiñas para inspirar la musa popular, no obstante todo lo que digan de que el aire de las campiñas aleja el veneno del alma y suaviza asperezas.

Pero donde se nota intensa la emoción que alberga su alma es cuando dice:

Vidita de mi vida,
Cielito santo,
Dime por qué me tienes
Penando tanto...

El cantor repite los dos últimos versos de cada copla y luego inicia un rasgueo velocísimo, en su guitarra.

Los bailarines zapatean precipitadamente y el rumor del taconeo se escucha a la distancia, favorecido por la soledad de los campos, en esas noches en que la diafanidad de la atmósfera les permite distinguir hasta las más lejanas estrellas, sin olvidar por ello a las chinitas que tienen a su lado, de cimbas (2) largas y churitas. (3)

Al final, siempre una aclamación premia a los bailarines, aparte de la que individualmente puede obtener el galán, si antes supo llegar al corazón de su compañera.

Bailar el gato de frac lo considero una herejía, porque me da la impresión de una "flor del aire" que ha perdido su perfume en la solapa del saco de un pueblero... Y como muchos no quieren reconocerlo así, el paisano tiene una expresión lapidaria para juzgarlos:

"¡Ahií, estos niños (4), si es como pa darles una untura de grasa de iguana (5) pa que se les afluejen las tabas!..."

---

(1) Se le llama así al mosto de la uva recientemente fermentado.

(2) Trenza.
(3) Significa: linda, hermosa.
(4) Los llaman así siempre que sean solteros, aunque tengan más de 60 años.
(5) Iguana es un lagarto de 60 centímetros de largo, color marrón.

RAFAEL CANO

DIBUJO DE REQUENA ESCALADA

RECORDANDO *el* PASADO

Ingenuidades y pequeñeces



ERA costumbre muy común, y puede decirse que en todas las clases sociales, hacerse cruces con una rapidez prodigiosa ante la boca cuando se bostezaba para evitar que entrasen los "malos espíritus" en el cuerpo por aquella puerta abierta.

La costumbre de quitarse el sombrero al pasar delante de las iglesias era también general. Nadie pasaba al lado de un sacerdote sin descubrirse; los niños les besaban las manos y solicitaban medallitas de santos, que muchos buenos padres solían llevar para repartir entre su pequeña clientela.

También era de rigor que los niños fueran respetuosos con los mayores, respeto que conservaban los jóvenes hacia los ancianos y mayores de edad, saber y gobierno, como decían con toda ingenuidad.

Las imágenes y estampas sagradas se veían en gran número por todas partes. Los adornos y ofrendas que ostentaban los íconos en casa de la gente menesterosa ofrecían un vigoroso contraste que chocaba con el desaseo y aun miseria de la vivienda.

Las farmacias estaban todas bajo la advocación de algún santo patrón. La imagen escultórica del cual se destacaba sobre la estantería del frente a la puerta de entrada. Algunas boticas de lujo alojaban al santo patrón del negocio en un nicho u hornacina, alumbrándola por las noches con lámparas de aceite.

Como en aquella época no se conocían los fósforos, el encender fuego, el prender un cigarro era empresa ardua. Así, era muy frecuente y natural el pedir fuego al vecino y sobre todo en la calle, entre fumadores. La costumbre era molesta pero recíproca. Algunas veces se detenía a un hombre cinco o seis veces consecutivas, hasta el punto de deshacerle el cigarro a fuerza de apretones.

No se dejaba entonces de mandar obsequios a los amigos en el día del cumpleaños, así como el dar música al del santo. Cuando ello se concretaba a dar una serenata con buenos tocadores de guitarra y algún payador, resultaba muy agradable, no así la aparición, de día, de una abominable banda compuesta de cuatro a cinco músicos, armados de clarinete, platillos, tambor, etc. Toda precaución era inútil para defenderse de ellos; a veces eran enviados por alguien, como obsequio o broma, pero las mas de las veces trabajaban por cuenta propia en busca de algunos fementidos cobres.

CAMIONES Y OMNIBUS GRAHAM BROTHERS

Prolongada Duración

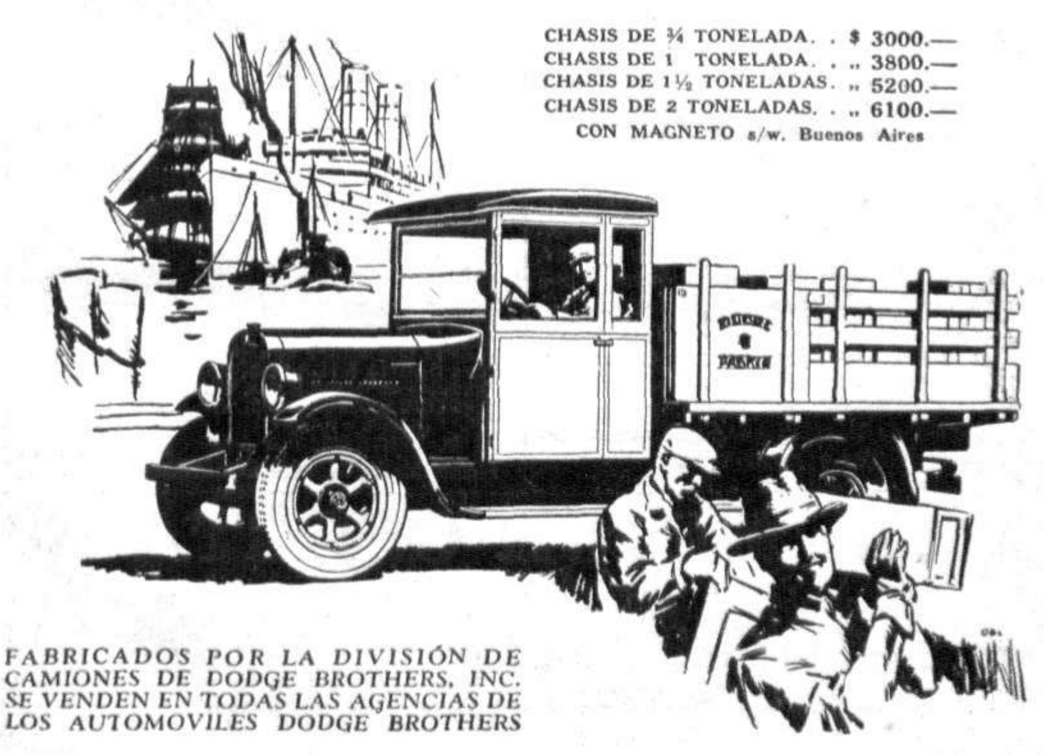
De polo a polo—donde exista transporte de mercaderías—se hallan camiones y ómnibus Graham Brothers en diaria conquista de preferencia y de reputación como principales vehículos

Rapidez, potencia, sencillez de construcción, materiales de primer orden, funcionamiento seguro y económico, son todas características importantes. Y cada una acrecienta en importancia cuando se une a prolongada duración.

Kilómetro tras kilómetro, año tras año, estos vehículos demuestran su utilidad en todas partes de una manera tan elocuente, que la Graham Brothers se halla construyendo siempre más camiones que toda otra fábrica exclusiva de camiones del mundo.

JULIO FEVRE Y CíA.

AV. L. N. ALEM 1632 - 1640 BUENOS AIRES
SUC. ROSARIO : URQUIZA Y SARMIENTO



La medicina colonial



El 17 de agosto de 1780 marca una fecha memorable en los anales del desarrollo de la medicina argentina. Ese día se inaugura bajo el gobierno del progresista virrey Vértiz el Protomedicato de Buenos Aires, poniendo al frente de éste al doctor Miguel Gorman, hombre sin duda alguna excepcional que, comprendiendo las necesidades de la época en que le tocara actuar y teniendo la clara visión de lo que con los años vendría a ser esa pequeña aldea, que era entonces Buenos Aires, lo vemos durante los 36 años que permanece al frente del Protomedicato, desplegar tan intensa actividad, vencer tantos obstáculos, luchar contra tantos factores adversos que a no dudar hubiesen aniquilado a otro hombre que no fuese el que con tanto acierto designase Vértiz.

El doctor Gorman, español de origen, cursó sus estudios médicos en las universidades de París y Reims, revalidando su título en Madrid. Era pues un médico culto y erudito, que poseía además un carácter enérgico y emprendedor sin el cual le hubiese sido imposible llevar a cabo la obra que realizara.

La primera medida tomada por el doctor Gorman fué la organización y la *purificación* del cuerpo médico, pues debido a la absoluta impunidad con que contaban era innumerable la cantidad de charlatanes y aventureros audaces que, bajo los títulos de médicos, curanderos, sangradores o flebótomos naturalistas, barberos cirujanos, clistereros, etcétera, que constituían una plaga peligrosísima para el pueblo, pues sus procedimientos curativos, cuando no absurdos e ineficaces, pecaban por contraproducentes.

Así pues, a pesar del cúmulo de protestas y de las poderosas influencias puestas en juego, obligó a todos los que se creían habilitados a ejercer la medicina a presentarse al Tribunal para revisar la legitimidad de los títulos que poseían, y a rendir examen de su respectiva facultad, a fin de comprobar el grado de preparación de cada uno.

Concedió plazos prudenciales para los que tuviesen que venir desde lugares distantes de la ciudad y para que "se refrescasen la memoria de sus estudios."

Demostrativa de cómo fué recibida esta disposición, es la carta que el Protomédico remite a un tal José Ignacio Pinto de Silva, de Mendoza.

"Mui señor mío: Ya estoy cansado de recivir tantos empeños con que Vm hace para eludir las ordenes de este Tribunal; si Vm trabajara tanto en el estudio de la Facultad como trabaja en solicitar intercesessores estuviera hoy mas adelantado en ella."

Purificado en parte el cuerpo médico y habiendo logrado seducir a los "intrusos perjudiciales a la salud de los pueblos" el Protomedicato dedica sus acitividades a la higienización de la ciudad, y a la divulgación de los preceptos higiénicos tendientes a evitar las periódicas epidemias que asolaban las colonias, haciendo obligatoria la denuncia de las enfermedades contagiosas, creando hospitales, incitando a la vacunación antivariólica, obligando la internación de los alienados, creando hospitales de sangre, dado el continuo estado de guerra en que se encontraba el país.

Pero donde culmina la obra de este incansable trabajador es con la creación de la Escuela de Medicina y Cirugía, inaugurada el 2 de marzo de 1801.





¡Estudie una profesión y estará en condiciones de ganar mucho dinero!

Llene y mándenos este cupón y recibirá folleto explicativo de las profesiones que enseñamos ***por correo.***

Usted estudia en su casa con los libros que le entregaremos y envía los ejercicios ***por correo*** para que nuestros profesores se los corrijan.

CONTADOR MERCANTIL
TENEDOR DE LIBROS
CALIGRAFIA
CHAUFFEUR
CONSTRUCTOR
ELECTRICISTA
MECANICO
DIBUJANTE
MAQUINISTA
CONDUCTOR DE MOTORES AGRICOLAS
ARITMETICA
TAQUIGRAFIA
ORTOGRAFIA, etc.

Regalamos a los alumnos: papeles, sobres, libros de estudio, diploma al terminar, etc.

GARANTIA:

Devolvemos el dinero al alumno desconforme durante los dos primeros meses de estudio. A esta garantía, que cumplimos fielmente y a la bondad de nuestra enseñanza, debemos la gran prosperidad alcanzada por esta Institución.

"ESCUELAS SUDAMERICANAS"
DE ENSEÑANZA POR CORREO

Fundador: P. C. RYAN, Bachiller y Contador Nacional.
1059 - LAVALLE - 1059 — Buenos Aires
Buenos Aires, Montevideo, Asunción, Valparaiso, Lima, La Paz.

. . . .
Nombre
. . . .
Dirección
. . . .
Localidad C. C.

Panteones y necrópolis en las iglesias



A principios del siglo XIX los cementerios no se conocían en Buenos Aires. Se enterraba en las iglesias, las que tenían a los costados un camposanto donde se sepultaba a los pobres, enterrándose a los muertos ilustres a los costados y al pie de los altares.

Hubo una época en que los cadáveres de los pobres tenían que sufrir una odisea cuando no tenían cómo abonar los derechos, pues dejaban que les comieran las aves de rapiña, por lo que la autoridad ordenó a los curas su entierro gratuito.

Las iglesias más antiguas conservan panteones subterráneos que los días de difuntos se pueden visitar.

El panteón de la Catedral se encuentra debajo del altar mayor. Es un cuadrado reducido de bajo techo en el que los cirios que lo iluminan los días de difuntos disipan apenas las tinieblas que allí reinan.

Entre los muertos sepultados en este panteón se encuentra el general Manuel Guillermo Pinto, ex gobernador de Buenos Aires, sin chapa ni inscripción alguna que lo indique, lo mismo que el deán de Paraná, Juan D. Alvarez, don Lorenzo Rocha, Víctor Silva, don Juan Páez, cura de la Piedad, etc.

Pocas inscripciones hay, entre las cuales mencionaremos la del canónigo Julián Segundo Agüero, primer cura de la Catedral, fallecido en 1851; don Diego Estanislao Zavaleta; el arcediano Martín Boneo; el deán don Angel Brid; etc.
Las tumbas del general San Martín, de monseñor Aneiros y del obispo Carranza se encuentran tambien en la Catedral.

El costado de esta iglesia era camposanto.

En San Francisco se encuentran los dos obispos Arregui, fundadores de la iglesia, como asimismo los restos de fray Luis de Bolaños, compañero de San Francisco Solano, y uno de los fundadores también de la iglesia. El panteón está abandonado y últimamente no lo abrían en los días dedicados a los muertos.

El panteón de San Roque es el único que se encuentra en buenas condiciones, debido a la señora de Lezama, que tiene allí sepultado a su hijo Gregorio Máximo. Ocupa todo el subsuelo de la iglesia, siendo un salón amplio y ventilado, con mucha luz y perfectamente atendido. Tiene un altar del Santo Cristo.

Allí se encuentran sepultados, entre muchos, Juana María Ibáñez de Basabilbaso, el canónigo y deán Felipe Elortondo y Palacios, Manuel Pereyra Saravia, Toribio Mier, etc.

En la Merced están los restos de don José Ruiz de Arellanos y de sus dos esposas Rosa Giles y María Teodora de Suero, fundadores de la iglesia, que, por una disposición testamentaria de ellos, descansan en la capilla de San José.

En Santo Domingo, los restos de don Juan de Lezica y Torresuri, restaurador de la iglesia. Los restos del general Belgrano a la entrada.

En el Pilar, los de fray Francisco Altolaguirre, fallecido en 1794, sepultado al pie del altar de las reliquias.

Había numerosos sitios que eran camposanto en tiempo de la colonia, entre ellos la plazoleta de los Andes, en la esquina de Balcarce y Chile.

De "Buenos Aires", de Manuel Bilbao.





La salud es la base de la felicidad en un hogar

El invierno se acerca. Hay que fortalecer el organismo. Nada más indicado que el

Extracto de Carne

PUROJUGO "LA BLANCA"

Se mezcla una cucharada en la sopa, caldo o sencillamente en una taza de agua caliente, con efectos positivos.

En venta en:
Sección Ventas
"LA BLANCA"
443, Sarmiento, 443
U. T. Avenida, 5910

LA BLANCA
LA MARCA DE PUREZA

125 GRAMOS NETO
LA BLANCA
EXTRACTO DE
PUROJUGO
INDUSTRIA ARGENTINA

12 CUBOS - 60 GRAMOS NETO
LA BLANCA
EXTRACTO DE CARNE
PUROJUGO





se enciende al instante con un fósforo sin alcohol, bastando un litro de nafta para 12 horas de luz de 300 bujías.



Depositarios: MAIPU 271, Buenos Aires

CUPON

Sin gastos de flete, sírvanse remitirme en seguida, una lámpara de $ 39.— y una linterna de $ 30.— cuyo importe adjunto en giro postal.

NOMBRE ....

DIRECCION ....

Las Capas Esponjosas de Oro y Plata

tienen la virtud de purificar el agua. Partiendo de este principio científico, se ha llegado últimamente a la creación de un botellón revestido interiormente de una capa esponjosa de oro y plata, y éste es precisamente el

BOTELLON HOTTINGER

que en el término de una hora y media purifica el agua más contaminada, librándola de todos los maléficos gérmenes engendradores de terribles enfermedades, tales como

La Tifoidea, la Disentería, el Cólera.

El Botellón "HOTTINGER" lo hay de varios tamaños y formas. Su precio rebajado lo pone al alcance de todo el mundo. Remítanos $ 9.90, y, a título de propaganda, le enviaremos, franco de porte, el Botellón "HOTTINGER", modelo "Mosalon Nº 3", de 2 ½ litros de capacidad. El Botellón "HOTTINGER" no debe faltar en ningún Hogar, Escritorio, Fábrica. Hállase en venta en las Farmacias, Bazares, Ferreterías y en lo de su

UNICO REPRESENTANTE:
EDUARDO RETIENNE
SARMIENTO, 1131 — BUENOS AIRES
y en el Kiosko Pasaje Güemes.

Las ACTAS SECRETAS del CONGRESO de TUCUMAN

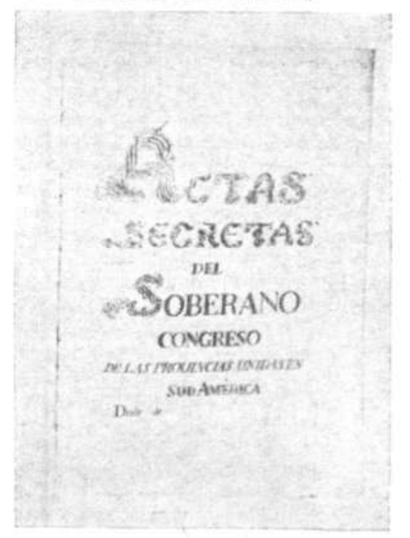
Las actas secretas del Soberano Congreso de las Provincias Unidas en Sud América" — el mismo que proclamó la Independencia nacional, — publicadas por la Junta de Historia y Numismática, han borrado el misterio que durante muchos años rodeó su existencia, facilitando abundantes controversias entre cuantos se dedicaron a estudiar, o escribir, la historia argentina de la época de la emancipación. Sabido es que el Congreso General reunido en la ciudad de Tucumán el 16, debió resolver graves cuestiones en una hora sobrada de amenazas exteriores e internas, todas ellas peligrosas para la nacionalidad apenas esbozada, y directamente para cuantos habían asumido la representación de los pueblos o armado su brazo en defensa de sus ideales políticos, no para todos señalables de una manera clara y precisa. "¿Qué hace el Congreso que no declara nuestra independencia? — preguntaba por todos los correos el general San Martín desde Mendoza. — ¿Por qué no nos decidimos? ¿Qué esperamos?..."

El Congreso, en tanto, sesionando casi a diario con barra numerosa de público, tanteaba en la semiobscuridad de aquella hora, se ocupaba de las disensiones intestinas, estudiaba las relaciones exteriores, buscaba arbitrios para defender a las Provincias de una inminente invasión portuguesa, se interesaba por la marcha de las tropas realistas, temía el envío de expediciones españolas desde la Península, oía a Belgrano, recién llegado del Viejo Mundo, su célebre informe... A las sesiones públicas seguían las "sesiones secretas", pues el "sigilo" era entonces absolutamente indispensable en la mayoría de los asuntos; tal, por ejemplo, ese informe verbal de Belgrano sobre "el estado actual de Europa, ideas que reinaban en ella, concepto que ante las Naciones de aquella parte del Globo se habían formado sobre la Revolución de las Provincias Unidas, y esperanzas que éstas podían tener de su protección"... *¡Ninguna!...* Esa debió ser la respuesta que se dió cada uno de los congresales después de oído el general. Era el 6 de julio a las nueve de la mañana. Tres días después se dió la declaración famosa. Las Provincias Unidas no debían esperar más que en su propio esfuerzo. ¡Sea! La declaración fué definitiva y valiente. Diez días después, el 19, en sesión secreta, el diputado Medrano pidió "que, pues se había de pasar al Ejército el acta de Independencia y fórmula del juramento de ella, después de las expresiones *"sus subcesores y Metrópoli"*, se agregase: *"y de toda otra dominación extranjera"*, dando por razón que de este modo *se sofocaría el rumor esparcido p. ciertos hombres malignos de q. el Director del Estado, el Gral. Belgrano, y aun algunos individuos del Sobº Congreso, alimentavan ideas de entregar el país a los Portugueses."*

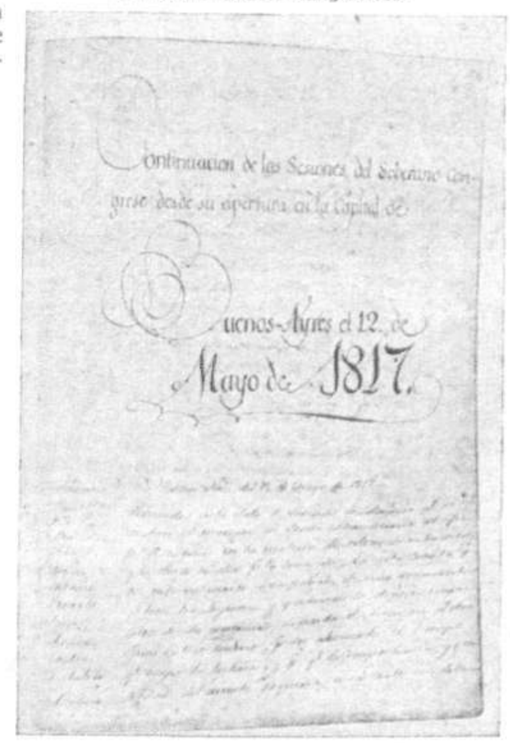
"Y fué acordado", dice sencillamente el acta, porque la sencillez parece ser una de las características de los hombres que formaron aquel congreso, así como una concisión elegante la que distinguía a los secretarios encargados de redactar las actas.

De la lectura de estas actas secretas surgen, con gran exactitud, las figuras morales de los hombres de aquella época. Podemos evocarlas así, con gran facilidad. Y esa evocación puede constituír el mejor homenaje a su memoria.

GONZALEZ ARRILI


Actas Secretas del Soberano Congreso de las Provincias Unidas en Sud América

Tapa del libro que contiene las actas de las sesiones secretas, en la que algún ignorado pendolista ensayó sus individuales habilidades caligráficas.


Continuacion de las Sesiones del Soberano Congreso desde su apertura en la Capital de Buenos-Ayres el 12 de Mayo de 1817.

Trasladado el soberano Congreso a Buenos Aires, a fin de poder atender con mayor premura los asuntos graves que cada día se suscitaban, inició sus sesiones secretas el 12 de mayo de 1817.



Abundan en el libro de actas las firmas de nuestros próceres, más o menos legibles. Ninguna tan extensa y tan curiosamente rubricada como la del secretario del Congreso, en Buenos Aires, "Doctor Josef Eugenio de Elías".



Es una de las casas más bellas y antiguas del barrio de Montserrat ésta que levanta sus austeras paredes coloniales, que abre sus cuadradas ventanas en Perú y Venezuela.

RINCONES HISTÓRICOS DE BUENOS AIRES

LA NOVELA DE UNA CASA DE LA REVOLUCION

Es una de las casonas más bellas y más antiguas del barrio de Montserrat ésta que levanta sus austeras paredes coloniales, que abre sus cuadradas ventanas, en la esquina de Perú y Venezuela.

"Finca ubicada en la zona Sud de esta capital, parroquia que fué de Catedral Sud, circunscripción 13, calle del Perú, antes número 246, hoy 490..."

Casa de recuerdo, de romance y de misterio...

Pasó por muchas manos, en el curso de un siglo y medio. "Doña Alicia N. obtuvo la propiedad por compra que hizo a la señora J. E. de G., viuda, según escritura otorgada en agosto de 1905. Correspondió a doña J. E. de G. por adjudicación que se le hizo en la sucesión de su esposo, don F. G., como resulta en la hijuela de partición practicada en noviembre de 1894."

Hurgando en el pasado, vemos que, allá por 1889, don F. S. G. hubo esta casa a mérito de los antecedentes, referencias y prescripción treintenaria agregados al juicio sucesorio.

De este modo resulta que la adquisición de la viejísima finca la obtuvo el señor F. G. allá por el año 1858 ó 1860.

De esta fecha, en la que un honesto ciudadano entró para vivir durante treinta años en una casa sin dueño, arranca la misteriosa novela de esta casa colonial.

¿Quién vivió en ella durante las horas sombrías de la tiranía de Rosas? ¿Quién fué su dueño en las horas lejanas de la Revolución?

Hasta sus patios, hoy modernizados, llegarían las voces de 1835, las campanas doblando a muerto por la muerte de Quiroga; los tumultos de la Mazorca. ¿Qué ojos unitarios contemplarían, detrás de estas rejas antiguas, el paso de los soldados rojos que iban o volvían de los vecinos cuarteles de Restauradores (donde hoy está la Casa de Moneda) o del de Cuitiño, hoy un corralón de la calle Chacabuco al 900?

Era el barrio del Restaurador, que vivía a tres cuadras, en Moreno y Bolívar; era el barrio de doña María Josefa Ezcurra (Alsina 461). Era también el barrio de la Patria, como se le llamaba hasta 1850, cuando ardían las fogatas de la Mazorca en Belgrano y Tacuarí. Por allí pasó la fúnebre comitiva de Encarnación Ezcurra de Rosas, y, al galope de los parejeros oficiales, los chasquis, jueces de paz y capitanes del Restaurador que traían a la calle Moreno las trágicas nuevas de la Revolución del Sur.

Casa de la Revolución de Mayo, casa ilustre y silenciosa de la calle del Perú, ¿quién fué tu dueño en las horas terribles del pasado?

¿Algún miembro de la familia de Ortiz de Rosas, desaparecido después de Caseros? ¿O fué algún unitario que emigró en los días de las persecuciones y los degüellos, y murió en tierra extraña, sin volver a ver nunca tus patios con jazmineros, tus umbrales solariegos, tus ventanas coloniales, palpitantes de recuerdos de la patria vieja?

H. P. B.

Calles de Buenos Aires

Origen de sus nombres

(CONTINUACION)

CHILAVERT. — Calle situada en Nueva Pompeya. Nace en Avenida La Plata 2200 y termina en Avenida General Paz.

Martiniano Chilavert. — Coronel argentino, sirvió en la guerra contra el Brasil. Apoyó luego con su espada la política del dictador Rosas, quien le confió en la batalla de Caseros el mando de la artillería, donde combatió heroicamente, siendo tomado prisionero y fusilado por orden del general vencedor, el 5 de febrero de 1852.

CHILE. — Calle central. Nace en dique 2 y termina en Rioja 700.

Chile. — República sudamericana.

CHIVILCOY. — Calle situada en Vélez Sársfield. Nace en Rivadavia 8399 y termina en Avenida General Paz.

Chivilcoy. — Partido y ciudad de la provincia de Buenos Aires. Su nombre proviene de la cañada de Chivilcoy, la que a su vez lo tomó de un cacique que tenía su tribu en las orillas.

CHORROARIN. — Calle situada en Villa Ortúzar. Nace en Avenida San Martín 2400 y termina en Alvarez Thomas 1900.

Luis José Chorroarín. — Sacerdote y educador argentino, rector del colegio de San Carlos; miembro de la Asamblea de 1813; diputado al Congreso de 1817; director de la Biblioteca Nacional. 1757-1823.

CHUBUT. — Calle situada en Villa Crespo. Nace en Río de Janeiro 1100 y termina en Gaona y Parral.

Chubut. — Gobernación argentina. Su nombre viene de la voz araucana *chuvug*, que significa corcovado, aludiendo al curso del río.

CINCO DE JULIO. — Calle central. Nace en Belgrano 350 y termina en Venezuela 350.

Cinco de Julio. — Fecha en que capituló el general Whitelocke, en 1807, durante la segunda invasión de las tropas inglesas. La heroica defensa que el vecindario hizo de la ciudad de Buenos Aires costó a los invasores más de tres mil bajas aquel día.

CIUDADELA. — Calle situada en Constitución. Nace en Lima 1621 y termina en Santiago del Estero 1650.

Ciudadela. — Llamóse así el campo atrincherado que hizo construir San Martín, el 13 de febrero de 1814 en las inmediaciones de la ciudad de Tucumán, en previsión de que los realistas intentaran invadir. En ese mismo campo tuvo lugar el año 31 una reñida batalla entre unitarios y federales comandados por La Madrid y Quiroga, siendo el primero de ellos derrotado.

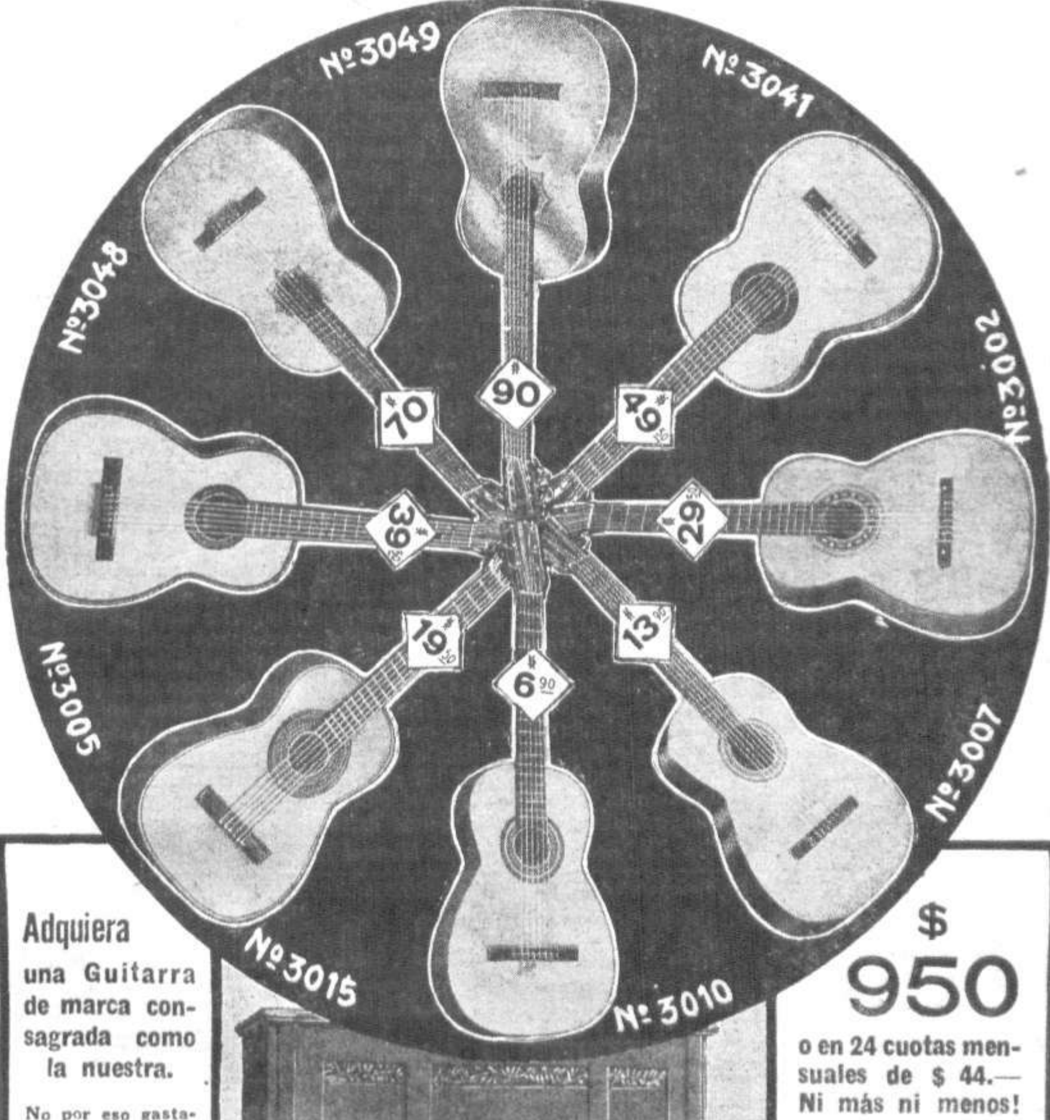
CLAY. — Calle situada en Palermo. Nace en Avenida Luis María Campos 99 y termina en la Sportiva.

Enrique Clay. — Estadista norteamericano que abogó en su patria por la independencia de los estados sudamericanos.

COBO. — Avenida situada en Caballito. Nace en Avenida La Plata 2000 y termina en E. Bonorino 1600.

Juan Francisco Cobo. — Comerciante español establecido en Mendoza, quien prestó al general San Martín importante y desinteresada ayuda pecuniaria para la formación del ejército de los Andes, en los años 1815 a 1817.

(CONTINUARA)



Adquiera

una Guitarra de marca consagrada como la nuestra.

No por eso gastará más. Con cada instrumento regalamos un método fácil para aprender sin maestro.

El embalaje es **gratis.**

Solicite nuestro gran catálogo de Guitarras, el más completo e interesante del mundo.

LO ENVIAMOS GRATIS.

$ 950

o en 24 cuotas mensuales de $ 44.— Ni más ni menos!

Este es el precio justo que debe pagarse por un magnífico instrumento alemán de categoría, como el que ofrecemos nosotros. Caja en fino nogal. Alto, 1.34 mts. Cuerdas cruzadas. 3 pedales.

Si no puede visitarnos, solicite CATALOGO GRATIS Y CONDICIONES.

CASA AMERICA

·EL HOGAR DE LA MUSICA·

Av. de Mayo 959 - Buenos Aires

Costumbres religiosas porteñas



La falta de actividad comercial hacía que la gente fuese más observadora y más supersticiosa, primando en las mujeres el sentimiento religioso y en los hombres la política.

Las puertas de las iglesias se veían llenas de rengos y ciegos que no cesaban de pedir *una limosnita por el amor de Dios*

Las señoras usaban, para ir a la iglesia, la mantilla elegantemente prendida a su cabellera, otras el peinetón envuelto en gasa negra, con un velo de este color que les cubría la espalda, predominando la elegancia y sencillez.

Llevaban consigo un negrito con silla y alfombra, pues en esos tiempos las primeras eran escasas en los templos.

El viático salía en procesión, anunciándose su presencia en las calles con una campana que llevaba uno de los acompañantes.

El sacerdote, revestido, como asimismo los monaguillos, acompañaban la Custodia que aquél conducía en medio de los cirios y faroles que los fieles llevaban. El tráfico se suspendía; todo el mundo se descubría y las mujeres se arrodillaban a su paso.

Después de 1885 se prohibió la salida del viático en esta forma.

Las grandes fiestas religiosas eran más populares y solemnes.

La fiesta de San Martín, el 11 de noviembre, era tan solemne, que formaba todo el ejército como en los aniversarios patrios, concurriendo el Gobierno al tedéum que se celebraba en la Catedral. Hoy, como cualquier otra fiesta religiosa, es feriado únicamente para los civiles, celebrándose las ceremonias dentro de los templos, especialmente en la Catedral.

Las fiestas del Corpus Christi se celebraban con gran pompa. La tradicional procesión recorría varias calles de la ciudad, asistiendo a ella las autoridades eclesiásticas, congregaciones religiosas, las familias más distinguidas, numeroso pueblo y el ejército, siendo, decía una persona antigua, el único día del año en que todas las mujeres hablaban latín.

Hoy esta procesión recorre la Plaza de Mayo; pero no alcanza, ciertamente, la solemnidad que tuvo en los pasados tiempos.

Las fiestas de Santa Clara, segunda patrona de Buenos Aires, se celebraban en la iglesia de San Juan con gran pompa.

La de Nuestra Señora de los Remedios, en San Miguel, patrona también de esta iglesia, y tuvo su importancia en su época.

Las de San Benito, Nuestra Señora del Rosario, Santa Lucía, etc., tenían gran lucimiento. De éstas, la de Santa Lucía, en Barracas, es la única que todavía conserva su carácter popular.

Los días que el cristianismo dedica a conmemorar el sacrificio del Mártir del Gólgota eran observados fielmente por los católicos de esos tiempos.

Los creyentes no comían carne en esos días, en los que tampoco se carneaba, abasteciéndose la población de pescado del río y porotos.

De los pueblos vecinos concurrían los devotos, alojándose muchos de ellos en la Casa de Ejercicios, donde hacían sus datas.

De "Buenos Aires", de Manuel Bilbao.



A los primeros síntomas de tos, resfrío o catarro, siempre da muy buen resultado la

Bronquialina Ruxell

EN JARABE Y PASTILLAS

eficacísimo remedio que en muy breve plazo vence la afección más crónica y rebelde.

Tanto el jarabe como las pastillas de Bronquialina Ruxell son muy agradables al paladar, e indicados para personas de toda edad y estado. Tomados combinados, son de efecto más rápido y concluyente.

VENTA EN FARMACIAS

Unico depósito:

Laboratorios Biológicos Cárcamo

ACEVEDO 3083 — Bs. Aires



LA SOMBRA DE LA HIGUERA

LEYENDAS CUYANAS

No crea en eso, doña Clara; son niñerías — refutó Gerardo, sin dejar de azotar distraída y acompasadamente el tronco de la higuera.

—Güeno; así será. Ustedes, los de la ciudá, se ríen de nootros qui himos envejecío entre las piegras. Pero ia verán... ia verán. ¡Di ande sabe el ternero si v'ha ser güey o toruno!

—Está bueno — contestó, sonriendo, el joven; — pero no me asustan, vieja, sus agorerías. Lucido estaría yo si las tuviera en cuenta: que si aúlla un perro es que ha visto a la muerte, que si grazna la lechuza es de mal agüero, ¡y qué sé yo!... ¡Sería para volverse loco!

Bajo el parral, doña Clara, frente a la batea, optó por callar. Apartó el "quillay" y la "costilla" y hundió sus manos tostadas en la lejía donde las sábanas se esponjaban, mientras un charco de lavazas denotaba el chapaleo.

La resolana doraba las hojas de las vides mustias y dejaba en la tierra sombreada un reguero de ojitos de luz.

Echado en medio de la acequia vacía, Kid engañaba su sed levantando con el hocico espumoso las cáscaras de greda.

—¡Juera, dañinazo! — repetía la vieja, cada vez que en sus evoluciones tropezaba con el perro.

Mirábala éste con expresiva indulgencia, y el palmo de lengua que dejaba colgar en su jadeo más parecía burla que desahogo. Sus ojos entornados semejaban dos rayitas picarescas sobre su bocaza de lobo.

—Cuidado, Clara; no se meta con mi perro — reprochóle, sonriendo, Gerardo; — a lo mejor la muerde...

—¿Morder? ¡Di ande! L'único que sabe es tirarse al sol, pa después aullar todita la noche. No sé pa qué lo tiene.

—Para que aullando me avise cuando viene la Muerte — respondió con sorna el joven, golpeando nuevamente el tronco que, conmovido en sus más íntimas fibras, entregaba a cada porrazo sus más ópimos frutos.

—¡Sus! joven Gerardo; usté siempre chacotiando con esas cosas. Mejor sería que se saliera di ahi bajo. ¿No sabe que la sombra e l'higuera trai disgracia? (1).

—¿Qué me puede suceder?

—¡Y... tantísimas cosas! ¿Por un si acaso usté no quere a naides?

Gerardo guardó silencio; su sonrisa cedió paso a un esguince de amargura; fué sólo un relámpago. Buscó un pretexto para disimular y dió con Kid que, alzando las orejas, atisbaba un objeto invisible.

—¡Mire, joven Gerardo! — exclamó la Clara, señalando un algarrobo próximo. — ¿Sabe qu'es eso?...

Gerardo miró en esa dirección. Al lado del árbol, una sombra imprecisa buscaba refugio entre los pajonales. Kid había partido como un disparo.

Muy cerca estaría del curioso objeto, cuando el joven vió cómo el perro detenía en seco su veloz carrera y volvía sobre sus pasos con las orejas gachas y al trote inseguro.

Abandonar su asiento y correr tras la sombra fué en Gerardo un solo movimiento. Saltando repechos y salvando peñascos, llegó hasta el algarrobo. Miró en torno; ni siquiera la brisa turbaba la quietud del lugar. Despechado, azotó los tunales, y ya volvía cuando, de entre las pencas, vió salir la figura magra de un perro bayo. De su pescuezo, anudado por un alambre, pendía un sapo reseco. Un hedor nauseabundo dejaba a su paso el escuálido animal, que se alejó rengueando.

—¿Si asustó, joven? — gritó desde las casas doña Clara, riendo a carcajadas. — Nu es nada; un choco apestao qui anda juido.

—¿Y ese collar, qué significa? — inquirió Gerardo, volviendo al parral.

—Ahi tiene; algo que, con todita su cencia, no saben en la ciudá. El cusco ese anda gusanao, y entonces, el dueño li ha prendio el sapo pa que se cure.

—¿Y qué tiene que ver un sapo seco con las moscas?

---

(1) Asegura la leyenda que quien se guarece bajo la sombra de la higuera ve a la Muerte.

— Algo hi ser, porque las mata.

Esta vez fué Gerardo quien largó la carcajada.

— Al contrario, vieja — exclamó; — no diga esas cosas, son niñerías.

— Niñerías, niñerías... — protestó la Clara. — ¿También son niñerías lo que vido antiayer?

— ¿Qué?

— Cuando el sordo Morales, con sólo cruzarle el rastro con la punt'el cuchiio, lo siguió a usté hasta encontrarlo perdío entre los cerros. Y eso que... usté se había guardao muy bien de decir nadita.

— ¡Ah, no! Eso es explicable. El instinto aguzado por la práctica hace estos milagros.

— ¡Qué distinto!... ¡Ia se v'a convencer! — Y doña Clara, tornando misterioso el tono de su voz, agregó: — L'alma e los finaos ronda los campos, se enrieda en los árboles y en la tormenta, busca a los descreidos y a los qui han tenío un gran cariño y se les muestra enterita mientras los perros aullan. Tenga cuidao, joven, que falta li hace.

— ¡No sé por qué! — se limitó a responder el incrédulo; pero alcanzando la intención del reproche, agregó tristemente: — Lo que yo he perdido no se vuelve a encontrar nunca.

Creyó haber dicho demasiado y, silbando a su perro, se alejó cabizbajo.

— ¡Ta engualichao, ta engualichao! — refunfuñó la Clara viéndole alejarse, mientras desagotaba su batea con el golpe acompasado del filo de su mano.

Kid, contoneándose, seguía el paso lento de su amo, frotándose de vez en cuando en las paredes de los sombríos corredores.

En un extremo apartado estaba la habitación de Gerardo, huésped imprevisto de la solitaria casona. Llegó un buen día con su perro trayendo una carta del dueño para el capataz, y allí quedó olvidando quién sabe qué secretos.

Los escasos peones veíanle cruzar los corredores con aire sombrío, montar a caballo con desgano y enfrentar las serranías próximas, con ánimo de no volver nunca...

Parco de palabras, aunque cortés y bondadoso, era para la gente del contorno un personaje extraño. Si alguna afabilidad nacía en su carácter era su perro quien la recibía. Unicamente la vieja Clara lograba con su cháchara aligerar tan arraigada pesadumbre.

Aquella noche, terminada la cena, retiróse a su habitación. Malgrado el calor sofocante, entornó la puerta. A través de sus rendijas, reflejado en el espejo, veíase el velón de sebo parpadeando sobre unas cuartillas borroneadas, y frente a él a Gerardo que, con las manos cruzadas sobre el pecho, estrujaba un retrato de mujer. En sus ojos fijos retratábase la llama como en un cristal humedecido.

— ¿Quiere unos mates? — interrogó la Clara, entreabriendo la puerta.

— No, gracias... El mate me pone aún más nervioso... Acuéstese, Clara; no se aflija.

— Mire, joven, que hoy nu ha probao bocao Ia la carita le va quedando comu higo pachango. Se v'enfermar.

— No es nada. Soy fuerte... mucho más fuerte de lo que yo creía.

— Güeno. Entonces... que pase güenas noches, joven.

La puerta gimió dos veces en sus goznes, tembló la llama y tras el chancleteo monótono de la vieja que se alejaba, el silencio, esa quietud aplastante del campo, envolvió la casa entera. Rompiendo las sombras, dos franjas de luz temblaban en la obscuridad... Sobre la techumbre chilló la lechuza...

Cubierto por un camisón, Gerardo compuso cuidadosamente su lecho, abrió luego una ventana, apagó la luz y, cruzando las manos detrás de la cabeza, tendióse en la cama. Las ramas de un "aguaribay", agitadas por la brisa, arañaban suavemente las paredes.

Habrían transcurrido dos horas, cuando Gerardo, un tanto aletargado, sintió como si unos pies descalzos cruzaran el corredor. Una oleada de viento azotando los árboles apagó aquel roce.

El joven revolvióse en el lecho. Agitáronse las sábanas sacudidas por una ráfaga, y un escalofrío recorrió de pies a cabeza el afiebrado cuerpo de Gerardo.

— ¡Bah!... — pensó; — estaría bueno que me dejara llevar del miedo.

Avergonzado de este pensamiento, se incorporó en el lecho. Simultáneamente la puerta se abrió de par en par con rudo golpe. El perro, plantado en medio del corredor, aulló trágicamente y la luna, enredando su silueta entre las ramas, dejó que su luz glacial se colara en la habitación.

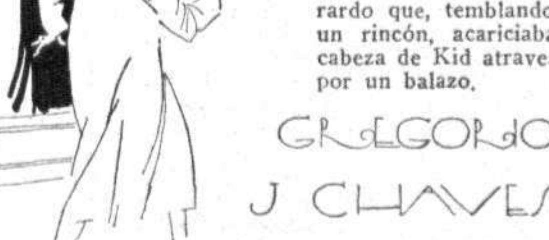
Gerardo estiró un brazo. En la penumbra abrió el cajón de la mesa de luz y tomó su revólver. La frialdad del acero tembló en sus manos...

Saltó luego de la cama, tambaleándose; la fiebre le oprimía las sienes; en sus oídos resonaba como un lloro el aullido del perro.

De pronto se detuvo en medio del cuarto bañado por un rayo de luna. El espanto arañaba su garganta: frente a él, erguida, una silueta blanca, alargada, le acechaba entre las sombras. Vió sus cuencas vacías y sus dientes apretujados mostrarse amenazantes...

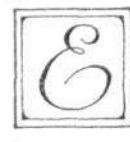
Enloquecido, levantó el brazo y apretó una, dos, cinco veces el gatillo. Los estampidos retumbaron en la estrecha habitación mientras la luna del espejo caía hecha añicos.

El perro enmudeció, y cuando los peones corrieron alarmados llevando luces, pudieron ver a Gerardo que, temblando en un rincón, acariciaba la cabeza de Kid atravesada por un balazo.



DIBUJOS DE ARISTIDES RECHAIN

Las tertulias



ERA costumbre muy generalizada, y especialmente entre las familias más notables y acomodadas, dar tertulias, por lo menos una vez por semana; a las que, con la mayor facilidad, podía concurrir toda persona decente, por medio de una simple presentación a la dueña de casa por uno de sus tertulianos.

Se bailaba, generalmente, hasta las doce de la noche, o algo más, principiando temprano; en tal caso, sólo se servía el mate; cuando duraba el baile hasta el día, se agregaba el chocolate. Esto no quitaba que, de tiempo en tiempo, para un cumpleaños, por ejemplo, u otro acontecimiento, se diesen bailes de tono, con todos sus accesorios; sin embargo, en ningún caso se seguía la costumbre perniciosa, y hasta cierto punto ridícula, que existe hoy, de empezar a ir las familias a una tertulia, por íntima que sea, ¡a las 10 y aun a las 11 de la noche!

Desde las ocho hasta las doce o doce y media, eran horas que no perjudicaban ni alteraban en mucho el orden doméstico. Se divertían un rato, como entonces se decía, y al día siguiente todo el mundo se encontraba en aptitud de entregarse a sus ocupaciones.

El traje de las jóvenes era de lo más sencillo y sin ostentación, reinando en aquellas reuniones la mayor cordialidad y confianza. En efecto, esas tertulias eran verdaderas reuniones de familia, sin el lujo, a veces desmedido, ni la fría reserva que se nota en muchas de nuestras actuales *soirées*.

No se precisaba de espléndidas cenas ni de riquísimos trajes; el baile, la música, la conversación familiar, el trato franco y sin intriga y el buen humor bastaban para proporcionar ratos deliciosos. Bien poco costaba, pues, una de estas tertulias, ni a los concurrentes ni a la dueña de la casa, que todo lo hacía con una libra o dos de hierba y azúcar, el aumento del alumbrado y un *maestrito* para cuatro horas de piano; y muchas veces, ni aun este gasto se hacía, pues que se alternaban las niñas y los jóvenes aficionados, para tocar las *piezas de baile;* y cuando todo recurso faltaba, siempre se encontraba alguna tía, vieja y complaciente, que tocase alguna contradanza aunque fuese añeja, que el asunto era bailar.

*

Había sonado la hora fatal: eran las doce, y las señoras *mayores* empezaban ya a decir a media voz a las niñas: "muchachas, tápense"; muchas contestaban: "¡Ave María, *mama* (todavía no se había generalizado el mamá), es temprano!", pero las más no replicaban, aunque ejecutaban la orden con desgano y lentitud, pues sabían que a ese precio habían obtenido el permiso, y esperaban obtenerlo en adelante.

Por muchos años, estas reuniones, aun entre familias muy respetables, solían terminar con un *cielo*, pedido por los jóvenes; a veces el denominado *en batalla*, pero el preferido era el *cielo de la bolsa*. Las jóvenes apenas lo conocían, pero gustosas lucían su natural gracia y donaire en este curioso baile tradicional.

Los bailes de aquellos tiempos eran: el *minué liso* (a veces el *figurado*, rara vez el *de la Corte*), con que se daba principio siempre al entretenimiento, cediendo generalmente el puesto de honor a la señora de la casa, acompañada de otra respetable matrona y dos caballeros *formales;* el *montonero* o *nacional*, llamado más tarde, en tiempo de Rosas, el *federal;* el vals (pausado), la *contradanza*, la *colombiana;* ya se había desterrado el *paspié*, el *rigodón*, etc. Bailábase de vez en cuando por algún joven el *solo inglés*.

RECORDANDO el PASADO

Las costumbres del almirante Brown



EGÚN su camarero, era el almirante Brown un hombre sobrio, modesto en el vestir, aseado y religioso ferviente en sus creencias católicas.

Levantábase siempre antes de salir el sol. Su primer paso al levantarse era dirigirse a su mesa, donde el despensero debía tener pronta una tetera llena de té lo más cargado posible. Era enemigo de las bebidas espirituosas. Conformábase con su té tres veces al día: al levantarse, a la una en punto y a las cinco de la tarde en invierno y a las siete en verano, esto con toda exactitud en la hora.

En cuanto lo bebía, subía a cubierta dedicándose a inspeccionarlo todo. A las 8 en punto de la mañana, en cualquier tiempo, aun bajo el más furioso temporal, debía estar su almuerzo en la mesa; un bife medio crudón con papas, y en plato aparte un tarro de mostaza inglesa, tres huevos pasados por agua y una tajada de pan con manteca o galleta. Al final bebía una copa de vino oporto o madera.

Almorzaba bien y cenaba frugalmente. Durante las noches que debía permanecer de pie por razones de servicio, tomaba una que otra vez una taza de café de cebada inglesa tostada, que era "más saludable que el café de Habana o café. "Los ingleses, cuando me tomaron prisionero en las Antillas, me quisieron envenenar con ese liquido", decía, y por tanto no lo daba a su tripulación.

Su modestia en el vestir era singular. De uniforme, sólo se le veía los días de combate, cuando se presentaba de toda gala, con sus condecoraciones, su elástico y espada. Terminada la acción volvía a su hábito, distinguiéndose solamente por su gorra galoneada a lo marino.

Su trato fué siempre afable con sus subordinados y si alguna vez dió alguna orden enérgica fué porque las circunstancias así lo exigían.

En cuanto a sus hábitos religiosos el siguiente dato lo pinta de cuerpo entero: hacía donación mensual de una parte de sus haberes a las monjas Catalinas, teniendo siempre especial empeño en que se les entregara, aunque sus sueldos no hubiesen salido de Tesorería.

El camarero del almirante, a quien pertenecen en origen estas informaciones, le oyó decir más de una vez que "aquellas mujeres confinadas en un claustro eran más dignas de su aprecio que muchas de las que en las calles lucían su lujo".

RECORDANDO el PASADO

La vida de un patriota

La carrera pública del ciudadano don Manuel Luis Oliden fué continuada sin interrupción, desde el año 1809 en que fué nombrado comandante de milicias en Chuquisaca, siendo a la sazón situarista del rey de España, empleo que requería una persona de mérito y autoridad reconocida, pues, además de ser custodia de los dineros del rey, todo el comercio del sur de Bolivia le encomendaba para una segura custodia sus efectos y oro en lingotes de las famosísimas minas de Potosí, para su transporte a Buenos Aires, capital del Virreinato. Encontróse en Buenos Aires el año 1810, en la iniciación de la Revolución de Mayo: en adelante figura en el ejército del general Belgrano: y desde Salta hasta Tucumán; de Ayouma a Huaqui, a Potosí el año 1813, se encuentra Oliden en las filas del ejército, ayudando con su brazo y su fortuna a los patriotas: en el año 1815 fué nombrado gobernador-intendente de Buenos Aires, cargo que ejerció hasta junio de 1818 en que lo reemplazó el general Rondeau; fué ministro de Hacienda en 1820, en la administración Soler y Sarratea: ocupó estos puestos públicos en los momentos difíciles por que cruzaba el país en aquella época de turbulencias políticas: también entonces ejerció otros cargos, como diputado, convencional, auditor de guerra; todos a satisfacción del pueblo. Por ese tiempo y al serle reconocidos los servicios y después del juicio de residencia que le fué en un todo favorable, se dió un decreto, discerniendo los poderes públicos del país al señor Oliden el título honorario de gobernador intendente de Buenos Aires; como las autoridades del ejército le decretaron el grado de coronel honorario de los ejércitos de la Patria.

En el periodo de su gobierno, como intendente de Buenos Aires, no recibió su asignación a dicho cargo: donóla para las necesidades públicas del municipio.

Las palabras con que el general Díaz Vélez responde a Oliden en el parte oficial, al pedirle éste permiso para ausentarse del ejército después de la derrota de Vilcapugio, fueron éstas, que se conservan originales de manos del mismo general: "— Se niega ese permiso que pide el señor Oliden, oficial del ejército bajo mis órdenes, en operaciones en el Alto Perú, porque su valioso influjo en las filas del ejército son notables como ardiente patriota, su prestigio como militar en las filas de nuestro ejército es poderoso en los actuales momentos, la Patria le pide por este sacrificio los restos de su fortuna comprometida hoy y su familia abandonada."

Así inmoló a la causa de la Independencia, por una segunda vez, su vida y el porvenir de sus hijos.

En una época escribía a su esposa, patricia de Potosí, que residía en Buenos Aires, estas palabras que dan el temple de su carácter: "He sacrificado cuanto tenía a la causa de mi pueblo y de mi patria, bien persuadido de que, no sólo por gratitud, sino por un deber, no dejarán perecer a nuestros hijos los que luego conozcan el sacrificio en que los he inmolado, a cuya costa se logra el objeto que conducirá a todos a la felicidad." Esta carta está fechada en Cotagaita en 1813.

Su vida fué una gran fuerza moral dirigida por un profundo amor a la Patria.

Siempre en sus palabras y en sus hechos, ese heroico y desinteresado desprendimiento de todo lo que hace amable la vida.

Rosa Rodriguez Oliden. — *Revista Nacional*

Patriótica Donación

Reproducimos, con la consiguiente complacencia, la nota enviada por el caballero don Juan B. Sauberán al rector de la Universidad, y la resolución recaída, dando por aceptado el donativo que aquél hace, y significándole la gratitud del alto instituto por su generosidad, que será recordada a perpetuidad, instituyéndose con los recursos cedidos la "Fundación Sauberán". Es un gesto que reclama el reconocimiento debido y el aplauso general de todo el país.



Don Juan Bautista Sauberán, quien con patriótico rasgo ha donado cien mil pesos para instituir becas a favor de estudiantes meritorios que deseen perfeccionarse en París.

Buenos Aires, 22 de abril de 1927.

Señor Rector de la Universidad de Buenos Aires.
Dr. Ricardo Rojas.
S/D.

Mi distinguido Rector y amigo:

Tengo la íntima satisfacción de ratificar a Vd. el ofrecimiento anticipado en nuestras conversaciones de entregar a la Universidad Nacional de Buenos Aires la suma de cien mil pesos moneda nacional destinada a la creación de un fondo permanente que permita instituir becas anuales para el perfeccionamiento de graduados universitarios argentinos, cuyos antecedentes intelectuales y morales sean una garantía de que recogerán de ese modo un benéfico progreso en su preparación científica o artística.

Como he tenido oportunidad de expresarle a Vd., mi propósito al ofrecer esta contribución para el mayor desenvolvimiento de los estudios superiores, es testimoniar un profundo sentimiento de afecto y gratitud a la Nación Argentina, donde he vivido por más de cuarenta años, procurando, al mismo tiempo, estrechar, si cabe aún, los vínculos de sólida amistad que la ligan a Francia, país de mi nacimiento.

En el memorándum que he puesto en manos del Sr. Rector, encontrará los antecedentes de la Fundación creada por mí en la Universidad de París, a la cual me sería grato asociar en alguna forma, el propósito que someto a la consideración de Vd. y por su intermedio del Consejo Superior de la Universidad Nacional de Buenos Aires.

Conocedor de los elevados merecimientos del Sr. Rector y de su grande y noble afán por el progreso de la cultura argentina, estoy seguro de que acogerá con viva complacencia esta modesta iniciativa, llamada a verse acrecentada en el futuro. Es por ello que la entrego a Vd. sin reservas ni condiciones, para que se digne patrocinarla y darle la forma práctica de aplicación que juzgue más conveniente a sus fines.

Tan pronto como sea informado de que mi ofrecimiento ha merecido el honor de su aceptación, tendré el gusto de poner a sus órdenes la suma indicada.

Entre tanto, acepte el Sr. Rector la expresión de los sentimientos del mayor aprecio y sincera amistad con que me reitero su afmo.

Fdo: B. Sauberán.

Buenos Aires, abril 26 de 1927.

El Consejo Superior

RESUELVE:

Art. 1º Aceptar la donación de cien mil pesos moneda nacional ($ 100.000) que don J. B. Sauberán ofrece a la Universidad de Buenos Aires, a fin de que con la renta de dicho capital se costeen becas anuales para argentinos recién graduados que deseen perfeccionar estudios en la Universidad de París.

Art. 2º Agradecer al donante su generosa contribución haciéndole saber que la fundación por él instituída llevará el nombre de "Fundación Sauberán" y el de "Becas Sauberán", las que se costeen con la renta de aquélla.

Art. 3º Autorizar al Rector para dar forma a la ordenanza en que, una vez recibida la donación, se reglamentará la manera de administrarla y de otorgar las becas, procurando consultar en ellas los deseos manifestados por el donante.

Art. 4º Comuníquese, publíquese y archívese.

ROJAS.
M. Nirenstein.

La Página Más Interesante para los Cazadores

Es conveniente que Vd. la lea.



ESCOPETA Belga, CON GATILLOS, calibre 16, fuego central, de dos tiros, caños de ACERO, el izquierdo choke, con CUATRO cierres, fabricación mecánica, arma recomendada, con nuestra marca como garantía,

$ 80.-

ESCOPETA Belga, SIN GATILLOS, calibre 16, fuego central, de dos tiros, caños de ACERO, el izquierdo choke. CUATRO cierres y seguro automático. Modelo fabricado exclusivamente para nuestra casa. Cada arma lleva su correspondiente certificado de prueba de pólvora sin humo,

$ 120.-

CARTUCHOS
"T-RASET"
LOS UNICOS INFALIBLES
(Exclusividad Registrada)

La pólvora francesa sin humo laminada — fórmula "T-RASETT" — con que se cargan, es el fruto de laboriosos experimentos, y como tal imprime al tiro gran penetración, velocidad, alcance y concentración.

La munición templada extranjera, es extradura y perfectamente esférica.

Los Cartuchos "T-RASET" son los mejores de cuantos se venden en plaza y LOS UNICOS QUE AMORTIGUAN EL CULATAZO. Además, EL ESTAMPIDO ATENUADO no aturde ni produce dolores de cabeza.

Calibre 16

$ 13.-

EL CIEN

Los "T-Raset" se fabrican en calibres 12, 16, 20, 24 y 28.

Tenemos todo lo que puede necesitar un Cazador: Escopetas, Cinturones, Redes, Cantimploras, Baquetas, etc., etc.

Siempre lo mejor y lo más barato.

UNICOS VENDEDORES:

Casa CARLOS RASETTI

FUNDADA EN 1857

(F. C. RASETTI y Cía. Suces.)

SARMIENTO esq. MAIPU y RIVADAVIA, 526 BUENOS AIRES

Los pedidos del interior se atienden en seguida con todo esmero.

Remitimos gratis nuestro Catálogo General a quien lo solicite del interior.

El barón de Holemberg, según el general Paz



Se hallaba el después glorioso general Paz en la vanguardia de Humahuaca cuando llegó al Ejército del Norte el barón de Holemberg, a quien el general Belgrano había dado el empleo de comandante general de artillería.

Don Eduardo Kaillitz, barón de Holemberg (u Holmberg) había nacido en Austria en 1778. Era teniente de guardias walonas cuando se embarcó, en 1812, pará Buenos Aires, en compañía de San Martín y otro americanos, llegando a nuestro puerto en marzo del mismo año siendo dado de alta en el Ejército del Norte que, a las órdenes de Belgrano, se hallaba en Jujuy.

Túvole éste en gran estima. "Yo — dice Paz en sus "Memorias" — fuí ayudante del barón en la campaña, soy testigo de las consideraciones que se le dispensaban y de lo persuadido que él estaba de cuánto valía su voto en materias militares. Pienso que una de las cosas que más contribuyó a captarle la confianza del General fué el empeño que manifestaba de establecer una disciplina severa, llegando a tanto que quería aplicar sin discernimiento a nuestros ejércitos semi irregulares los rigores de la disciplina alemana. Con esto consiguió hacerse odioso en el ejército, y despopularizar, hasta cierto punto, al General, por la ciega protección que le daba..."

Páginas más adelante, ocupándose de la batalla de Tucumán, anota el general Paz: "Me permitiré unas cuantas palabras más sobre este señor para no interrumpir después mi narración ocupándome de él. Mientras le acompañé en el combate no noté signo ninguno de cobardía, pero cuando en los días siguientes se reunió todo el ejército me encontré con la novedad que un clamor casi general lo acusaba de cobarde, arguyéndose que había abandonado el campo de batalla bajo pretexto de una levísima herida que tenía en la espalda y que, decían, se había hecho él mismo. La herida era cierta y también lo era su suma pequeñez; pero no es creíble que él mismo se la hiciera, pues, en este caso, era más cómodo y natural la hubiera practicado en la frente. Lo que había de más verdadero era que el barón se había hecho malquerer, y que Dorrego, que se había declarado su enemigo, y otros, gritaron a voces contra él, y que el general Belgrano tuvo que sacrificarlo a las circunstancias. Se separó del ejército y se retiró a una quinta, donde no lo visitó otra persona fuera de mí, aunque muchos lo adulaban en tiempo de su privanza. Allí esperó el resultado de la solicitud, según me dijo, que había hecho al Gobierno, y al regreso del correo se marchó a la Capital. No fué sólo al barón a quien se vió forzado el General a sacrificar a las exigencias de los que agitaban al ejército; muy luego veremos otro que tuvo idéntico destino. Aunque parezcan estas noticias ajenas a mi propósito, he creído que convenía anotarlas para que se conozca el estado del ejército y lo que tenía que sufrir de sus mismos compañeros el general Belgrano."



En la falta, escasez o atraso del período, tomad

"A M E N O R R O L"

FRASCO, $ 4.—

En el período doloroso, desarreglado, metritis, hemorragias, flujos, etc., deben tomar el

"ESPECIFICO SCHEID'S"

FRASCO, $ 4.—

EL CUERPO MEDICO cuando opina que un específico es eficaz, es una opinión de verdadero valor, la única que usted debe tener en cuenta.

Dice el doctor A. Ferro Dondo, Médico del Hospital Torcuato de Alvear, especialmente internas de señoras y partos: *"El que suscribe, certifica haber usado el "Específico SCHEID'S" y "AMENORROL", dándole todos ellos muy buenos resultados en las diferentes aplicaciones que se aconsejan".*

GRATIS pida por carta a J. Valle, calle C. Pellegrini 644, en sobre cerrado sin membrete, el interesante libro explicativo, con los muchos certificados de médicos especialistas de esta CAPITAL y de personas agradecidas. Somos los únicos que podemos presentarles estas pruebas que constituyen una real garantía de la eficacia de estos dos específicos. Comprobado inofensivos.



Depósito: SCHEID & VALLE.
C. Pellegrini, 644 - Bs. Aires



"Estomacal ELSTER"

Se toma contra el ESTREÑIMIENTO No siga perjudicando sus intestinos con laxantes comunes. Los certificados médicos de esta Capital prueban su eficacia.

Pida folletos.

SCHEID y VALLE
C. Pellegrini, 644 - Bs. As.

Los Sordos Oyen

En seguida con toda claridad, cualquiera que sea la causa y el grado de la sordera con el nuevo aparato acústico modelo 1927. Se hace invisible y su uso no molesta. No malgaste dinero en nuevas pruebas. Salve sus oídos. Sea feliz. OIGA BIEN con esta ayuda. Hoy mismo pida folleto ilustrado con copias de cartas de clientes satisfechos y de médicos especialistas, al único representante: Julio Valle, calle Carlos Pellegrini, 644, Buenos Aires, remitiendo 30 centavos en estampillas para gastos. Personalmente se dan folletos y pruebas gratis.



Otra buena oferta de EL TRAFICO



Una caja con tres exquisitos Jabones Perfumados de finísima calidad, por $ **2.-**
Y COMO OBSEQUIO DE PROPAGANDA a cada comprador enviamos: 1 bonito espejo con pie, de 12 centímetros de diámetro, marco niquelado y 1 collar de perlas macizas francesas, con broche fantasía. Pedido del Interior agregar 30 ctvs. para gastos. Aceptamos en pago cart. de cigarrillos.

EL TRAFICO SAENZ PEÑA, 113 Buenos Aires

CON SOUPLEX NO HAY BARBA DURA!

SOUPLEX

POR ALGO LA PREFIEREN.

Aunque su precio es más elevado, en el uso resulta la más conveniente.

Pruébelas y se convencerá.



En venta en todas las Buenas Casas del Ramo, a $ 2.50 la decena. Si su proveedor no las tiene, pídalas al único Importador:

A. KLEISNER - B. de Irigoyen esq. Méjico
MUESTRAS GRATIS
AGENTES SE PRECISAN.

EL MEJOR GRAMOFONO SUIZO

Pídanlo en todas las buenas casas del ramo.

IMPORTADOR:

G. H. RUBINSTEIN
Rivadavia, 1220 - Bs. Aires



EXPOSICION

Revólver DEFENSOR $ 38

sistema Colt de Policía, bala larga, caño de 4 ó 5 pulgadas, pavonado, remito con amplia garantía y a prueba, por sólo $ 38.— porte pago.

ARMAS EN GENERAL. — CATALOGO GRATIS.

Casa Central: Rivadavia 2515 **J. FAGGIONATO** Depósito: L. N. Alem 336
Importador de la Pólvora Italiana sin humo "Acapnia"



ANILLOS CHINOS de suerte, de plata maciza, $ 5.—; de oro sobre plata con esmalte fino en colores, a. . . . . $ 8.—
Pedidos a: G. A. MATUCCI
Santiago del Estero, 653 - Bs. Aires

Candelaria, "capital de las misiones entrerrianas"

Resulta interesante conocer el aspecto del pueblo de Candelaria, asiento del gobernador y capital de las misiones entrerrianas hace un siglo. Veamos cómo nos lo describe don Juan P. Robertson al referirse a uno de sus viajes por aquellos lugares, descripción que le sirve para deducir el estado de los demás pueblos que "en ningún caso, por cierto, era mejor".

Candelaria — dice — bajo los jesuitas tenía tres mil seiscientos habitantes a la sazón disminuidos a *setecientos*.

Había un templo espléndido, ricamente ornamentado, un amplio colegio, anchos jardines y extensas chacras en su vecindad. La iglesia estaba cayéndose; la lluvia se derramaba por muchos agujeros del techo; los muros roídos y el altar disimulado por un lienzo. No habiendo sido blanqueados durante años, los muros se hallaban no solamente gastados sino negros. De sus partes con humedad, en intervalos no muy separados, surgía moho verde, formando un suelo del que colgaban ortigas y otros yuyos dañinos. El colegio se encontraba casi lo mismo, y lo que había sido patio enladrillado estaba tan completamente cubierto con pasto y yuyos que no se descubría una huella de su piso primitivo. En cuanto al no escardado jardín "las cosas fétidas e indecorosas en la naturaleza lo poseían simplemente". Todos los árboles frutales habían sido hachados para leña. De las chozas y cabañas primitivas apenas un tercio se mantenía en pie. Y en éstas no había línea menos observable que la perpendicular. Se hallaban torcidas, algunas inclinándose a un lado, otras a otro; y todas indicando la apurada intención de depositar sus huesos y polvo en el seno de la madre tierra y junto a las moradas que ya habían enmohecido para caer.

El trazado de los pueblos jesuíticos era invariablemente el mismo. La iglesia y colegio formaban un costado de la gran plaza, cuyos otros tres lados lo constituían las chozas de los indios, provistos de corredores al frente para protegerlas del sol y la lluvia. De las esquinas de aquellas plazas salían, en ángulo recto y todas construidas de la misma manera, calles de chozas que, aunque blanqueadas en el exterior, por las costumbres de los indios eran muy sucias por dentro. Rodeando al pueblo estaban las chacras y en ellas trabajaban los indios parte de la semana para la comunidad y parte para sí. Todo el comercio se hacía en el colegio. Era un edificio amplio, con sus habitaciones convertidas en talleres y en almacenes de frutos del país tanto como los retornos procedentes de Buenos Aires, y todo estaba bajo cerradura y llave de dos curas de la Compañía de Jesús. Detrás del colegio se extendía a lo largo de toda la línea del edificio un espacioso corredor que daba frente a un extenso y bien provisto jardín que, cercado de pared, se extendía considerablemente al fondo. Proveía a los padres con frutas y legumbres en grande abundancia... Pero a la sazón ninguna de estas cosas se veían.

E p i d e m i a s



En 1727 la población de Buenos Aires sufrió una epidemia en la que los cadáveres de los pobres eran conducidos a los enterratorios atados a la cola de los caballos. Estas escenas movieron a don Antonio Alonso González a establecer la Hermandad de Caridad para socorrer a los menesterosos.

González fué nuestro San Vicente de Paul: vivió y murió por y para los pobres.

Los doctores Cosme Argerich, Agustín Fabre y Juan Molina fueron enviados en 1800 por el rey Carlos III a combatir la viruela en estos países, donde era endémica, causando grandes mortandades, las que disminuyeron con la vacuna, especialmente entre la gente civilizada.

El doctor Saturnino Segurola, esclarecido sacerdote, fué quien la conservó y propagó a sus expensas por espacio de diez y seis años. Siendo director de la Biblioteca Nacional, colocó en ella el retrato de Eduardo Jenner, descubridor de la vacuna.

Rivadavia, durante el gobierno del general Rodríguez y después como presidente, contribuyó poderosamente a extender la vacuna, creando un establecimiento para su cultivo, del que se remitía a todos los puntos de la República, haciéndola obligatoria. Esta fué la Administración de Vacuna que se fundó el 29 de octubre de 1821.

Dorrego, durante los ministerios de Balcarce y Rosas, creó la Casa Auxiliar del Norte, y en campaña las de Luján, San Nicolás y Chascomús.

La viruela atacaba tribus enteras, exterminándolas. Cuando aparecía en alguna toldería, la tribu había abandonado a los enfermos. Habiendo venido a Buenos Aires los caciques Cachul, Catrieu, Toriano, Quindulé, Venancio y Callinan, con sus familias y una gran comitiva, a presentar homenajes a Rosas, fueron algunos de ellos atacados de viruela. Los parientes y amigos los abandonaron, quedando al cuidado de los cristianos.

Rosas los visitó, quedando los enfermos sorprendidos de aquella visita, haciéndoles explicar con el intérprete y enseñándoles su brazo con la vacuna, el medio que le inmunizaba contra la peste. En vista de esto, todos los de la comitiva se vacunaron, mostrándose muy agradecidos.

En 1858, una epidemia de fiebre amarilla hizo de trescientas a cuatrocientas víctimas.

El cólera de 1867, que produjo ocho mil veintinueve víctimas, se inició en el ejército aliado en operaciones contra el Paraguay.

En 1868 reapareció, no haciendo tantas víctimas, lo mismo que en 1886 y 1887.

La fiebre amarilla de 1871 ha sido el azote más cruel que ha sufrido esta ciudad.

En 1890 una epidemia de viruelas causó cerca de dos mil doscientas víctimas.

HIMNO NACIONAL DE CHILE

CORO

Dulce Patria, recibe los votos
Con que Chile en tus aras juró
Que, o la tumba serás de los libres,
O el asilo contra la opresión.

I

Ha cesado la lucha sangrienta,
Ya es hermano el que ayer opresor;
Del vasallo borramos la afrenta
Combatiendo en el campo de honor.
El que ayer doblegábase esclavo
Hoy ya libre y triunfante se ve:
Libertad es la herencia del bravo;
La victoria se humilla a su pie.

II

Alza, Chile, sin mancha la frente;
Conquistaste tu nombre en la lid:
Siempre noble, constante, valiente
Te encontraron los hijos del Cid.
Que tus libres tranquilos coronen
A las artes, la industria y la paz
Y de triunfos cantares entonen
Que amedrenten al déspota audaz.

III

Vuestros nombres, valientes soldados
Que habéis sido de Chile el sostén,
Nuestros pechos los llevan grabados...
Los sabrán nuestros hijos también.
Sean ellos el grito de muerte
Que lancemos marchando a lidiar,
Y, sonando en la boca del fuerte,
Hagan siempre al tirano temblar.

IV

Si pretende el cañón extranjero
Nuestros pueblos osado invadir,
Desnudemos al punto el acero
Y sepamos vencer o morir.
Con su sangre el altivo araucano
Nos legó por herencia el valor,
Y no tiembla la espada en la mano
Defendiendo de Chile el honor.

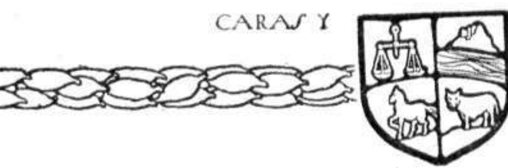
V

Puro, Chile, es tu cielo azulado,
Puras brisas te cruzan también,
Y tu campo, de flores bordado,
Es la copia feliz del Edén.
Majestuosa es la blanca montaña
Que te dió por baluarte el Señor,
Y ese mar que extendido te baña
Te promete futuro esplendor.

VI

Esas galas ¡oh, patria!, esas flores
Que tapizan tu suelo feraz
No las pisen jamás invasores,
Con sus sombras las cubra la paz.
Nuestros pechos serán tu baluarte,
Con tu nombre sabremos vencer
O tu noble, glorioso estandarte
Nos verá combatiendo caer.

EUSEBIO LILLO



HIMNO NACIONAL
DE LA
REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

I

¡Libertad, libertad, orientales!
Este grito a la Patria salvó,
Que a sus bravos en fieras batallas
De entusiasmo sublime inflamó.
De este don sacrosanto la gloria
Merecimos... ¡Tiranos, temblad!
¡Libertad! en la lid clamaremos,
Y muriendo, también ¡libertad!

II

Orientales, mirad la bandera,
De heroísmo fulgente crisol.
Nuestras lanzas defienden su brillo;
¡Nadie insulte la imagen del Sol;
De los fueros civiles el goce
Sostengamos, el código fiel
Veneremos, inmune y glorioso,
Como el arca sagrada Israel.

III

De las leyes al numen juremos
Igualdad, patriotismo y unión,
Inmolando en sus aras divinas
Ciegos odios y negra ambición.
Y hallarán los que fieros insulten
La grandeza del pueblo Oriental,
Si enemigos, la lanza de Marte,
Si tiranos, de Bruto el puñal.

CORO

Orientales, la Patria o la tumba!
¡Libertad o con gloria morir!
Es el voto que el alma pronuncia
Y que heroicos sabremos cumplir.

Los héroes



La biografía de los héroes no ha dejado de ser aún fuente fecunda de enseñanzas para los pueblos. Nadie niega ciertamente hoy, que los hechos y fenómenos históricos reconocen causas múltiples. La evolución social no se llena ni se ha llenado nunca por la exclusiva y aislada acción de un hombre solo por superior que él sea. Las fuerzas sociales "constituyen un todo que pudiéramos llamar "armónico", dado que de su acción integral depende la evolución constante de los pueblos. Estas son verdades vulgares acerca de las cuales es hoy ocioso insistir. Pero el "hombre" es sin duda también la unidad básica de esa evolución fatal. Y aquel que se destaca entre los hombres — y es por ello hombre "superior", — aquel que encabeza, orienta e interpreta con su acción la vida colectiva es entre el conjunto de factores, un factor fundamental. Por eso la vida y la obra de los grandes hombres, es por implicancia la historia fragmentaria de sus pueblos. Y más aún: ello cabe decirlo no sólo en cuanto a la evolución política o limitadamente social; lo propio ocurre en cuanto a las manifestaciones generales de la vida de relación. Julio César o Cronwell o Napoleón el Grande, resumen el momento histórico en que estuvieron a la cabeza de sus pueblos.

. . . .

Aparte de ello, que es un "hecho", debe reconocerse en justicia que el conocimiento de la vida de los grandes hombres tiene la sugestión del ejemplo. Si educa la historia en general del mismo modo educa y perfecciona a través del tiempo el que fué prototipo de virtud, de abnegación, de patriotismo, de saber, de "superioridad", en fin. De ahí que no pueda tachársenos de rendir un culto regresivo a los grandes hombres, a quienes como nosotros asignamos a su vida y a su obra tal grado de importancia y significado. Y bien entendido que ello no importa en manera alguna, como antes queda dicho, negar que son sólo un factor — esto es, uno entre los factores — de la evolución hacia un perfeccionamiento siempre perseguido por las colectividades humanas. No se niegue a los grandes hombres lo que han sido, lo que continúan siendo, lo que en verdad significan. Reconozcamos su valer, a través de un estudio serio y circunspecto de su personalidad. Y no neguemos que pocas cosas son más hermosas que una vida ejemplar: una vida dedicada al bien de los demás o simplemente una vida que ha producido belleza y la ha legado al acervo común. Y no neguemos tampoco toda la verdad de estas palabras de Carlyle: "Sé muy bien que en estos días el culto a los héroes, a la cosa que yo llamo culto de los héroes, parece haber desaparecido y hasta cesado de vivir. Esta, por razones que valdrá la pena de inquirir, es una edad que niega a lo que parece la existencia de los grandes hombres y hasta el deseo de que los haya. Poned a la vista de nuestros críticos un grande hombre, y comenzarán por lo que ellos llaman dar cuenta de él; no para reverenciarlo sino para burlarse de él, y en resumidas cuentas ¡sacar en limpio que fué todo un hombrecillo! "Fué obra del tiempo, dicen; el tiempo lo dió a conocer"; el tiempo lo hizo todo, él nada, sino lo que nosotros (¡el pobre crítico!) hubiéramos hecho también. ¡Triste y melancólico esfuerzo que el tiempo llame al hombre! Hemos conocido tiempos llamados a voces a sus grandes hombres, y éstos no parecían: el grande hombre no estaba allí: la Providencia no le había enviado: el tiempo, a pesar de todos sus clamores y sus gritos, tuvo que desaparecer entre la ruina y la confusión, porque el grande hombre no pareció cuando le llamó".

MARIANO DE VEDIA Y MITRE

La bandera



El día señalado, el ejército, vestido de gran parada, con su estado mayor a la cabeza, se puso en marcha hacia la ciudad de Mendoza, que lo esperaba engalanada con arcos triunfales de flores, banderas, gallardetes y cortinajes de seda que tapizaban los frentes de los edificios. Penetró por la calle llamada de La Cañada, a lo largo de la hermosa alameda plantada por San Martín, y a las 10 de la mañana formó en la plaza mayor en medio de los repiques de campanas de ocho templos y de las aclamaciones entusiastas del pueblo. La imagen de la patrona electa salió del convento de San Francisco al encuentro de la columna, llevada en andas, acompañada de todo el clero regular y secular, custodiada por las bayonetas de sus nuevos soldados, y a la cabeza de la procesión marchaba el capitán general con el gobernador-intendente, el Cabildo, los empleados civiles y el pueblo en masa. En la iglesia matriz estaba depositada la bandera, bordada por las damas mendocinas y adornada por ellas con piedras preciosas. Después de bendecida, según el ritual de ordenanza, a la par del bastón de mando del general, éste la fijó en el asta y una salva de artillería de 21 cañonazos saludó su ascensión. San Martín puso su bastón en la mano derecha de la imagen, como Belgrano lo había hecho en vísperas de la batalla de Salta con la virgen de las Mercedes, generala del ejército auxiliar del Perú, y tomando la bandera, subió con ella a la plataforma levantada en la plaza. Todos los cuerpos presentaron armas: los tambores batieron marcha de honor, y siguióse un religioso silencio. El general, con la cabeza descubierta, pronunció con vibrante voz: "Soldados: Esta es la primera bandera independiente que se bendice en América". La batió por tres veces, y el pueblo y las tropas lanzaron un estruendoso "¡ Viva la Patria!" Y con acento más esforzado, agregó: "¡ Soldados! ¡ Jurad sostenerla muriendo en su defensa como yo lo juro!" "¡ Lo juramos!", respondieron todos a una voz. Una triple descarga de fusilería, a la que siguió una salva de 25 cañonazos, saludó la bandera redentora que debía atravesar los Andes, flameando en triunfo a lo largo de la costa del Pacífico, proteger la fundación de dos nuevas repúblicas, concurriendo a la independencia de otra más, y servir de mortaja, sesenta y cuatro años después, al cadáver repatriado del libertador americano que en ese día la enarboló como signo de redención.

B. Mitre. — *Historia de San Martín*

La ciudad de Córdoba



ESTA cibdad de Santiago á la de Córdoba, qu'es la última en esta provincia, hay pocas menos de noventa leguas, todas llanas, sin encontrar una piedra, y casi todas despobladas, porque en saliendo de un pueblo de indios, á quince leguas andadas de Santiago, hasta Córdoba, no se pida más poblado, si no es un poblezuelo de obra de doce casas, diez leguas ó poco más de Córdoba. Pobló esta cibdad y conquistó los indios que la sirven don Jerónimo de Cabrera, siendo gobernador; llenos los campos de avestruces, venados y vicuñas y demás sabandijas. En todas estas leguas no vi cosa digna de notar. El camino, carretero, y así caminé yo desde Esteco a esta cibdad, que son poco menos de 200 leguas, si no son más, y desde aquí se toma el camino a Buenos Aires, también en carretas, que son otras 200, pocas menos; toda la tierra lana, y en partes tan rasa que no se halla un arbolillo. El hato y comida se lleva en las carretas; las personas, en caballos; pero no se ha de caminar más de lo que los bueyes pueden sufrir que es á cuatro leguas cada día, y para cada carreta son necesarios por lo menos cuatro bueyes; pastos, muchos y muy buenos; agua, poca.

La cibdad de Córdoba es fértil de todas fructas nuestras, fundada á la ribera de un rio de mejor agua que los pasados, y en tierra más fija que la de Tucumán, está más llegada á la cordillera; danse viñas, junto al pueblo, á la ribera del rio, del cual sacan acequias para ellas y para sus molinos; la comarca es muy buena, y si los indios llamados Comichingones se acabasen de quietar, se poblaría más. Tres leguas de la cibdad, el rio abajo, en la barranca dél, se han hallado sepulturas de gigantes, como en Tarija. Los campos crian muchas víboras y hitas, que dél vienen volando á la cibdad en anocheciendo, como si no bastasen las que se crian en las casas; es abundante de todo género de ganado nuestro, y de mucha caza, venados, vicuñas y perdices. Hállanse en esta provincia de Tucumán unos pedazos de bolas de piedra llenos de unas punctas de tristal, ó que lo parece, labradas, transparentes unas en cuadro, otras sexavadas; yo las he visto y tenido en mis manos; estas punctas están muy apeñuscadas unas con otras, y tan junctas como granos de granada; son tan largas como el primer artejo del dedo de en medio, comenzando desde la lumbre del dedo, y gruesas como una pluma de ansar con lo que escribimos; he dicho todas estas particularidades por lo que luego diré; estas bolas son tan grandes y tan redondas como bolas grandes de bolos; críanse debajo de tierra, y poco á poco naturaleza las va echando fuera; cuando ya (digamos así) están maduras, y un palmo antes de llegar a la superficie de la tierra, se abren en tres o cuatro partes con un estallido tan recio como un arcabuz disparado, y un pedazo va por un cabo y otro por otro, rompiendo la tierra; los que ya tienen experiencia dello acuden adonde oyen el trueno y buscan estos pedazos, que hallan encima de la superficie de la tierra; yo creo que, fuera destas punctas, hay en medio de la bola alguna cosa preciosa que naturaleza allí cría y no la quiere tener guardada. Aquellas punctas, si las labrasen lapidarios, deben ser de algun precio; allí no las estiman en cosa alguna.

Fray Reginaldo de Lizarraga.

Cuento romántico

FIRMAS URUGUAYAS

¿USTED?

—¿Usted?

—Parece un sueño... ¡Ha pasado tanto tiempo!

—¡Tanto tiempo!

Quedaron silenciosos, mirándose con recóndita ansiedad. Ella apartó lentamente la mirada y la dejó errar sobre el áspero flanco de la montaña. El la seguía mirando con fatigada tristeza. Se hallaban ambos de pie en el centro del estrecho puente tendido sobre el río que hervía en el profundo cauce de piedra.

Caía la tarde; la bruma comenzaba a envolver la cordillera; el paisaje desolado y abrupto se tornaba gris. El sol doraba todavía las crestas bermejas de los cerros, pero en el fondo de la quebrada se condensaba la sombra. Desde el hotel, edificado en una explanada suspendida sobre el abismo, llegaban los compases de un tango melancólico.

—Estoy muy cambiada, ¿verdad?

—No sé... Yo también estoy muy cambiado.

Y nuevamente permanecieron silenciosos.

—¿Caminamos?—preguntó él.

—Sí — dijo ella, distraídamente, y echaron a andar hacia la cornisa sobre la cual se apoyaba la cabeza del puente. Caminaron sin pronunciar palabra, mientras la orquesta seguía ejecutando el desmayado tango.

—¡Qué triste es ese tango!

—Sin embargo — dijo él, — mire cómo allá abajo los muchachos bailan y están alegres.

—Es verdad — contestó ella.

—Las cosas son tristes o alegres, así esté alegre o triste quien las considera. Ahora la tristeza está en nosotros; al menos está en mí.

—Y en mí también — agregó ella, con voz temblorosa y con un vago acento de reproche.

—Está en los dos; es cierto — asintió él.

En aquel instante llegaron a la explanada del hotel. Dos jovencitas se aproximaron con ese aplomo y desenfado que adquieren las mujeres acostumbradas a la vida de sociedad.

—¡Cómo has tardado, mamá! Estábamos inquietas.

Ella las presentó a su acompañante.

—Mis hijas.

El se inclinó ante la curiosidad un poco hostil de las niñas. Todos se sentaron, mientras la orquesta atacó otro tango.

—¿Bailamos? — dijo una. Y las dos jovencitas corrieron en busca de sus parejas.

La noche había caído ya. La luz eléctrica bañaba la explanada y se difundía hasta el flanco de la montaña frontera.

—¿Son dos, nada más? — preguntó él.

—No, falta el mayor. Estudia medicina; regresó a Buenos Aires para rendir exámenes previos.

—¡Ah! Y... ¿nada más?

—El murió hace cinco años — agregó ella, con voz sorda. Luego se volvió y le preguntó con ansiedad: — ¿Y usted?

—Yo soy solo — replicó él, gravemente.

—¡Solo! — repitió ella, con indefinible acento.

—Yo siempre he estado solo — agregó.

Había en su voz tal acento de sinceridad que ella comprendió que aquel hombre no mentía. No trató de justificarse y solamente exclamó, con voz velada por las lágrimas:

—¡Yo también siempre he estado sola!

Su confesión fué tan honda y espontánea que él también comprendió que aquella mujer decía verdad. Se contemplaron con ansiedad, como dos náufragos que, próximos a perecer, se asen aún a la tabla que les sostiene. Ella murmuró con desesperanza:

—Creo que ya es tarde para intentar una reparación.

El exclamó con voz temerosa:

—No, no; ya no es posible. Yo no podría. ¡Estoy tan viejo y cansado! Y usted tampoco resistiría la prueba.

Ambos experimentaron la sensación de lo irreparable. En vano rastrearon en el limo de sus almas estériles; nada quedaba allí. Al considerarse extraños el uno al otro, se vieron tan solos y en tan terrible desamparo sentimental, que se sintieron transidos de recíproca compasión.

—¡Vamos, mamá! — gritaron las niñas desde el centro de la explanada.

Se pusieron de pie y se aproximaron al grupo. El se despidió de las niñas.

—¿No come en el hotel? — preguntó una de ellas.

—No, señorita; tengo que alcanzar el tren de las 19.30. Regreso a Buenos Aires a tomar el "Almanzora", que parte pasado mañana.

—¡Buen viaje!

Ellos quedaron un instante frente a frente. Sus manos se buscaron compasivas pero heladas y sus labios murmuraron apenas:

—¡Adiós!

—¡Adiós!

RAUL MONTERO BUSTAMANTE

DIBUJO DE VALDIVIA

El rostro de mujer es una hermosa flor.



El símil es rigurosamente exacto; por su belleza, por su encantadora suavidad, el rostro de una mujer es una hermosa flor. Y como una flor debe ser cuidado. No ignoran esto las damas y por eso dan su preferencia a estos productos:

CRÉMA HIGIÉNICA y POLVO GRASOSO

Brissac.

El Polvo Grasoso se vende en todas partes en los matices Blanco, Rachel, Rosado y Ocre (color Chair) y en los perfumes Jazmín, Heliotropo y Violeta.

La Crema BRISSAC se vende a



$ 0.70 LA CAJA GRANDE

PERFUMERIA Aubert

J. NEWBERY 3443/55 Bs. AIRES

No se vende ni existe en cajas chicas.

Creencias fantásticas de los indios

ODA la región andina y el norte argentino están llenos de leyendas cuyos orígenes será imposible averiguar. Entre las supersticiones recogidas en los actuales pueblos de La Rioja, Catamarca y Salta por Adán Quiroga deben recordarse los funestos presagios del bramido de los vientos, de las *huacas* de Andalgalá, "los cuentos fantásticos de apariciones en las casas ruinosas de Becubel, llenas de tesoros y de espíritus malignos; las devastaciones del "Dueño de las aves" al que cualquiera un tanto versado en mitología encontrará, por más de un rasgo característico, un parecido con el dios Pan de los bosques helénicos; los fuegos del espíritu malo hace siglos ya descriptos por el padre Techo; las fábulas de la Casa Blanca, y el relato de los tesoros de Quimivil y Culumpajao, que tanto han dado que hacer como en los tiempos de la conquista las riquezas imaginarias de los Césares o Trapalanda, Pailiti y la Sal; las leyendas fantásticas forjadas a la luz del *farol* e iluminadas por el rojizo centelleo del *carbunclo* que metía miedo al padre Juan de León, aquel hombre tan supersticioso y timorato que, según Lozano, "se tragaba la muerte, asustado por los cardones"; las terribles carnicerías del tigre *uturunco*; las terribles maquinaciones de Supay y Mikilo; los relatos sobre el chiqui, de cuyas salvajes fiestas hasta hoy existen rastros en las costumbres campesinas; los fuegos de la chaya; la veneración de Pacha-Mama; los silbos nocturnos, espantos, apariciones, brujerías y hechicerías de espíritus malignos que vagan en el aire o moran en la montaña"...

Entre tantas creencias fantásticas de los indios, advierte Quiroga, hay que tener en cuenta la de los *gigantes* de estatura colosal.

Hay, sin duda, mucho de misterioso en esta tradición, y no está distante, tal vez, el día en que la antropología dé con esos gigantes y entonces sabremos si los *patagones* fueron huéspedes obligados de nuestro *calchaquí*. Por lo demás, nada de extraño hay en esta creencia de los gigantes de nuestros indios, cuando los cronistas mismos creían en ellos sin duda al encontrarse con esqueletos de los grandes animales de la fauna desaparecida. Oigamos al padre Guevara:

"Yo no me empeñaré en probar — dice — que los hubo antes del diluvio. Lo cierto es que se sacan de este sitio muchos vestigios de cráneos, muelas y canillas que desentierran las avenidas y se descubren fortuitamente. Hacia el año 1740 vi una muela grande como un puño casi del todo petrificada conforme en la exterior contextura a las muelas humanas y sólo diferente en la magnitud y corpulencia. El año 1755 don Ventura Chavarría mostró una canilla dividida en dos partes, tan gruesa y larga que, según reglas de buena proporción, a la estatura del cuerpo correspondían ocho varas."

B.

Palermo de San Benito y el confesor de Rosas



El origen del nombre de Palermo no parece venir del Santo a que se han referido algunos tradicionalistas argentinos, pues Rosas fechó muchas de sus cartas así: Palermo de San Benito, seguramente aludiendo a una capilla que había próxima a lo que ahora se llama Belgrano y que fué demolida hace mucho tiempo. El patrono de dicha capilla era San Benito.

En cuanto a la capilla privada de Rosas, se encontraba en la parte sur de su residencia. Poseía una hermosa imagen de la Purísima. No había confesionarios y oficiaba el franciscano Fernando, o Padre Lozano, o Padre Sevilla, pues de las tres maneras se le llamaba. Sentábase el fraile en el extremo de un sofá para oír las confesiones, decía misa los domingos y al terminar el santo sacrificio, tomaba el rosario con las dos manos y entonaba el siguiente cántico:

Las cuentas de este rosario
son balas de artillería.
¡Que todo el infierno tiembla
en diciendo ¡Ave María!

Y la concurrencia entera prorrumpía a una voz:

—¡Ave María! ¡Ave María!

La cuarteta puede dar idea de cómo las gastaba el fraile, a quien Rosas mortificaba de mil maneras distintas.

Cuando el fraile cometía alguna falta que el Dictador conceptuaba de cierta gravedad, enviábalo al convento de su orden con una carta para el Prior, en la que le encarecía la necesidad de aplicar algunas disciplinas y penitencias al Padre Fernando. El Prior, que sabía que al Dictador no se le contradecía, ponía al remiso a pan y agua y lo disciplinaba tanto y de tal manera que, cuando volvía a la casa de Rosas, de barrigudo y rechoncho que era, el Padre Fernando habíase transformado en esquelético.

Son bien conocidas las bromas que gastaba Rosas, en las que empleaba preferentemente a don Eusebio de la Santa Federación y a Biguá. El primero es ya sabido que vestía un grotesco traje de general con el pecho cubierto de condecoraciones y medallas, y que, a pesar de ser gordinflón, cabezudo y apoplético, solía hacer el papel de caballo para diversión de personas de nombres respetabilísimos.

Tanto Eusebio de la Santa Federación como Biguá hicieron pasar, por complacer a Rosas muy malos ratos al sufrido Padre Fernando.

Un gran educador



RAY José Manuel Pérez nació en Tucumán, el 24 de junio de 1787, y recibió la enseñanza elemental bajo la dirección y guía del padre Chorroarín, quien lo trajo a Buenos Aires en 1805 para que terminara sus estudios sacerdotales, carrera de su vocación decidida y la de más realce al abrirse el siglo XIX. Ordenado por el obispo Lué, cantó su primera misa en 1811, primer aniversario de la gloriosa Revolución. En seguida se dedicó a la enseñanza.

El padre Pérez pertenece a esa larga lista de sacerdotes que vieron la luz en Tucumán, como fueron el doctor Colombres, fundador de la dulce industria; Pedro Miguel Aráoz, decidido patriota; el angelical poeta doctor José Agustín Molina, el deán Zavaleta, doctor Mouras, doctor Ignacio Thames y demás lumbreras del clero nacional.

El caos revolucionario abierto el año 20 hizo salir de Buenos Aires al padre Pérez, no queriendo mancharse en las contiendas del pueblo de su predilección, en donde era tan respetado como maestro de la mejor juventud, admirado como orador elocuentísimo y tan necesario para el coro por la fuerza, plenitud y dulzura de su voz.

Fué a Tucumán como de paseo y con la esperanza de volver muy pronto a su querida Buenos Aires; pero las circunstancias políticas y su grandioso patriotismo lo llevaron a tomar parte activa en la salvación de la Patria y llegó a ser el más digno y necesario representante del pueblo tucumano en todas sus asambleas, como era el mejor maestro y director espiritual de todas las familias. La celda del padre Pérez era visitada por todo lo que en Tucumán lucía como intelectualidad y cultura. Con la sabiduría de un oráculo, facilitaba las respuestas necesarias para allanar las dificultades y superar los obstáculos de todos los que concurrían a proponerle la solución de los problemas de la vida familiar y política, tan agitada en aquel entonces. Brillaba por su ciencia y resplandecía por su virtud.

Nombrado desde Roma vicario general para completar el gobierno del Padre Sabid y recomendado por la Santa Sede para obispo auxiliar de monseñor Colombres, la muerte lo sorprendió repentinamente el 29 de septiembre de 1859; pero no lo encontró desprevenido. Era ferviente devoto del Santísimo Sacramento y todos los miércoles practicaba su reconciliación. Murió día jueves, habiéndose confesado el día anterior y encomendándose en el sacrificio de la misa que celebró aquel día por última vez.

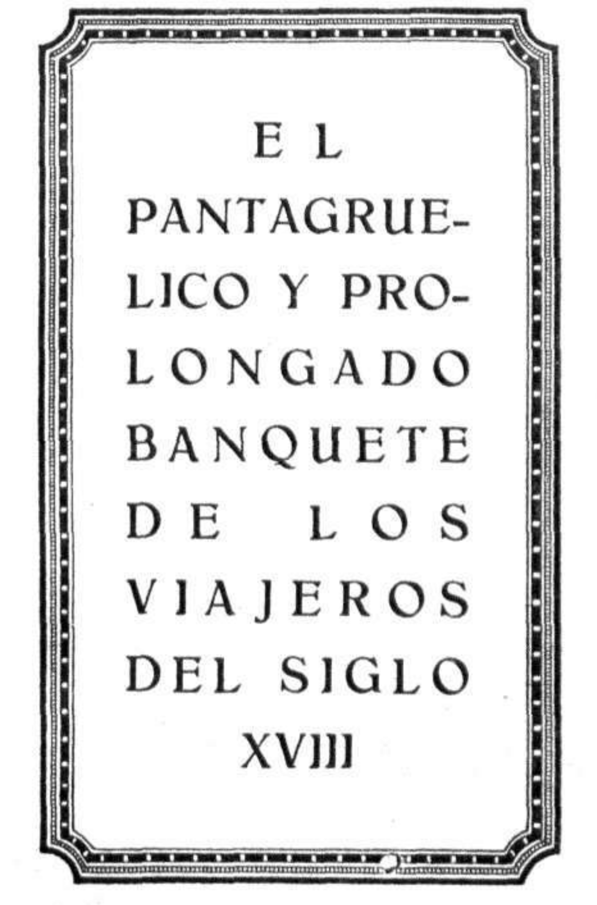
La tremenda noticia de su fallecimiento se extendió rápidamente por toda la ciudad, y todas las clases sociales concurrieron al templo para ofrecerle su homenaje póstumo de cuerpo presente. Su entierro fué digna apoteosis a su rango.

Pero para desgracia de su convento, todavía no existía la vida común y sus valiosos documentos, su biblioteca y sus sermones, todo fué a parar en poder de una familia ya extinguida, de donde fueron desapareciendo, quizá para no volver.

Un abogado distinguidísimo, el doctor Javier Frías, concibió y realizó la simpática idea de escribir la biografía de los sacerdotes ilustres de Tucumán; cuando debía dar su obra a la publicidad, falleció prematuramente.

Mientras tanto, séanos permitido recordar lo que logramos reunir como datos ilustrativos para presentar a la juventud que se instruye el ejemplo de ese fraile sublime, que contribuyó a asegurar los beneficios de la libertad para todos los hombres del mundo que quieran habitar el suelo argentino.

JOSE A. SCOTTO



EL PANTAGRUELICO Y PROLONGADO BANQUETE DE LOS VIAJEROS DEL SIGLO XVIII

DON GODOY, EL MADRILEÑO DE LA TIENDA DE ULTRAMARINOS

Es don Gregorio un hombre discreto, reposado y voluntarioso. Hasta ayer ha tenido en la muy madrileña calle de Carretas una pequeña tienda de ultramarinos. Ha venido una revuelta política, ha caído un gobierno, ha surgido otro, y he aquí que, con las cesantías de los humildes covachuelistas, ha llegado su descalabro comercial. Es, empero, nuestro hombre, un trabajador esforzado, en el cual jamás fenecen las esperanzas. Todo en la vida, con un poco de buena voluntad, tiene su componenda. Esto lo sabe don Gregorio y en esto piensa cuando, para siempre, clausura el pequeño escaparate de su tienda de ultramarinos.

Mas, ¿dónde irá don Gregorio? ¿Hacia qué punto del horizonte llevará sus pasos y acudirá con su laboriosidad? Está el hombre en una edad meridiana: ni joven, ni viejo. No le falta aplomo; no han desaparecido las ilusiones. Cuenta, además, con un puñado de reales contantes y sonantes salvados de la bancarrota. Con aquellos discos brillantes y gratos a la vista, algo, empero, se puede adquirir, algo se puede hacer, no pocas puertas se pueden abrir. Pero ¿se quedará don Gregorio en Madrid? ¿Saldrá a recorrer las provincias? ¿No se establecerá en Badajoz, donde cuenta con algunos parientes? ¿Qué hará don Gregorio?

¿Qué hará? No es cuestión de precipitarse. Calma, calma, se dice y les dice a los compañeros de tertulia del café. Las cosas se arreglarán; tiene un proyecto...

Y, glotón, con la cucharilla, recoge los restos de azúcar que quedan en el fondo de su taza. Porque don Gregorio es un goloso, gusta de la buena mesa, plácele endulzar la boca y catar, de vez en cuando, alguna copa de rancio o generoso...

LA INTERROGANTE SOBRE EL PAPEL

Don Gregorio ha tomado un papel y realizado algunos cálculos. Posee tanto, cuenta con tanto; y, con tanto, sin mucho arriesgar, se puede ir a cualquier parte. No es don Gregorio un aventurero de acción, no es un trotamundos; pero le agrada ver cosas nuevas, conocer otros hombres, tentar nueva fortuna... Algo del andariego espíritu de la raza perdura en él, malgrado los años apacibles de la tiendecilla y su abdomen que comienza ya a apuntar.

Don Gregorio posee tanto. ¿Dónde irá con aquel caudal? Por lo pronto, a la oficina de Renta de Estafetas. Cuenta allí con un amigo y éste sabrá orientarle.

JUAN TELLO, EL DE LA RENTA DE ESTAFETAS

Juan Tello es el amigo con que cuenta don Gregorio. Recíbelo amable, casi fraternalmente. Está el hombre consultando cuatro hojas, un volante sin mayor lujo tipográfico; pero algo muy agradable ha de leer cuando, goloso, regodeáse en la consulta del papel.

Ha expuesto don Gregorio sus cuitas al amigo Juan. Ha hecho éste grandes aspavientos. Le ha palmeado los hombros, y luego, sin más, le ha dicho: "Tú te marchas a La Coruña y desde allí a Buenos Aires. ¿Sabes dónde? A Buenos Aires, al Río de la Plata... Toma, consúltalo y contéstame lo que decidas."

Y don Juan Tello, luego de colocar la fecha de diez de octubre de mil setecientos setenta y ocho, ha firmado y ha entregado a don Gregorio aquellas cuatro hojas en las cuales se puede leer: "Regulación de la mesa o diario de manutención para los sujetos que se embarquen en calidad de pasajeros de cámara, combés o entrepuentes, en los paquebotes correos destinados a Montevideo, Puerto Rico, Habana y Canarias".

DON GREGORIO ANTE LA VENTANA ABIERTA

Empuñando un tanto nervioso los papeles aquellos, llega don Gregorio a su casa. Sube a su habitación, abre la ventana desde la cual se columbran los madrileños tejados y comienza la lectura.

Suculenta lectura ésta que ha propinado a don Gregorio su amigo el de la Renta de Estafetas... Bríllanle los ojos a nuestro hombre; humedécense sus glotones labios; regodéase su imaginación.

Veamos lo que lee en aquellas páginas:

"Al pasajero de cámara. Por la mañana: Una jícara de chocolate con pan, o bizcocho, o una taza de café, o café con manteca. — A las once: Una copa de rosolí o vino generoso. — A medio día:

Una sopa con caldo de la olla, de pan, fideos o arroz. El cocido compuesto de diez y seis onzas de carne fresca de vaca, ternera o carnero, y en su defecto, doce onzas de carne salada, media gallina, medio chorizo, cuatro onzas de tocino, cuatro onzas de garbanzos o de otras menestras finas y equivalentes. Un principio de doce onzas de carne fresca, o salada, estofada, o con otro cualquier guiso. Otro principio de media gallina asada, o estofada, o un pollo, o unas magras de jamón fritas con huevos, u otro qualquier equivalente aderezo. Un cuartillo de vino común, una copa de rancio o generoso, cuatro onzas de pasas, almendras o aceitunas, o dos onzas de queso de Flandes. — A la tarde: El refresco de agua de limón, o ponche. — A la noche: Una ensalada de lechuga, o escarola fresca, o de cebolla cocida, u otra menestra equivalente; doce onzas de carne fresca guisada, estofada o en fricasé; y en su defecto, de salada la misma ración. Media gallina, o un pollo, u otra vianda equivalente a un principio: un quartillo de vino común, una copa de rancio, o generoso. Postres, los mismos que al mediodía. Pan fresco o bizcocho fino y agua a discreción, cuanto quiera comer y beber a todas comidas."

Don Gregorio ha tomado resuello. No sale el hombre de su estupor. Vuelve una página más, en la que se mencionan las variantes que se introducirán en los días viernes. Pasa a las dos planas centrales donde constan los "Precios que deben cobrarse por la manutención de dichos pasajeros, según sus clases y carreras, bajo el plan de víveres y raciones que se dejan demostrados".

Se entera entonces de lo que cuesta semejante festín. En pasaje de cámara, desde el puerto de La Coruña hasta el Río de la Plata, vale mil quinientos reales de vellón. Es el viaje más largo, es el viaje que más seduce a nuestro don Gregorio. Río de la Plata, Montevideo, Buenos Aires... Un porvenir ante sus ojos; un mundo maravilloso para su imaginación de tendero de ultramarinos.

Y torna don Gregorio a echar sus cuentas y vuelve a leer desde la primera hasta la última plana aquel pliego refrendado por su amigo don Juan Tello.

Luego, esta vez un tanto más agitado, con cierto brillo en los ojos y arrebolado el rostro, llégase hasta el despacho de la Renta de Estafetas.

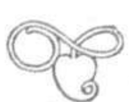
Su amigo entonces abandona el sitial y le pregunta:

— ¿Decidido?

— Decidido — contesta don Gregorio.

Y por su mente de tendero de ultramarinos desfilan las suculentas viandas de aquel pantagruélico y prolongado banquete de la *travesía* de La Coruña al Río de la Plata, regulado y fiscalizado por el diligente, ordenancista y a veces injustamente apreciado gobierno de Madrid.

EDUARDO MARIO



AIRES ARGENTINOS

(ESTILOS)



TU SONRISA COMO UNA FLOR

No soy ambicioso;
se conforma con poco mi pobre corazón:
salgo a tu encuentro todas las mañanas
y te veo y te digo "adiós"...

Tú, como eres tan buena, me sonríes
y me dices también "adiós",
¡y tu sonrisa
me llevo yo
prendida en mi corazón,
como una flor!...

¡Oh, tus dulces labios
cuando me sonríen y me dices "adiós"!...
He dicho
"tu sonrisa como una flor".
¿Pero en dónde hallaré una flor
como tu sonrisa,
yo?

¡Oh, tu sonrisa en tu boca:
qué divina fresca flor
que todas las mañanas
corto yo!...

¡Oh, rosas de tu cara, oh, rosa de tus labios,
oh, tu "adiós"
dulce como la miel
que busca la abeja en la flor!...
¡Oh, tu sonrisa
en tu cara como un resplandor
del cielo
en la flor!...

No soy ambicioso:
no me niegues tu dulce "adiós"...
¡deja que me lleve todas las mañanas
prendida en mi corazón
tu sonrisa
como una flor!...

VICENTE MEDINA

EUSEBIO

POR ARMANDO CASCELLA

L chino Eusebio andaba pensando algo malo. Caminaba bajo el sol ardiente, arrastrando cabizbajo las alpargatas viejas de sus pies por la rojiza arenisca del camino. Cerca suyo, lo seguía su burrito, de pasitos menudos, paciente y fiel como un perrillo.

Al chino Eusebio lo obsesionaba la Jesusa. Aquella muchacha morena, de un moreno dorado y mórbido como el color de un campo de trigo quemado, con la adolescencia en flor, lo obsesionaba de un modo terrible. Sobre todo, aquellos ojazos grandotes, de expresión azorada, profundos y bellos como la primera luz azul de la noche, después del atardecer.

A Eusebio se le había metido una cosa entre ceja y ceja. Hacerse amar de la chica.

— Mi hai de querer — decía.

Se ajustaba el sombrero, echándose aún más el ala sobre los ojos, y repetía, como para no olvidarse:

— Mi hai de querer... Mi hai de querer...

Por el camino solitario y largo, la luz del sol reverbera como un fino polvillo de oro sobre el polvo de la arena rojiza. En el horizonte muerto, alguna ave de presa decora la lejanía, cruzándola con su vuelo pausado y grave. Eusebio mira atentamente, y descubre a lo lejos una leve nubecilla sobre el camino. Se detiene y se ajusta de nuevo el sombrero. El burrito se le pone al flanco y se detiene también. Eusebio le da entonces un violento lonjazo en el anca con su ancho rebenque, y continúan la marcha, aunque ahora el burrito va delante y Eusebio detrás.

Ya la nubecilla es una sombra clara, y luego, de más cerca, se puede ver esfumada en negro, la silueta de tres burritos en fila, cargados a ambos lados con bolsas llenas de melones y sandías. El último trae, además de las bolsas, una mujer sentada sobre el anca.

No se le ve la cara, porque trae sobre la cabeza un manto amarillo que le cubre los hombros, a la Samaritana, prenda característica de la región. No se ve más que esto de la silueta, dibujada de flanco, sobre la luz encegueecedora del camino.

Pero Eusebio sabe bien de quién se trata. El conoce demasiado aquel manto amarillo y aquellas desnudas piernas morenas que asoman bajo la falda corta de un azul despintado. Cuando se enfrentan, toda la caravana se detiene, a la espera de lo que va a ocurrir.

Pausadamente, Eusebio se acerca a la Jesusa, arrastrando los pies sobre el polvo. La muchacha se hace la desentendida, mirando hacia atrás, aunque lo siente venir. Eusebio la toma del brazo y

la baja del burrito, sin decir palabra. Entonces la Jesusa lo mira a los ojos, con sus grandes ojos azorados, de mirada inmensa. Su perfil es dulce y agreste, y de toda ella se exhala la olorosa sazón del fruto maduro.



Eusebio dice, mientras alza el brazo armado de su enorme rebenque de lonja gruesa:

—¿Me querís?

—¡No!

Caen un par de furiosos lonjazos sobre la pollera azul, en lo blando de la chica.

—Mi hais de querer...

—No t'hei de querer...

Otro par de chasquidos, menos fuertes, ahora, sobre las piernas morenas, en cuya piel desnuda se marcan dos franjas rojas.

—Y aura, ¿me querís?

—No... *no...*

Otro rebencazo furioso de Eusebio, pero esta vez sobre su propio burrito, para que siga camino adelante. Eusebio se va detrás, murmurando:

—Mi hai de querer... Mi hai de querer...

Entretanto, la muchacha se encarama sobre la cola de su cabalgadura y reanuda la marcha, mientras en silencio se compone el manto sobre la cabeza.

Poco después, sólo se ven dos lejanas nubecillas de polvo, que se van distanciando cada vez más, y sólo quedan, girando sobre la quieta soledad del camino, las aves de grandes alas y pausado vuelo decorativo.

La escena se repetía por la cuarta vez. La Jesusa vivía con su familia en la costa del Salado, en la región chaqueña, propicia como ninguna otra a la siembra de melones y sandías, de los que ella y la madre se encargaban de vender en el mercado vecino de Añatuya. Cuando venían de casa, madre e hija pasaban muy temprano por el camino y Eusebio no las encontraba sino en el mercado. Pero a veces la Jesusa debía ir hasta las lagunas del Bracho — el célebre cubil del cacique Ibarra, — una legua más allá, a buscar los melones de una vieja, madrina suya, de cuya venta ella también se encargaba. Esto la hacía perder tres horas largas, aunque ganaba, en cambio, el encontrarse con Eusebio, su gentil enamorado.

Este Eusebio era un muchacho grande y feote, peón de un establecimiento destinado al cultivo de plantas medicinales, situado en pleno desierto, a media legua de la cruz del camino.

Iba de mañana al mercado a buscar víveres para la estancia, donde pasaba toda la semana trabajando. Sólo los sábados venía al poblado, de noche, para "divertirse", embriagándose de un modo brutal.

En el mercado — pintoresca feria de pueblo, en la plaza pública — había conocido a la Jesusa y se había prendado de ella. La chica había cumplido ya sus catorce años, y era, para un hombre de su temple, turbadoramente hermosa. Y no asombre la edad, porque en aquellas regiones, las muchachas del pueblo *a los trece años* lucen ya, por lo general, su primer mamoncito. Eusebio tenía veinte años. Moreno, marcado de viruelas, con ojos de ternero embichado, era bien visto por las mujeres, porque era alto y fuerte y gozaba fama de corajudo. Pero era brusco y corto de palabras con ellas, acaso por timidez.

En el mercado rondaba en torno a la Jesusa, sin atreverse a requerirla de amores. Se demoraba más de lo justo junto a ella y compraba un número innecesario de melones. Quince días hacía que llevaba melones a la estancia; precisamente, desde que empezara la época de éstos. Concluída la estación, Jesusa y la madre no aparecían más por el mercado, hasta el año siguiente. De aquí la insistencia del peoncito y la compra excesiva de melones que tanto hacía reír al patrón, creyendo que su empleado se había vuelto loco.

Un día vió a la madre sola y esa vez no compró melones. A la mañana siguiente, le preguntó a la Jesusa.

— Ayer no la vide. ¿Ande anduvo?

— En lo de magrina. Juí a trai melone...

— Ta güeno...

Esto fué todo, pero el peoncito se dió por enterado. Más aun: *tomó esto como una declaración*, considerándose ya como algo de la familia. En adelante, la tuteó.

La segunda vez que notó su ausencia en el mercado, en lugar de volverse a la estancia, a la hora de siempre, esperó una hora larga en la cruz del camino. Por fin, vió venir a la muchacha, con sus burritos.

— ¿Di ande venís? — la interpeló.

— De lo de magrina.

— Ta güeno... — comentó el peoncito sin saber ya qué decir. Luego añadió:

— ¿Y ande está eso?

— Aquicito...

Quería decir: *dos leguas más allá.* Aquicito no más...

— Ta güeno... — vuelve a comentar el muchacho, y queda de nuevo perplejo. Pero la Jesusa empieza a sentirse molesta y anima al burrito como para seguir camino. Entonces Eusebio da una arrancada.

— Jesusa — le dice, apoyándose sobre la bolsa de melones, — Jesusa, t'hei de decir una cosa...

Pero no halla modo de decirla. Se hace otro largo silencio, que despierta, al fin, la malicia de la chica.

— ¿Y di hai?—dice con los ojos brillantes.

— Mirá, Jesusa — mastica Eusebio poniéndose rojo. — Yo te quiero y vos mi hais de querer...



Una carcajada burlona interrumpe bruscamente la penosa hilación de su discurso. Ahora, Eusebio se pone verde.

—¿De qué te rais?

La Jesusa no contesta y sigue riendo despacio.

—¿De qué te rais? — repite Eusebio, amenazador.

—De naide hai ser... — contesta la chica, casi intimidada, pero riendo todavía.

Pero no puede terminar de reírse a gusto, porque dos violentos lonjazos le cruzan el cuerpo. Mientras espera el efecto, Eusebio muerde nerviosamente su cigarro de chala, y murmura:

—Ta güeno...

Pero de pronto se acuerda de todo, le vuelve la furia, y pregunta, alzando el rebenque:

—¿Me querís?

—¡No! — responde la chica, con odio y con rabia.

Otros dos lonjazos furiosos.

—Mi hais de querer...

—No t'hei de querer...

Y el duelo quedó entablado. Ahora, cada vez que la Jesusa va "a lo de magrina" sabe que en mitad del camino se encontrará a Eusebio con el rebenque en alto y la pregunta en los labios: "¿Me querís?"

El sistema no la divertía, y empezó a querer buscarle remedio a la cosa. Al padre no se atrevía a decírselo con esa repulsión instintiva que sienten las muchachas de confiarle a un hombre sus cuitas de amor. Pero un día se lo dijo a la madre. La vieja suspendió un momento el trabajo, le dió una pitada al pucho, y rezongó este consejo ininteligible:

—¿Y di hai? No le haigás nadita...

Y siguió picando tabaco, tranquilamente.

La Jesusa recurrió a otra cosa. Cuando le tocó ir a lo de la madrina, se hizo acompañar por su hermano, un chinito de quince años. Pero fué inútil, porque cuando se encontraron con Eusebio y llegó aquello del rebenque, el gurí se hizo el que estaba ocupadísimo liando un cigarro de chala, como para no ver nada y salvar las costillas.

La chica apeló entonces a un recurso supremo: se sacó un novio. Como todas las muchachas cuyo desarrollo se ha producido de pronto, era ignorante e ingenua como una chicuela, aunque las líneas de su cuerpo indicaban que ya empezaba a dejar de serlo. Por otra parte, no lo ignoraba todo, dada la sucia lujuria del ambiente de promiscuidad y miseria en que había nacido. Quizás obrara en ella la inevitable indolencia nativa. Pesa sobre el criollo de aquellas regiones un letargo infinito.

Un mocito del pueblo, le había hecho a la Jesusa más de una insinuación que ella al fin llegó a entender, poniéndose colorada de orgullo.

No era que se enamorara del muchacho, sino de la apostura. La deslumbraban aquellos breches de montar, aquella blanca camisa de sport y, sobre todo, aquellas elegantes polainas, siempre tan negras y lustrosas.

Una mañana que la Jesusa llegó al mercado con las piernas todavía ardiendo de los lonjazos de Eusebio, se decidió a sonreírle al mozo, y el idilio nació pronto, en las barbas mismas de la vieja, ocupada solamente, en apariencia, en armar cigarros de chala para la venta.

Pronto la chica le contó, lagrimeando, lo del rebenque, y él se ofreció para arreglarlo todo, decidido a hacer una hombrada.

En la primera ocasión que la Jesusa debía venir sola, la fué a esperar a caballo, en la costa del Salado, y se vino luego con ella, ajustando el paso de su cabalgadura a los pasitos menudos de los tres burritos.

Poco más allá de la cruz del camino, lo hallaron a Eusebio, que venía demorándose, como siempre, para encontrarse con ella. Al enfrentarse, el mozo

sacó un revólver, como para mostrárselo a la Jesusa, que le sonreía de la manera más deliciosa.

Eusebio, entretanto, habíase detenido, y apoyándose sobre el apero de su burrito los miraba pasar, castigándose suavemente los talones con el rebenque.

— Ta güeno...

Pasaron, y una vez lejos, el mozo, que no cabía en sí de orgullo, reclamó un premio, y la chica, que gozaba la dulce miel de la venganza, se dejó besar y acariciar cuanto él quiso, bajo la luz ardiente del sol chaqueño.

Pero Eusebio era más ladino que tonto, y comprendió que la cosa no estaba aun perdida del todo, y que aquella exhibición del revólver significaba que al joven pueblero no le cabía el miedo en el cuerpo.

Ese día era un sábado. A la noche, se vino a la ciudad.

Añatuya tiene, como casi todas aquellas poblaciones, las casas de lenocinio prudentemente apartadas a más de un kilómetro del poblado. De noche, a lo lejos, en la cerrada obscuridad del camino grande que conduce al Salado, al Bracho precisamente y a Colonia Dora, se ven brillar dos luces rojas, claras y fijas. Son las casas de referencia. En una de ellas estaba Eusebio, solitario, bebiendo copitas de caña paraguaya, una tras otra. Enfrente suyo, tratando de aturdirse alegremente con las mujeres, pero desconfiado y receloso, estaba su rival, el pueblero de camisa de sport y polainas negras.

El muchacho reía, bebía, bailaba, pero no podía disimular su nerviosidad. En la casa vecina lo había visto a Eusebio, en el patio, apoyado en el tronco de un árbol y castigándose al descuido las alpargatas con su rebenque. Entonces se había venido a esta otra, tratando de huirle, pero Eusebio se vino casi junto con él. Nada le había dicho, pero aquellas inquietantes copitas de caña, sucediéndose una a otra, y el huraño ¡salí di ahi! con que despedía a todas las mujeres que intentaban acercársele, lo hacían estar en guardia.

Con todo, bailaba y se divertía, pero al fin, viendo que su inquietud era cada vez más grande, se despidió y se fué. Eusebio salió detrás de él, pisándole los talones.

Al otro día, muy de mañanita, vienen por el callejón solitario, camino del mercado, la Jesusa y la madre, más cinco burritos. En el primero va sentada la vieja, detrás de una bolsa con los arreos del mate, sartén y brasero para las tortas fritas; una sillita de paja, chalas y tabaco de armar. La siguen tres burritos con dos bolsas de sandías cada uno. Y por último, otro con melones y la Jesusa en el anca. Todos marchando despaciosamente, en silencio, uno tras otro, en fila india.

Justo en la cruz del camino, marcando casi el punto de la bifurcación, existe el esqueleto de un quebracho blanco, muerto desde hace tiempo en una quema, pero sosteniéndose aún, erguido y enorme, con todas las ramas desnudas. Una de estas ramas bajas, cruza horizontalmente el camino, como un largo brazo descarnado, carcomido y negro.

Al aproximarse, la Jesusa ve que de esta rama pende una cosa obscura que se revuelve furiosamente. Es su novio, con las manos atadas atrás, enlazado alrededor de la cintura, y colgado ridículamente del árbol, como un cachilo, a un metro del suelo. Como la rama cede y oscila con el peso y el movimiento, hay instantes en que los pies del mozo parece que van a tocar tierra. Entonces los agita de un modo desesperado, dando la ilusión de que pedaleara furiosamente en un bicicleta imaginaria.

La muchacha y la vieja no pueden contener la risa mientras lo desatan y le preguntan qué le ha pasado. Pero el mozo, apenas libre, ceñudo, furioso, se va sin dar ni siquiera las gracias. Y al alejarse, la Jesusa ve que sobre el pantalón lleva, bien marcadas, las huellas de la lonja de Eusebio.

Al otro día la muchacha, espontáneamente, fué a visitar "la magrina", aunque esta vez no había melones que traer. Al volver se encontró con Eusebio, como deseaba. Pero esta vez, el peoncito no dijo nada. Se limitó a sujetar por la brida el burrito de ella y a mirar socarronamente al suelo, donde la punta del rebenque levantaba pequeñas nubes de polvo.

La Jesusa se descolgó del burrito y se le colgó del cuello, besuqueándolo a más no poder. La mujer había despertado en ella. Y la mujer del norte es, cuando despierta, insaciable y ardiente como el sol y el aire de aquellas tierras.

Eusebio no pudo renunciar a su inveterado comentario cuando algo importante le pasaba:

— Ta güeno...

Pero luego, ya con voz dulce, añadió, enlazándola el talle.

— ¿No te decía que mi habiáis de querer?

Pero ella, por toda respuesta, pega sus labios cálidos en el cuello de él, turbándolo con el perfume de sus trenzas, mientras murmura, con voz vencida:

— Mi negro... Mi negro...

Esta es la historia. Hoy, leyendo por azar la crónica roja de nuestros diarios, donde figuran tres asesinatos, seguidos de suicidio, por hombres que no han logrado hacerse amar por la mujer de sus sueños, he recordado aquella simpática parejita que conocí en el Chaco, y que eran, preciso es confesarlo, un modelo de cariño y felicidad, en aquella región donde, si es cierto que el amor es fácil, la infidelidad y el olvido son mil veces más fáciles aun. Claro está que hablo siempre del bajo pueblo, sometido a la doble fatalidad del clima y de la raza.

Que aquellos que están a punto de matarse y matar a mujeres, a las cuales no han logrado hacerse amar, se acuerden de Eusebio, y prueben. El sistema es viejo, pero parece ser bueno.

DIBUJOS DE BESARES SORAIRE

OJALÁ — murmuró entonces Milkau, — ojalá el sol no se pusiera. La patria del hombre debería limitarse a un pedazo de tierra donde no hubiera sombra...

* ... Uno de los errores de los intérpretes de la historia consiste en la preocupación aristocrática con que se conciben las ideas de raza. Ninguno, sin embargo, hasta hoy ha sabido definir la raza y aun menos cómo se distinguen unas de otras; se hace sobre esto juegos de palabras, pero que son, como esos dibujos de las nubes que vemos allá arriba, apariciones fantásticas de la nada... Y además, ¿cuál es la raza privilegiada para que sólo ella sea el agente de la civilización? Hubo un tiempo en la historia en que el semita brillaba en Babilonia y en Egipto, el indo en las márgenes sagradas del Ganges, y ellos eran toda la civilización; el resto del mundo era la nebulosa ignorada. Y, entretanto, junto al Sena y al Támesis es donde se agota hoy la cultura en una voluptuosidad harta y rendida. Lo que yo veo en este vasto panorama de la historia, al que me vuelvo ansioso e interrogativo, es la civilización que se disloca sin cesar, yendo de grupo en grupo, a través de todas las razas, en una presentación gradual de grandes trechos de la tierra a su luz y calor... Unos se van, iluminando, mientras los otros bajan a las tinieblas...

LENTZ. — Hasta ahora no veo la posibilidad de que la raza negra llegue a alcanzar la civilización de los blancos. Africa nunca...

MILKAU. — La hora de Africa llegará también. Las razas se civilizan por la fusión; en el encuentro de las razas adelantadas con las razas vírgenes, salvajes, es donde está el reposo conservador, el milagro de rejuvenecimiento de la civilización. El papel de los pueblos superiores es ese instintivo impulso a la difusión de su cultura, transfundiendo de cuerpo a cuerpo el producto de esa fusión que, pasada la tregua de la gestación, lleva más lejos el capital acumulado en las infinitas generaciones. Así fué cómo Galia se convirtió en Francia y Germania en Alemania...

LOS GRANDES ESCRITORES DE AMERICA

GRAÇA ARANHA

"Ceremonioso y sonriente, cordial y fino, entusiasta y cuerdo — escribió una vez Rubén Darío, — Graça Aranha revela en su persona las condiciones que el conde diplomático y escritor ruso distingue sobre todo en su obra: imaginación, emoción, reflexión... y con todo ello, una nobleza de espíritu que se impone desde el primer momento. Ese apóstol-dandy que ha juntado en un libro el alma de su patria y las más bellas aspiraciones universales será siempre un bien llegado mensajero de paz, de progreso, de fraternidad... Lleno de su generosa pasión de amor humano, de amor universal, confiado en un destino pánico cuyo proceso ahonda su abarcadora conciencia, cumple el vibrante brasileño su misión y dice, dónde va, la buena nueva de la esperanza."

* Cuando la humanidad salió del silencio de las selvas hacia el tumulto de las ciudades, vino describiendo una larga parábola, de la mayor esclavitud a la mayor libertad. Todo el objetivo humano está en el aumento de la solidaridad, en la unión del hombre con el hombre, una vez disminuidas las causas de separación. En el principio era la fuerza; en el fin será el amor...

* Toda la marcha humana es una aspiración de libertad; ésta es el verdadero apoyo, el estímulo, la razón de ser de una sociedad. El orden no es un principio moral; es apenas un factor preexistente e indispensable para el concepto social; no puede haber sociedad sin orden, como no puede haber cálculo sin números; la armonía existirá por momentos, hasta en un régimen de esclavos y de señores, pero será inestable, y sin la libertad no hay orden posible; el anhelo de la libertad y su realización como fundamento de la solidaridad son el fin de toda la existencia... Mas para llegar allí, ¡cuánto camino tendrá que recorrer el hombre!... La libertad es como la misma vida; nace y crece en el dolor...

* Lo que nos une solidariamente en la humanidad es el sufrimiento. Este es la fuente del amor, de la religión y del arte, y no se puede substituir su conciencia fecunda por el imperio de una insensibilidad feroz.

* ... Hay una crisis en todo; el suelo mismo está vacilante y trémulo, el mundo titubea, la atmósfera es irrespirable. En medio de las confusas aspiraciones, en ese contacto extraño de sentimientos tan diversos, ¿puede acaso fundarse la armonía sosegada y dulce de la vida? La religión se ha marchado; es del tiempo, y como el tiempo mismo, una vez perdido ya no vuelve más... Una civilización de guerreros persiste en medio del vuelo del alma pacífica del hombre. Todo se confunde, se mezcla y se rechaza en un torbellino de desesperación... La sombra del pasado penetra demasiado en la morada del hombre moderno y le llena la casa de espectros y visiones que lo detienen y perturban. Y el futuro,

mensajero del ademán consolador, viene avanzando temeroso, como un ladrón nocturno... Pero yo no he esperado su paso vacilante y tardo; arrojé mis pesados ropajes, y ágil ya, fuí a buscar los perfumes y los alimentos que, perezoso y divino, viene trayendo a los hombres. ¡Y cuán dulce es dentro de mí la salvación!

LENTZ. — Y para llegar a eso... ¿abandonaste la patria, la familia, una civilización superior?

MILKAU. — Dejé todo lo que era vano.

LENTZ. — Y... ¿ya nada te liga a Europa?...

MILKAU. — Solamente lo que tiene de grande en el pasado. Pero eso es lo incorpóreo, lo invisible, y yo no necesito sentarme sobre sus ruinas para amarlo. Esa es obra de mi imaginación y mi memoria. Mi culto a lo que es humano y activo reside en la doble conciencia de la continuidad y de la indefinibilidad del progreso. Lo que nos muestra Europa, como forma de vida, es apenas una prolongación inarmónica de las fuerzas de ayer y de las exigencias del presente...

LENTZ. — No comprendo cómo, por un acto de voluntad, se puede cambiar Berlín por el Cachoeiro... ¿De qué parte de Alemania eres?

MILKAU. — De Heidelberg, y de allí conservo mis recuerdos más lejanos. Me veo al lado de mi padre, unidos noche y día, como el cuerpo y su sombra... Era profesor de un Colegio, uno de esos universitarios muy instruídos, pero, como la mayoría de ellos, indeciso en su vasta cultura escolar. Era la bondad misma, y las imágenes que de él conservo en el fondo de mi pupila son las de un hombre hecho de sonrisas suaves e inextinguibles; tenía una inteligencia sutil y aérea, pero el pudor de la audacia lo entorpecía y, por eso, todo su gran capital de bondad y de amor quedó sepultado en el fondo de su corazón y el mundo lo ignoró. Contenía y refrenaba su imaginación. ¡Oh, qué barreras creaba él mismo para su espíritu! Las preocupaciones acudían al llamado de su timidez y él las acariciaba como si fueran númenes protectores. Pero en todo esto había una infelicidad profunda que debía ser para él la amargura de su vida. Sus expresiones no transparentaron nunca la sangre de todo su amor humano. Fué el perfume que guardó en el interior de su alma sin trasmitirlo afuera, y de ese exceso de concentración le sobrevino la muerte...

LENTZ. — ¿Qué edad tenías entonces?

MILKAU. — Acababa de salir de la Universidad y entraba en el mundo cuando murió. Mi madre regaba, noche y dia, con lágrimas, las añoranzas plantadas en su corazón. La transió el dolor, y yo la amé hasta la muerte como a una hija pequeña y desdichada...

LENTZ. — ¿Y después?...

MILKAU. — Después de tres años de esa existencia, entre el recuerdo y la piedad, salí de Heidelberg con el alma llena de un gran silencio. Comenzaba a oír los acentos de mi propia voz...

LENTZ. — ¿Y no salió a tu encuentro alguna voz de mujer?

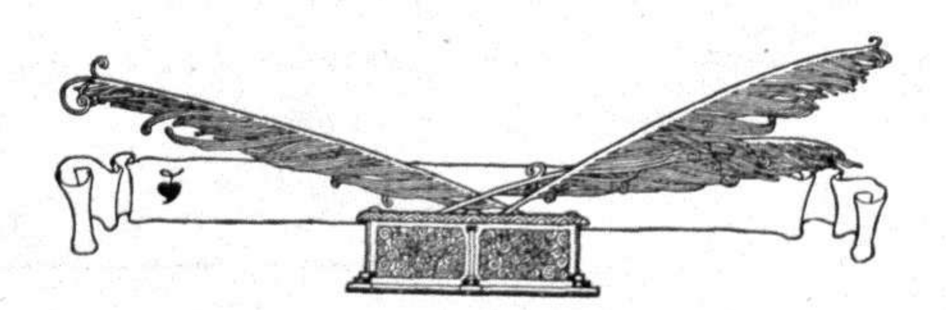
MILKAU. — No.

LENTZ. — ¿Y nunca has amado a ninguna mujer?...

MILKAU. — A los diez años comenzó el amor en mí; pero, como todo lo que nace prematuro, esa pasión de la infancia fué medio enfermedad, medio éxtasis místico. Lo que hay en mí de sentimiento religioso se desarrolló entonces en la adoración de lo que buscaba; yo atribuía únicamente todos los males y los bienes de mi vida a esa influencia poderosa y mortificante. Y, entre tanto, ella huía de mí... Largo tiempo pasé en esa engañadora caza; todos mis estudios, mis juegos, mis sueños de criatura tuvieron la forma de los pequeños e intensos martirios; vertía lágrimas y sudaba sangre. ¡Cómo me estremezco al recordar tanta vida, tanto amor consumidos por una sombra!... ¿En vano? No sé... Cuando me vuelvo hacia mi pasado, que es todavía el trecho del camino de la vida que me deleita más, siento cuán embalsamado está por el amor que pasó por él, y que ese perfume, que fué la purificación de mi adolescencia, llega hasta mí... Y la gran felicidad, (¡quién sabe!) fué que sobre aquella montaña de fuego formada en mi alma jamás descendió una sonrisa, una dulzura, la caricia que enfría y que funde... y subí, subí. A los veinte años ya todo había concluído. La muerte de ella vino a llenar mi existencia, y no me consolé en mucho tiempo, hasta que otro amor, el grande, el único, vino a poseerme para siempre.

* Los seres son desiguales, mas para que lleguemos a la unidad, cada uno tiene que contribuir con una porción de amor. El mal está en la fuerza; es necesario renunciar a toda autoridad, a todo gobierno, a toda posesión, a toda violencia. Es preciso no perturbar la armonía de los movimientos y de la espontaneidad de todos los seres...

* Milkau iba durmiéndose lentamente, feliz y sosegado en aquella benéfica noche tropical, en medio de hombres primitivos, en el seno de una nueva tierra suave y fuerte; y lo que era meditación en la vigilia ,iba poco a poco transformándose en el sueño mismo en que entreveía un horizonte iluminado, surgiendo dulcemente, una nueva raza que sería la incógnita feliz del amor de todas las demás, que repoblaría el mundo, y sobre la cual se fundaría la ciudad, abierta y universal, donde la luz no se apagaría, donde la esclavitud no se conocería, donde la vida fácil, risueña, perfumada, sería un perpetuo deslumbramiento de libertad y de amor.



CONCURSO DE BELLEZA INFANTIL DE CARAS Y CARETAS

Abierto el 1.º de octubre de 1926 y que se clausurará el 30 de junio de 1927

Si bien el plazo para la admisión de retratos de niños destinados a este concurso venció el 30 de noviembre; la enorme cantidad de los mismos recibidos nos impone la necesidad de proseguir publicándolos, así como nuestro cupón-voto, hasta el 30 de junio venidero. De esta manera las personas remitentes de retratos con fecha anterior a la de la clausura de admisión, podrán reservar los cupones a efecto de dar su voto, puesto que publicaremos todos los retratos en orden riguroso de recepción.

Se establecen los siguientes premios:

UN PRIMER PREMIO de $ 1.000.— m/n., en una libreta de Caja de Ahorros de la importante institución argentina de crédito, **Banco Argentino Uruguayo,** Reconquista 138, Buenos Aires, a favor del niño que lo obtenga.

DIEZ SEGUNDOS PREMIOS DE $ 100.— m/n., cada uno en libretas de Caja de Ahorros del mismo **Banco Argentino Uruguayo,** Reconquista 138, Buenos Aires igualmente a favor de los niños que los obtengan.

VEINTE TERCEROS PREMIOS DE $ 50.— m/n., cada uno, en vales a cargo de la renombrada joyería y relojería **Casa Escasany,** pudiendo quienes los obtengan elegir artículos cuyo precio de venta sume el importe del citado vale, en las distintas secciones de la indicada casa, retirables en su establecimiento central, Perú esquina Rivadavia, o en sus sucursales: Avenida de Mayo, 1145,Buenos Aires; Las Heras esquina Muñecas, Tucumán; O'Higgins, 81, Bahía Blanca, y Rambla Bristol, Mar del Plata.

El público lector de "Caras y Caretas" determinará por votación la adjudicación de los premios, utilizando el cupón-voto impreso al pie.

Para la votación será indispensable emplear los cupones de **"Caras y Caretas",** y cada uno de ellos servirá para votar a favor de uno solo de los niños cuyo retrato se publique en las páginas del Concurso.

El escrutinio será fiscalizado por el escribano público señor **Claudio de Mateo,** adscripto a la escribanía de don **Eusebio E. Giménez,** Sarmiento, 643, Buenos Aires, celebrándose dicho acto públicamente el día y hora que se indicarán oportunamente.

La adjudicación de premios se hará en la forma siguiente:

EL PRIMER PREMIO

al niño que obtenga mayor cantidad de votos.

CADA UNO DE LOS DIEZ SEGUNDOS PREMIOS

A los diez niños que obtengan la cantidad de votos que más se aproxime a la del Primer Premio.

CADA UNO DE LOS VEINTE TERCEROS PREMIOS

A los veinte niños que obtengan la cantidad de votos que más se aproxime a las que correspondan a los Segundos Premios.

Si coincidieran las cantidades de votos que obtengan algunos niños, se adjudicará por sorteo el premio que les correspondiese.

Cualquier duda respecto a la interpretación de las bases de este Concurso, será resuelta por el escribano señor **Claudio de Mateo,** cuyo fallo será inapelable.

Los sobres conteniendo cupones - votos deben remitirse a la siguiente dirección:

Concurso de Belleza Infantil de "Caras y Caretas", Chacabuco 151. — Buenos Aires.

Los cupones - votos cuyos números no se escriban con claridad o que se presten a confusiones, lo mismo que los que llegaran después de la fecha de clausura, no entrarán en el Concurso.

LOS INTERESADOS EN EL CONCURSO PUEDEN REMITIR DESDE AHORA, SI LO DESEAN, LOS CUPONES CON EL NUMERO QUE CORRESPONDIO AL NIÑO POR QUIEN DESEEN VOTAR. →

CUPON - VOTO

Concurso de Belleza Infantil de "CARAS Y CARETAS"

Voto por el niño cuyo retrato publicado en las páginas del Concurso figura con el

N.º ....

G G

CARAS Y CARETAS

SUMARIO DE ESTE NUMERO

Carátula: 25 de Mayo, gouache de Eduardo Alvarez, en citocromía, ornamentada en oro. — La casa de San Martín en Boulogne-Sur-Mer, reproducción a cuatro colores y oro. — Las espadas de los héroes, a doble página, en colores. — La "Sarmiento", foto iluminada, con guarda en oro.

Colaboración literaria

Campo argentino, por Fernández Moreno. Ida y vuelta, por Ventura García Calderón. Naufragio galante, por Manuel Ugarte. Siempre, por Raquel Sáenz. Insecto, por Gregorio Guzmán Saavedra. Pagana, por Marta Brunet. Un café con leche, por Leopoldo Torre Ríos. El sol por salir, por Angélica Palma. Tata Dios escribe el drama, por Cruz Orellana. Evocaciones: Los dos Hernández, por Joaquín Castellanos. Vidalitay, por Fernán Silva Valdés. Buena tizonada, por Enrique Richard Lavalle. Los epigramas del mar, por Rafael Alberto Arrieta. ¿Existe el error en la Historia?, por Miguel Martos. Don Manuel Moreno Argumosa, fundador de uno de nuestros más patricios hogares, por Edgardo Zeraus. El Cerro de la Gloria, por Eugenio Julio Iglesias. La negra de la calle Victoria, por Héctor Pedro Blomberg. Los cartagineses de Eldorado, por Horacio Quiroga. Tarde de fiesta patria, por Mario Bravo. Julio Piquet. Gramática latina, con o sin chocolate, por Juan de la Coba. Una fidelísima descripción de Buenos Aires y un apasionado libro político, por Ladislao García Pons. Un "gallo", por Fausto Burgos. Dichos populares. Inquietudes y desengaños del coronel Moldes, por J. Ricardo Nevares. César Augusto Rodney, el primer representante norteamericano en nuestra república, por Walter Oldson. Las carreras, por Julio Llanos. A los 85 años, pobre y enfermo llegó a Buenos Aires un hermano del inca Tupac Amaru, por Aristippus. El amor y las mujeres, según los grandes autores: Eduardo Wilde. El gato, por Rafael Cano. Las actas secretas del Congreso de Tucumán, por B. González Arrili. La sombra de la higuera, por Gregorio G. Chaves. Cuento romántico, por Raúl Montero Bustamante. El pantagruélico y prolongado banquete de los viajeros del siglo XVIII. Aires argentinos, por Vicente Medina. Eusebio, por Armando Cascella. Los grandes escritores de América: Graça Aranha. — Ilustraciones de Batlle, Rechain, López Naguil, Bello, Valdivia, Requena Escalada, Poggi y Besares.

Páginas especiales

Poetas próceres argentinos: Poesías de José Hernández, Juan Cruz Varela, Vicente López y Planes, José Mármol, Olegario V. Andrade, Esteban Echeverría, Ricardo Gutiérrez y Estanislao del Campo. Himno nacional de Chile. Himno nacional de la República Oriental del Uruguay.

Notas ilustradas con fotografías

Manuel Ugarte, el poeta de Hispanoamérica. 25 de Mayo, a dos colores. Infantería. Caballería. El mausoleo del Libertador, a dos colores. Marinería, a dos colores. Artillería. Colegio Militar. Sanidad militar, a dos colores. Nuestros próceres. La última morada de nuestros héroes: sepulcros de los próceres. La histórica basílica de Nuestra Señora del Santísimo Rosario. Los presidentes argentinos. Los mejores cadetes egresados últimamente de la Escuela Naval y del Colegio Militar. Ayer y hoy: las patricias y sus descendientes, por Consuelo Moreno de Dupuy de Lome. El culto a la Patria en las escuelas. Contraalmirante Martín Guerrico, decano de nuestra marina de guerra y general Félix Benavídez, decano del Ejército; reportajes por Félix Lima. Arte americano: Idolos sanguinarios del "País del Collar", por Nanuk. Rincones históricos de Buenos Aires: La novela de una casa de la revolución, por H. P. B. Donación patriótica: la efectuada por don Juan Bautista Sauberán.

Recordando el pasado

El Himno Nacional. La Pirámide de Mayo. El 25 de Mayo en alta mar. Visión rápida de la ciudad. La edificación de Buenos Aires en 1810. Los primeros pasos en la urbanización. Los primeros teatros. Las calles y el tráfico comercial. El tráfico urbano en la gran aldea. El fuerte, las plazas y la recova. Fundamentos de un proyecto de recova. La plaza de toros. Los huecos o plazas. Vendedores ambulantes. Los pequeños vicios. La elaboración del tabaco. Modas femeninas. La tradicional siesta. Típicas costumbres que fueron. Presidarios y perreros. La barbería de antaño. Los baños en el río. Los bailes públicos. El comedor de antaño. La afición a las flores. Costumbres funerarias. El correo transatlántico. La esclavitud en Buenos Aires. La independencia y los negros. Los negros libres. La labor de las morenitas. Anónimos y pasquines populares. Las aguas corrientes. El correo de aquel entonces. Medios de locomoción. Ingenuidades y pequeñeces. La medicina colonial. Panteones y necrópolis en las iglesias. Costumbres religiosas porteñas. Fragmento de un auto de 1799 sobre la plaza de toros. Un gran educador. Las academias de música. La Recoleta. Epidemias, etc., etc.